ENSAYOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 84

CARLOS REYLES

ENSAYOS

Tomo I

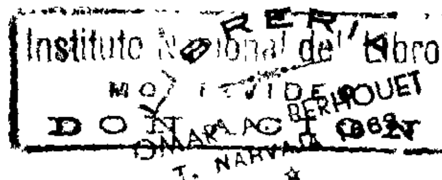
Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

CARLOS REYLES

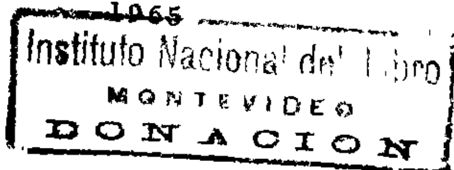
ENSAYOS

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

TOMO I



MONTEVIDEO
1965



Retirados de INIAL. 1977.



PROLOGO

I

La personalidad literaria y humana de Carlos Reyles es una de las más interesantes y complejas entre las grandes figuras de la cultura nacional que integran la llamada generación del 900. En él inciden, confiriéndole una muy particular fisonomía, el hombre de acción, el novelador y el ensayista. Fuerte hacendado y gran propietario cabañero, Carlos Reyles, en cuanto hombre de acción, se caracterizó por el esfuerzo en continuar la obra de su padre, Carlos Genaro Reyles, la cual había consistido, según las palabras del hijo, en variar el modo de explotación ganadera *"casi salvaje de nuestros mayores en una tarea grave, racional e inteligente"*. Ese esfuerzo llevó al escritor a intervenir, incidentalmente, en la política partidaria de nuestro país. Como novelador, Reyles ha dejado una de las obras más sólidas, orgánicas y, permítase la expresión, más inteligente de la narrativa de nuestro país. Es, el suyo, un mundo novelesco rico en contenido, complejo por la problemática que enfrenta y, por su ejecución, de valores firmemente perdurables. No menos importante es el ensayista. Esta parte de su obra de escritor lo ubica, por sus calidades literarias, en primerísima fila dentro de la ensayística nacional, y, por la singularidad de su pensamiento, le da, también, un lugar inconfundible dentro de la historia de las ideas en el Uruguay. Hom-

bre de acción, novelador y ensayista son, por otra parte, como vasos comunicantes. No hay hiato ni fisura entre los tres. Cada uno de ellos se nutre de los otros dos. Y los tres constituyen una fisonomía humana y literaria que, como hemos subrayado en otro trabajo,[1] puede ser caracterizada por estos dos términos: unidad y complejidad.

En los tomos que ahora publica la *Biblioteca "Artigas" - Colección de Clásicos Uruguayos*, se recoge lo sustancial de la labor ensayística de Carlos Reyles.[2] En la publicación de estos escritos hemos seguido, rigurosamente, la sucesión cronológica. Esta ordenación, en este caso, no responde a la facilidad meramente mecánica que ofrece una ordenación de tal índole. El orden cronológico, en esta oportunidad, es una necesidad impuesta por las cualidades mismas del pensamiento que el conjunto de estos escritos revela. En todos ellos, desde los iniciales hasta los postreros, es bien ostensible la presencia de unas cuantas ideas rectoras sustanciales que, con sostenida pasión, el autor ha ido puliendo, afinando, matizando e, incluso, corrigiendo. Ese núcleo de ideas —larvarias al comienzo, expuestas en forma tajantemente dogmática después, despojadas de asperezas en el momento de su culminación— sólo puede ser correctamente aprehendido a través de la lectura cronológica de los escritos en que se explayan. Es, el de Reyles,

1 *Tres narradores uruguayos* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1962).

2 Quedan fuera de estos volúmenes los artículos periodísticos publicados por Reyles en diversos diarios de Montevideo y del interior, en los cuales defendía las orientaciones que, según sus ideas, debía imprimirse a la explotación agropecuaria del país. También alguno, como el titulado *Sobre Primitivo* ("La Razón", de Montevideo, 23 de octubre de 1896), que tocan temas literarios

un pensamiento que se desenvuelve y crece ajustándose auténticamente al ritmo mismo de la vida de su autor, porque éste, y a pesar de la acerada firmeza con que sostiene sus convicciones, se esfuerza, siempre, por ajustar cada vez más su pensamiento a las situaciones que la realidad le muestra. Y como la realidad cambia, procura, en todo instante, que, sin desvirtuarse, ese pensamiento se mantenga a la *"altura de los tiempos"*, y sea como la piel misma de la realidad. Reyles, así, a través de los años, va matizando y armonizando sus ideas sin traicionarlas jamás. La unidad del pensamiento reyleano a través de todas sus etapas es indudable. Es, también, indudable que, no obstante, no se trata de un pensar inmovilizado o carente de progreso.

Las anteriores observaciones pueden, ahora, completarse con esta otra: en la evolución del pensamiento reyleano, son bien visibles, a nuestro juicio, cuatro momentos o etapas. El primer momento se explicita a través de una serie de trabajos circunstanciales, de los cuales hemos recogido en estos volúmenes los más importantes. Los enumeraremos más adelante. El segundo momento alcanza consistente expresión en un solo libro: *La muerte del cisne* (1910). El tercer momento se expresa mediante los dos *Diálogos olímpicos: Apolo y Dionisos* (1918) y *Cristo y Mammon* (1919) y, también, con *Panoramas del mundo actual* (1932). El cuarto y último momento se muestra en dos libros: *Incitaciones* (1936) y el póstumo *Ego sum* (1939).[3] De lo dicho antes, se in-

3 Este libro reedita, junto con otros ensayos, *Panoramas del mundo actual*, pero titulándolo *Mar de fondo de la crisis mundial* En nuestra edición hemos restituido dicho ensayo al lugar que cronológicamente le corresponde.

fiere fácilmente que estos cuatro momentos o etapas no constituyen orbes de pensamiento conclusos en sí mismos, herméticos y cerrados. Son instantes de una evolución cálidamente viva. Se intercomunican. Así como, cuando contemplamos varias fotografías de un mismo rostro tomadas en distintas épocas, reconocemos la identidad de rasgos a pesar de las variaciones impuestas por el tiempo, del mismo modo, ante las obras de las distintas etapas, reconocemos la unidad del pensamiento reyleano a pesar de la varia modulación que él adquiere en los distintos momentos. Nada más hermoso que el espectáculo de un pensamiento que manteniéndose siempre sustancialmente fiel a sí mismo, cambia, sin embargo, para ahondarse y depurarse, en un progreso constante. En las páginas que siguen, analizaremos las obras que constituye cada una de esas etapas, y procuraremos, entre otras cosas, hacer sentir esa doble cualidad de permanencia y transformación que caracteriza el pensar de Reyles.

II

El conjunto de trabajos que hemos elegido para representar el primer momento del pensamiento reyleano, muestran ya algunos rasgos de los que dan muy característica fisonomía a ese pensamiento en los momentos de su madurez. Algunas de las ideas básicas del autor se delinean ya aquí nítidamente. Pero, desde luego, el conjunto de esas ideas que, más tarde, se organizan en un todo compacto, coherente, sistemático, no aparecen todas ni se estructuran con la solidez con que después lo hacen. Este primer momento es el del nacimiento y, como tal, hace osten-

sible un pensamiento todavía larvario. Hay, sin embargo, en esas páginas, una *postura* ya muy dibujada y que revela una *dirección* ideológica bien definida. Son, también, la primer floración de un modo de *decir* el pensamiento que adquirirá magnífico esplendor en las obras posteriores. Salvo el primero, estos trabajos tienen un acusado carácter circunstancial: fueron escritos para defender una posición estética o para exponer doctrinariamente la base teórica de la acción ruralista o política que en esos momentos constituían interés fundamental en la vida del autor. Ese carácter circunstancial no les resta interés. Por el contrario, hace sentir lo fuertemente ligado que el pensamiento de Reyles se halla a su propia vida. No fue un teorizador de gabinete quien escribió esas páginas, sino un hombre en quien pensamiento y acción corrían parejos. Los trabajos a los que nos referimos son los siguientes: *El gaucho* (1892), *Biografía de don Carlos Genaro Reyles* (1894), *La novela del porvenir* (1897), *Prólogo a "Academias"* (1897), *Vida nueva* (1901), *El ideal nuevo* (1903) y *Discurso de "Molles"* (1908).

De los siete trabajos mencionados, dos están unidos por este vínculo común: uno y otro se refieren a aspectos de la vida rural uruguaya durante las últimas décadas del siglo XIX. El primero, *El gaucho*, aparecido en *La correspondencia de España* (Madrid, 1892), es un breve aunque interesante estudio del gaucho, tal como lo ve el autor en nuestra campaña de esos años; el segundo, *Biografía de don Carlos Genaro Reyles*, publicado en la *Revista de la Asociación Rural del Uruguay* (Montevideo, 1894), es un valioso testimonio sobre los métodos de explotación ganadera en nuestro país. Del primero de estos dos tra-

bajos interesa subrayar que él junto con el cuento *Mansilla* (1893) constituyen los lejanos antecedentes de una de las últimas novelas del autor: *El gaucho Florido* (1932). Ya Luis Alberto Menafra señala que este ensayo es *"la médula de la novela, en lo que se refiere a la concepción general del tipo gauchesco"* y hace notar que *"una de sus escenas, la de la doma, aparece exactamente reproducida en la novela"*.[4] Y, en efecto, tanto en el ensayo como en la novela, dibuja la figura del gaucho según una misma visión: aunque no disimula sus rasgos negativos subraya con particular vigor las cualidades positivas: su sentimentalismo primario pero fuerte y noble, su coraje y desprecio de la muerte y la fortuna, su paciencia que lo inviste de serenidad, su sana filosofía que le enseña a *jugarle risa* a las adversidades... El retrato resulta así a la vez realista y nimbado de un halo idealizante. Este halo idealizante no es, sin embargo, una proyección puramente esteticista de la visión que Reyles tiene del personaje. Responde a su ingénita necesidad de escarbar en la realidad hasta hallarle sus lados constructivos. Análoga observación cabe formular con respecto a la biografía de su padre. El amor filial está presente, es cierto, en esas páginas. Pero ellas no nacen, tan sólo, de ese amor filial. Ellas nacen, también, de la íntima necesidad del autor de presentar un ejemplo de labor rural progresista. En este sentido, son páginas preanunciadoras de otras en las que defiende una tarea que estima impostergable para el progreso del país: la de sustituir los viejos modos de explotación agropecuaria por otros nuevos, de carácter realmente sistemático y científico, que

4 Luis Alberto Menafra, *Carlos Reyles* (Montevideo, Universidad de la República, 1957). Páginas 275 y 67.

estén de acuerdo con el grado de evolución del Uruguay. Y así como *El gaucho* es un lejano antecedente de *El gaucho Florido,* del mismo modo la *Biografía de don Carlos Genaro Reyles* es, hasta cierto punto, antecedente inmediato de la primer novela larga del autor: *Beba* (1894), cuyo personaje protagónico, Gustavo Ribero, el hacendado dinámico y progresista, afanado en la creación de una estancia modelo y dedicado al refinamiento racional de sus rodeos, tiene, a la vez, rasgos del padre del novelista y del novelista mismo en lo que a sus ideales de criadores se refiere. [5]

Los dos trabajos siguientes, *Prólogo a "Academias"* y *La novela del porvenir,* también deben ser estudiados en conjunto. [6] Estos dos trabajos nos ponen frente a frente ante otra faz del pensamiento y de la personalidad de Carlos Reyles. Uno y otro exponen con precisión la concepción que de la novela o del arte de novelar tiene el autor. Rechaza de plano la idea de que la novela sea tan sólo un *"mero solaz, un pasatiempo agradable"*, y la concibe, contrariamente, como un modo de indagación del hombre, como una verdadera forma del conocimiento: penetrando *"cada vez más hondo en el alma del hombre y en el alma de la Na-*

5 En el estudio que Alberto Zum Felde dedica a Reyles en *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930) subraya ya las relaciones entre el hacendado y el escritor. También en su *Indice crítico de la literatura hispanoamericana - La ensayística* (México, editorial Guaranía, 1954). El tema ha sido tratado, asimismo, por Angel Rama y Walter Rela en sus prólogos a *El terruño* y *Beba*, volúmenes 3 y 62 de la Biblioteca "Artigas" de Clásicos uruguayos.

6 De dicho prólogo hay dos versiones la que antecede a *Primitivo* (1896) y la antepuesta a *El extraño* (1897) La segunda amplía la primera e introduce algunas correcciones. Nuestra edición reproduce la segunda versión *La novela del porvenir* es una replica a las críticas de don Juan Valera sobre *Primitivo*

turaleza", la novela dilata *"nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara"* (...) Algo más, todavía, importa destacar. Esa indagación en lo humano no debe ser una indagación ucrónica, sino bien ceñida a los particulares estremecimientos que cada época imprime en el hombre. El propósito del autor al escribir las *Academias* es trasmitir a través de ellas *"el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época"* y registrar *"hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado"*. El autor quiere, en definitiva, que su obra sea *"un fruto de la estación"*. Es importante poner bien a la luz esta atención de Reyles al latir del pulso de la época, porque ella es un rasgo esencial de su personalidad. Su atención a la circunstancia fue siempre indeclinable. No se rezagó nunca con respecto al tiempo que corría. Participó con alerta conciencia intelectual en todas las nuevas inquietudes que cada momento trajo. Y una evidente prueba de ello es su última novela, *A batallas de amor... campo de plumas*, publicada póstumamente en 1939, donde se adelanta a avizorar una temática (ardido erotismo, angustia de vivir, anásis de un mundo en descomposición) y un tono nuevos. Una y otros determinados, precisamente, por las circunstancia que en esos años se vivían. Dos centros de interés iniciales hallamos, pues, en el *Prólogo a "Academias"* y en *La novela del porvenir:* por un lado, expresan temprana y nítidamente una concepción de la novela que no sólo verifica el autor en todas sus obras sino que, también, encontrará, muchos años después, su explicitación plena y madura en un ensayo, *El arte de novelar*, incluido en *Incitaciones;* por otro lado, hace ostensible un rasgo, la

permanente atención a la circunstancia, fundamental en la fisonomía de Reyles. Pero ambos trabajos tienen, aún, un tercer centro de interés: ayudan a comprender la *situación* en que frente al Modernismo se ubica el autor de *El embrujo de Sevilla.* El tema es amplio e incitante. Tratarlo en extensión excede los límites de este prólogo. Haremos solamente unas rápidas observaciones, que iniciamos con esta pregunta: ante el Modernismo, ¿cuál es la actitud de Reyles? Es, en gran parte, una actitud de aceptación, de plegamiento a lo que el Modernismo tiene, por un lado, de "*espíritu de la época*" y, por otro, de impulso renovador de las corrientes literarias en boga. Reyles siente, con los modernistas, el atractivo de lo exquisito, de lo raro, de las sensaciones y emociones insólitas y crispantes; siente, también, el gusto por los refinamientos, y aún exquisiteces, formales, lo cual lo ubica en una posición innovadora cuya raíz se halla en la necesidad de afinar el instrumental expresivo. Sin lugar a dudas, no sólo las *Academias* sino también *La raza de Caín* (1900) son obras que, por muchas razones, tienen que ser estudiadas como manifestaciones del Modernismo en la narrativa. Julio Guzmán, protagonista de *El extraño* y uno de los agosnistas fundamentales de *La raza de Caín,* es típicamente un personaje modernista, y, dentro de ciertos límites, expresa convicciones estéticas y vitales del autor, aunque, en muchos aspectos, el autor mismo se separa de él y lo condena. Es posible, incluso, afirmar que Reyles conserva huellas de la infiltración modernista hasta en sus últimas obras. Pero, si nos es permitida la expresión, el modernismo de Reyles es un modernismo *atenuado,* posición que comparte, digamoslo al paso, con José Enrique Rodó, cu-

yos ensayos *El que vendrá* (1896), *La novela nueva* (1896) y *Ruben Darío* (1899) son bien expresivos al respecto. La aceptación del Modernismo por parte de ambos autores es moderada, cautelosa, restringida. Y no se trata de que carecieran del empuje intelectual y de la audacia de espíritu necesarias para aceptar lo que el Modernismo tenía de estéticamente revolucionario, sino que sus cautelas nacían de clarividencia intelectual. Ambos vieron con claridad lo que en el Modernismo había de limitado, pasajero y negativo. Tanto el *Prólogo a "Academias"* como *La novela del porvenir* testimonian eficazmente todas las anteriores afirmaciones. Los dos trabajos denotan que Reyles acepta muchos postulados del modernismo pero, al mismo tiempo, los supera. En la concepción de la novela defendida por Reyles en uno y otro trabajo se recogen muchas de las notas caracterizantes del Modernismo, pero amplía enormemente el horizonte modernista al concebir la novela como un modo de conocimiento, como un insuperable instrumento para la indagación del saber sobre el hombre. Esta dimensión cognoscitiva de la labor del novelista es, para Reyles, fundamental. Y esa dimensión trasciende lo que hay en el Modernismo de postura radicalmente esteticista. El mismo Reyles sintió la necesidad de evitar equívocos y suprimió, en su segunda *Academia: El extraño,* el lema *"Ensayos de Modernismo"* con que las había caracterizado en la primera: *Primitivo.*

Tres trabajos cierran la primer etapa de las cuatro en que hemos dividido el proceso evolutivo del pensamiento reyleano. Esos tres trabajos son los siguientes: *Vida nueva* (Montevideo, Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1901), *El ideal nuevo* (Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1903) y

Discurso de "Molles". El primero es un discurso pronunciado en Melilla el 8 de setiembre de 1901, en el acto inaugural de la fundación del club "Vida Nueva", constituido por un grupo de jóvenes pertenecientes al Partido Colorado; el segundo es un folleto publicado por Reyles para explicar las causas que motivan su separación de dicho Club, que había contribuido a fundar y del cual fue el primer Presidente; el tercero es un discurso pronunciado en Molles, en diciembre de 1908, con oportunidad del Congreso Ganadero realizado en dicha localidad. Estos tres trabajos son, pues, claramente ocasionales. Son respuestas inmediatas a las circunstancias de acción ruralista y política militante que vivía el autor. Pero este carácter circunstancial no les resta interés alguno en cuanto testimonios de la evolución del pensamiento de Reyles. Todo lo contrario. Estas tres piezas tienen un valor testimonial muy grande. Ellas ofrecen, en primer término, un muy preciso enfoque de la realidad nacional. Enfoque que, años antes, había encontrado expresión novelesca en *Beba,* y que, años más tarde, será de nuevo novelescamente explicitado en *El terruño* (1916). Ofrecen, en segundo término, y aunque en forma germinal y esquemática, algunas de las ideas sustanciales que informan, ya con plenitud y organización coherente, los ensayos posteriores del autor, en los cuales la ambición de crear obra literaria perdurable se conjuga con el esfuerzo por sistematizar un conjunto de ideas que postulan una personalísima concepción de la vida. ¿Qué rasgos caracterizan el enfoque de la realidad nacional verificado por Reyles en estos tres trabajos? ¿Cuáles son las ideas que en forma germinal hallamos en ellos y que adquirirán plenitud en la labor ensayística posterior del autor de

La muerte del cisne? A una y otra interrogante daremos respuesta a continuación.

En el enfoque que Reyles realiza de la realidad nacional en los tres trabajos citados, confluyen dos determinantes: por un lado, la situación político-social del país; por otro, la situación particular del propio autor dentro de ese contexto político-social. Sobre lo primero, sólo recordaremos que dos de esos trabajos fueron escritos en el período que media entre dos revoluciones, la de 1897 y la de 1904, y el tercero, cuatro años después de la última; sobre lo segundo, es preciso tener en cuenta que Reyles no sólo es un fuerte hacendado sino que se considera a sí mismo como el continuador de la obra progresista, en la explotación agropecuaria, de su padre. El enfoque que Reyles hace de la realidad nacional se asienta sobre estas dos situaciones y los ecos de las mismas se perciben en sus páginas. En ellas, se *ve,* ante todo, no al hombre de partido [7] sino al hombre que, para el progreso del país, confía antes que nada en la iniciativa personal y requiere, para su desenvolvimiento, el clima propicio que la situación político-social del país no parecía, todavía, ofrecerle. La especulación de Reyles, *hecha* desde la acción y para *proyectarla* en ella, no es una especulación abstracta. Hunde ardientemente sus raíces en la realidad y de la realidad

7 Reyles, igual que su padre, perteneció al Partido Colorado Pero en su acción política, así como en los escritos que estamos comentando, es evidente su esfuerzo por superar toda posición interesada o mezquinamente partidaria De su independencia da clara muestra su incidente con Baltasar Brum, en el Congreso Rural Extraordinario realizado el 30 de diciembre de 1915. Brum era, en esos momentos, Ministro del Interior. En el ya citado libro de Luis Alberto Menafra, el lector puede hallar interesantes detalles sobre la acción política y ruralista de Reyles Ver Capítulo V, *De la ciudad al medio del campo* (Enfoque de la realidad nacional), del Libro Segundo, *Desarrollo ascendente del Yo*

se nutre. En síntesis: denuncia una serie de males en lo social, político y cultural y propone un conjunto de remedios a esos males. Indicaremos, rápidamente, algunos de los males que el autor denuncia: somos un pueblo sin alma, *"un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque anímicamente no vive o vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original y castiza"*; persisten en nuestra conciencia nacional *"elementos bárbaros que siempre ha combatido la civilización y que sólo aparecen como fenómenos regresivos en las sociedades atrasadas o decadentes"*; nos abruma el *"espíritu criollo, levantisco, acometedor, vocinglero, capaz de palabras o acciones violentas, pero no del esfuerzo sostenido en que consiste la verdadera energía"*; nos devora la pasión política, *"tan ciega y ruin que antepone siempre, sin excepción, los intereses de los partidos"* al interés nacional; la política no de principios sino pasional que caracteriza a nuestros partidos es un elemento tremendamente regresivo, porque *"las opresiones coloradas determinan las revoluciones blancas, y las revoluciones blancas el renacimiento del caudillaje y la vuelta a los tiempos bárbaros"*; padecemos una política centralizadora *"y las plagas que forman su cortejo: el militarismo, el funcionarismo y el parasitismo"*; nuestros políticos verbalizan y no atienden a la realidad, practican un falso idealismo que es sólo una expresión del *"espíritu macarrónico"*; nos falta sedimentación cultural propia: *"...no tenemos, desgraciadamente, profetas* nuestros *que nos iluminen, filósofos que nos enseñen, grandes poetas que nos digan, por medio de la belleza, la última palabra sobre las cosas"*, *"casi todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendi-*

das con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo". Esto son sólo algunos de los males que denuncia Reyles en los tres trabajos que comentamos. Para escapar a esos males propone, en lo fundamental, estos remedios: asentar la acción política sobre una poderosa concepción de la vida, porque, dice a sus jóvenes correligionarios, *"nuestra obra será grande o pequeña, según sea pequeña o grande nuestra concepción de la vida";* depurar los partidos políticos, para que éstos ensayen *"la alta política, la política educadora, la verdadera política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización";* propugnar el fortalecimiento de la iniciativa y la acción privada para que ella prevalezca sobre la estatal, ya que *"hoy puede en general decirse, con la certeza de expresar, sino toda la verdad, por lo menos la mayor parte de ella, que el porvenir de un pueblo está en relación directa de la superioridad de la acción privada sobre la acción oficial";* defender ahincadamente los intereses del trabajador rural, porque el progreso de la campaña es el factor determinante de la grandeza del país. Este último punto es, ni que decirlo, para Reyles, fundamental. Léanse estas palabras: *Entre nosotros, no sólo la prosperidad, sino también la cultura propia, la castiza, la elaborada con los jugos nacionales, que es la única robusta y durable, saldrá del vientre fecundo de la campaña. He ahí porqué, en mi sentir, la actividad rural es una cosa cuasi sagrada; he ahí porqué se me antoja más grave e inteligente producir un carnero de cuarenta libras que pronunciar un discurso de cuarenta horas; he ahí porqué no vacilo*

en llamar miopes y obtusos a los directores de la opinión que no ven en cada estancia, en cada cabaña, en cada rancho empotrado en lo alto de las cuchillas como un nido de hornero en la punta de un poste, un foco de energía vivificante y un centro de cultura, donde, mejor que en las escuelas y universidades, se vigorizan los músculos y se afina la inteligencia del país (...)" Con esta sucinta exposición de "*males* que afectan al país y de "*remedios*" posibles, realizada espigando en diversas páginas de los tres trabajos que venimos comentando, damos por contestada a la primera de las dos interrogantes que antes formulamos: la que preguntaba sobre los rasgos que caracterizaban el enfoque de la realidad nacional verificado por Reyles en los mencionados trabajos. La segunda interrogante inquiría sobre cuáles son las ideas que en forma germinal hallamos en ellos y que adquirirán desarrollo pleno en la ensayística posterior del autor. Contestaremos brevemente que en los tres, pero especialmente en *El ideal nuevo* y en el *Discurso de "Molles"*, encontramos algunas de las ideas capitales que defenderá después con amplitud: culto de la fuerza; sentido utilitarista de la vida; elogio de la riqueza y de su poder creador no sólo de bienes materiales sino también de poesía y belleza; admiración por las sociedades anglo-sajones cuya pujante orientación utilitarista opone a la refinada pero decadente cultura latina.

Estos aspectos del pensamiento reyleano, gérmenes o anticipos de *La muerte del cisne*, serán tema del siguiente capitulillo de este prólogo. Antes de entrar a él, corresponde, a nuestro juicio, dar respuesta a otras dos preguntas: ¿Qué juicio merece el enfoque reyleano de la realidad nacional según lo dejamos ex-

puesto? ¿Qué relación guarda ese enfoque *teórico* con su verificación *novelesca* en las obras de su autor? A una y otra responderemos brevemente. Una de las determinantes de ese enfoque, repetimos, es la *situación* personal de Reyles en el contexto político social del país. Esta determinante no ha dejado de causar confusiones. Se ha llegado, incluso, a ver ese enfoque como la mera defensa que de sus intereses hace un millonario y poderoso hacendado, con olvido de que la verdad o falsedad de las ideas no proviene de que las piense o diga un proletario o un millonario. Y aunque dichas y pensadas por un millonario, muchas de las ideas de Reyles sobre la realidad nacional nos parecen rigurosamente valederas. Hay, desde luego, cierta exageración en sus afirmaciones sobre la carencia de virtudes sociales en nuestro país, como también en algunos otros puntos de su enjuiciamiento negativo sobre la situación socio-cultural del Uruguay. Exageraciones originadas, en gran parte, por el carácter circunstancial y en cierto modo polémico de sus tres trabajos comentados. Pero hay verdad evidente en su defensa de la necesidad de fortalecer la iniciativa privada en un país donde todo se esperaba, y se espera, del Estado; en su prédica para levantar el punto de mira de los partidos tradicionales a fin de que en ellos prive el interés nacional sobre el partidario; en su ardiente convicción de que el progreso de la campaña es equivalente a la posibilidad de desarrollo de la nación. Los tres opúsculos donde Reyles plantea estos puntos de vista permitirían un amplio ensayo donde se analizara la verdad de sus afirmaciones en relación con el momento histórico del país en la época en que fueron escritos y en el cual se estimara qué vigencia tienen *hoy* esas afirmaciones.

Aquí debemos restringirnos sólo a lo dicho y entrar a nuestra segunda interrogante. En dos obras, fundamentalmente, hallamos reflejadas novelescamente las ideas que en el plano teórico sostiene Reyles en *Vida nueva*, *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"*. Una, *Beba*, es anterior a esos trabajos, otra, *El terruño*, posterior. En la primera, ese reflejo se da, especialmente, a través de la oposición entre el espíritu progresista representado por Gustavo Ribero, estanciero dinámicamente afanado en la creación de una estancia modelo y en el refinamiento de sus "*rodeos*" y el espíritu regresivo de la familia Benavente y el caudillo Quiñones. Gustavo Ribero, en el cual se funden rasgos del autor y de su padre, es la voz cantante mediante la cual Reyles se expresa. *Beba*, para Alberto Zum Felde, "*es, ante todo, un canto al trabajo pecuario, a la industria rural, al esfuerzo de los cabañeros. Se exalta en ella ese esfuerzo y esa industria en su doble valor de creadores de la riqueza nacional y de manifestación de la energética realizadora del individuo*".[8] Estas exactas palabras hacen bien sensible la conexión entre *Beba* y el enfoque de la realidad nacional que ha quedado antes expuesto. En *El terruño*, novela donde confluyen muchas de las líneas constitutivas de la ideología de Reyles y en la cual da una visión más totalizadora de la campaña uruguaya, el autor hace decir a uno de sus personajes, Mamagela, lo siguiente: "*...la grandeza del país no saldrá de las Cámaras ni de las Universidades, sino de los galpones. Parece herejía y no lo es. En efecto, ¿qué vale más: un discurso de cuarenta ho-*

8 Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (Montevideo, Editorial Claridad, 1941). Pág. 345

ras o un carnero de cuarenta libras? Lo primero es puro viento, palabras embusteras que entran por un oído y salen por el otro; lo segundo es labor, inteligencia, pan en la casa del pobre, abundancia en la casa del rico y conciencia tranquila en la casa de todos (...)". Estas palabras, entre las que aparecen casi textualmente algunas del *Discurso de "Molles"*, sintetizan la postura de Reyles ante la realidad nacional. Y constituyen uno de los elementos del andamiaje ideológico de *El terruño*. La orquestación ideológica en esta novela es muy amplia. No podemos, ahora, tratar el tema en toda su extensión. Las referencias hechas nos parecen suficientes, sin embargo, para hacer sentir que *Vida nueva*, *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"* forman un cuerpo de ideas que se vertebran narrativamente en *Beba* y *El terruño*.[9]

III

En 1894, Reyles publica su primer novela larga: *Beba*; en 1900, la segunda: *La raza de Caín*. Entre ambas, se intercalan las tres *Academias: Primitivo* (1896), *El extraño* (1897) y *Sueño de Rapiña* (1898). En todas estas obras, más allá de las disimilitudes de contenido, intención y elaboración literaria, hay un ingrediente unificante: en todas se percibe la presencia de una raíz conceptual desde la cual crece la creación imaginativa. Esa raíz, bien hundida en la realidad, se nutre de sus jugos. Esa raíz conceptual

9 Un estudio interesante sería el de establecer las conexiones, punto por punto, de las ideas sustentadas en estos tres opúsculos político-ruralistas y la obra novelesca de su autor. Ese estudio no cabe dentro de los límites de este prólogo. Dejamos insinuado el tema.

es, simultáneamente, una interpretación de la realidad que da materia al novelista y una concepción general de la vida. En toda novela, se hallan, desde luego, implícitamente, una y otra cosa. Pero es posible notar que pueden hallarse de dos maneras distintas. En algunas novelas, *están* sin que haya mediado deliberación intelectual del autor; en otras, *han sido puestas* por el autor mismo con nítida intelectual deliberación. En el primer caso, la interpretación de la realidad y la concepción de la vida postuladas en la novela *salen* de ellas más que nada como un acto de interpretación conceptual del lector mismo; en el segundo, *son impuestas* al lector por el mismo novelista. Las novelas de Reyles pertenecen al segundo grupo. Concibe la novela, repetimos, como un modo del conocimiento, en el cual lúcidamente se funden el libre juego imaginativo y el rigor intelectual con que la realidad debe ser enfocada. En sus novelas, hay siempre bien subrayados algunos ingredientes que *obligan* a interpretarlas en determinado sentido. Es lo que se ha llamado técnica del segundo plano.[10] Esta concepción reyleana del arte de novelar es, desde luego, consecuencia de la consciente necesidad del autor de tener en todo momento, vistas claras sobre la realidad y la vida. Y esta necesidad origina otra: la de organizar y expresar con rigor conceptual su intuición de la vida y la realidad. Los trabajos analizados en el capitulillo anterior son ya expresivos de esta doble necesidad. Pero en ellos, el pensamiento reyleano sólo se manifiesta en forma germinal. En *La muerte del cisne* (1910), libro en el que trabajó in-

10 En *Leyendo a Reyles,* incluido en *Tres narradores uruguayos,* dedicamos mayor espacio a la exposición de las ideas de Reyles sobre *"el arte de novelar".*

tensamente durante casi tres años,[11] ese pensamiento germinal se muestra madura y sistemáticamente organizado.

La muerte del cisne se divide en tres partes: *Ideología de la fuerza, Metafísica del oro* y *La flor latina*, y se cierra con una *Conclusión*. En *ideología de la fuerza*, Reyles formula las ideas filosóficas básicas (se podría decir, incluso, científicas) que constituyen la raíz de toda su concepción del mundo y la vida. Toda esta parte se articula en torno de unas pocas ideas nucleares capitales. De esas ideas, a nuestro juicio, las fundamentales son las siguientes: a) La Fuerza es sustrato último y causa primera de todo el Universo. La Fuerza, escribe Reyles, "*une estrechamente los seres y las cosas como el hilo de seda las diferentes perlas del collar; ella dirige en la orquestación del universo, las inverosímiles arquitecturas moleculares y las construcciones pasmosas del espíritu, ella, finalmente, se impone cada vez con más tiranía al entendimiento como el* principio único *del que serían portentosos atributos por orden cronológico, la materia, la vida, la inteligencia, el alma...*" b) Por Fuerza debemos entender, simplemente, "*el nombre común y sintético de las energías naturales*". c) Materia y Fuerza son una y la misma cosa. Opina "*que la materia parece a todas luces una forma de la energía universal contenida en el éter; que materia y fuerza son la misma cosa, y que entre el mundo tangible y el mundo material no existe ningún abismo*". Y concluye: "*Los efluvios sutiles de la radioactividad,*

11 Luis Alberto Menafra, que ha podido consultar el *Diario* de Carlos Reyles, ofrece, en su obra ya citada, interesantes datos sobre el proceso de composición de *La muerte del cisne*. Ver Libro Tercero (*La crisis· crispación del yo*), Capítulo Primero (*"El culto trágico de la vida"*).

ni completamente materiales ni completamente etéreos, participan de las dos naturalezas y unen los dos mundos". d) Los fenómenos de la conciencia, lo que podríamos llamar el mundo del espíritu, no son más que formas de la Materia (esto es: manifestaciones de la Fuerza, ya que Fuerza y Materia se asimilan). *"Un acto, un pensamiento,* —escribe— *del mismo modo que una vida o un mundo, parécenme en su realidad primordial y esencia íntima, formas de la materia, y por lo tanto, momentos sutiles de la fuerza, no más sutiles, sin embargo, que la luz, la electricidad o las operaciones químicas, superiores a la de nuestros más poderosos laboratorios y más clarovidentes que los más fabulosos prodigios de nuestra razón, que realiza una microscópica gota de protoplasma..."* e) La observación, opina, nos pone cara a cara con un hecho indudable: *"el carácter guerrero de los fenómenos"*. Y, al respecto, escribe: *"Esta combatividad originaria y común que les presta a todos ellos así como un acentuado aire de familia, perceptible hasta para los observadores miopes, induce a Le Dantec a sustituir la noción de vida universal por la noción más exacta de lucha universal"*. Reyles aprueba esta fórmula: *"Ser es luchar; vivir es vencer"*. Sentencia, para el autor, verdadera tanto *"en lo que atañe a la materia como por lo que toca al espíritu. El carácter belicoso y la condición cruel son los lazos de parentesco que unen estrechamente los fenómenos físicos, vitales y morales. Los instintos, sentimientos e ideas luchan también por el espacio y la dominación"*. Y más adelante agrega, todavía: *"Una modesta, una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrinchera allí; congrega, muy luego, en torno suyo otras*

sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas: así dilata sus zonas de influencia *a los centros nerviosos; conquista después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de todo lo que se opone a su marcha triunfante, y sale, por fin, en son de guerra, audaz y avasalladora al mundo exterior para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos".* f) Las concepciones de la vida, las morales y las religiones de que se ha servido el hombre en su andar histórico, aunque en su fondo falsas han tenido un valor relativo: fueron ilusiones fecundas, demencias saludables. Fortalecieron la vida "*cuando la verdad hubiera sido como escarcha sobre los tiernos capullos de la rosa*" y la humanidad no estaba preparada para sustituir la falsa *razón divina* por la verdadera *razón física* de los fenómenos. g) En el "*vasto y heterogéneo panorama espiritual del mundo en las postrimerías del siglo XIX y los rojos albores del presente*", es posible discernir los signos que anuncian "*un espectáculo magnífico y emocionante*". ¿Cuál? "*Entre mil tribulaciones, el curioso se pregunta si está a punto de convertirse en realidad palpitante la transmutación de valores anunciada por el terrible profesor de la Universidad de Basilea, y si la Fuerza, como principio de la moral y medida de todas las cosas, no amenaza de muerte, a pesar de la Conferencia de la Haya y del humanitarismo, las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Bien, Mal, irguiéndose en medio de ellas, como un león vivo y rugiente, sobre las ruinas de una acrópolis poblada sólo de ídolos rotos, mutilados dio-*

ses y espectros terríficos en las sombras medrosas, mas irrisorios a la honrada luz del sol". Reyles da, por anticipado, su aprobación a ese espectáculo del cual halla indicios en la "*atmósfera espiritual*" que se respira en el cruce de los siglos XIX y XX. Acepta esa transmutación de todos los valores que propone el profesor de Basilea, porque ella, según el autor de *La muerte del cisne,* no sólo es inevitable sino decididamente beneficiosa para el hombre. El Conocimiento, afirma, destruye implacablemente las viejas "*ilusiones favorables a la existencia*" mientras el "*instinto vital*" crea otras nuevas, que surgen, como de su fuente, del reconocimiento de que es la Fuerza "*el alma del mundo y la* causa primera *de todas las cosas*". Y esas nuevas "*ilusiones favorables a la existencia*" serán las óptimas, ya que no se opondrán a la Fuerza sino que tenderán a seguir la dirección vital que ella misma les imprima. Esas nuevas ilusiones fundamentarán una nueva ética. Las viejas normas del humanismo, agonizantes según Reyles, deben periclitar del todo. Y otras, más viriles y saludables, orientarán la acción y la conducta humana. Será una ética basada en la ley que la Fuerza impone, y como los valores éticos no pueden contrariar a los vitales, esa ética se apoyará en el *instinto de dominación* y aceradamente procurará fortalecerlo. Porque "*la elección de la Vida entre aquello que la propaga y robustece, y aquello que la amengua y desvirtúa, no puede ser dudosa. Lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a ella; lo malo, lo injusto, lo falso lo que a ella se opone*". En definitiva: la Etica concordará con la Vida y ésta, en su ansia de expansión, impone el predominio de los fuertes, el sacrificio de "*las masas a los aristos*". Estas son las ideas capita-

les defendidas por Reyles en la primera parte de *La muerte del cisne.* ¿Cuál es el contenido de las partes segunda y tercera? En *Ideología de la fuerza* adhiere Reyles, "*salvo ligeras restricciones*", a la interpretación materialista de la historia: "...*la sociedad no ha sido nunca ni será en el porvenir la obra santa del Bien, de la Justicia ni del Derecho, sino el engendro diabólico del instinto vital dominante, o como quiere Marx, el producto de la lucha de clases, engendrada, según él, por la evolución de los intereses y que determina, por añadidura, el proceso de la historia*". Pero hay algo, afirma Reyles, que se le "*antoja realmente imperdonable en el sesudo Marx: es la incomprensión del valor divino de la moneda, después de haber comprendido su valor fisiológico, digámoslo así, en el desarrollo orgánico de las sociedades*". La segunda parte, *Metafísica del oro*, de *La muerte del cisne*, está destinada a exaltar ese valor *divino* de la moneda; es no la defensa sino la glorificación de la Riqueza. El Oro es, para Reyles, Fuerza acumulada. En los hombres y en los pueblos, el ansia por adquirir riquezas es una manifestación del instinto o voluntad de dominio, que, como expresión de la fuerza, rige la vida universal. Con todo rigor, *Metafísica del oro* es la proyección en la arena de la actividad social humana de las ideas directrices defendidas en *Ideología de la fuerza.* Por eso afirma que el Oro es "*el elemento divino de las sociedades como la fuerza es el elemento divino del universo*". Conviene subrayar, además, que toda esta parte de *La muerte del cisne* se vincula estrechamente con las ideas sustentadas en *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"*. En estos dos trabajos aplica a la circunstancia concreta nacional, lo que en *Metafísica del oro* desa-

rrolla en plenitud y sin sujeción a un fin práctico inmediato. En cuanto a *La flor latina,* tercera parte del libro, diremos sólo unas pocas palabras. Reyles piensa *que "la flor de la dulce Francia, la Ciudad Luz, París, es el símbolo y el término de la civilización greco-latina",* y se esfuerza en demostrar, siguiendo la orientación ideológica de las dos primeras partes de su libro, que allí *"la antigua sabiduría, después de haber amamantado al mundo en sus ópimos pechos y robustecido tantos ideales de pálida tez, agoniza entre pompas y esplendores, conservando orgullosamente la belleza del gesto".* La *flor latina* es la *flor* de la cultura humanista, contraria a la enérgica expansión de la vida que reclama la ideología de la fuerza. Esa cultura, con todas sus delicadas morbideces, es casi una flor de invernadero. Carece de virtudes viriles. Sensual y refinada, predomina en ella el *signo* femenino. La *flor latina* es, en definitiva, una flor bella pero carente de vigorosa savia, atrayente pero inútil. *"Las cristalizaciones típicas de la civilización francesa,* — afirma Reyles — *y aún podría decirse de la civilización greco-latina de la que es París el dechado y la simbólica flor, son los refinamientos de la sensibilidad y las elegancias mentales: superioridad palmaria en las cosas del espíritu, lo que le permite imponerle al mundo sus gustos estéticos y modas sentimentales: inferioridad no menos patente en el campo de lo que llamaría el enérgico ex-presidente yanqui la vida intensa, donde las voluntades anemiadas por las sangrías del sentir y del pensar desfallecen y se doblegan sumisas ante otras voluntades limpias de toda intoxicación literaria y que no tienen los ojos* ebrios de luna *sino fulgentes de luz solar".* Como Rodó en *Ariel,* Reyles propone en *La*

flor latina un ejemplo bien concreto que hace visible el conjunto de ideas que antes ha movilizado. El análisis de la situación en que se halla la decadente *flor latina* demuestra, según Reyles, que toda forma de vida y cultura que se desconecta de la Fuerza originaria, está condenada a amustiarse y perecer. Esa situación corrobora, para el autor, las afirmaciones mantenidas en *Ideología de la fuerza* y *Metafísica del oro*. Otra corroboración de sus ideas se halla, para Reyles, en la situación de ascenso vertical de las sociedades germanas y anglo-sajonas, cuyo progreso se debe a que, siguiendo la ley de la Fuerza, se orientan, unilitariamente, en el sentido que impone la voluntad de dominio y el instinto de expansión vital.

Tal es el cuerpo de ideas sustentadas por Reyles en *La muerte del cisne*. Lo hemos expuesto con cierta extensión porque este libro constituye, digámoslo así, la piedra angular del edificio ideológico reyleano: esas ideas, que informaban ya los libros anteriores del autor, se organizan en *La muerte del cisne*, por vez primera, en forma sistemática; esas ideas, aunque depuradas, y en algunos aspectos corregidas, informan, también, los libros posteriores del autor de *El Terruño*. Expuesto el contenido de *La muerte del cisne* y señalado su carácter de piedra angular del edificio ideológico reyleano, corresponde, ahora, formular dos preguntas e intentar darles respuesta. La primera de esas preguntas es la siguiente: ¿qué situación ocupa o en qué lugar se ubica *La muerte del cisne* dentro del contexto de la historia de las ideas en el Uruguay? Con exactitud, el Dr. Arturo Ardao precisa cuál es esa situación en su libro *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX* (México, Fondo de Cultura Económica, 1956). *"Dispersas notas materialis-*

tas, algunas muy acentuadas. —escribe Ardao— *se ofrecieron ya en el Uruguay en un ala radical del positivismo sajón en boga después del 75. Se registran en escritos de hombres como Angel Floro Costa, Julio Jurkowski o José Arechavaleta. Pero un materialismo declarado no existió verdaderamente entre nosotros en el siglo XIX*". Y agrega, luego, que a partir del 900 "*aquellos gérmenes materialistas se habrían de corporizar en una de las dos grandes corrientes que generó la disolución del positivismo de escuela. Mientras por un lado se despliega la filosofía de la experiencia, de inspiración neo-espiritualista, por otro lado el espíritu ciencista que aquel positivismo consagró, impulsa un franco materialismo*". El materialismo uruguayo, de acuerdo con Ardao, pasó por distintas fases, y tras sus primeras manifestaciones superficiales, se consolidó canalizándose en dos orientaciones principales: "*una, la del materialismo científico energetista, que se agota del punto de vista teórico en el primer cuarto del siglo; otra, la del materialismo dialéctico marxista, que se prolonga hasta nuestros días, monopolizando prácticamente, desde el segundo cuarto del siglo, el pensamiento materialista nacional*". Dentro de esa corriente del materialismo científico energetista se ubica *La muerte del cisne* y es la primera manifestación plena de la misma. Cabe agregar, todavía, que las fuentes del materialismo científico energetista de Carlos Reyles pueden hallarse en Le Bon y Le Dantec, en lo científico; en Marx y Engels, en lo social, histórico y económico; en Nietzsche, en lo ético (o, más todavía, en la concepción general de los valores y de la vida. Nietzscheano es el vitalismo de Reyles. Como lo es, también, su defensa de la voluntad de poderío y del instinto de expansión

vital. No son estas, desde luego, sus únicas fuentes. Lo es, asimismo, el pensamiento de Guyau. Y de Charles Maurras, a través de su libro *El porvenir de la inteligencia*, tal como lo ha señalado, pormenorizadamente, el Dr. Osvaldo Crispo Acosta.[12] La indicada situación o ubicación de *La muerte del cisne* en el proceso evolutivo del pensamiento uruguayo, le da, inicialmente, una indudable significación: es un elemento testimonial de una etapa fundamental de ese proceso, y, teniendo en cuenta la jerarquía literaria de su autor y la indudable autoridad intelectual que la obra evidencia, surge de por sí la excepcional importancia de ese valor testimonial. Pero, además, *La muerte del cisne* tiene innegables valores intrínsecos, en *cualidad* de pensamiento y *calidad* literaria, independientemente de su valor histórico documental. La segunda pregunta que se plantea, por lo tanto, es la siguiente: ¿Qué valores perdurables en pensamiento y realización literaria es posible subrayar en *La muerte del cisne?* Para dar respuesta a esta pregunta, debemos abrir camino haciendo, primero, algunas observaciones sobre la *originalidad* del pensamiento de Reyles, tal como se expresa en *La muerte del cisne*, y, segundo, sobre el *grado de adhesión* que ese pensamiento puede promover. En lo que a lo primero se refiere, hemos visto, ya, cuáles son las fuentes del pensamiento reyleano. Digamos, ahora, que Reyles realiza, por un lado, una *amalgama personal* con los elementos que le aporta el pensamiento de los autores de que se nutre, y, por otro, añade, en unos casos, ingredientes nuevos a ese pensamiento de donde el suyo mana, o, en otros casos, invierte la dirección

12 *Motivos de Crítica* (Montevideo, Biblioteca "Artigas" de Clásicos Uruguayos, 1965) Tomo II, pág 176

hacia donde ese ajeno pensamiento se dirige. Así, por ejemplo, a los motivos ideológicos que Nietzsche le proporciona (instinto de dominación, moral de los fuertes, trasmutación de todos los valores, etc.), agrega Reyles, como justamente ha observado Zum Felde, su "*metafísica del oro*", en todo extraña al pensador alemán.[13] Otro ejemplo: comparte la concepción materialista de la historia de Marx, pero las consecuencias que infiere son contrarias al marxismo. Esa concepción materialista de la historia no lo lleva, como a Marx, a postular una transformación revolucionaria de la sociedad que, mediante la dictadura del proletariado, aniquilaría la organización económico-social capitalista, determinando, al fin, la desaparición de las clases sociales. Invirtiendo, en este aspecto, el pensamiento marxista, proclama la divinidad del Oro y las excelencias de la Riqueza. En cuanto al *grado de adhesión* que el pensamiento reyleano pueda promover, conviene precisar, ante todo, que hemos usado deliberadamente dicha expresión a fin de evitar los términos *verdad* y *falsedad*, que, a nuestro juicio, serían aquí inoportunos. La tarea de elucidar la *verdad* o *falsedad* del pensamiento reyleano, obligaría a la discusión total de la posición filosófica en la que se inscribe y de los autores que son raíces del pensar del uruguayo. Esa tarea escapa, desde luego, a los límites de este trabajo. No ocurre así con la fórmula que hemos empleado. Es fácil subrayar el *grado de adhesión* que el pensamiento de Reyles puede promover: se puede compartir sin retaceos el vitalismo entusiasta de Reyles, su casi dionisíaco afán de hacer de la vida *más vida*, pero no es posible plegarse a

13 *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (Montevideo, Editorial Claridad, 1941). Pág 357.

su dogmatismo limitante, ni dejar de sentir las íntimas contradicciones que corroen su pensamiento. Ya algunos críticos — Zum Felde, Crispo Acosta [14] — han anotado que Reyles no ve — o, mejor, quizás, no quiere ver, pues voluntariamente se ciega — más que algunos costados de la realidad. Anotemos, todavía, que parecen incompatibles y contradictorias su exaltación de la vida y su negación de muchos valores vitales que, sin embargo, hacen también de la vida *más vida*. El pensamiento que en *La muerte del cisne* se explaya posee, en consecuencia, una *originalidad relativa* y un acusado *valor fermental*. Originalidad relativa que proviene no solamente de lo que Reyles agrega al pensar de sus maestros sino también de la fuerte entonación personal que a ese pensar le trasmite el autor de *Beba*, valor fermental que nace, precisamente, de las adhesiones y rechazos que promueve el edificio de ideas construido en las páginas de *La muerte del cisne*. Digamos, por fin, que la obra ofrece momentos de admirable prosa, especialmente en la magnífica tercera parte, la literariamente más perfecta, y, también, de más ágil andadura. En definitiva: *La muerte del cisne* ofrece el espectáculo siempre incitante de un hombre que busca la verdad (quizá, mejor, *su* verdad) y una realización literaria de indudable jerarquía, con páginas de alto valor estilístico. Por una y otra razón, *La muerte del cisne* no sólo tiene un valor documental histórico sino que posee valores intrínsecos perdurables. Explicitar del todo esos valores requeriría un análisis que hiciera bien ostensible la cualidad o entonación personal del pensamiento de Reyles y los rasgos característicos de

14 Véanse el *Proceso intelectual* y los *Motivos de crítica* citados.

su estilo ensayístico. Y, además, la interdependencia de pensamiento y estilo. Sin posibilidad de desarrollarlo aquí, insinuamos el tema que, nos parece, tendría no escaso interés crítico.

IV

En *La muerte del cisne*, repetimos, son ostensibles contradicciones internas que corroen el pensamiento reyleano. Señalamos ya alguna. Es, ahora, el momento de señalar otra. La Fuerza es, para Reyles, la causa primera y el alma del mundo. Para él, toda la realidad, material o no, es, meramente, manifestación de la Fuerza. Pero ocurre que, en la realidad, hay muchas entidades que son, sin lugar a dudas, negaciones de esa Fuerza causa primera de todo y origen de la voluntad de dominación y del egoísmo vital que, en *La muerte del cisne*, son los resortes de toda la ética reyleana. Ahora bien: si la Fuerza es causa primera y origen de todo, ¿cómo explicar la existencia de lo que a ella se opone y la vence? Es innegable que es preciso optar entre una de estas dos posibilidades: 1) existe un *principio primero* contrario a la Fuerza, tan poderoso como ella y que conjuntamente con ella actúa pero en sentido contrario; 2) de la Fuerza misma sale lo que se le opone y la vence. La primer posibilidad no aparece ni insinuada en *La muerte del cisne*. La segunda, insinuada en el libro, hasta cierto punto, plantea esta interrogante: ¿cómo se explica esa especie de traición que la Fuerza se hace a sí misma? Este y otros problemas erizan de contradicciones la ideología expuesta por Reyles en *La muerte del cisne*. Y cuando, en 1914, la guerra

enfrenta a Germania, representante de la "*tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social*", y a Lutecia, representante de la "*tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario*", Reyles experimenta, en primer término, la insuficiencia de sus planteos teóricos expuestos en *La muerte del cisne*, y, en segundo lugar, la inadecuación de los mismos respecto a su visión actual de la realidad, ya que su adhesión a la causa de Francia aparecía como incompatible con sus dogmáticas afirmaciones sobre la Fuerza y sus derivaciones político-sociales. De esta situación, que se podría interpretar como una crisis emotivo-conceptual del autor de *La muerte del cisne*, nacen los dos *Diálogos* olímpicos: *Apolo y Dionisos* (1918) y *Cristo y Mammón* (1919), que, junto con *Panoramas del mundo actual* (1932), constituyen las expresiones de la tercer etapa en la evolución del pensamiento reyleano. Esos dos *Diálogos*, por un lado, *matizan y completan* el pensamiento expuesto en *La muerte del cisne*; por otro, lo *corrigen*. Entre *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos* hay, pues, a la vez, *continuidad* y *divergencia*. Esta divergencia es visible no sólo en el contenido sino también en la textura literaria. Reyles, cuyo agudo sentido estético no falla, encuentra para los *Diálogos olímpicos* la estructura literaria que se adecúa a la situación de crisis emotivo-conceptual aludida. Dos avenidas temáticas se abren, pues, cuando se enfrenta el lector a los *Diálogos olímpicos*: una, constituida por el contenido de los mismos; otra, por su estructura literaria.

En *La muerte del cisne* hay una *metafísica materialista* (la Fuerza, causa primera, tiene su manifestación primera en la materia, con la cual de hecho se identifica, y de ambas salen la vida y el espíritu);

una *ética vitalista* cuyo fundamento se halla en la voluntad de dominio (los valores éticos positivos son los que acrecientan la vida y hacen del ser más ser, aún a costa del aniquilamiento ajeno); una *concepción político-social plutocratista* (el fin de toda sociedad debe consistir en acrecentar su riqueza, encarnación de la Fuerza y de los valores ético-vitales). En los *Diálogos olímpicos,* la metafísica materialista del autor permanece invariable. No ocurre lo mismo con su voluntarismo ético vitalista ni con su concepción político-social plutocrática. Ni una ni otra postura ideológica desaparecen, y, en este sentido, los *Diálogos olímpicos* continúan *La muerte del cisne.* Pero, repetimos, en esos aspectos, el autor por un lado completa y por otro corrige su pensamiento. ¿En qué lo matiza y completa? Procurando superar las contradicciones antes indicadas. ¿En qué lo corrige? Haciendo entrar en su concepción aquellos valores *"de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien",* que en *La muerte del cisne* aparecían como *"ídolos rotos",* meros espectros *"irrisorios a la honrada luz del día".* Una y otra tarea —completamiento y corrección de su ideología— las realiza Reyles poniendo en juego algunos esquemas conceptuales apenas subrayados en el libro de 1910 y que se destacan fuertemente en los de 1918 y 1919. *Voluntad de conciencia, ilusiones vitales y sonambulismo del hombre* son los resortes ideológicos que darán, ahora, su dinámica al pensamiento reyleano. ¿En qué consisten esos resortes ideológicos? La nietzscheana *voluntad de dominio,* raíz de la ética de *La muerte del cisne,* subsiste en los *Diálogos olímpicos,* pero en ellos agrega Reyles una nueva noción: la *voluntad de conciencia.* La segunda no se opone a la primera: surge,

según Reyles, de ella. A pesar de su origen, la *voluntad de conciencia*, que *"lucha por libertarse de las tiranías"* de la *"despiadada y a la vez fecunda voluntad de la naturaleza"* para refugiarse en las *"fortalezas del espíritu y el alma"*, logra, al fin, forjarse su propia ley y vivir de acuerdo con ella. Se instaura, así, un nuevo principio: a la *"razón universal, que es fuerza"* se opone *"la razón humana, que es justicia"*. El hombre se ha creado *"un mundo donde no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campa por sus respetos y vive como un rey en su reino"*. De esta *voluntad de conciencia* nacen, a su vez, las *ilusiones vitales* y el *sonambulismo del hombre*. Las primeras son una herramienta de la *voluntad de conciencia*, el instrumento del cual se vale para forjar la *realidad humana* y la *verdad del hombre*: el segundo es un *estado* al cual llega la conciencia humana. El hombre *"más que de verdades lógicas se alimenta de ilusiones vitales"*, de *mentiras saludables* que lo ayuda a vivir. Por eso, la *"era humana comienza con la ilusión. Más que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al hombre de la bestia es saber fabricar ilusiones"*. Las *ilusiones vitales*, aunque sean *"desde el punto de vista científico real puras fantasmagorías"*, constituyen las *verdades humanas* con las cuales vive el hombre. Instalado en el recinto que la *voluntad de conciencia* y las *ilusiones vitales* le crean, no ve ni concibe al mundo ni a sí mismo tal como son, sino como él quiere que sean. Y vive y actúa de acuerdo con esa imagen. Es éste el *sonambulismo humano*, que convierte al hombre en *animal* metafísico y lo hace luchar *"heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según su ley"*. Y de este modo logra Reyles que entren en su

ética y en su concepción político-social, sin que ellas pierdan su signo de vitalismo voluntarista, los valores ideales positivos defendidos por las morales espiritualistas. Son legítimas creaciones humanas, que, para Reyles no niegan la *voluntad de dominio*, porque acrecientan el ser y la vida, y nacen como una especie de conciliación de los contrarios: *"del odio nace el amor, de la discordia la armonía"*; *"el hombre es un puro egoísmo... que remata, por tácito convenio, en pura sed de justicia"*; la voluntad no se opone a la inteligencia, porque *"la inteligencia es la mano de la voluntad"*. Por eso, al fin del segundo de los dos *Diálogos*, Zeus anuncia la *"reconciliación de Apolo y Dionisos y la armonía de Cristo y Mammon"*. Porque, continúa Zeus, *"la pugna de aquellos y la enemistad de estos fue, a decir verdad, sólo aparente; parecían principios opuestos y eran manifestaciones del mismo principio, concurriendo al mismo fin. Los antagonismos de los dioses, de igual modo que los antagonismos sea del cosmos, sea del mundo, se penetran y resuelven dentro de mí en íntima y acabada alianza, como los sexos contrarios se maridan y funden en la amorosa lucha para dar nacimiento a la armonía del nuevo ser. La historia del universo proclama esa irresistible tendencia a la lucha y luego a la fusión cadenciosa de los ritmos opuestos. Temis domina cada vez más el caos y este mismo, si bien se considera, es orden sin orden, como si dijéramos orden en bruto. La línea curva se compone de infinitas rectas, la concordia de infinitas pugnas"*.[15]

---

15 El lector interesado en estos aspectos del pensamiento de Reyles debe consultar el excelente trabajo de Arturo Ardao, *La voluntad de conciencia en Reyles* (Montevideo, Universidad de la República - Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962), donde, lúcidamente y con rigor filosófico, se es-

Mediante las nociones de *voluntad de conciencia*, *ilusiones vitales* y *sonambulismo del hombre* procura, pues, Reyles, completar el pensamiento de *La muerte del cisne*, y, al mismo tiempo, corregirlo, pero sin que esa corrección niegue las convicciones sustanciales sustentadas en dicho libro. Al hacer surgir esas tres nociones de la *voluntad de dominio*, conserva y al mismo tiempo completa el sentido de esta última noción; al hacer surgir de las *ilusiones vitales*, cuya raíz es la *voluntad de dominio*, los valores positivos de las morales espiritualistas, consigue que ellos se inserten en el voluntarismo vitalista que fundamenta *su ética sin que esa inserción varíe su orientación* esencial; subsiste la convicción de que lo vitalmente positivo es la *gravitación del ser sobre sí mismo*, el *instinto de soberanía*, el *deseo de poder*. Esta revisión del contenido de *La muerte del cisne* es realizada por Reyles adecuando la forma a la situación, hasta cierto punto conflictual, por la que él mismo ha pasado. En *La muerte del cisne* el tono es dogmático, tajante, como de quien siente que ha apresado vigorosamente una verdad y, más que exponerla, la proclama. En el libro no existe el menor resquicio por donde pueda colarse la vacilación o la duda. Está hecho de afirmaciones apodícticas. Los *Diálogos olímpicos* muestran en su textura formal las vicisitudes íntimas por las que ha pasado su autor. Reyles ha vivido dentro de sí el enfrentamiento dialéctico de ideas antagónicas. Los interlocutores de los *Diálogos* son una proyección de esa aventura íntima. En el primero, *Apolo y Dionisos*, se siente que Apolo es la voz cantante

tudia el tema, con muy exactas precisiones sobre la relación del pensamiento reyleano con el de A. Fouillée, de quien toma la expresión *voluntad de conciencia*

del pensamiento *actual* de Reyles, mientras que, aun cuando con algún nuevo matiz, Dionisos es el eco fiel del Reyles que escribió *La muerte del cisne*. En el segundo, *Cristo y Mammón,* Cristo es el altavoz de las objeciones que íntimamente Reyles ha formulado a su propia *metafísica del oro,* y, también, en parte, a ciertas proyecciones éticas de su *ideología de la fuerza*, mientras que Mammón expresa el pensamiento *actualizado* del autor. La concepción de los *Diálogos olímpicos* como una asamblea de dioses donde dos de ellos, en cada uno de los *Diálogos,* se enfrentan para sostener posiciones aparentemente contrarias que al fin se concilian, es, pues, un adecuado *correlato objetivo* de la *situación subjetiva* conflictual de Reyles. De ahí que se siente en el tono de los *Diálogos olímpicos* algo inexistente en *La muerte del cisne.* Hay en ese tono algo así como un delicado temblor que proviene del enfrentamiento dialéctico de ideas que se oponen, para, a través de la oposición, afinarse y pulirse. Y llegar, finalmente, a la conciliación. Por otra parte, la aguda sensibilidad estética que le permitió a Reyles hallar un *correlato objetivo* adecuado afinadamente a su *situación subjetiva,* produjo, en los *Diálogos olímpicos,* óptimos resultados literarios. Los personajes, no obstante hallarse empapados de contenido simbólico, no pierden nunca su calidad de seres vivientes. Es admirable la vivacidad colmada de matizaciones con que se comunica su enfrentamiento dramático. Y no menores son los logros descriptivos obtenidos por el autor. Las figuras y situaciones se trasmiten con plástico relieve. Se visualizan estupendamente. Y, además, sin que el autor pierda nunca el sentido de la mesura. No incurre en fáciles colorismos. Más que la brillantez del colorido procura y

admirablemente logra la precisión del dibujo. A estas calidades, es preciso agregar la de los valores estilísticos, superiores, aquí, a los de *La muerte del cisne* (aunque no pocos pasajes de *La flor latina* tienen pareja calidad). Es la de los *Diálogos* una prosa ensayística de alta jerarquía. Combina el período amplio con el conciso, la robustez con la gracia. Es una prosa cuidada y que, sin embargo, fluye con naturalidad y se hace leer sin esfuerzo. Todo lo cual hace, de los *Diálogos olímpicos,* desde el punto de vista estrictamente literario, una de las obras más sólidas del autor de *El terruño.* Los *Diálogos olímpicos* son, sin lugar a dudas, a nuestro juicio, uno de los momentos en que la literatura de ideas ha alcanzado, en el Uruguay, un más alto nivel literario.

Junto a los *Diálogos olímpicos,* hemos ubicado, en esta tercer etapa de la evolución del pensamiento reyleano, el ensayo titulado *Panoramas del mundo actual* (1932). En este ensayo, escrito cuando Reyles, tras larga ausencia, vuelve a radicarse en el Uruguay, el autor enfrenta los *"conflictos del confuso mundo actual"*, que atraviesa *"el momento más trágico y grandioso de la historia"*. El comentario a *Panoramas del mundo actual* puede hacerse brevemente respondiendo a dos preguntas: ¿En estas páginas, escritas cuando ha transcurrido más de una década de la publicación de los *Diálogos olímpicos,* ha variado la postura filosófica global de Reyles? ¿Cuáles son los conflictos y problemas a los que se refiere y qué soluciones vislumbra para ellos? En lo que se refiere a la primer pregunta la respuesta es bien sencilla: Reyles confirma el pensamiento expresado en los *Diálogos olímpicos,* de los cuales transcribe varios fragmentos, y reitera en todo sus convicciones sobre la

interrelación entre la *voluntad de dominio*, la *voluntad de conciencia*, las *ilusiones vitales* y el *sonambulismo universal del hombre*. Como en los *Diálogos*, estas nociones, en *Panoramas*, constituyen la raíz de la concepción reyleana de la vida humana. Algunas citas bastan para comprobarlo. Sobre la *voluntad de conciencia*, afirma: "*...Nietzsche no se percató que la voluntad de dominación, base de su filosofía, crea para dilatar su imperio, la voluntad de conciencia, protectora de las aspiraciones superiores del mortal, que aquélla parecía condenar, y que no sólo forja ilusiones durables, sino que éstas son nuestras realidades profundas porque salen del inconsciente, y la existencia pasada, presente y acaso futura de la humanidad, hablan por boca de ellas*". Confirma su convicción de que el hombre ha sabido crearse su propio mundo: "*Ya relaté la colosal aventura del vertebrado, cuya conclusión es ésta: el hombre se rebela contra la ley del cosmos, quiere imponerle la suya y para ello fabrica el mundo encantado de la conciencia, donde reinan la libertad, la justicia y el amor, en el imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y la lucha*". Vuelve a afirmar la conciliación de los contrarios: "*Del egoísmo aguzado por la levadura de la más vida, a la que tiende la vida fatalmente, la cual, dicho sea de paso, no acata otras pautas que las dictadas por ella misma para dilatar su propio imperio, brota, como flor en rama espinosa, el altruísmo. De la voluntad de dominación, espoleada también por la más vida de las ilusiones vitales, nace lo que no vio Nietzsche: la voluntad de conciencia; acicate, no freno de aquélla; y henos convertidos en opresores y egoísmos andantes que tienen por Dulcinea la equidad.*" Estas citas confirman que *Panoramas del mundo actual* reco-

ge el pensamiento de los *Diálogos olímpicos* sin agregar nada nuevo a la postura filosófica global de su autor. Simplemente la sintetizan y precisan. Lo que el ensayo aporta como novedad se hallará respondiendo a la segunda pregunta que antes formulamos. Esa pregunta, en verdad, se descompone en dos. ¿Cuáles son los problemas que enfrenta el hombre del "*confuso mundo actual*", de la "*era industrial*" en que vivimos? Para Reyles, éstos: el hombre ha creado un mundo prodigiosamente rico pero sobre el cual ha perdido el dominio; el caos se ha instalado en ese mundo y el hombre vive en su interior un reflejo de ese caos; el conocimiento conspira contra las ilusiones vitales; las viejas ilusiones vitales han sido destruidas y no hemos todavía elaborado otras nuevas. En definitiva: vivimos una crisis. ¿Qué soluciones se vislumbran? Cavar en la *arena movediza del yo* hasta llegar a la *roca dura del alma*. Esto es: pasar del caos al orden. Construir sobre las *ilusiones vitales* perennes las nuevas que permitan dominar ese mundo fabuloso cuyo contralor el hombre ha perdido. Debe surgir un hombre nuevo en el que armónicamente se fundan técnica y cultura: "*El hombre nuevo será, a lo que parece, no el troglodita tecnificado que nos propone Rusia y en menor grado los Estados Unidos, ni el estático de Oriente, sino el dinámico del europeísmo que se esfuma, el hombre pronto, ágil, apto, cambiante como las circunstancias, adobado por la cultura y la técnica; hombre universal que ha dado la vuelta al mundo de su conciencia y del conocer; formidablemente sapiente, taumaturgo y mudable porque sabe que sus ficciones, aunque sean sus realidades profundas, son volanderas*".

En el capitulillo anterior, y con respecto a *La muerte*

del cisne, indicamos la conveniencia de preguntar sobre el *grado de adhesión* que podía promover el pensamiento expuesto en ese libro, en vez de hacerlo sobre la *verdad* o *falsedad* discernibles en el mismo. Indicamos, entonces, los motivos que nos inducían a proceder en tal forma. De idéntico modo cabe proceder ante los *Diálogos olímpicos* y *Panoramas del mundo actual*. ¿Qué *grado de adhesión* promueve el pensamiento que en ellos Reyles explicita? En ambos libros, Reyles pule su pensamiento, lo despoja de asperezas dogmáticas, se esfuerza por superar las contradicciones internas que mostraba en *La muerte del cisne*. Su posición filosófica, su concepción del mundo, del hombre y de la vida se completa y se matiza. Incluso, se corrige. Su orientación positiva, el vitalismo ético voluntarista, pierde su rudeza original e incorpora, con naturalidad, los valores perennes de las morales espiritualistas. En conclusión: se acentúan y depuran los aspectos que podían promover la adhesión del lector. Y, naturalmente, esta aumenta. A nuestro juicio, en los *Diálogos olímpicos* y en *Panoramas del mundo actual*, Reyles logra construir un mundo de pensamiento coherente y bien concluso de indudable valor. Y con muchos puntos de vista que mantienen hoy innegable vigencia. Quizás quepa, todavía, agregar que en la más breve pero también más jugosa de las tres partes que componen *Panoramas del mundo actual*, esto es: la tercera, titulada *La arena movediza y la roca dura del alma*, Reyles da una visión del mundo contemporáneo que aun nos toca muy de cerca, y en la cual no sólo hallamos afirmaciones de gran valor fermental, sino también puntos de vista muy certeros que deben ser meditados. Puntos de vista que, por otra parte, no solamente suponen clara vi-

sión de la realidad sino también coraje intelectual y un continuo estar alerta a la pulsación del transcurrir histórico. Tres cualidades que, dicho sea de paso, no faltaron nunca en el autor de *El embrujo de Sevilla.*

V

La labor ensayística de Reyles se cierra con dos libros, *Incitaciones* (1936) y el póstumamente publicado *Ego sum* (1939), que recogen la labor realizada en la Cátedra de Conferencias de la Universidad. El primero de dichos libros se forma con ocho ensayos: *Soledad, fiel compañera, La Vida y la Moral; Arte de novelar; Don Quijote. La locura del famoso hidalgo y nuestra locura; Don Juan. Materia literaria y esencia donjuanesca; Marcel Proust y su mundo fantasmagórico y realismo, surgido de la memoria del olvido; Paul Valéry, el diamante pensante de Francia; Resonancias de Sevilla. Los órganos estéticos de la ciudad bruja.* El segundo libro agrega cinco ensayos: *Intramundos de la soledad, El maravilloso sonambulismo del hombre, Los grandes tipos literarios, El estilo es el hombre* y *Las flechas de Cupido.* Dejamos de lado, repetimos, *Mar de fondo de la crisis mundial,* también incluido en *Ego sum,* ya que dicho ensayo es sólo la reedición, con cambio de título y algunas ligeras modificaciones, de *Panoramas del mundo actual.* Esos trece ensayos, los ocho de *Incitaciones* y los cinco de *Ego sum,* constituyen la cuarta y última etapa de la evolución del pensamiento de Carlos Reyles. [16] Corresponde, aquí, hacer una aclaración.

16 Completando nuestra selección, incluimos, al final, el trabajo titulado *El nuevo sentido de la narración gauchesca.*

Por la fecha en que fue escrito y publicado, ***Panoramas del mundo actual*** puede integrar, naturalmente, esta cuarta etapa. Hemos preferido, sin embargo, incluir dicho ensayo en la tercera, ya que, por su contenido y orientación general, se vincula estrechamente con los *Diálogos olímpicos*. Es, casi, un complemento de ellos. No sólo porque en *Panoramas del mundo actual,* lo mismo que en los *Diálogos olímpicos,* Reyles explicita una visión global sobre el hombre y los problemas que vive en un momento histórico, sino también porque en su ensayo de 1932 reitera y precisa las nociones fundamentales que constituyen el núcleo de su pensamiento en los ensayos de 1918 y 1919. Y lo hace en forma muy taxativa. Directamente, por sí mismo y no a través de la voz de los dioses que en los *Diálogos* le sirven para enfrentar dialécticamente ideas antagónicas. Y, de este modo, *Panoramas del mundo actual* contribuye a disipar cualquier duda interpretativa que los *Diálogos olímpicos* puedan promover. Las nociones fundamentales de *voluntad de dominio, voluntad de conciencia, ilusiones vitales* y *sonambulismo del hombre* vuelven a ser definidas por Reyles, en *Panoramas del mundo actual,* con muy nítidos perfiles conceptuales y arrojan luz sobre los *Diálogos olímpicos*. En este aspecto, y no obstante las evidentes diferencias en lo que a concepción literaria atañe, *Panoramas del mundo actual* y *Diálogos olímpicos* constituyen una unidad.

Dicho texto es el de la conferencia transmitida, en 1930, por las ondas del SODRE, y que integró el ciclo sobre literatura nacional organizado por la Comisión Nacional del Centenario, de la cual fue Reyles asesor literario Dicho trabajo fue recogido en la *Historia sintética de la literatura uruguaya* (Montevideo, Alfredo Vila, editor, 1931), realizada según plan de Carlos Reyles Esa conferencia es el único trabajo extenso sobre un tema de literatura nacional escrito por el autor de *El terruño*

Cuando escribe los trece ensayos a que nos hemos referido, Reyles se halla en una muy especial situación personal. Se encuentra ya en sus sesenta y cinco años, o muy cerca de ellos. Ha realizado lo fundamental de su obra literaria (sólo una de sus novelas no ha sido publicada todavía: *A batallas de amor... campo de pluma,* editada, póstumamente, en 1939). Goza de prestigio internacional. Ha viajado mucho y residido largamente en Francia y España (Sevilla, recordemos, fue uno de sus grandes amores). Pero ya no es, sin duda, el hombre de empaque señorial, de atuendo aristocrático, de mirar altivo, casi desdeñoso, con que lo muestra el famoso retrato de Zuloaga. Ha perdido la enorme fortuna heredada de su padre, y tras larga ausencia, quebrada sólo por esporádicas visitas, vuelve a radicarse en el Uruguay. Trae consigo una larga experiencia vital, una también muy extensa cultura y su empuje de creador que aún tiene cosas para decir. Trae, asimismo, y aunque vestigios de su carácter "soberbioso" lo acompañan hasta sus últimos días,[17] una serenidad y una sabiduría vital que lo atemperan y liman los filos más cortantes de su temperamento. Ya *El gaucho Florido,* novela nimbada de un aire nostalgioso, aunque viril y fuerte, lo atestigua. Los ensayos de su última etapa confirman esa impresión. Hay en ellos una tonalidad de crepúsculo vespertino. Y esa luz crepuscular que se derrama por ellos es, sin duda, la que les presta su particular encanto. Pero ese aire de fin del día no significa debilidad de intelección ni carencia de pulso fuerte en la expresión. Todo lo contrario. Las convicciones del autor aparecen expresadas, en estas páginas, con pareja

17 Ver el ya varias veces citado libro de Menafra.

intensidad a la de sus libros anteriores. Una intensidad que ese tono de luz crepuscular acentúa, porque ella da a estos ensayos de varia lección ese carácter de tranquila entereza conquistada por la experiencia de la vida. Se siente, en los ensayos de esta última etapa, la presencia de un hombre que ha rumiado largamente sus ideas, y, hallándolas exactas y valiosas, las vuelca sobre el papel con plenitud y sin vacilaciones, pero, también, sin agresividades ni alardes dogmáticos. Estos ensayos son, por eso, como una condensación de todo el pensamiento reyleano, aunque el autor no procura en ellos, como lo procuró en *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos*, dar una visión global y coherentemente organizada del mundo, de la vida, del hombre. Discurre, ahora, sobre temas varios, tal como lo evidencia la nómina de títulos que antes hemos citado. Y enfoca sus temas con una libertad de espíritu que otorga a su pensar agilidad, y rapidez de andadura a su estilo, tan preciso y claro. Mas esa variedad temática, que lo lleva a discurrir sobre la soledad, el amor, la creación novelesca de Proust y otros temas, no le impide mostrar bajo diferentes luces las ideas sustanciales que lo han ocupado y preocupado toda la vida. Reaparecen en estos ensayos postreros las ilusiones vitales, el sonambulismo del hombre, las consideraciones sobre la energía que tiende a que la vida sea *más vida*. Esto es bien claro, por ejemplo, en los ensayos dedicados a don Quijote y don Juan, en los que se produce una especie de simbiosis: por una parte, Reyles utiliza el instrumento conceptual que le proporcionan las nociones fundamentales de su ideología *(voluntad de dominio, voluntad de conciencia, ilusiones vitales, sonambulismo del hombre)* para penetrar en lo íntimo

de grandes figuras literarias; por otra, utiliza esas mismas figuras para corroborar la verdad de aquellas nociones. No parece necesario insistir mayormente sobre el contenido de estos ensayos de por sí tan diáfanos. Algún otro punto podría destacarse. Por ejemplo: que Reyles habla ya de la esencial *incomunicación* del ser humano, idea hoy tan en boga, aunque Reyles, con más amplia visión que la que muestran los que en nuestros días abusan de esa idea, hace surgir de la raíz misma de la *incomunicación* el impulso que crea la vida comunitaria. Otro rasgo a subrayar es el interés que algunos de estos ensayos tienen para la mejor comprensión de las creaciones novelescas de Reyles. En diversas partes, el autor mismo señala las relaciones que vinculan sus obras de pensamiento y sus creaciones narrativas. Pero, desde este punto de vista, interesan muy especialmente tres: *Arte de novelar*, que debe ligarse a los trabajos de su iniciación literaria sobre el mismo tema (*Prólogo a Academias* y *La novela del porvenir*); *El estilo es el hombre,* bien expresivo de la concepción reyleana sobre lenguaje literario, y *Resonancias de Sevilla*, que tantas luces arroja sobre *El embrujo de Sevilla*. No está demás, todavía, recalcar otro perfil de estos trece ensayos. Ellos denotan, claramente, un rasgo del temperamento de Reyles, al que ya antes nos hemos referido, y que subsistió en él hasta el fin de su vida. Y es éste: su mantenerse constantemente alerta a la pulsación vital del tiempo, el captar, con finas antenas, las variaciones que el transcurrir histórico impone a la vida social y la consecuente necesidad de tomar partido, en pro o en contra, con respecto a ellas. Corroboran estas afirmaciones, en lo literario, los ensayos que dedica a Proust y Valéry, que mues-

tran a un hombre de no anquilosada receptividad estética, o, en lo que a la vida misma se refiere, su ensayo *Las flechas de Cupido*, que ponen a la luz un Reyles capaz de simpatizar entusiastamente con las nuevas manifestaciones de la vida social. Este afán por ponerse a la *"altura de los tiempos"* es visible, incluso, en la última de sus novelas, la póstumamente publicada: *A batallas de amor... campo de pluma*, donde el autor se hunde en un mundo en descomposición, representativo, para él, del momento histórico que se vive, intentando analizarlo, para vislumbrar, además, la nueva vida que de allí debe nacer. En definitiva: este conjunto de ensayos escritos en los últimos años de la vida de su autor son, por muchas razones, una lectura atrayente e incitante. Son expresiones típicas del ensayismo. El autor se propone un tema bien determinado, y en su torno, con libertad pero con rigor, congrega, digamoslo así, una constelación temática más amplia, que, ya compone una particular intuición de la vida. Aunque independientes entre sí, estos ensayos se entrelazan y forman una unidad. En su total, dan una síntesis del pensamiento del autor sobre el mundo, la vida y el hombre. Conviene leerlos, naturalmente, a la luz que sobre ellos arrojan las obras ensayísticas capitales del autor: *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos*. Pero por sí mismos alcanzan para ponernos frente a uno de nuestros más auténticos ensayistas. Con mano segura, el autor organiza el mundo de sus ideas. Y éstas son la quintaesencia de una larga experiencia vital y cultural. Reyles nos pone, en estas páginas, cara a cara con *su* verdad. La que ha ido conquistando a través de un ininterrumpido afinamiento de sus ideas. Y esa verdad tiene real vibración humana. Apresa la atención del lector.

VI

En sus libros de ensayos, el autor de *La muerte del cisne* articula coherentemente un mundo de ideas en el cual se siente la presencia de un hombre que vivió, siempre, dramáticamente su propio pensamiento. Un dramatismo que lo condujo, en los *Diálogos olímpicos*, a desdoblarse y prestar su propia voz a distintos interlocutores que, en proporción varia, y de distinto modo, lo representan. A ese dramatismo no es ajeno, notemoslo, el hecho de que el creador de ese mundo de ideas haya sido, asimismo, el creador de un mundo narrativo. La presencia del novelista se trasluce en el pensador. Es fácil percibir que en la expresión del pensamiento revleano, hay una dinámica que, por momentos, se hace casi narrativa. También se percibe sin esfuerzo que en la obra narrativa de Reyles se da una situación que es correlativa de la indícada. En su mundo imaginario se proyecta su creación ideológica, y encarna, y en algunos momentos adquiere rostro, en personajes, situaciones, diálogos, invención anecdótica. Tanto *Beba* (1894) como sus *Academias, (Primitivo,* 1896, El extraño, 1897, Sueño de Rapiña, 1898), tanto *La raza de Caín* (1900) como *El terruño* (1916), tanto *El embrujo de Sevilla* (1922) como *El gaucho Florido* (1932) y *A batallas de amor... campo de pluma* (1939) son novelas cargadas de pensamiento. Un pensamiento ya dramáticamente vivido y expresado en los ensayos y que, también con dramatismo, se transfiere a temas y personajes novelescos. Ya nos hemos referido, aunque con brevedad, a algunas de las correlaciones evidentes entre la obra novelesca de Reyles y sus ideas

sobre la realidad nacional en sus trabajos iniciales. Subrayaremos, ahora, rápidamente, asimismo, algunas de las correlaciones entre novelas y el pensamiento del autor tal como se organiza en las tres últimas etapas de su evolución ideológica.

La proyección de la postura ideológica de Reyles en su obra novelesca es visible, en primer término, en los diálogos. En las novelas del autor de *La raza de Caín*, no faltan los personajes que poseen una formación intelectual más o menos amplia: Tito Ribero, en *Beba;* Julio Guzmán, en *La raza de Caín;* Tocles, en *El terruño;* el pintor Cuenca, en *El embrujo de Sevilla* son algunos de los ejemplos que se pueden proponer. A través de ellos, especial aunque no únicamente, expresa Reyles, en los diálogos de sus novelas, su propio pensamiento. En algún caso, el personaje dice directa e indisimuladamente, al expresar sus opiniones, el propio pensamiento de Reyles, y, además, dentro de ciertos límites, tiene el carácter de un autorretrato del autor; en otros, es ostensible el primer rasgo aunque no el segundo. Ejemplo del primer caso: Tito Ribero; del segundo: el pintor Cuenca. Son situaciones distintas, pero concuerdan en que, en uno y otro caso, el autor simpatiza con el personaje y al hacerlo altavoz de sus ideas, es bien reconocible en la voz del personaje la propia voz del autor. Más curioso, y sicológica y estéticamente interesante, es el caso contrario: cuando Reyles pone sus ideas en boca de personajes, como Tocles, a los cuales, desde el punto de vista de su voluntarismo ético vitalista, condena. Se da, entonces, una situación curiosa. Las ideas de Reyles son bien reconocibles, pero al ponerlas en boca de un personaje de signo vital contrario al suyo propio, pareciera que las ironiza o

las pone a prueba. Y plantea interesantes problemas de interpretación que no podemos estudiar aquí. Por el diálogo, pues, aunque de diversos modos, entra en las novelas de Reyles, su ideología. Esta proyección se da, también, a través de la creación de episodios que, sin perder su carácter realista, tienen un cierto carácter simbólico que traslucen aspectos del pensamiento reyleano. El mismo Reyles pone un ejemplo: la "*aventura guerrera*" de Papagoyo, que aparece en *El terruño,* y que dio origen a la obra teatral, del mismo Reyles, titulada *El burrito enterrado,* estrenada en 1938. El propio Reyles la recuerda y glosa en *Panoramas del mundo actual,* mostrando como ese episodio ilustra sobre su concepción de las *ilusiones vitales.* En el capítulo tercero de dicho ensayo, el lector encontrará las relaciones que Reyles establece entre su pensamiento y el episodio citado. La creación de ciertos episodios es, por consiguiente, un segundo modo utilizado por Reyles para inyectar su ideología en el cuerpo de sus novelas. Pero, en definitiva, es en la invención temática global y en la creación de personajes donde la conjunción de ideología y ficción se verifica con su mayor amplitud. Temas y personajes se hallan totalmente teñidos por las posiciones doctrinarias de Reyles, que no en vano sostuvo desde sus comienzos literarios que la novela es un modo de conocimiento. Muchos hilos se tienden desde las obras ensayísticas de Reyles hasta los temas de sus novelas y los personajes que en ella viven. El estudio de esas relaciones excede los límites de este prólogo. Debemos limitarnos a unas pocas y rápidas observaciones. Cabe observar, en primer término, que la *significación ideológica* de temas y personajes no es *una* sino *varia,* sin que ello destruya, en ningún

caso, su unidad sustancial. Temas y personajes representan una dirección conceptual que se organiza como una *constelación ideológica.* Motivaciones diversas se entrelazan en temas y personajes, dándole variedad significativa sin que pierdan coherencia ni unidad de orientación. Y, en segundo término, se debe subrayar que, en cada novela, las *significaciones ideológicas* de temas y personajes se corresponden. Tras estas dos observaciones preliminares, haremos un esquema —sólo un esquema— de la transfusión de la sangre conceptual de los ensayos al cuerpo novelesco, tal como se visualiza en las seis novelas de Reyles.[18] Ya hemos visto cómo en *Beba*, a través del tema y de Tito Ribero, formula sus ideales de pionero de la transformación de los medios de explotación agropecuaria en nuestro país, y cómo, conjuntamente, ofrece en la misma novela una visión de la realidad uruguaya basada en la dicotomía campo-ciudad, entidades que se oponen. Implícita se encuentra, también, en esta novela, la concepción político-social de Reyles según la cual la riqueza material es no sólo índice de progreso sino expresión de una energía vital bien canalizada. Pero todo esto no agota el contenido ideológico de la novela. La *constelación ideológica* es aún más amplia. En Tito Ribero, por ejemplo, encarna el voluntarismo vitalista que constituye la base de toda la ética reyleana. El personaje representa a ese tipo de hombre cuya vida sólo se siente colmada cuando su ser íntimo se desborda en acción, y en la acción verifica y pone a prueba lo que antes ha constituido su mundo especu-

18 Prescindimos de las *Academias* y de los cuentos, no porque carezcan de virtualidades conceptuales, sino para evitar una excesiva extensión en nuestro análisis.

lativo. La acción, para él, es pensamiento, y el pensamiento, acción. Tito Ribero representa, en definitiva, ese anhelo de *más vida* a que tiende necesariamente toda energía vital de alta temperatura y bien orientada. Su fracaso final no importa una prueba contra el vitalismo reyleano, porque lo que interesa no es el éxito o el fracaso *objetivos* sino la *tensión subjetiva* con que se vive. Otro ingrediente fundamental del entramado del pensamiento reyleano entra, todavía, en *Beba:* las *ilusiones vitales,* visible en la textura síquica de Tito Ribero y Beba. Solamente señalamos su presencia, y, limitándonos al esquema realizado, entramos a la consideración de *La raza de Caín.* En esta novela, y a través de distintos personajes, el lector se enfrenta con actitudes vitales antagónicas: las *saludables* y las *enfermizas,* y del juego de su oposición dialéctica surge la *constelación ideológica* que la novela encierra. El grupo de los Crooker representa las actitudes *saludables.* Encarnan, especialmente don Pedro y su hijo Arturo, esa moral de signo utilitario que coloreará, diez años más tarde, todas las páginas de *La muerte del cisne.* Son *la voluntad de dominio en acción.* Y por eso, son, también, la vida triunfante. La adhesión afectiva e intelectual de Reyles respecto a estos personajes es indudable. E igualmente indudable, es que ve en ellos la representación de sus ideales político-sociales plutocratistas. Anticipan, de este modo, las posturas ideológicas de *La muerte del cisne.* Pero conviene notar que en la novela esas posturas ideológicas no llegan a la exageración exacerbada con que son expresadas en el libro doctrinario. Si bien hay en Arturo un egoísmo vital que resulta, por momentos, antipático, todo lo contrario ocurre con don Pedro, una noble figura. En él, el

ideal utilitario desemboca siempre en altruismo. Las actitudes *enfermizas* son mostradas, especialmente, a través de Julio Guzmán y Jacinto B. Cacio. Julio Guzmán es un enfermo de la voluntad. Y su enfermedad proviene de que todo él está como apresado por los aceros de una cultura tan refinada como exangüe: esa cultura que denunciará Reyles en la tercera parte, de *La flor latina*, de *La muerte del cisne*. Es un alma formada por una cultura amplia y exquisita pero paralizante para la acción. Representa, por consiguiente, un contra-valor vital. Es el hombre, como él mismo afirma, incapaz de una *volición viril*. No sabe *querer*. Cacio es también un temperamento intelectual de voluntad enferma. Pero representa un tipo distinto: el resentido social. Es, digamos así, el *cobarde vital:* hay en él energías que no se atreve a poner en acción. Ambicioso, aspira ardientemente a ocupar posiciones sociales; cobarde, estrangula sus propias energías. Cuando vence su cobardía es para cometer, alevosamente un crimen: asesina, envenenándola, a la mujer que ama y no le corresponde. Es, él mismo lo afirma, un nietzscheano equivocado. O, mejor un nietzscheano potencial: lo es intelectualmente pero no en la acción, porque en él la *voluntad de dominio* está estrangulada por la *cobardía vital.*[19] *La raza de Caín* nos pone, pues, ante un juego dialéctico de valores y contra-valores vitales a través del cual se prefigura

19 El crimen de Cacio plantea un problema interpretativo interesante. Hasta cierto punto puede ser interpretado como una expresión de la reyleana *ideología de la fuerza,* como un momento en que el personaje vence su *cobardía vital* y pone en juego toda la energía vital de que es capaz. Por la razón indicada en la nota anterior, no nos detendremos sobre el punto. Sólo llamamos la atención sobre él y anotamos que la elucidación del problema requiere un cuidadoso análisis de la carta que, después del crimen, Cacio escribe a Guzmán

la posición doctrinaria sostenida en los libros ensayísticos. Reducimos a lo dicho nuestro esquema, dejando fuera otros aspectos ideológicos (y varios personajes) de *La raza de Caín,* y entramos a *El terruño.* Como en *Beba,* Reyles expresa a través de los personajes y tema de *El terruño* sus ideales ruralistas y su concepción de que la riqueza es, a la vez motor y signo de la energía vital bien orientada; como en *La raza de Caín,* opone la voluntad constructiva (Mamagela) al intelectualismo paralizante para la acción (Tocles). Dentro de este esquema, Reyles moviliza muchos de los ingredientes fundamentales que integran su labor ensayística, desde el egoísmo vital que culmina en altruísmo hasta las *ilusiones vitales* que originan el *maravilloso sonambulismo del hombre.* Hacer bien ostensible esa movilización requeriría, por un lado, un análisis pormenorizado de las líneas anecdóticas que en la novela se cruzan, y, por otro, el desmonte sicológico de los personajes. No vamos a realizar aquí ni una ni otra tarea crítica. Nos vamos a limitar, simplemente, a formular un par de observaciones. *Primera.* Mamagela representa, a su modo, una forma de la energía vital que se traduce en *voluntad de dominio.* Pero, desde luego, la *voluntad de dominio,* en ella, no tiene, ni de lejos, el carácter de un exacerbado anhelo de poderío. Es solamente una manifestación sana de una voluntad segura que actúa sin prisa y sin pausa. Sólo desea, y logra, imponer a quienes la rodean su concepción de la vida, que se organiza como una suma de tendencias utilitarias. En ellas, igual que Reyles, ve el bien. De donde, al igual que el don Pedro de *La raza de Caín,* Mamagela tipifique esa manera del *egoísmo vital* que remata en altruísmo. Concepción que Reyles formula con nitidez

en los *Diálogos olímpicos*. Y también en *Panoramas del mundo actual* y algunos de los ensayos de su última etapa. *Segunda:* Tocles, uno de los personajes más complejos de los creados por Reyles, es un ejemplo del *sonambulismo del hombre*. Pero un ejemplo que muestra el lado negativo de ese sonambulismo Porque su sonambulismo está construido con *ilusiones vitales* inoperantes. Estas son válidas cuando sirven a la vida y la hacen *más vida*. No lo son cuando pierden poder actuante. Y de esta clase son las *ilusiones vitales* de Tocles. Ellas son puro humo síquico. Y el sonambulismo de Tocles no es, por eso, un *maravilloso sonambulismo* incrementador de vida, sino un turbio sonambulismo destructivo. Y al final de la novela, el ilusionismo de Tocles y el utilitarismo de Mamagela se reconcilian y se insinúa, de acuerdo con la teoría de Reyles, que Tocles seguirá viviendo sostenido por nuevas *ilusiones vitales*, pero éstas ya de carácter constructivo. Y llegamos, ahora, a *El embrujo de Sevilla*. Es ésta, sin duda, de las novelas de Reyles la que impresiona como más *sentida* que *pensada*. El andamiaje especulativo no falta. Pero es menos visible, se articula con mayor naturalidad al juego imaginativo de la creación novelesca. Y sale a luz, incorporándose sin esfuerzo a la acción, a través de las opiniones del pintor Cuenca, voz cantante del pensamiento reyleano. Sin embargo, no es sólo mediante las teorizaciones de Cuenca que se explicita ese pensamiento. Toda la atmósfera de pasión en que la novela está envuelta es el correlato estético del vitalismo voluntarista de su autor, que ve en las corridas de toros una manifestación estética de la energía vital. Parece innecesario destacar que el protagonista de la novela, Paco, el aristócrata-torero, es, para Reyles,

voluntad de dominio en acción. Encarna, también, la suma de las que, para el autor, son las virtudes viriles por excelencia: coraje, ímpetu para la acción, anhelo de *más vida*, aun cuando esa *más vida* haya de buscarla enfrentando la muerte. Incluso conviene notar que el personaje busca en el toreo, además, una finalidad claramente utilitaria: rehacer su deshecha fortuna Por donde entran, en la novela, resonancia de la *Metafísica del oro*. Por otra parte, *El embrujo de Sevilla* es una verdadera exaltación de las *ilusiones vitales*, en lo que éstas tienen de más poderosamente creador. En *El embrujo de Sevilla* las *ilusiones vitales* se confunden con la realidad misma. O, mejor, se han hecho realidad estética. No son juegos imaginativos o construcciones mentales sino manifestación casi biológica del ser, una forma de la energía que se desborda en el ruedo o en el "*tablao*". No vamos a detenernos mucho en las dos últimas novelas de Reyles: *El gaucho Florido* y *A batallas de amor. . campo de pluma.* En la primera, el pensamiento reyleano está menos *puesto* que en sus demás novelas. Se ve como al trasluz de personajes y episodios. En la segunda, más cargada de intención especulativa, el autor procura, sin embargo, antes que nada, en *mostrar* el cuadro de una situación de descomposición social. Igual que en *El gaucho Florido* permite ver al trasluz las ideas directrices del pensamiento reyleano. Juegan aquí, también, su danza, las *ilusiones vitales, el sonambulismo del hombre, la voluntad de dominio.* Mas no nos detendremos en ello. En líneas generales, el esquema que nos habíamos propuesto queda realizado.

Una observación final es necesaria. Indicamos, al comienzo del capitulillo III, que en las novelas de Reyles, el autor *impone* la interpretación de las mis-

mas en un determinado sentido, ya que, con deliberación ha *puesto,* en tema y personajes, su personal concepción de la vida. A nuestro juicio, esta afirmación es exacta. Pero requiere una aclaración El mismo Reyles, en su ensayo de *Incitaciones* sobre Don Quijote, advierte *"que los personajes ficticios suelen, si gozan de buena salud, libertarse de la tutela paterna y campar por sus respetos. Una vez que el novelador de raza los pone sobre el tapete ellos empiezan a desarrollarse y obrar en tal o cual sentido, obedeciendo a una especie de fatalidad estética que reina en el orbe de la ficción".* A esta especie de ley de independencia del personaje con respecto a su creador, no escapan, ciertamente, los personajes reyleanos. Por eso, a más de la interpretación que el autor impone, ellos tienen, digamoslo así, un excedente vital que permite hallarles significaciones que, sin desvirtuar las del autor, las enriquezcan y completen. Esto es: están realmente creados, con toda la complejidad y el misterio del ser humano real. Y admiten, como todo ser humano, ser analizados desde ángulos de visión distintos. Y como todo ser humano, ninguno de esos análisis agota su esencial misteriosidad vital.

VII

En las páginas que anteceden, hemos procurado mostrar la trayectoria del pensamiento reyleano, persiguiéndolo en su evolución desde sus trabajos iniciales hasta los ensayos de sus últimos años. Esa trayectoria recorre una línea firmemente sostenida y se organiza como un orbe conceptual de fuerte coherencia interna: hay en el pensamiento reyleano algunas in-

variables que le confieren unidad, aunque el autor, a medida que madura, pule y modifica algunos de los puntos de vista iniciales. En el orbe conceptual construido por Reyles se escuchan resonancias del positivismo spenceriano, del materialismo histórico de Marx y Engels, de la filosofía de Nietzsche. Pero esas resonancias no excluyen la originalidad. Todo se organiza en los ensayos de Reyles adquiriendo el tono de la fuerte personalidad del autor. En conjunto, el pensamiento de Reyles constituye una de las posturas ideológicas más originales del pensamiento rioplatense. Y, por sus calidades literarias, su obra ensayística es de las sobresalientes en nuestro país. Si por su obra narrativa, Reyles está entre los primeros de nuestros novelistas, por su obra ideológica se ubica entre los primeros de nuestros ensayistas.

Arturo Sergio Visca

CARLOS REYLES

Nació en Montevideo el 30 de octubre de 1868. Su padre fue un rico hacendado y político uruguayo quien se destacó por su obra de perfeccionamiento de la ganadería nacional. Realizó sus primeros estudios como pupilo en el Colegio Hispano-Uruguayo, pero no continuó estudios universitarios. Al fallecer su padre en 1886 se constituye en único heredero de una de las mayores fortunas del país, que, luego de su matrimonio en 1887 con Dª Antonia Hierro, pasa a administrar libremente. En adelante su actividad se repartirá entre sus tareas de hacendado y cabañista en el Uruguay y la Argentina, sus frecuentes viajes, y el ejercicio de las letras. En 1888 publica su primer ensayo novelístico *Por la vida* y en 1894 su primer novela realista *Beba*, a la que siguen las "Academias": *Primitivo* en 1896. *El Extraño* en 1897 y *El Sueño de Rapiña* en 1898. En 1900 publica su segunda novela importante, *La raza de Caín*. Actúa fugazmente en política intentando un movimiento reformista que englobe los diversos partidos existentes. Funda con ese propósito el Club Vida Nueva (1901). El Club tuvo una vida efímera y no sobrevivió al alejamiento de su presidente, Reyles, quien, disgustado con este fracaso, intentará un movimiento al margen de los partidos. En 1903 reclama en su folleto *El Ideal Nuevo* una unión de las fuerzas económicas del país, proyecto que se concretará en 1915 en la fundación de la Federación Rural. *La Muerte del Cisne* publicada en 1910 sirve de justificación filosófica de este movimiento preconizado por Reyles, mientras *El Terruño* (1916) es la visión novelística del mismo. De 1918 a 1919 publica *Diálogos Olímpicos* (1º Apolo y Dionisos. 2º Cristo y Mammón). Realiza constantes viajes por Europa. En 1922 aparece su novela *El embrujo de Sevilla*. Afectada gravemente su enorme fortuna debe regresar al país donde le nombran asesor literario de la Comisión Nacional del Centenario (1929-30), planeando el ciclo de conferencias que historiaron sintéticamente la literatura uruguaya y que se publicaron en 3 volúmenes en 1931. En 1932 es designado para la Cátedra de Conferencias de la Universidad y el mismo año publica su última novela, *El Gaucho Florido (La novela de la estancia cimarrona y el gaucho crudo)*. Publica sus conferencias y ensayos en *Panoramas del mundo actual* (1932) y en *Incitaciones* (1936). Este año es designado presidente del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica. En 1937 estrena en el Teatro Urquiza (Montevideo) *El burrito enterrado*, pieza en tres actos. Muere en Montevideo el 24 de julio de 1938. Póstumamente se publicaron *A batallas de amor... campos de pluma* (1939) y *Ego Sum* (1939).

CRITERIO DE LA EDICION

La presente compilación de la labor ensayística de Carlos Reyles está formada con textos de la más variada procedencia. Así, *El gaucho*, publicado originariamente en "La Correspondencia de España" de Madrid, en 1892, ha sido tomado de la obra *Nuestro país*, Montevideo, 1895, de Orestes Araújo; la *Biografía de Don Carlos Reyles*, que apareció en la "Revista de la Asociación Rural del Uruguay" en 1894 y la *Conferencia del señor Carlos Reyles* leída en Molles en diciembre de 1908, proceden del folleto *Homenaje a Carlos Reyles*, Durazno, 1958; *La novela del porvenir*, publicado en "El Liberal" de Madrid en 1897, fue extraído de la obra *Carlos Reyles*, Montevideo, 1957, de Luis Alberto Menafra; *Al lector*, es el prólogo al libro *El extraño*, Madrid, 1897 y *El nuevo sentido de la narración gauchesca*, fue tomado del tomo III de la "*Historia sintética de la literatura uruguaya*".

En cuanto a los demás textos, se han utilizado las primeras ediciones de las obras respectivas, *Vida nueva*, Montevideo, 1901; *El ideal nuevo*, Montevideo, 1903; *La muerte del cisne*, París, 1910; *Diálogos olímpicos*, Buenos Aires, 1918-1919; *Incitaciones*, Santiago de Chile, 1936; *Ego Sum*, Buenos Aires, 1939, con la excepción de *Panoramas del mundo actual*, para el cual se ha recurrido a la lección publicada en *Ego Sum*, con el título "Mar de fondo de la crisis mundial".

Se ha corregido fielmente sobre dichos textos, procurando salvar las erratas más evidentes de los originales empleados.

ENSAYOS

EL GAUCHO

EL GAUCHO

Las densas capas de polvo con que va cubriendo el presuroso andar del tiempo los hombres y las cosas de una época, del mismo modo que la numerosa cabalgata deja como entre espesa niebla las casas y arboledas que se destacan a uno y otro lado del camino, han ido borrando del gran paisaje uruguayo lo más resaltante y característico del lienzo, la nota de calor *caliente* que lo prestaba vida, animación y frescura, puesta por Naturaleza, que todo lo combina con acierto, en el tipo legendario y castizo del gaucho.

Los fantaseos de poetas y costumbristas que, con sobrada ligereza, dieron de mano o no conocieron la divisa de Goethe, "Poesía y verdad", secundan, sin saberlo, la acción destructora del tiempo, y la tradición popular, y agrandando, desnaturalizando al héroe con su rica, pero muy generalmente burda inventiva, contribuye a que sea punto menos que imposible reconstruir en la mente la figura del gaucho, que aún vive, y es el alma de nuestras dilatadas llanuras, y así como símbolo de ellas, bien que con distinta fisonomía y con muy otra traza que suele verse retratado en estrofas y romances.

Los Martín Fierro y los Juan Moreira, como las telas de colores falsos o poco firmes, han palidecido con los rayos del sol; aparecen cuando el recuerdo los evoca, confusos y borrosos sobre el fondo oscuro de sus hazañas estupendas, y aunque todavía aciertan a interesarnos la narración de sus vidas y milagros,

que no de otra manera pueden calificarse los hechos a que dieron cima, la impresión no es duradera, como todo aquello que no informa la realidad, aunque sólo sea la artística, o que el símbolo no comunica vida extra-terrena. Es necesario comprenderlo: los héroes de Hernández y Gutiérrez chochean después de una corta y poco lozana juventud, y si éstos, con haber vivido en tiempos nada remotos, padecen vejez tan prematura, fácil es colegir que del *payador*, del viejo payador de encrespada y luenga melena, calzoncillos *cribaos* y con fleco y bota de cuero de potro, en quien encarnó la fantasía todos los atributos y especiales dotes del *criollo* por excelencia, poco ha de quedar, y efectivamente queda poco: sólo una leve memoria, un vago recuerdo que nos lo representa con el donaire, el hechizo y las tintas y perfiles románticos de sus, hasta cierto punto, ascendientes, los trovadores de la Edad Media.

¡Ah! sí, ha muerto para siempre el poeta perseguido y vagabundo que con la vihuela a la espalda, el *facón* a la cintura y el fuego del alma retratado en los ojos, iba de *pulpería* en *pulpería*, desafiando sin miedo, porque se tenía por invencible en el *contrapunto*, a cuantos gozaban renombre de *payadores;* el que tan pronto disolvía a *punta y hacha* una reunión, como dejándose llevar de la ternura, rompía en sentidas quejas a la primera mirada de una criollita *querendona*, cantándole luego su amor como canta el pájaro en la rama, sin pretender correspondencia, por el gusto de cantar y quejarse.

Ahora, el payador convertido en cantor y guitarrero, que lo es cualquiera que pulse regularmente el instrumento y sepa entonar una décima o un cielito, canta todavía en las yerras, en los bailes, y más co-

múnmente cuando se festeja el cumpleaños de algún *magnate;* pero sus cantos no acusan soberbia, sino humildad; ruega que le presten un poco de atención, un si es no es quejándose de que, *como en campana de palo suenen los repiques de un pobre;* pide que le ordenen algo para demostrar sus buenos deseos de servir, y no es cosa del otro jueves que se llame, poseído de un verdadero sentimiento de inferioridad, esclavo sumiso de aquel a quien se dirige, y más que esclavo aún, *la tierra que pisa y el polvo que al andar levanta.*

A la mujer que ama no es fácil que enderece sus cantos el gaucho. A esta prefiere hablarle a solas, a la oreja, cuando, estrechándola suavemente en los brazos, sigue el movimiento cadencioso de una milonga; porque en achaques amorosos y en todo lo que es capaz de impresionarlo o adolorirlo, gusta el gaucho del sufrir en silencio, del doble dolor de la pena que se calla, y de aquí que sea preciso estudiarlo, para sorprender los sentimientos tiernos que, encallecido y todo, atesora su corazón, fuera del bullicio del mundo, lejos de toda humana compañía, rodeado de los perros al pie del corpulento *ombú* que defiende del pampero el miserable *rancho,* y a esa hora en que declina el sol y cesa todo ruido, si se exceptúa el blando mugir de las vacas que buscan la querencia, y las sombras del crepúsculo oscureciendo los objetos con sus tintas grises y tristes, difunden sobre el haz de la tierra la misteriosa poesía de los muelles adormecimientos, que impresiona al gaucho hondamente y despierta en lo más recóndito de su ser extraño e indefinibles sentimientos, ansias sin objeto, deseos sin nombre que lo llevan como de la mano a la morbidez espiritual, a las suaves melanco-

lías de las vagas aspiraciones no satisfechas, a coger la guitarra y entonar con el sombrero a la nuca y fija la soñadora mirada en el límpido cielo, sus cuitas de amante, sus desalientos de pobre o las mudanzas de la fortuna, a la que tiene, sin embargo, por más firme y consecuente que la amistad de los hombres y el amor de las mujeres.

Y en éste y otros parecidos casos o en detalles rápidos, fugaces y al parecer insignificantes, pero en realidad elocuentísimos documentos, se nos revela la singular idiosincrasia del gaucho. El sentimentalismo rudo, la soberbia, el valor y el desprecio de la muerte y la fortuna lo dibujan y coloran con líneas firmes y tonos seguros, a medida que el análisis real funde con su calor las nieblas de endemoniado lirismo que lo desfiguran en la fantasía o representan con abigarrados colores.

Para sondear el alma del gaucho y saber lo que pasa por su cerebro, es indispensable examinarlo de cerca, siempre de cerca; ya en la vida sedentaria del propietario chico, sin más compañía que el perro y el caballo, ni otra ocupación que *el darle una vueltita* a la reducida majada y *yerbear* desde que *vienen las barras del día* hasta que cierra la noche, embruteciéndose dentro del rancho, señor de la desierta llanura y que se ofrece a la vista como esos arbolitos sin hermanos que nacen en las abruptas lomas de los cerros; ya peregrinando por montes y sierras en la vida azarosa del matrero, que le enseña a ser advertido y sagaz, ora haciéndole la corte, *arrastrándole el ala* a una linda moza, y más que en ninguna ocasión en el momento de lidiar con un potro *perro* que ha hecho medir la tierra y tal vez muerto a otros domadores.

Crece y se hermosea en este precioso instante el abatido cuerpo del gaucho: cobra el tostado rostro valentísima expresión, y toda su figura respira gallardía, arrogancia y no sé qué natural donaire en el ostentoso desprecio que hace de arrostrar la muerte, que cautiva y enamora. Miradlo: tranquilo, burlándose los mordiscos y manotazos del furioso *aporreao*, que al contacto de las *caronas bufa* y patea, se defiende de aquellos ataques sin huir, con un simple *cuerpeo* y contestándole, para mayor gracia, con donosas exclamaciones y sonoras palmadas.

—"No lo *facilités* ni un poquito porque te va a bajar; *mirá* que es mal bicho éste..." — suele decir el mayordomo mientras el domador se arremanga las *bombachas*, se ata la *vincha*, cuyo objeto es evitar que el pelo caiga sobre los ojos, y requiere el *rebenque* de larga y ancha *sotera*.

—¡Bajarme...! sólo que esa maula se parta en dos pedazos... y así *mesmo pue* que salga jineteando en uno — contesta; y luego —yo, *patrón*, cuando monto no dejo las piernas en las casas, — acostumbra a replicar; y como si esta bravata le encendiera la sangre, se *horqueta* de un salto en el bruto, empuña las riendas y el *cabestro* con impaciente mano, y en medio de la atención y ansiedad generales exclama al primer corcovo e impetuoso arranque del aporreao: —¡Abran cancha, caballeros; dejen que se *amaque* este loco! — a la par que enarbola el rebenque y juega las espuelas, las *lloronas* de afilados pinchos, y grita y no desperdicia modo de excitar la ira de la salvaje bestia, que al fin, después de un buen rato de violentos y desacompasados botes, en los que esconde la cabeza entre las manos y encorva hasta dejarlo hecho un arco el flexible lomo, estira

el pescuezo, revolea la cola en señal de desaliento, y galopa y galopa desatentadamente, cual si quisiera librarse de la férrea opresión con que las piernas del jinete lo atenacean y martirizan.



Tal como se le ve en las estancias y en los ranchos, y gracias a una marcadísima divergencia y hasta oposición de temperamentos que lo muestran con distintos caracteres, puede dividirse el gaucho en dos categorías: el gaucho puro, el clásico, y el haragán.

Este último aparece en las estancias —es regla fija— en calidad de *agregao*. Nadie sabe quien es ni de dónde ha venido, pero esto no importa para que, siguiendo la ley hospitalaria que reina en los establecimientos de campo, se le dé cama y comida, con tal que preste su concurso en los trabajos ordinarios, concurso poco valioso, pues el *agregao* no es campero, salvo muy raras excepciones, ni tiene boleadoras, ni lazo, ni sabe hacer uso de tales chismes, y es además indolente y poltrón.

Así que pasa la primera semana, empieza a enseñar la oreja. A la hora de salir al campo se pierde de vista: inútil es que lo llamen; sólo después que la estancia queda desierta, sale el *agregao* de su escondite, *rumbea* hacia la cocina, y allí, junto al fuego, con el sombrero sobre los ojos y abandonando el cuerpo en una perezosa postura, mata las horas tranquilamente, tomando mate, sin que su pensamiento vaya más lejos que la mirada que tiene puesta y dormida en los apagados tizones. Y de este modo y en igual disposición de ánimo lo encuentran sus compañeros a la vuelta del trabajo; incrustado en la mu-

gre de la pared y hundido en un silencio hostil, del que sólo sale para pedir un cigarro o bien para formular igual o parecida disculpa, cuando alguien acierta a preguntarle el motivo de haberse quedado en *las casas*. "No encontraba el freno; tuve que componer una rienda."

Por mucho tiempo que more en un lugar no descubre, esta clase de gaucho, inclinación por ninguna mujer ni cariño por ningún compañero. Su ingénita apatía y temperamento linfático lo hacen incapaz de sentir un afecto hondo o un estímulo cualquiera. Esto último es la causa de que en toda suerte de cosas ocupe un lugar secundario, pasivo: en los bailes el de espectador oculto; en las faenas camperas el humilde cargo de yegüero, y en las *yerras*, donde todo gaucho siente el prurito de lucirse pialando de *volcao*, y a punta de *presilla*, la modesta función de cuidar las marcas y atizar el fuego.

También encuentra a veces el hueco que cada quisque tiene destinado en el mundo, en el oficio de carrero, siguiendo el paso tardo y fatigoso de los bueyes, que junto con el cansado rechinar de la carreta, lo convida a dormir...

Y así, sin trabajar, u ocupándose en humildes tareas, vive el agregado en las estancias. Siempre solo y taciturno, escondido en la cocina como el galápago en su concha y sintiendo pesar sobre los andrajos que medio lo visten, el desprecio de sus compañeros, hasta que un buen día —generalmente cuando el *sotreta* flaco y lleno de mataduras que trajo a la llegada, luce, gracias a un mes de descanso, macisas carnes y lustroso pelo— recoge sus *cacharpas* y se larga con el mismo silencio y misterio con que se le vio aparecer, para seguir de estancia en estancia, y

de pulpería en pulpería, su destino de vagamundo, de perezoso, a quien una broma pesada de la suerte condena a vivir en eterno movimiento, ofreciéndolo al viajero en todas partes, en los pasos de los arroyos, en los montes, en las revueltas del camino, y siempre con su aspecto agobiado, triste y miserable.

Su vejez es más sombría aún. Olvidado hasta de los perros, y sin que él, por su parte, ame otra cosa que la *limeta* de ginebra, agoniza lentamente en el casucho que la magnanimidad de algún *estanciero* le ha permitido construir en un rinconcito del monte. Cuando muere le rezan los vecinos, no por caridad, sino por miedo a las almas en pena, un par de rosarios; lo meten en un cajón hecho con cuatro tablas viejas y dan con él en lo alto de una cuchilla, donde muerto y todo continúa haciendo el mísero haragán lo que vivo: turbar con su presencia la tranquilidad del transeúnte.

El verdadero gaucho, el clásico, es ágil y resuelto para cualquier empresa; alegre y animoso en las faenas más rudas y prolongadas, y campechano y decidor en todas circunstancias y ocasiones. Su permanencia en las estancias se conoce pronto: en la cocina por las francas y ruidosas carcajadas con que alegra la tertulia del *fogón;* por el *ris ras* de las soberbias espuelas en los patios y corredores, y en el campo por el airoso continente y los escarceos y pinturerías de los *fletes* que monta, a los cuales les ata la cola, *les quiebra el marlo*, según la expresión de ellos, de cien maneras, y tiene siempre primorosamente *tusados* y aseaditos. En el trabajo se distingue más presto aún. Todo lo hace oportunamente y bien. Cuando un compañero que se ha quedado a pie es acometido por un toro, el lazo de argolla con casca-

beles del gaucho, y que éste, por pura compadrada, hace sonar en los *revoleos,* es el primero que se desarrolla en el aire para caer sobre el cornúpeto y *guampearlo;* son sus boleadoras las que sujetan como con grillos al ligero avestruz que corretea por el campo espantando el ganado, y su puñal el que corta el *maniador* en el supremo instante de enredarse a las piernas de alguno y de pegar el *seco* el otro atado a él. Y no se crea que se atribula o violenta mucho para llevar a cabo tales proezas, no; las hace con desahogo y con ciertas *fiorituras* y exquisiteces que no son hijas del artificio, sino naturales manifestaciones de un temperamento, de un modo de ser genuinamente suyo y que pone de relieve en los gestos y actitudes más insignificantes.

Raras veces se ve al gaucho clásico empleado de peón. Su desmedido y casi salvaje amor a la libertad y al movimiento, le hacen preferir el trabajo *por día* en las estancias, y fuera de ellas la compra de ganado, los acarreos de *tropas* y otras comisiones que obtiene entre los vecinos, con las cuales asegura la existencia, logra no depender de nadie y vive contento y feliz. Jamás le faltan —también se las compone— un par de onzas en el cinto, media docena de *pingos que enfrenar* y a quienes *acomodarles* el primoroso *basto* cabezadas de plata, las *caronas* de cuero de tigre y los *pellones* de hilo fino; ni dos o tres mozas que lo quieran, cuando no cuatro, porque, sobre ser agraciado y muy estimadas sus prendas morales entre las criollas, es el gaucho clásico enamorado y por añadidura inconsecuente, un poco por naturaleza y otro poco de propósito, pues cree que el hombre avisado debe conquistar a muchas antes de rendirse a una. Y dejándose arrastrar en la suave co-

rriente de esta creencia, y sin tener ambiciones que lo agiten ni contrariedades que sean bastante poderosas para abatir sus ánimos, se pasa lo más florido de la mocedad, hiriendo corazones, *gaucheando* alegremente, hasta que, después de cumplir los treinta y cinco por lo común, empieza a recoger velas y a prepararse para recibir con decencia los quebrantos y achaques de la edad *senil*.

De esta madera sale el *jinetazo*, el campero *taita*, el *pialador sin hiel*, y a veces, aunque con menos frecuencia y por causas que execran el natural bueno y sano del gaucho, entre las que pueden contarse las persecuciones injustas de la policía, los amores contrariados, se forma también el *quiebra-freno*, donosa expresión que califica con más verdad que otra alguna al criollo alborotador y camorrista: a aquel que estando en una pulpería y al saber la llegada de los *milicos* que lo persiguen, pide otra copa de caña, se coloca delante el filoso *chafalote*, le ata la cola a su caballo, monta, y con burlona cachaza sale al trote corto; deseando que le den el alto para echar pie a tierra y hacerles la *pata ancha*.

Pero a tal extremo es difícil que llegue el gaucho clásico, porque su paciencia es mucha y una saludable filosofía le enseña a *jugarle risa* a las adversidades de la suerte y a los reveses de la fortuna. Un hecho que por desgracia se observa muy a menudo, pone de manifiesto el hermoso temple de su alma. Cuando estalla una revolución, el gaucho que no huye al monte se ve forzado a abandonar casa, hacienda y familia. El es la verdadera carne de cañón: pelea en primera fila; los puestos de mayor peligro son para él; pero luego que todo concluye y que nadie necesita sus servicios, le dan como única recompensa, la

libertad que le habían quitado, y aquí paz y después gloria.

A la vuelta del ejército no encuentra nada de lo que dejó: las vacas las ha carneado el enemigo, los caballos cayeron en la *arreada,* la mujer, creyéndolo muerto, ha huido a otro *pago;* y del rancho que construyó a fuerza de trabajos y privaciones, apenas si queda otra cosa que la mustia *tapera,* donde empiezan a nacer las *margaritas,* las espinas y los cardos...

El gaucho contempla un momento la desoladora ruina; dedica un recuerdo, uno solo, a los bienes que ha perdido, y pensando sin duda en que para *sufrir han nacido los varones,* hace un gesto de resignación, ahoga su pena con un "estaría escrito", y parte al galope sin volver la cabeza hacia atrás. Eso es todo.

*

* *

Hoy, considerando las ideas nuevas y flamantes procedimientos de trabajar que invaden la campaña y que matan las viejas y castizas faenas, el gaucho vive intranquilo, y aunque se ríe de las innovaciones, cuando contempla cubiertos de polvo, como trastos inútiles, el lazo y las boleadoras, se le petrifica la risa en los labios y una profunda tristeza oscurece su rostro, comunicándole esa conmovedora melancolía que tienen las cosas llamadas a desaparecer.

1892.

BIOGRAFIA
DE DON CARLOS REYLES

BIOGRAFIA DE DON CARLOS REYLES

Por Carlos Reyles (hijo)

Como patriota y filántropo, que ambas cosas fue, su obra pertenece al dominio público; no soy, pues, quien deba hacer su panegírico, porque seguramente había de parecer subido de punto, lo cual no tendría nada de extraño que así fuese siendo yo su hijo; pero creo que no es la biografía que todos conocen la que se me pide y que yo puedo escribir sin reparos, sino la íntima e interna, la que mejor que otra alguna descubre el hombre subjetivo, y cuyos datos quizás sirvan a algún crítico, comentador o cosa que lo valga, que no crea despreciable asunto para ejercitar la pluma, la existencia de un hombre que vivió para los demás en absoluto y por convicción de que debía ser así; tan encumbrado era el concepto que tenía de la vida.

Debo decir sin embargo para poner sobre aviso a los que se pagan de la vana exterioridad, que generalmente abrillantan más de lo que vale el mérito de los hombres públicos, que en los muchos puestos con que le honraron sus compatriotas — fue seis o siete veces diputado, otras tantas senador, dos veces jefe político, varias veces comisionado especial en las negociaciones de paz de los partidos colorado y blanco — hizo tanto como el primero por el bien de su patria, si no de una manera ostentosa y brillante, enjaretando frases más o menos crespas en los escaños de las Cámaras o escribiendo artículos sensacionales en la prensa, influyen-

do, sí, con su independiente y sano criterio y opiniones sinceras y francas, en el ánimo de los gobernantes, a los cuales no suelen llegar los discursos gárrulos ni el mero palabrerío; ilustrando a sus colegas en muchos asuntos oscuros de la campaña, de cuyos intereses era casi el único representante y poniendo, por último, al favor de la buena causa su persona, su influencia no escasa en muchas épocas y su bolsa siempre abierta además, para toda suerte de empresas progresistas o benéficas, fuesen quienes fuesen sus iniciadores.

Era un colorado convencido, pero antes que nada era un oriental, y amaba a los orientales sin distinción de colores políticos y de ahí el cariño que unos y otros le profesaron y dieron repetidas pruebas; los blancos, respetando sus haciendas y propiedades como si fuesen las de un amigo, en repetidas guerras y trifulcas, y los suyos, depositando en él su confianza siempre que vino al caso y oyendo a toda hora sus opiniones, porque sabían que eran puras, desinteresadas, exentas de la vil escoria, de las conveniencias o antipatías que disgregan los partidos, que eran en fin, fruto legítimo de una naturaleza acendradísimamente sincera y honrada.

Entre nuestras modestas personalidades democráticas, hay muchas que dejaron tras de sí más luminoso rastro, más honda huella, pero ninguno un nombre más libre de máculas ni tan querido.

A los habitantes de la ciudad tal vez parezca exagerado mi aserto, pero si salieran a la campaña, se convencerían fácilmente. Su apellido se pronuncia con cariño y veneración por miles de criaturas, sin que una sola ose poner lenguas en él, y la explicación es clara: fue un hombre de corazón, humilde y sen-

cillo, cuyas acciones no se cotizaron en la bolsa de la popularidad, pero que el pueblo, apreciador segurísimo de todo lo que es sinceramente bueno, recogió para guardarlas en el arca de oro de la gratitud.

Que mucho es que lo recuerden y le den el título de filántropo a quien lo fue naturalmente, sin proponérselo, sin saberlo siquiera.

Fundó y sostuvo escuelas y hospitales: su testamento es, según el decir de las gentes, todo un documento humano; sólo las pensiones vitalicias pasan de quinientos pesos mensuales, pero más que estas pruebas públicas, que no siempre hacía por parecerle ostentosas, hablan en su loor las privadas por boca de muchas criaturas a las cuales tendió su mano generosa.

Entre los que yo recuerdo, deben andar alrededor de doscientos los parientes, ahijados y protegidos que recibieron de él sustento y educación y a los cuales puso en camino de hacer fortuna.

Aparte la bondad, su cualidad relevante era la de ser un trabajador admirable, un hombre que no sabía hacer más que eso, trabajar, y al que no pudieron rendir nunca fatigas ni fracasos. Para él como si no existiesen los clubes, los cafés, los banquetes y las diversiones aturdidoras y ennervantes de la vida moderna; para él una frugal comida y dieciséis horas de trabajo diario; durante medio siglo hizo eso. A los que le ponderaban su robusta salud, solía contestarles: "Yo siempre estoy bien, una porque soy naturalmente sano y otra, porque no tengo tiempo de estar enfermo", y decía la verdad.

Y llegó por fin el verdadero objeto de estos mal pergeñados apuntes, a hablar de él como criador, como precursor de todo lo que se ha hecho en este país

en materia de cruzamientos y reformas ganaderas; título que sin notoria injusticia nadie puede quitarle.

La misión de los precursores, ha sido siempre y en todas épocas, ingrata y deslucida en sus comienzos; trae consigo trabajos oscuros y triunfos que nadie ve; el éxito es de los secuaces, quienes encuentran el rumbo indicado y libre de obstáculos y asperezas.

No bien puso manos a la obra de mejorar la hacienda vacuna por medio de los Durhams, convirtiendo al mismo tiempo el modo de criar (no me atrevo a llamarlo método ni menos sistema) casi salvaje de nuestros mayores en una tarea grave, racional e inteligente, cuando se vio en guerra abierta con las rutinas y preocupaciones de los viejos ganaderos y empezaron a detener su marcha imprevistas dificultades.

Tuvo que instruir el mal preparado personal en una serie de trabajos nuevos y antipáticos a la mayoría; que vencer las repugnancias del criollo a desprenderse de sus añejas y queridas prácticas pastoriles y en fin, que trastornarlo todo, hombres y cosas, para influir directamente en la reproducción del ganado y manejar una ganadería de cincuenta mil animales, con la misma y prolija administración que los ingleses emplean en las suyas de cincuenta piezas. Y aquí dieron principio sus grandes trabajos; la división y subdivisión de cincuenta y tres suertes de estancia por medio de cercas de piedra y alambre, para cultivar separadamente las diversas categorías de mestizos; la formación de aguadas artificiales, allí donde el fraccionamiento dejó a los campos sin ellas; la creación de montes, para el abrigo de los productos más delicados y selectos, y otras empresas semejantes y no menos dificultosas.

Ni los grandes desembolsos, ni las guerras civiles

que ponían en peligro sus ganados, ni la sonrisita burlona de los otros criadores lo hicieron vacilar en un solo instante; él proseguía la comenzada obra sin dudas ni sobresaltos, confiando tranquilamente en el porvenir y en sí mismo.

Diez años trabajó sin obtener ni un solo resultado positivo. Esto es muy elocuente; un hacendado vulgar, un comerciante que por medio de la ganadería se propusiese hacer dinero, habría renunciado a tan importante tarea; pero él no, él aplicando el inspirado lenguaje de Carlyle a más modestas cosas, era un héroe-creador, un vidente que venía al mundo a hacer lo suyo y lo hacía a pesar de los pesares, contra viento y marea. A nadie que haya sondeado su encendido amor por la obra que traía entre las manos, parecerá artificioso o estrambótico lo dicho anteriormente. Para él la reforma ganadera era algo más que un cambio de táctica encaminado a obtener estos o aquellos fines; era lo suyo, su misión, lo cual entrañaba los gérmenes de una industria nueva y poderosa, que en época no lejana, fecundaría el suelo virgen de la patria. En sus sueños de creador y propagandista entusiasta, veía a los reproductores de su establecimiento, a la sangre rica y generosa del Paraíso, inoculada a todas las ganaderías de la república, valorizando a los criollos y vislumbraba para entonces como cosa caída de su propio peso, la exportación de ganados al Brasil y Europa, cuna para él de nuestra independencia verdadera, prosperidad y engrandecimiento.

Con estos vislumbres y meciéndose en tales alturas, no es de extrañar que tuviese en mucho el fin del Paraíso y que por medio de una amorosa y constante dedicación y continuo pensar en lo mismo, allegase conocimientos experimentales, unos, e intuitivos otros,

verdaderamente admirables en quien no tenía suficiente preparación técnica, pero ¡bah! ¡la teórica! ¿quién en materia de crianza no prefiere el empirismo al saber de las escuelas?

Al mismo tiempo que él, otros criadores más leídos y eruditos, importaron animales Durhams, pero ninguno de ellos llegó a formar una ganadería de tanta importancia, ni tan fijada —hace treinta años que se reproduce en el país, sin degenerar un ápice— ni a influir tan directamente en la mejora de los ganados criollos.

Apenas hay una estancia o cabaña que no cuente con la sangre Durhams del Paraíso. No explica este éxito la mejor calidad de los reproductores o la bondad de los pastos: el secreto está en lo que él puso, en la personalidad del criador.

Examinando detenidamente los primeros reproductores importados, allá en el año 1859, se dio exacta cuenta de sus perfecciones y ventajas para la producción de carnes, y, grabándose aquellos tipos en la memoria como modelos, se propuso criar animales cerca de tierra, de osamenta fina —por experiencia sabía que a mucho cuerno poca grasa— y de cuerpo cilíndrico y macizo.

Ni un solo día dejó de tener presente su propósito; antes de admitir una vaca en rodeo Tipo, la miraba y remiraba durante una hora, desechando a muchas, aunque hermosas, por no sé qué imperfecciones que él, únicamente, veía. Acompañó esta vigorosa selección de un cuidado escrupuloso en la crianza, empleando discreta y racionalmente, como lo hicieron los grandes criadores Bakerwell, Colling, Boott y sus discípulos, la consanguinidad, la escuela In-andin

breeding de los ingleses, que con ellos, les dio excelentes resultados.

El suspirado éxito comenzó a sonreírle al fin: en el año 1870, sus Durhams, se vendían en Tablada a precios desconocidos y la demanda de reproductores iba siendo cada vez mayor, pero él no se daba por satisfecho; quería criar animales cada vez más perfectos, no sólo mejorar los ganados del país, sino para competir y vencer la importación argentina y europea, que empezaba a iniciarse, restañando así una vena abierta por donde se desangraba la riqueza pública. Aquí tuvo una grande contrariedad: sus productos que él no pudo preparar por encontrarse muy grave de la dolencia que había de llevarlo a la tumba, sólo alcanzaron un segundo premio en la Exposición Internacional Argentina. Como formas, fue opinión unánime que eran tan buenas como los mejores, pero el estado dejaba mucho que desear.

Durante su larga y penosa enfermedad, tuvo siempre presente el fracaso, y algunas horas antes de morir, hablándome del Paraíso, su tema fijo desde que cayó en cama, me hizo prometerle que seguiría desenvolviendo sus vastos planes, completando el valor de su vida y que cuando lo creyese oportuno, acudiese a una exposición argentina a discutirles el primer premio. Esta fue la última prueba que me dio del amor a su obra. Se lo prometí... y en eso estamos."

(Publicado en la Revista de la Asociación Rural del Uruguay, el 31 de enero de 1894.)

LA NOVELA
DEL PORVENIR

LA NOVELA DEL PORVENIR

"En mi prólogo, tan llevado y traído, de mi segunda academia, decía que la novela moderna debe ser obra de un arte tan exquisito, que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo, que dilate nuestro concepto de la vida como una visión nueva y clara, añadiendo que no me proponía entretener, sino hacer sentir y pensar por medio del libro, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos.

...Y bien; al formular lo dicho me parecía, y sigo creyéndolo, que interpretaba no sólo las vagas aspiraciones de los escritores nuevos, sino también los sentimientos de una gran parte del público, la más culta, la que no pide a la novela mero solaz y agradable pasatiempo, sino impresiones más profundas y elevadas, semejantes a las que producen *El anillo de los Nibelungos*, el *Fausto*, *La divina comedia*, y que la novela moderna, habiendo llegado a ser en la época presente un arte grave y un modo de expresión tan poderoso como el drama lírico, la epopeya o el poema puede y tiende a producir.

Efectivamente: no sin grande impropiedad y notoria injusticia, llámanse obra de mero solaz y pasatiempo a *Crimen y castigo*, *Germinal* o *Fortunata y Jacinta*, y otras muchas que sería ocioso citar, las cuales como por arte de magia o milagros de arte, nos hacen vivir una vida más intensa y completa que

la vida misma, sacuden todas las potencias de nuestro ser y descubren hasta los pliegues más secretos y escondidos del corazón; y aseguro que aspira a esto, porque la novela, progresando sin cesar al través de todos los géneros, ha tendido siempre con fuerza admirable a penetrar cada vez más hondo en el alma del hombre y en el alma de la Naturaleza.

Hasta cierto punto cabe negar que en lo puramente literario y artístico no cabe progreso, o mejor aún, que el progreso no es continuo e indefinido. Un arte o género literario progresa mientras duran las especialísimas causas y condiciones que lo inspiran y sustentan, llega al apogeo y nace la más bella flor; luego caen las hojas, brotan otras nuevas y a poco el árbol viste nuevos ramos Antes del divino Homero, cantaron muchos aedas, antes de Sófocles nació Esquilo y antes de Shakespeare otros dramaturgos ingleses, de los cuales forzosamente tenía que nacer él. No variando el medio conveniente para la vida de un arte, o mejor dicho, para la vida de un momento o de un arte o de un género literario cualquiera, ese arte o este género se perfecciona hasta producir su flor más bella; lo único que acontece es que a ninguna época le es dado sobrepujar ni siquiera igualar con obras de artificio, las obras que fueron espontánea y legítima expresión de otra época.

Para la novela, el medio ha sido siempre favorable, por eso no ha hecho otra cosa que subir de punto en valer desde que nació hasta nuestros días, teniendo como es natural, en cada época su florecimiento característico. Baste recordar los nombres de los géneros novelescos, desde los libros de caballería, la novela pastoril, picaresca, costumbrista, y romántica, hasta el realismo, naturalismo y la novela de psicología,

para comprender la justeza de lo dicho más arriba. Sí; la novela ha tendido siempre a penetrar cada vez más hondo en el alma del hombre y en el alma de la Naturaleza; cuando los sentimientos esparcidos en el ambiente encuentran el virtuoso, nacen *El Quijote*, *Los novios*, el *Werther;* tampoco es menos cierto que a toda hora se ha ido afirmando cada vez más la tendencia a huir del mero entretenimiento, de la fábula frívola, para llenar otros fines más graves.

Hoy juzgamos que la novela mejor es la que produce las sensaciones más hondas y duraderas, no la que nos divierte en mayor grado. La excelencia de la novela moderna sobre la antigua consiste en eso, y en eso consiste también la superioridad de la novela francesa y de la rusa sobre la española, lo mismo que la superioridad de *Pepita Jiménez* sobre cuantas novelas ha escrito el Sr. Valera. Esta obra tiene espíritu y alma, y aparte de poseer las cualidades más preciosas del realismo español, la observación exacta, la travesura, el colorido, estereotipa un momento de la vida andaluza, un lado graciosísimo del ardor y de la pasión juvenil, una fase de lo femenino, muy curiosa y muy sugestiva.

Yo no sé si la novela del porvenir serán los libros de síntesis, como quiere Morice, los de análisis al estilo de Barrés; las novelas poemas de D'Annunzio o las simbólicas de Bourget; sólo sé lo que está al alcance de todos, y es que los escritores modernos, alejándose de la novela novelesca, sueñan con un arte grande, con un arte que refleje la vida mejor y más completamente que ningún otro.

Estas ilusiones, esperanzas, quimeras o lo que fuese, la acarician todos con inquietud febril: se busca, se tantea y se hacen toda suerte de ensayos para mul-

tiplicar las sensaciones del fondo y de la forma, enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, y encontrar la fórmula preciosa del arte que va a venir. Aparecen los estilos más complicados, las maneras más difíciles, los asuntos más peregrinos y escabrosos, y el novelador, el narrador de antaño, toma colores de todas las paletas, notas de todos los instrumentos, ideas de todos los libros, impresiones de todos los espectáculos, convirtiéndose en un pensador, en un artista y poeta a la vez, con lo cual la novela moderna, como todo arte contemporáneo, se transforma radicalmente, para expresar un sentimiento nuevo de la vida y de las cosas, que todos experimentamos con fuerza, aunque nadie haya podido formular con claridad.

Y nada tiene de extraño, que habiéndose amoldado la novela en todo tiempo como convenía al alma de la época, tienda a transformarse hoy que nos sentimos agitados por muy otras necesidades espirituales. Luego, si los escritores americanos siguen la corriente, no es por desaforado y candoroso entusiasmo por la última moda de París, ni menos por menosprecio de lo que España produce, sino porque el nuevo arte nos habla al corazón e interpreta nuestras ansias y deseos más oscuros e íntimos. Si las obras son dolorosas, es porque el crepúsculo del siglo es triste; penas desconocidas nos dañan, el desencanto oprime los corazones y la literatura, reflejo de las creencias, doctrinas, costumbres, leyes, aspiraciones, temores y esperanzas de cada época, como dice acertadamente el ilustre autor de *Doña Luz*, no puede menos de ser dolorosa, no por capricho o teoría de arte, que hay filósofos o poetas que así lo predican, sino por ley

natural, porque todos sentimos, con más o menos fuerza, el mal de vivir.

Los que sufren los tormentos de la soberbia intelectual, los enconados contra la vida, los caídos, los dolientes, en fin, existen y reclaman su puesto en el libro moderno, cuyo objeto no debe ser el de sublimar los personajes, sino el de retratarlos con toda su sugestiva verdad, entre otras cosas, para concluir el admirable estudio que la novela viene haciendo del hombre. Las luchas entre la inteligencia analizadora y la sensibilidad exquisita de lo que se ha dado en llamar decadentes; la aridez, sequedad y así como extranjerismos del alma que pronto señorea a los cultivadores del yo; las pasiones oscuras, complejas y contradictorias de los refinados, todo ello pone al descubierto las entrañas palpitantes, la carne viva de la pobre humanidad, y es, por lo tanto, estudio interesantísimo y materia de graves meditaciones para el pensador, el artista y aún para el filósofo.

Por donde la novela moderna, sin convertirse en obra ascética, materia predicable u homilía, puede provocarnos muy avanzadas reflexiones sobre muchos puntos oscuros de la moral, de la religión, de la metafísica, que muchas veces el sentimiento de las cosas que sugiere el arte, es más profundo y va más lejos aún que el conocimiento de las cosas que nos proporciona la filosofía y aún la misma ciencia.

Pero a estas alturas le es dado llegar a la novela, cuando no es obra de artificio, sino manifestación sincera y poderosa de un modo de ser y sentir propios; cuando el novelador se ha dejado arrastrar por el presentimiento de lo hermoso y verdadero, que debe tener, si es realmente un novelador. Sin sinceridad no hay vidente. La generación que se levanta detesta

las obras convencionales y los personajes falsificados. Esa generación no comprenderá al señor Valera, si le habla de deleitar, de dejar glorificada a la Providencia!... El entretenimiento, la moral del libro, los personajes admirables!... ¡Qué pueril nos parece todo eso! ¡Qué pueril y ajeno al sentimiento profundo y doloroso de la vida, que pone la pluma en la mano del poeta! El que tales fines se proponga, escribirá obras interesantes e ingeniosas, pero no moverá los corazones. No; hagan obras artificiosas los gramáticos, los retóricos, pero dejemos al virtuoso que cante los dolores sordos, las amarguras y angustias sin nombre que llenan la vida, porque el poeta es sólo un gesto de la doliente humanidad."

Madrid, setiembre 21 de 1897.

AL LECTOR

AL LECTOR

Me propongo escribir, bajo el título de *Academias*, una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo*,[1] refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En sustancia: un fruto de la estación.

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas —algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables— para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir —que no es el naturalismo ni la novela psicológica, como la entienden Bourget o Huysmans, ni siquiera el flamante *naturismo*, ni las ideologías de Barrés—; es *otra cosa* más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth. En España no. A pesar de *Fortunata y Jacinta, La Fe, Su único hijo,* y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alema-

1 Lo cual no quiere decir que exclusivamente sean esos los asuntos de que traten las Academias.

nes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas —que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato— lo que fue en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura: un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y *epidérmicas,* demasiado epidérmicas para sorprender los *estados de alma* de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del *misterio* de la vida.

Por eso los complejos, los *sensitivos,* los intelectuales van a buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans o D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y pintarlo todo, con el fuego que la *calienta,* las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento; con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de la voluntad y la fineza y ternura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer... Todo, todo: el mago de la palabra y el mago del color hablaban aquella lengua.

Admirable el *regionalismo* de Pereda, admirable y grande el *urbanismo* de Galdós; pero en arte hay siempre un más allá, o cuando menos *otra cosa,* que las generaciones nuevas, si no son estériles, deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renan, los espíritus delicados y

complejos, aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros *semejantes.* Y para nuestros semejantes escribo.

Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento,* que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro... Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso a otros ofendan o irriten las ideas que las Academias pueden sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarpadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la *Hipocresía,* se sube descansadamente a las alturas... pero, ¡cosas de la ardida juventud!; el camino recto, regado con la sangre ge-

nerosa de los luchadores es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra.

1897.

VIDA NUEVA

VIDA NUEVA

Amigos y correligionarios:

El ansia de *otra cosa mejor*, que noto en los actos y palabras de ustedes, y el entusiasmo cívico de que hacen justo alarde, robustecen los deseos ardientes, imperiosos, absolutos, que abrigaba al decidirme a tomar parte activa en las luchas de mi partido, de combatir tenazmente por la causa del bien, que, a mi juicio, es la causa liberal con todas sus consecuencias y trascendencias.

Entiendo por causa liberal, no sólo la política del Partido Colorado, sino la alta y noble filosofía que liberta la criatura humana de la tiranía de los bajos instintos y torpes necesidades; la impulsa a moverse en una esfera superior; la hace libre, voluntaria, responsable, y la convierte en una entidad moral, que acepta la vida como cosa trascendente, como cosa religiosa, como cosa santa, a la que todo hombre que merezca el nombre de tal, debe el sagrado sacrificio de su inteligencia, de su corazón o de sus músculos.

A ustedes, a los que tengan esa amplia concepción de nuestra causa y las nobles aspiraciones que ella engendra, y, en fin, a los que se sientan jóvenes, puros y viriles, van dirigidas mis palabras, porque todos, chicos o grandes, ricos o menesterosos, débiles o fuertes, tienen un deber que cumplir y una tarea que desempeñar en el momento histórico que atravesamos.

En política, lo mismo que en moral, sólo los *indiferentes* son criminales. Peor o mejor, más completa o incompletamente cumplen su deber ciudadano y su destino de hombres, en primera línea los que, viviendo en las altas esferas de la religión, la filosofía o el arte, iluminan la conciencia oscura de las multitudes; los que en una forma u otra, trabajan por los intereses de la patria; los obreros de la riqueza particular y de la riqueza pública; los que en política se dejan impeler por las pasiones generosas o mezquinas, por el cálculo o la ambición, y hasta los que explotan aquélla como un oficio lucrativo, todos tienen su objeto, a veces claro y positivo, otras veces confuso y por reacción; sólo los indiferentes por temperamento o por raciocinio, los que no sienten, ni piensan, ni obran y se limitan a adorar los ídolos bárbaros del Placer o de la Pereza, son los únicos que merecen la reprobación general, porque su vida estéril, árida y vana, no contribuye ni negativa ni positivamente, al flujo y reflujo del pensamiento, que origina y agranda con mil fuerzas la colosal marea del destino humano.

El indiferentismo es una contradicción tan grande como la del escepticismo dogmático. O el hombre opta por el nirvana y se suicida, como quiere el filósofo alemán, o acepta la existencia y con ella las leyes del progreso que la determinan. Vivir es progresar, vivir es perfeccionarse consciente o inconscientemente, y cuanto más se perfeccione la criatura y más lo haga con plena conciencia de lo que hace, más se eleva, más se ennoblece, más alcanza las altas regiones de la vida superior, y más posee la vida, aspirando el espíritu del mundo por todos los poros del alma.

En todas partes, desde épocas remotas, los profetas,

los filósofos, los artistas, los divinos pastores del rebaño del Señor, han trabajado el cuarzo duro de la inteligencia para extraer, con sudores y dolores sin cuento, las partículas del oro vital, que es la verdad bajo todas sus formas. Esas partículas inestimables, como un elixir maravilloso, alimentan y sostienen a la humanidad en su marcha triunfante. Nosotros no tenemos, desgraciadamente, profetas *nuestros* que nos iluminen, filósofos que nos enseñen, grandes poetas que nos digan por medio de la belleza, la última palabra sobre las cosas; sus voces inspiradas nos llegan como ecos lejanos, confundidos entre los rumores del mar...

Debemos, pues, ser nuestros propios maestros, y nuestra obra será grande o pequeña, *según sea pequeña o grande nuestra concepción de la vida.*

Por eso, el tiempo que corre es una hora solemne para la juventud pronta a entrar en las lides políticas; por eso, antes de recibir el bautismo de sangre, importa conocer los valores morales que enriquecen nuestra conciencia, las ideas superiores que robustecen nuestro espíritu, los sentimientos fuertes y fecundos de que somos capaces, porque esos sentimientos fecundos y fuertes, superiores ideas y morales valores, son nuestro único capital, y asegurarlo y agrandarlo es agigantar nuestras fuerzas y asentar sobre cimientos de granito, no sólo nuestro porvenir, que es, en cierto modo, una cosa chica, sino el porvenir de la patria, que es, de todos modos, una cosa grande.

Hasta el presente, poco han tenido que hacer en la vida pública los hombres de pensamiento. Tuvimos pensamiento cuando realizamos los grandes hechos de nuestra historia, pero después, en general, las ideas y las grandes expansiones del alma fueron desterradas

de la política, y empleamos los medios comunes de las naciones sin ideales y de los organismos enfermos: las intrigas de gabinete, las triquiñuelas de los estadistas y las bayonetas de los soldados, armas con las cuales se abrían paso hasta el corazón del pueblo, los intereses de círculos y las ambicioncillas personales, un ridículo y vano ajetreo de hormigas, que dejaba indiferentes o condenaba al ostracismo, cuando no a la roca Tarpeya, a los hombres puros, a los elementos sanos, y sobre todo, a la juventud ilustrada, insensible, por su misma juventud e ilustración, a las seducciones del interés y a las groseras voluptuosidades de los bajos apetitos.

He ahí la razón única de nuestra pasada apatía e indiferencias políticas.

Hoy es otra cosa. El ambiente está cargado de poderosas, aunque oscuras aspiraciones, que urge aclarar y dirigir; en el fondo, bajo engañosas apariencias bélicas, un deseo imperioso de paz, de trabajo y de prosperidad, se revuelve en los corazones de todos como un fruto de bendición en el vientre de la madre; ambiciones generosas, anhelos, ideales, ansias de regeneración, trabajan sordamente las conciencias y preparan el advenimiento de algo grande, acaso de una vida nueva; y hasta el movimiento entusiasta de la juventud da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, la política educadora, la verdadera política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización.

A esta obra larga y dura debemos dirigir especialmente nuestros esfuerzos, porque es la más grande, porque es la más noble, porque es la más difícil, y la

que reclama con mayor imperio las ricas energías y el desinterés de que la juventud es opulenta y única señora.

Corramos a formar en la vanguardia.

Nuestros años, la ilustración de que hacemos alarde y las gloriosas tradiciones del partido a que pertenecemos, nos obligan categóricamente a pensar con altura, a ir más lejos que los que sienten el reuma de los años y los desengaños, a acariciar las aspiraciones que otros miran como sueños y utopías, e intentar lo que reclama doble inteligencia y mayor grandeza de alma, para ser, lo que debemos ser, los caballeros del ideal del Partido Colorado.

Y si no somos eso, no seremos absolutamente nada.

El prestigio de la juventud crecerá en razón directa de la cantidad de ideas superiores que se agiten en su seno; su poder no puede ser otro que el que le comuniquen su independencia, su entusiasmo y su mentalidad, y la obra a que esa juventud dé cúpula y remate, será fecunda, hermosa y duradera, según sean los principios que la nutran, porque los principios son a los hombres lo que las raíces a los árboles; sin raíces, caen éstos cuando los embiste el pampero; sin principios, caen los hombres cuando los sacuden los vendavales de la existencia.

Lo repito: nuestra obra será grande o pequeña, según sea grande o pequeña nuestra concepción de la vida. Dilatémosla, ennoblezcámosla por medio de una continua y obstinada cultura, y todos necesariamente, por la fuerza de las cosas, convergeremos a practicar la política de educación, de regeneración, de idealización, que es absolutamente necesaria a nuestro país para romper la dura cáscara de las antiguas rutinas, de las prácticas macarrónicas, de las preocupaciones

sanchopanzescas, y permitir que la rica pepita de nuestra vitalidad germine al contacto de aquellas tierras fecundas y dé todos sus frutos materiales y morales, como una rosa recién abierta en el jardín sus colores y sus aromas.

Yo sé que la mayoría de los hombres de estado y de los *practicones* de la cosa pública se burlan de esa política superior; pero esos no son políticos, ni hombres de pensamiento, ni hombres de acción, sino *sofistas* y *sopistas,* y de ellos nada tiene que esperar ni que aprender la juventud colorada. La obra de ésta sería ridícula si se detuviese y gastase en politiqueos superficiales, en las intrigas de los círculos y mandarines, en escaramuzas mezquinas, sin trascendencia ni valor moral alguno. Esos politiqueos, escaramuzas e intrigas corrompen, ocultan siempre lo verdadero y enseñan a obrar como esclavos: por irritación, por vanidad, o por móviles inferiores a los seres que una cultura esmerada debía libertar de los instintos ciegos y de las impulsiones primitivas, que descubren en los hombres libres de hoy a los hombres bárbaros de ayer.

Nosotros debemos arar hondo, por la sencilla y concluyente razón de que podemos hacerlo. Arando hondo en la tierra jamás ingrata de la idea y del sentimiento, yendo a la médula de las cosas, sin prestar atención a la vanas apariencias, y avanzando, no *contra* los hombres dirigentes, pero sí adelante de ellos, es como robusteceremos nuestra causa, afirmando su imperio, hoy vacilante, porque no enriquecen la sangre del viejo organismo partidario los glóbulos rojos de los ideales que siempre tuvo, cuando realizó la nueva epopeya troyana y otros grandes hechos de su historia.

A nosotros nos corresponde inocularle esa sangre rica. Aceptemos nuestro deber con orgullo, porque es

una misión que nos honra, y encojámonos de hombros delante de los incrédulos, de los torpes materialistas y de las gentes de vuelo gallináceo, las cuales no pueden comprender que haya quienes, entre la seductora Afrodita y la grave Palas, elija, como Hércules, a la diosa del rostro severo.

Si tener ideas en la mente, generosos sentimientos en el corazón y principios sólidos en la conciencia es ser idealistas, románticos, platónicos y hasta líricos, seámoslo en buena hora, que lo seremos en la buena compañía de las más grandes inteligencias y de las más bellas almas de que se enorgullece el mundo. Idealistas son todos los que han transformado las sociedades, desde Moisés hasta Platón, desde Cristo hasta el autor del *Contrato Social.* Las grandes revoluciones como las grandes revelaciones, no salieron jamás de los ministerios, ni de las esferas oficiales, sino de las boardillas de los pensadores y de los poetas, y basta citar el nombre de alguno de aquellos que los espíritus positivos llaman visionarios, para convencerse de que el mundo es cosa suya, y que todo grande sacudimiento de la historia responde a la mar de fondo, a las corrientes ocultas, al alma dispersa entre las multitudes de uno de esos dementes sublimes que se llaman Pedro el Ermitaño, Lutero, Colón o Juan Jacobo Rousseau, descubridores de continentes nuevos para la tierra y de tierras prometidas y nuevos mundos para el alma.

Los dos hechos más grandes y trascendentales de los tiempos modernos, la Revolución francesa, que cambió el espíritu y el mapa de las naciones, y la formación del Imperio alemán, son la obra de filósofos y pedagogos, y sin atravesar los mares, ni buscar en pueblos lejanos los ejemplos elocuentes que nos brinda

nuestra propia historia, puedo aseverar, sin temor de equivocarme, que Artigas y nuestros soldados de la Independencia fueron también visionarios e idealistas: la libertad fue la señora de sus pensamientos, amaron ardientemente una idea-fuerza, y esa idea infló sus músculos, les permitió hacer obra de varones y los convirtió en héroes legendarios, dignos de ser cantados en estrofas inmortales por el Ciego Divino.

Y si treinta y tres hombres por el amor de una idea nos legaron una patria libre, a nosotros, que somos más de treinta y tres y tenemos más años por delante que ellos tuvieron, nos sería factible ennoblecer aquella patria con que sólo nos propusiéramos valientemente tan noble aspiración, porque ya es cosa olvidada, de puro sabida, que se logra todo lo que se quiere, con tal de querer con fuerza, y de que el mundo es el patrimonio exclusivo de los que tienen el valor de apropiárselo.

Tenemos mucho que demoler, mucho que edificar, muchas ideas que combatir y muchas que poner en circulación para darle impulso a nuestra vida parasitaria y agitarnos en el ambiente de progreso y modernidad en que viven otras naciones, más ricas sobre todo por la cultura de espíritu, más felices porque gozan las alegrías del trabajo, y doblemente libres porque entienden la existencia de un modo más amplio e inteligente.

Sí, hace falta que avancemos con la piqueta demoledora en una mano y en la otra la simiente del sembrador, para destruir sin piedad lo que daña: los odios y prejuicios tradicionales, la concupiscencia política, el apocamiento de los pobres de espíritu, la sordidez del corazón, males que empobrecen y embrutecen; y al propio tiempo, sembrar con gesto religioso las se-

millas fecundas del amor al trabajo, del esfuerzo y la iniciativa particulares, del culto de la patria, de la cultura del espíritu, de la religión del alma: virtudes que tonifican el organismo de los pueblos y les prestan energías para realizar las ascensiones más intrépidas de la acción y del pensamiento.

Que otros, los que quieren medrar particularmente, se entretengan y malgasten en los politiqueos epidérmicos y en los juegos malabares, no siempre limpios, de la técnica política; nosotros debemos ir al fondo de las cosas, y paciente y concienzudamente estudiar los fenómenos en su esencia, en su razón oculta, a fin de conocer el daño, y luego aplicarle los medicamentos que aconseje la terapéutica social. Los males políticos son sólo síntomas de enfermedades morales, y bien torpes son los médicos del Estado que se apresuran a atacar aquéllos sin pensar en éstas. Casi siempre las aspiraciones inferiores de los ciudadanos y la chatura mental del pueblo tienen por causa, no la perversión ni la ininteligencia de los hombres, sino la falta de circulación de ideas y sentimientos que eduquen y eleven, que arrastren y hagan prosélitos por la fuerza viva de su propia virtuosidad.

Cuando no se sienten ciertas necesidades espirituales, no se piensa en ciertos adelantos, progresos y conquistas de las civilizaciones adelantadas, y predicarlos es predicar en desierto y machacar en hierro frío. Lo que procede es crear esas necesidades, haciendo que circulen las ideas que las provocan y determinan.

Aunque sea doloroso, es necesario decirlo: somos una nación de vitalidad pobre, no por razones políticas, sino porque somos un pueblo sin alma, es decir, un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque *anímicamente* no vive o vive de prestado, sin ideas pro-

pias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original y castiza. Casi todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendidas con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo.

Y lo que es vital, nace siempre del corazón de los pueblos. De ahí que nuestra existencia sea epidérmica, vana, y no elabore ningún producto moral y trascendente. Para que sucediera lo contrario, se necesitaría que viviésemos una vida profunda, robustecedora de las energías y potencias que nos caracterizarían como pueblo, si se convirtieran en actos, en voliciones, pero que hoy por hoy se revuelven como larvas de oscuros instintos en las profundidades de lo *Inconsciente*, sin acertar a transformarse en esa fuerza síquica prodigiosa que engendra deseos extraordinarios, pasiones soberbias, vitalidades opulentas, bajo el nombre milagroso de alma nacional.

Y esas fuerzas síquicas deben ser desarrolladas por ustedes, amigos y correligionarios, porque entre ustedes viven como en un templo las tres Gracias de todas las épocas: la Juventud, la Inteligencia, la Voluntad, y con estas tres deidades por diosas protectoras, es factible la realización de todas las esperanzas, el logro de todos los ideales y la conquista de todos los mundos.

El club que vamos a fundar, si se conserva independiente y unido, y dirige sus esfuerzos ordenados a enriquecer la conciencia y el cerebro de la nación con las ideas y valores morales de las grandes civilizaciones, representará para nuestra patria lo que la obra de Fichte y los maestros alemanes para el gran Imperio de Guillermo II.

Tarea ruda, pero tarea grande y gloriosa que cautivará a la juventud, y, sobre todo, a la juventud colorada, si ésta viste realmente la toga viril y no olvida que su partido es el partido liberal y, por consiguiente, un partido de progreso, de empresa y de optimismos generosos, o, lo que es idéntico, un partido creador de la vida.

Sin lucha no se consigue nada, y la juventud va a demostrar por la magnitud de sus esfuerzos, lo que es y lo que la patria puede esperar de ella.

Dos caminos se nos ofrecen a los ojos: el de la vida fácil y el de la vida grave y esforzada. El primero es suave, descendente, y serpentea voluptuoso por entre bosques de sabrosas frutas, vegas floridas y valles encantados, donde se oyen la flauta de Pan y los gritos lascivos de los faunos y las ninfas. El que avanza por él siente todas las embriagueces de los sentidos, bebe ansioso el aire puro de las verdes praderas y se baña en la luz radiosa de un sol meridional; pero pronto deja de sonreir, los frutos que tiene al alcance de la mano, empiezan a parecerle empalagosos, los valles mustios, las vegas achicharradas por inclementes ardores, y avanza cada vez por sitios más tristes y desencantados, hasta llegar a un desierto sin límites que se llama el Fastidio, donde mueren de sed de idealidad los inútiles, los frívolos, los débiles, los voluptuosos y todos los que experimentan el amargo disgusto de sí mismos, que, a la larga o a la corta, engendra siempre la vida gastada inútilmente, la existencia infecunda de los pobres de espíritu.

El segundo es áspero, sube siempre por entre rocas abruptas y agrias laderas; pero el ejercicio fortifica los músculos, el hábito del peligro desarrolla el valor, y pronto el osado caminante avanza sin cansancio y

sin miedo, gozando la dicha de desplegar sus energías y sentir que su alma, por el esfuerzo, se apodera de todo lo creado y exprime el jugo de todas las realidades.

La tierra es fecundada por su pie intrépido; detrás de sí deja, como señales de su paso, la senda que ha abierto en la roca dura y que pronto se convierte en espacioso camino, en una arteria de la vida universal. Y sube siempre, descubriendo cada vez más amplios horizontes, lejanías más espléndidas, celajes verdaderamente maravillosos. Entonces el viajero, con ojo de águila, abarca el mundo y se reconoce dueño de él: es un vencedor. Cuando muere, lo hace con la sonrisa en los labios, porque sabe que ha vivido y que no perecen del todo los que han labrado su surco y sembrado su simiente.

Uno es el camino de la Vida, el otro el de la Muerte, y entre la Muerte y la Vida la elección no puede ser dudosa para la juventud: la juventud, si no se traiciona, optará por la Vida.

He dicho.

EL IDEAL NUEVO

EL IDEAL NUEVO

LA SITUACION

Antes de volverme definitivamente a mi jardín solitario, obligado no sólo por una dolencia que no me da respiro, mas también por el firme convencimiento de que mi humilde acción de *pioneer* será más útil en la rica veta de la iniciativa privada que en el incierto filón de la política, quiero decirles a mis amigos del Club "Vida Nueva", si no las palabras que acaso esperaban de mí, al menos las que me dicta mi conciencia, aunque éstas sean desagradables y me obliguen a sacrificarle a la divinidad más severa de todos los cultos, dos cosas para mí carísimas: las esperanzas que inspiré a algunos y el blanco cordero de las simpatías que siempre me demostró la juventud colorada.

Pero yo no puedo vivir en la mentira ni obrar contra mis convicciones. Dentro de la política militante, obligado por la fuerza bruta de las cosas, mentiría como todos, como todos comulgaría con las impurezas de las seudo-verdades partidarias, y las verdades que hace falta decir en ciertas ocasiones para purificar el ambiente viciado por la pasión política, no saldrían jamás de mis labios, como no salen nunca de los labios de ningún hombre de partido. Razones poderosísimas, conveniencias particulares, amistades políticas, y los intereses de las camarillas y los círculos lo impiden siempre, y las subversiones más indigestas, a fuerza de ser atacadas por los poderosos jugos del es-

píritu de partido, se hacen asimilables y pronto circulan por las venas, contribuyendo a la economía del organismo partidario... que desde entonces empieza a vivir con la sangre envenenada. Que es así, no conviene que se diga, porque sería impolítico. y no se dice... y cada vez aumentan las proporciones de venenos en circulación. Si alguien rompiese la consigna, comprometería a la comunidad, de la que el hombre de partido lo espera todo, y ésta lo arrojaría de su seno lanzándole al rostro el anatema de traidor. Para desafiar sus iras y, quieras que no, aplicarle el cauterio que quema pero que cura, sería necesario sacrificar a una idealidad muy vaga las sabrosas realidades que aquella comunidad brinda a los adeptos seguros, es decir, incondicionales; sería necesario renunciar a todo porvenir político, y esto humanamente no lo puede hacer quien crea en sí mismo y tenga la aspiración de ser alguna cosa en la esfera pública. Yo, que no estoy en ese caso, puedo hacerlo, y lo hago, para dirigirme a la juventud colorada, si no con más autoridad, *con más libertad y más verdad* que la mayoría de mis correligionarios.

No escribo, pues, para perfilar las frases tan crespas como fementidas en que abundan los discursos de los declamadores que, pensando en su porvenir político, adulan los sentimientos perversos de las multitudes y corrompen la conciencia partidaria; no escribo para conquistar aplausos y conseguir votos; no escribo para halagar las pasiones de la juventud colorada: escribo, al contrario, para combatirlas, porque, por más que pienso e imagino, no puedo comprender cómo, no siendo un insensato, un epiléptico o un farsante, se pueda hacer otra cosa y predicar el odio, la intransigencia, la opresión y otros salvajismos, cuando los

males que nos afligen arrancan, precisamente, de tales extremos, y son el fruto agrio de nuestra falta de virtudes sociales, de nuestro criollismo intemperante, de la persistencia en nuestra conciencia nacional de los elementos bárbaros que siempre ha combatido la civilización y que sólo aparecen como fenómenos regresivos en las sociedades atrasadas o decadentes.

De estos elementos bárbaros y otras escorias morales, es que se ha ido formando la avalancha de pecados que ya nos empuja hacia aquel lóbrego abismo de la historia donde pierden la nacionalidad los tristes pueblos que no han podido vivir en paz ni sabido gobernarse...

* * *

Es una verdad indiscutible, matemática, que donde reinan el desorden y la discordia, la sociedad perece, y que los grupos, las tribus y los pueblos debilitados y envilecidos por las luchas intestinas, viven en una vida miserable y mueren encubiertos de verguenza.

Y bien: yendo al fondo de las cosas, sin prestar oído a las voces airadas de la exaltación partidista, cae de su peso que a tal obra de muerte e ignominia no puede contribuir, sin renegar de sus principios, el Partido Colorado, y menos aún la juventud del Club "Vida Nueva". No se sale de la Universidad bautizados con el agua bendita de la ciencia, para dejarse mover por los impulsos ciegos de las miserables criaturas a quienes la civilización no ha convertido todavía en hombres libres. Su cultura y las mismas tradiciones del partido a que pertenecen, de aquel partido que realizó grandes hechos cuando supo nutrirse de la médula de león de la libertad y del progreso, obligan

a la juventud colorada histórica, y perentoriamente, a desenvolver su acción en el sentido de la vida, contrariando las impulsiones destructoras de las turbas rojas o blancas y de los taumaturgos blancos o rojos, que con fines siempre despreciables las adulan y las explotan.

A mi entender, mienten a sabiendas, estafan a la juventud colorada, hieren el alma del partido y precipitan su ruina los sacrílegos sacerdotes que, desde el carcomido púlpito de la política pasional, aconsejan implícitamente como el elixir maravilloso que va a devolverle las perdidas fuerzas al partido, el odio para vencer y luego la opresión para dominar; y digo que mienten, porque no es posible que ninguno de los que así razonan, vistiendo las arteras frases con la vieja indumentaria del retoricismo guarango de moda en las antiguas asambleas partidistas, crea sinceramente que el partido de las libertades pueda ejercer sin mengua el despotismo, ni practicar la barbarie el partido que dice hacer suya la causa de la civilización y del progreso. O tales palabras son sólo ridículas etiquetas, y entonces el partido no tiene por qué estar orgulloso de los principios que encarna, ni hacer alarde de ellos, o urge convertirlos en actos, en hechos positivos, en realidades sensibles. *Los partidos no viven de palabras vacías de realidad;* los partidos caen en la mentira, se pudren y se corrompen cuando no hacen carne las virtudes de su credo político. Los *practicones* de la cosa pública suelen creer que las tales virtudes son buenas para cacareadas en las tribunas, mas no para hacerlas efectivas en la vida real; pero los practicones, que en ninguna latitud de la tierra tuvieron nunca el espíritu muy noble ni sutil, ignoran que el flúido vital que sostiene un organismo par-

tidario está encerrado generalmente en una sola palabra, como las infinitas facultades y potencias del hombre, adquiridas en miles de siglos, residen en el receptáculo misterioso de una célula microscópica...

El olvido de los sentimientos superiores y, por lo tanto, *acumuladores de grandes energías*, que nos convirtieron en héroes troyanos en la Defensa, en soldados de libertad en Caseros y en campeones de la civilización en las intrincadas selvas paraguayas, fue la causa generadora de las perversiones y tiranías en que caímos después. Sin los grandes ideales, que fueron algo así como la ósea armazón que lo mantuvo firme, el Partido Colorado se corrompió como un cuerpo al que abandona el alma. En vez de principios austeros, reinaron las concupiscencias meretrices, y vinieron las violaciones de las leyes, los atentados contra las libertades, la corrupción, el despotismo, la guerra, la ruina; círculo dantesco donde, llenos de iras y de odios, arrojándonos mutuamente al rostro el corazón de la patria, nos agitamos y revolvemos como dementes trágicos. Y la rueda sigue su fatal movimiento; los gobiernos usurpadores arruinan materialmente el país, la política pasional absorbe y malgasta las energías morales de la nación, las opresiones coloradas determinan las revoluciones blancas, y las revoluciones blancas el renacimiento del caudillaje y la vuelta a los tiempos bárbaros.

He ahí la consecuencia de la política de partido, entendida en su acepción más canalla, que pregonan algunos espíritus extraviados, los talentos guerreros en estado de merecer y además los cerdos de la piara de Epicuro, que en las aguas revueltas y sucias de la licencia han encontrado siempre su pitanza.

Todo poder despótico debilita a la larga a la enti-

dad que lo ejerce, sea éste un hombre, un partido o una nación. El castigo de las culpas del Partido Colorado es su anarquía irreducible, a pesar del *abrazo máximo-juliano,* que así que las conveniencias personales empiecen a definirse, resultará el abrazo de Vergara, *e irreducible, no por la paz, no por los acuerdos, no por Cuestas, sino porque los pequeños intereses, las emulaciones bastardas y las ambiciones personales que dividen a toda comunidad política, cuando faltan los dinamismos agrupadores de los grandes ideales, mantienen frente a frente a los círculos e impiden las cristalizaciones armoniosas.*

En tales circunstancias nadie declina sus pretensiones sacrificándolas al bien de todos. Los cabecillas, los jefes de los grupos, los conductores de las masas son arrastrados por la ola, no resisten a las intemperancias, concupiscencias y sensualismos de las bajas pasiones, como el peñón enhiesto a los furores del mar; no combaten para no ser combatidos, son *condottieri* que se pagan con votos, no generales que se premian con medallas: por eso no tienen autoridad moral ni pueden enseñar a las turbas *las cúspides majestuosas donde la idea superior de la patria y del bien público,* como una música celeste, aplaca todas las iras y doma las panteras feroces del egoísmo. Es preciso confesarlo, aunque apene y duela: *entre los directores de la opinión colorada, valores políticos desmonetizados por exceso de circulación, no existen águilas de vuelo caudal: todas son aves de vuelo gallináceo, patos no más, miserables patos marruecos incapaces de magníficos aletazos o de remontarse a las alturas y perder de vista la charca infecta de los intereses personales y de la política chata de los partidos, las fracciones y los círculos.*

Esta, y no otra, es la pertinaz anarquía del Partido Colorado, que más bien es una descomposición que una anarquía. Si hubiese conservado incólumes los principios fuertes que lo sustentaron en las épocas heroicas, no se habría corrompido, y si no se hubiera corrompido, no se habría anarquizado. No hay, pues, que llamarse a engaño, atribuyendo a influencias extrañas lo que es la obra del partido mismo. Para unificarlo, es decir, para que ideales e intereses superiores le den la cohesión que impiden los intereses pequeños, es preciso antes regenerarlo, y para regenerarlo hace falta operarse las cataratas del partidismo que ciega hasta a los más linces, y con ojo luminoso y valiente analizar las cosas en su esencia íntima, para conocer la verdad y partir de ella.

La juventud colorada tiene el derecho y debe hacerlo: *sobre el tapete del destino se juega su porvenir.* Los viejos partidarios ya han jugado el suyo.

* * *

Y la verdad de que es necesario penetrarse para tomar después los nuevos derroteros en que todos piensan con ansias mortales, es que la vuelta a los tiempos primitivos, las angustias presentes, la pobreza, la infelicidad, el atraso, y sobre estas calamidades el fantasma de la guerra que turba nuestro reposo y nos oprime el corazón; en una palabra, *el hecho brutal de nuestra desgracia como pueblo,* es la obra de todos, es el fruto de una larga y estúpida labor común, en la que han colaborado en primer término los partidos tradicionales.

Estos no han sabido ni vencerse, ni reconciliarse, ni transformarse. No se han enriquecido con las ideas

o valores morales que elevan el nivel de las masas y permiten todas las expansiones de las fuerzas vivas de un país; no han contribuido, de ninguna manera, al ejercicio y desarrollo de las energías y potencias materiales y espirituales que cultivan encarnizadamente los pueblos fuertes y libres: libres y fuertes, no por las virtudes guerreras, sino porque saben conquistar la vida, venciendo diariamente en una continua y formidable lucha a las fuerzas fatales del destino. Muy al contrario, los partidos tradicionales, ocupados en destruirse o en satisfacer en los puestos oficiales y el tesoro de la nación sus ambiciones de mando, odios de califas y apetitos groseros, han agotado la energía nacional en aventuras guerreras más o menos criminales, impidiendo que cristalizara en nuestra alma, aridecida por la pasión política, el entusiasmo de la acción, las excelencias morales y las virtudes de los varones esforzados que aceptan aquella lucha trágica contra la fatalidad cantándole un himno gozoso a la vida.

Cien veces el país es arruinado por las revoluciones y los motines; cien veces las virtudes sociales, de que necesitan los pueblos para vivir, cuando dejan de ser hordas salvajes para convertirse en naciones civilizadas y prósperas, son destruidas por la explosión violenta de los odios partidarios; cien veces las agitaciones políticas reducen a la pasividad de los faquires indios las fuerzas engendradoras de todo progreso de las clases laboriosas; cien veces el obrero y el sembrador son arrollados por las huestes bárbaras que destruyen las mieses, deguellan los ganados, saquean, violan y asesinan. Hemos vivido temblando, y el miedo nos ha debilitado y envilecido para siempre: por eso los hombres de la tierra oriental, sin

energías viriles fuera de la guerra, sin entusiasmos ardientes, ni las aspiraciones superiores que engendra el sentimiento de la propia fuerza, han arrastrado la vida miserable de los pobres de espíritu a que los condenaba un medio ambiente donde la independencia es una esclavitud, las instituciones libres un perpetuo sistema de fuerza, el esfuerzo propio y la iniciativa privada un vasallaje; porque el hombre temeroso, no de los dioses, sino de los partidos, lo ha esperado todo —la vida o la muerte— de la política, esa diosa cuyo poder exterminador ha hecho más temible y temida entre nosotros, que las monstruosas divinidades del mal de las mitologías bárbaras en los pueblos atormentados por la superstición.

Esperándolo todo de la política, la bancarrota de los partidos tradicionales como educadores y conductores de la energía nacional, ha traído la quiebra de nuestras esperanzas y nos ha puesto a un paso de la desesperación. No creemos en nosotros mismos, no tenemos fe en el porvenir, y la idea enervadora de nuestra flaqueza va haciéndonos cada vez más ineptos para la lucha rudísima de las naciones en la concurrencia universal, donde una selección implacable como el Destino e indiferente como la Naturaleza elimina a los débiles.

La patria desmembrada, el caudillaje victorioso y el espíritu gaucho infiltrándose como un tósigo mortal en el alma de las multitudes, son males menos cruentos, menos temibles, menos amenazadores para nuestra nacionalidad, que el sentimiento de nuestra impotencia confesada por chicos y grandes, en tristes, miserables y vanas lamentaciones. Es una cantilena fúnebre que sube al cielo cantada por miles de bocas. Todos se quejan de la suerte, todos reniegan del Des-

tino: la gente adinerada esconde sus capitales, los obreros de la riqueza nacional emigran, las energías se pierden, los manantiales de la vida no corren, y en la tierra, cuyas entrañas llenas de tesoros el trabajo del hombre no fecunda, sólo nacen los cardos borriqueros de que se alimentan los odios, las iras, los prejuicios tradicionales y el macarronismo crónico de la nación.

* * *

Sí, el macarronismo crónico de la nación.

La política no podía menos de producir a una el debilitamiento de las clases productoras y el desarrollo anormal de las profesiones liberales y el militarismo, de donde salen nuestros declamadores de oficio, nuestros modestos Escipiones o profesionales de la guerra, y los funcionarios públicos, la clase parasitaria, así compuesta de mandarines sin ninguna práctica de los negocios, ni ningún conocimiento de las riquezas del país, ni ninguna idea que no sea un fruto amargo o insípido de la política pasional o de la política dogmática, dos pestes. De ahí que, desdeñando las duras enseñanzas de la experiencia, se empeñen las clases directoras en combatir siempre nuestros males con las desacreditadas terapéuticas de los sablazos o de los discursos; de ahí la omnipotencia de la acción oficial, extraña a la sicología de los pueblos libres, de los cuales, por nuestras pulidas instituciones, tenemos todas las apariencias, sin poseer ninguna de las realidades prácticas; de ahí también la formación del espíritu criollo, levantisco, acometedor, vocinglero, capaz de palabras o acciones violentas, pero no del esfuerzo sostenido en que consiste la verdadera energía. Tal espíritu es por naturaleza contrario al método, al orden,

al trabajo razonado y a las virtudes pacíficas, modestas, pero sólidas; tal espíritu inclina a adorar lo que reluce y deslumbra, aunque no tenga mayor sustancia: las frases altisonantes, *la viveza criolla, que es una forma superior del chabacanismo*, las virtudes militares, las medidas coercitivas, que descubren el guantelete del despotismo de que los pueblos no habituados al ejercicio de la libertad gustan ver armada la mano de los gobernantes; y, finalmente, las resoluciones extremas, lo que ha hecho cuajar en la esfera pública las retóricas y leguleyerías por una parte, y la revolución como procedimiento político por otra, permitiendo antes que cristalizarse en la masa la *superstición gubernamental*, la pereza embrutecedora, y además, como noble concepción de la vida, el *sanchopancismo*, que es la peor y más castiza herencia de la abatida España, y el *compadrazgo* más o menos agudo, que es una floración indígena de lo más criollo y malo de nosotros mismos.

En un medio donde tales elementos síquicos predominan, todo es pequeño, pobre, raquítico e ininteligente. Las aristocracias sociales, las floraciones opulentas de la maravillosa planta humana se marchitan antes de abrirse. En todo orden de cosas, la aspiración es tímida, el esfuerzo débil y limitado. El capitalista no experimenta la noble y fecunda ambición de conquistarse un imperio con su oro: se hace colocador y degenera en usurero; el comerciante, sin los ánimos y las briosas inquietudes de las razas robustecidas y afinadas por el esfuerzo propio, funda el éxito de sus empresas en la economía sórdida, no en la inteligencia y la tenacidad; el estanciero, en cuyos brazos duerme un sueño soporífero la riqueza nacional busca sólo el medio de trabajar, pensar y gastar lo menos posi-

ble, y, naturalmente, mira con malos ojos los procedimientos científicos aplicados a la cría, las máquinas agrícolas perfeccionadas y las industrias rurales que en otras partes se explotan con grandes resultados, pero que demandan facultades y conocimientos que él no posee ni se aflige por adquirir: y los jóvenes, que representan el porvenir, no sienten los generosos impulsos de la sana juventud: el raquitismo del medio desde la cuna los amasa y estruja y aplasta sin piedad, hasta estamparles a todos el mismo sello de flaqueza física y pobreza de espíritu que los hace aparecer en la palestra del mundo como soldados vencidos antes de luchar. Las fuertes alegrías del trabajo, los placeres picantes de la lucha, las alturas vertiginosas del pensamiento puro, los abismos espantables de la meditación, la vida heroica, en fin, no arrastra al elemento joven. Los jóvenes, como los viejos, prefieren el reposo que proporciona la renta, la carrera o el empleo público tomado puramente como medio de asegurar la existencia, a las inquietudes y agitaciones de las almas luchadoras que sufren, pero que viven. Nadie en ningún orden de cosas, busca las cumbres solitarias de Brand. La tendencia es a vegetar por inclinación y por sistema, consumiéndose de fastidio junto a la miserable olla donde hierve el *pucherete* de las familias humanas pobres de voluntad...

Y en la inercia los músculos se debilitan, la inteligencia se atrofia, la voluntad desmaya y el hombre concluye por no experimentar estímulo alguno, cayendo en el nirvana o en el fatalismo musulmán, o cuando menos en una especie de indiferentismo estúpido que lo desarma para la lucha por la existencia y lo induce a confiar, no en sus energías y cualidades, sino en el gobierno, en los hombres de su partido, y

alguna que otra vez en la Providencia, cuando los desencantos del mundo le hacen volver los afligidos ojos hacia el cielo.

Entonces, la pobreza, la desgracia, el fastidio, la irritación interior que produce en la criatura humana el sentimiento helado de no haber correspondido a sus propias esperanzas, cría el humor negro, y éste los vicios y defectos morales que hacen penosa la vida en común. La envidia, el rencor, los odios partidarios, los fanatismos políticos impiden fraternizar, y se vive como vivimos nosotros, destrozándonos, lo mismo en la paz que en la guerra: en éstas con las armas, en aquélla con las uñas y los dientes.

* * *

Hoy, considerando los males que nos abruman y peligros mayores que nos amenazan, todos nos decimos que es necesario cambiar de rumbos y empezar una vida nueva, y, en efecto, damos principio a tan laudables propósitos ensayando los viejos procedimientos y muletillas que nos han arruinado material y moralmente.

Como los ciegos que no aciertan a dar un paso sin su lazarillo, nosotros no concebimos la vida sin una fuerza despótica que un nombre oficial cualquiera nos conduzca a donde le plazca y no a donde nosotros quisiéramos ir. Unos piensan que un buen gobierno podría salvarnos, otros opinan que la salud pública pende de nuevas e intrincadas formas políticas, y los más violentos y arrimados a la cola —dígase también en honor a la verdad— creen que una guerra definitiva, vale decir exterminadora, que concluiría con el perro y con la rabia, es lo único que puede

solucionar los conflictos actuales y el largo proceso de los partidos; los que, entre paréntesis, para la guerra se preparan y arman como si no tuvieran sobre la conciencia bastantes crímenes ni estuvieran manchados mil veces por el delito de lesa patria.

Pero la pasión política es tan ciega y ruin, que antepone siempre, *sin excepción*, los intereses de los partidos y deberes partidarios a los intereses de la patria y deberes nacionales!...

No son los gobiernos, ni las leyes, ni las guerras, ni los discursos lo que nos pondrá en el camino de la regeneración.

Con las instituciones más sabias y más libres, y gracias a nuestra concepción del Estado centralizador y dueño de toda iniciativa y, por lo tanto, destructor del esfuerzo individual, caeríamos en la barbarie, la anarquía y la inercia de los pueblos asiáticos regidos por el poder absoluto. El daño no está en las leyes ni en los gobiernos· el daño reside en nuestra peregrina complexión moral, formada, no sólo por la acción aplastadora de un medio ambiente pobre en virtudes sociales, sino también por el influjo de ciertas deformaciones síquicas que se van haciendo hereditarias y, por lo tanto, difíciles de contrarrestar.

Se ha dicho, con justísima razón, que los pueblos no tienen otros gobiernos que los que merecen, y a esto podríase agregar, con no menos justeza, que sólo por milagro cabría otra cosa... si en el laboratorio de la historia se operasen milagros y no fenómenos y combinaciones que obedecen a leyes tan naturales como las que rigen al resto del universo.

Los accidentes, las apariencias cambian; la sustancia de las cosas y su evolución necesaria, no.

Mientras lo esperemos todo de la política y ella

nos conduzca como carneros del rebaño de Panurgo, *las selecciones sociales que son necesarias para llegar a la formación de una verdadera clase directora, compuesta, no de políticos parasitarios, sino de la aristocracia del músculo, del carácter y del intelecto,* no se operarán, ni podrá ésta ejercer su acción benéfica de robustecer cualidades y destruir vicios, y los gobiernos y la política serán lo que han sido siempre con una y otra etiqueta partidaria.

La vida nueva no saldrá de los moldes viejos; la vida nueva ha menester una nueva concepción de la vida.

La bancarrota fraudulenta de los partidos tradicionales, el descrédito de la política, que va siendo un sentimiento universal, y la desconfianza que con justísima razón inspiran los mandarines y gerifaltes de la cosa pública, dice muy a las claras que de ahí nada debe esperarse. El ejemplo de otras naciones, donde la acción del Estado es casi nula comparada a la acción particular, nos demuestra que el cultivo intenso de nuestras energías por medio del trabajo, el noble *sport* que fortifica lo mismo el alma que el cuerpo, podrá regenerarnos; pero, lo repito: los gobiernos, las leyes, las guerras y los discursos, no.

El esfuerzo propio, la acción privada, la iniciativa particular, las fuerzas poderosas, aunque no muy visibles, que han elaborado en los pliegues más recónditos del alma anglo-sajona el carácter duro y noble de la raza, y después su grandeza, son los tonificantes con que las civilizaciones greco-latinas de pasado glorioso, pero de porvenir preñado de incertidumbres, quieren remozarse para empuñar nuevamente el cetro del mundo que ha caído de sus manos finas, pero débiles. Y si en Francia, Italia y España los pensa-

dores más avanzados tienen por cosa conveniente la vigorización de la voluntad y las energías individuales para combatir la decadencia política y económica de aquellas naciones y dar a su imperio, en las cosas del espíritu, algo más que la belleza del gesto, entre nosotros tal solución es una necesidad imperiosa.

De la raza latina, mejor dicho, de los pueblos de civilización latina, poseemos en mayor o menor grado, la vivacidad de la inteligencia, la fineza del sentimiento, la sangre ardiente, todos los defectos morales, hechos más visibles y torpes por nuestra cultura rudimentaria, y los vicios de organización política que dan por resultado final *la anemia de las virtudes fuertes que forman el carácter*, el arma más segura para vencer en la lucha de la vida. Urge, pues, educarlo, y para el caso es preciso esperar menos de la política, que al fin de cuentas es una manifestación externa de las cualidades ocultas del pueblo, y confiarlo todo al poder de nuestros músculos. No es posible la existencia de un pueblo libre, fuerte y próspero, compuesto de ciudadanos individualmente esclavos por la falta de iniciativa, débiles por la flaqueza de su voluntad, pobres por su indolencia; ni es posible tampoco que aquéllos tengan las cualidades de las razas triunfantes donde el estado y la política impiden que esas cualidades se forjen en la fragua potente del esfuerzo propio.

Los hombres no tienen más libertades ni tesoros que los que llevan en sí mismos. Fuera de ellos empieza el mundo de las vagas apariencias.

* * *

Y nosotros, a pesar de los pesares, poseemos algunos nobles fermentos que importa distinguir en la

mala levadura del pasado. De las fuerzas utilizables de éste pende el porvenir. Los hombres y los pueblos marchan con él a cuestas como un caracol con su concha. Es una carga y un abrigo; lo arrastramos, pero él nos sostiene, de él salimos y él nos ofrece las *energías brutas*, de las que hay que extraer pacientemente la *ganga* preciosa. En tierra uruguaya componen esta ganga, en primer término, nuestra inteligencia vivaz, energía guerrera que habría de dirigir hacia las luchas sociales o económicas, y honradez castellana, tres cualidades, poca cosa, en verdad, si no tuvieran en sí el germen de todas las otras.

Fracasados los partidos, desprestigiada la política, y perdida la confianza en los hombres públicos, no nos queda otro recurso a los orientales que acudir al tesoro de nuestras energías para labrarnos nuestra suerte con nuestro propio esfuerzo. Que cada uno se defienda contra las invasiones de los bárbaros, así todos contribuirán al todo. Ha llegado el momento de demostrar lo que valemos por nosotros mismos; ha llegado el momento de que los que tengan conciencia de los deberes nacionales e intereses que defender, formen una agrupación poderosa que encarne la oprimida aspiración nacional hacia el progreso, hacia la vida creadora, y oponga a los discursos de los declamadores la acción práctica de los hombres de trabajo; a la política pasional el espíritu de asociación; a las especulaciones metafísicas y sofisterías de los leguleyos, el desenvolvimiento de las fuerzas económicas del país; a las luchas bárbaras de las hordas partidarias, las luchas comerciales de las sociedades cultas; a la vida pública y sus falsos resplandores, la vida privada y sus sólidas virtudes. Sí, ha sonado para nosotros la hora solemne en que los pueblos demuestran su

fuerza o su debilidad, aceptando la lucha heroica contra el destino adverso, o renunciando a ella para gemir eternamente bajo su planta implacable.

Los hombres de buena voluntad, la juventud de ambos partidos, principalmente la colorada, por ser suyo el partido que encarna en sus principios la idea de las libertades y el progreso, y las clases productoras, que han pagado los vidrios rotos de todas las revoluciones e impedido con su trabajo fecundo que las locuras administrativas, los desórdenes, los odios disolventes de toda sociedad y las guerras arruinaran del todo el país, unos y otros *están obligados moralmente a batir un nuevo ideal para darle a la patria uruguaya una nueva esperanza.*

Este ideal, indispensable para vivir, no puede ser otro que el trabajo, el rudo combate con las realidades, que infla los músculos, afina la inteligencia de mil modos, templa los nervios y edifica la grandeza de las naciones, *no en la arena movediza de los cubileteos políticos, sino sobre la roca dura de las cualidades propias del pueblo* En él confían millones de criaturas, y él es la estrella de Belén, el lucero rutilante precursor de una aurora nueva del progreso humano que guía hoy a las naciones fuertes y vencedoras a la conquista del mundo. Imitémoslas.

El día glorioso en que las escuelas, los hospitales, los ferrocarriles, los puentes, sean aquí obra de la iniciativa privada, saborearemos los frutos de la civilización que ahora se pudren en nuestras manos. El porvenir pertenece a las naciones que poseen, no el mayor ejército ni las más sabias leyes, sino el mayor número de trabajadores en las diversas esferas de la actividad humana.

A trabajar, pues. Para contribuir armoniosamente

a la acción general, es preciso que cada uno cultive su jardín, sin olvidarse de que el bien propio es cosa íntimamente ligada al bien ajeno. La juventud colorada tiene el suyo, que será magnífico si se mantiene el propósito de elevar el nivel intelectual de las masas para hacer luego viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización. Yo también tengo el mío, y de la juventud me separo para cultivar en él con amor, no las siemprevivas partidarias, sino los triunfantes mirasoles de los deberes nacionales y las exóticas orquídeas de la vida interior.

De mis soledades salí y a mis soledades vuelvo.

LA TEORIA

A los ojos de los observadores imparciales — que son los que no viven del presupuesto de la Nación, ni han hecho de la política un vil oficio, ni esperan por medio de ella satisfacer criminales concupiscencias y pasiones insanas — el análisis de la situación que atravesamos entre sustos y débiles esperanzas, permite percibir netamente tres verdades típicas que las nieblas de la perpetua mentira en que vivimos no logran ocultar: el país se liquida, la política no puede impedir la liquidación, y en todas las conciencias se hace cada vez más claro y definido el sentimiento, antes difuso, de que hace falta ensayar otras fuerzas, de que hace falta poner en circulación un factor nuevo que descubra otros horizontes, fortifique las energías vitales de que se alimenta el alma y la inteligencia de los pueblos, y le devuelva a la Nación, como un elixir maravilloso, su perdida confianza en sí misma y en el porvenir.

He creído demostrar cómo la idea del Estado centralizador, el fetichismo político y la superstición gubernamental han producido el debilitamiento de las energías morales y de las fuerzas vivas del país. Aquí, como en todas partes, la herencia de la Roma decadente, la concepción latina del gobierno, que a nosotros nos llega por la peor vía, por la vía de Felipe II, cuyo absolutismo mató para siempre la iniciativa particular en la generosa España, ha dado sus pésimos frutos, sólo que en todas partes los tales frutos se tienen por poco nutritivos y reparadores del organismo nacional, mientras que entre nosotros no es así, y la ceguera involuntaria o sistemática, persiste a pesar de la elocuencia de los hechos que particularmente nos atañen y de los ejemplos con que la historia y las ciencias sociales ilustrarían a ciertos directores de la opinión, si éstos fueran capaces de los cristianos sacramentos de las ideas modernas y no tuviesen interés especialísimo en conservar al pueblo en la ignorancia de su fuerza para dominarlo y sangrarlo cómodamente, extendiendo cada vez más las "esferas de influencia política", que son también sus tierras en explotación.

Hasta ahora nuestras instituciones libres no han impedido el advenimiento de tiranías y poderes despóticos que las autocracias europeas más absolutas desconocen, lo cual prueba que las leyes no bastan ni tienen fuerza eficiente para convertir en realidades lo que no elabora el cuerpo de la nación; hasta ahora la política centralizadora y las plagas que forman su cortejo: el militarismo, el funcionarismo y el parasitismo, lejos de favorecer en todas sus formas el progreso del país, que sería el único objetivo de una política sana e inteligente, ha pesado como una losa se-

pulcral sobre las energías individuales que lo determinan y que en todas partes ponen grande empeño en robustecer lo mismo los presidentes que los reyes, que los emperadores; hasta ahora parece que los hombres públicos, los legistas y los conductores de las masas no se hubieran percatado de la evolución que se opera en las sociedades más imbuídas del espíritu positivo de la ciencia, que va convirtiendo la política exterior en luchas económicas y la política interna en crear actividades libres, que son las que necesitan las naciones para aquellas luchas, y no voluntades sumisas al Estado y dependientes de él, como necesitaba el reinado de Luis XIV, en que el Estado era el Rey, o el Imperio de Napoleón I, en que la única voluntad era la voluntad del Emperador.

A medida que las sociedades avanzan; a medida que la guerra deja de ser un estado natural y las conquistas por las armas se convierten en luchas pacíficas en el terreno de las ideas, de la industria y del comercio, el poder pierde su imperio absoluto sobre los individuos y éstos se libertan progresivamente de las tiranías del Estado. Los deberes nacionales existen siempre, sólo que se interpretan de una manera más amplia y se cumplen de mil modos. La ciencia, el arte, las letras, el comercio, la industria, la agricultura, dejan de merecer el desprecio de los mandarines, y se convierten en tareas honorables primero, y después en ocupaciones superiores a la política misma; se ennoblecen e independizan, independizan y ennoblecen a los trabajadores que, con su esfuerzo de todos los días y con su ingenio inagotable, hacen fecundas las tierras más estériles; centuplican las fuerzas del hombre por medios que rayan en lo maravilloso; vencen al tiempo y al espacio con artes mágicas; convierten

en paraísos terrenales los rincones del mundo más huraños e inclementes: doman el fuego, doman el aire, doman el mar, y extienden como una red por toda la faz de la tierra, las vías de comunicación, las carreteras, los ferrocarriles, los teléfonos, los cables submarinos, los vapores por donde circulan incesantemente ora los hombres, ora las ideas, ora los productos de los hombres, tejiendo así la trama majestuosa de la civilización y la suspirada unidad del género humano...

Los obreros de esta colosal industria no pueden ser vasallos, la conciencia de su fuerza lo impide y el sentimiento de su dignidad los impulsa a libertarse de engorrosas tutelas; cada individuo, cada molécula del organismo social es autónoma dentro de su acción, pero su acción contribuye al funcionamiento general del organismo, y siendo libre de un modo, es dependiente de otro. Aquella dignidad, aquel sentimiento y, por otra parte, las lecciones de la experiencia, que les enseña a todos, con pruebas irrefutables, que la prosperidad, el progreso y la grandeza de una nación penden más de las virtudes y energías de los individuos que la forman, que de las instituciones y poderes oficiales que la rigen, hace converger principalmente todas las voluntades hacia el gobierno propio, hacia la iniciativa privada, individual o colectiva, hacia el trabajo, formidable laboratorio donde en matraces y crisoles múltiples se combinan y funden millones de sustancias síquicas, hasta que aparecen radiantes, como purificadas por el fuego del espíritu, las cristalizaciones milagrosas del esfuerzo del hombre.

Hoy puede en general decirse, con la certeza de expresar, si no toda la verdad, por lo menos la mayor parte de ella, que el porvenir de un pueblo está en

relación directa de la superioridad de la acción privada sobre la acción oficial.

Las naciones que van haciendo del globo terrestre su vasto patrimonio, y las que le imponen al mundo su civilización en la edad presente, no son las más sabias, sino las que poseen más virtudes sociales; no son las más guerreras, sino las más industriosas, y éstas y las que atesoran aquellas virtudes, son precisamente las naciones en que en todo orden de actividades el Estado cede la plaza al individuo, y donde el individuo, aguijoneado por el acicate del interés propio, que fundiéndose con el interés de los demás forma el interés común y el bien público, triplica sus fuerzas, aguza sus facultades, se forma en la dura labor aptitudes nuevas, y con todo esto se agranda y dignifica.

Y la superioridad del individuo sobre el Estado en el manejo de los intereses de un país es tan evidente como lo es la superioridad del propietario sobre los administradores. Los procedimientos del Estado, por su naturaleza misma, son complicados y morosos, los del individuo sencillos y rápidos; las instituciones oficiales se distinguen sobre todo por su carácter conservador y antiprogresista, las de los particulares porque evolucionan y progresan constantemente a causa de estar sometidas a la dura ley de la concurrencia y de la selección, que no les permite, como a las primeras, existir si no tienen condiciones de existencia; los servicios de luz, aguas corrientes y ferrocarriles resultan más caros e imperfectos cuando son dirigidos por instituciones oficiales que cuando son creados y sostenidos por empresas particulares, y en todo orden de cosas la superioridad de éstas sobre aquéllas salta a la vista, como salta a la vista la superioridad de los paí-

ses en que la iniciativa privada suple a la iniciativa de los poderes públicos.

No son los gobiernos, ni las leyes, ni los políticos, sino el trabajo independiente y encarnizado de la nación lo que le permite a los Estados Unidos su progreso colosal y soberbias expansiones. No sólo vence a todas las naciones del mundo en fuerza productora, hasta el punto de que, por cálculos aritméticos, "un americano vale por siete hombres ordinarios", sino que con un ejército regular de 26.000 hombres, conquista grandes territorios, elevando ya el número de sus habitantes a 88.000.000, el 5 % de la población total del globo.

La razón de tal fuerza productiva y conquistadora consiste, según Demolins, en que en la América del Norte los ciudadanos estiman más la vida privada que la vida pública, las posiciones sociales más que las posiciones políticas, y en que éstas se abandonan a gentes por las cuales no se tiene grande estimación, pero a quienes no se deja tomar nunca una grande influencia.

Pero volvamos a las cifras, que sobre ser más elocuentes que los adjetivos, tienen también como éstos su encanto, su belleza y su poesía.

Sobre 640.000.000 de hectáreas en explotación que cuenta la agricultura universal, tocan 160.000.000 a los yanquis, los que le suministran al mundo entero la tercera parte de los productos más necesarios para la vida; en lana produce la décima parte de lo que rinden los rebaños juntos de los dos continentes; en hierro el 42 % del consumo total; en cobre baten a todas las minas reunidas que se explotan en la tierra; en carbón las hulleras de Europa miden menos kilómetros que las hulleras americanas; en la industria

del petróleo, como en la mayor parte de las industrias, ocupan el primer rango; lugar preferente como productores de oro, plata, sal, seda, algodón, etc., etc., y el primer puesto en las preparaciones alimenticias, y, hecho sugestivo, antes de batir a España en la guerra y despojarla de las más preciosas perlas de su corona, le arrancaba el cetro del plomo y del mercurio en el campo de batalla del trabajo.

Para darse una idea exacta de los progresos enormes y siempre crecientes de la joven y grande república americana, que ya pesa en los destinos del mundo como la más vieja y fuerte de las naciones europeas, basta seguir el desarrollo de cualquiera de sus explotaciones, en que la emulación de los yanquis parece que fuera la de superarse a sí mismos año a año. En 1871, las minas de oro de los Estados Unidos producían un millón de francos, al año siguiente llegan a tres millones, suben a treinta y seis en 1875, se remontan a sesenta en 1890, y pasan de ciento veinticinco millones en 1901, a pesar de que las explotaciones se hacen cada vez más penosas en las cumbres inaccesibles donde reina la Muerte Blanca...

Y lo mismo sucede con el carbón, el plomo, el cobre... con la particularidad, altamente significativa, de que tales producciones se obtienen con menos operarios, que éstos ganan mayores jornales y trabajan menos, y que los productos son más baratos que en la vieja Europa; lo cual prueba que la inteligencia, la voluntad y los métodos de trabajo americanos son superiores a los de aquélla.

Y los mercaderes que despliegan tales energías y contribuyen de un modo tan eficaz a la labor humana, tienen por la mujer el más grande respeto que conoce la civilización, lo que es una de las pruebas

incontestables de la cultura de un pueblo; legan a su país universidades, bibliotecas y establecimientos de utilidad pública, con una generosidad, con un fausto que avergüenza a los príncipes europeos, y practican las virtudes sociales que los idealistas teóricos de la refinada cultura greco-latina sólo acarician como perfecciones irrealizables y utopías generosas.

Pero en los Estados Unidos los hombres son realmente libres, por eso el sentimiento de la dignidad humana es más grande y el acatamiento del imperativo categórico más fácil. He ahí la gran virtuosidad del trabajo: no sólo enriquece de oro, de inteligencia y voluntad a los pueblos, sino que los liberta y los hace nobles.

En Inglaterra, donde todos los pensadores, con Spencer a la cabeza, limitan la acción del Estado a garantir la paz interna y externa, y donde se tiene por detestable la intromisión de los poderes públicos en el manejo de los intereses materiales de la nación, la prosperidad nace, como en Norteamérica, del libre ejercicio de las fuerzas individuales. Las grandes empresas surgen de la iniciativa privada. Esta es tan enérgica e invasora, que los poderes centrales retroceden delante de ella y no son bastante fuertes para contrarrestarla, ni aun en aquellos casos en que más enérgicamente manifiestan tal empeño. El gran Gladstone, ministro en 1884, tenía el firme propósito de restringir las grandes responsabilidades y aliviar las cargas del Imperio. Contra la tenaz oposición que se le hacía, evacuó Candahar y abandonó el Transvaal. Ningún gabinete inglés mostró más su empeño de oponerse al engrandecimiento territorial de la nación inglesa. Sin embargo, ésta siguió expandiéndose como impulsada por una fuerza interior irresistible. Estu-

diando hechos tan elocuentes, dice el cronista de la *Pall Mall Gazette:* "No nos hemos anexado el Egipto, pero tenemos en él una guarnición; no absorbimos el Sudán, pero un ejército inglés vivaquea en el camino de Khartoum; y son territorios nuestros una tercera parte de Zululand, el Betchuanaland entero y toda la costa de Africa austral, a excepción de Angra Paquena.

"Además redondeamos nuestras posiciones en el Africa Occidental por la anexión de una banda de costa cerca de Sierra Leona, y habíamos sancionado la anexión del Cameroun, pero entorpecidos por los alemanes, tomamos el desquite apoderándonos del delta del Níger Finalmente hemos establecido una nueva Compañía de las Indias Orientales en la parte norte de Borneo y declarado el protectorado británico sobre la mitad oriental de la Nueva Guinea. No existe un país en el mundo que ofrezca un ejemplo semejante. Gladstone, a pesar del poder casi absoluto que le había confiado la nación, a pesar del deseo ardiente de detenerla en su marcha invasora, fue impotente como un niño. La expansión de Inglaterra escapa a la voluntad de sus gobernantes", añade lleno de legítimo orgullo el comentarista, diciendo de paso una profunda verdad.

Sí, el Imperio británico va enseñoreándose del mundo, no por su política, sino porque la suma de las energías individuales de sus súbditos, que ascienden a 450.000.000, determina fatalmente aquella expansión.

Y en Alemania son en el fondo las mismas energías las que han hecho de ella una de las naciones más prósperas del globo. Desde la infancia, por medio de la escuela, se preparan los hombres para la vida y las

luchas de todos los momentos. El esfuerzo propio desarrollado sistemáticamente, el espíritu de asociación cultivado con arte, y los métodos científicos aplicados a todas las actividades, son las potencias que animan e impulsan el desenvolvimiento comercial e industrial de Alemania. Los institutos, los colegios, las escuelas técnicas, donde se estudian las industrias y el comercio aplicándoles las mismas disciplinas que a las ciencias más rigurosas, son innumerables; innumerables las asociaciones que cultivan y perfeccionan la inteligencia del obrero y preparan así instrumentos perfeccionadísimos de trabajo, inventores y hábiles artífices, e innumerables también aquellas cuyo único objetivo es el desarrollo del espíritu comercial. El número de escuelas puramente comerciales de Alemania se eleva a 478, el de Francia a 34, entre las superiores y las prácticas: la victoria económica de un país sobre el otro se explica sin más comentarios.

Y no debe olvidarse que se trata de un Imperio militar que necesita energías cívicas y soldados. Así y todo la política interna del gobierno se reduce casi exclusivamente a fomentar por todos los medios imaginables, la industria, la agricultura y el comercio, y la política externa en conquistar nuevos mercados para los productos alemanes

El emperador de la férrea armadura es quizá la persona que más se ocupa en Alemania de impulsar el desarrollo económico del Imperio más erizado de cañones que ha visto la Europa, como si hubiera agregado a su evangelio político de monarca y de guerrero, la sentencia del archimillonario yanqui Carnegie, el más filántropo de los "reyes" de Norteamérica: "El viejo prejuicio que existía contra el comercio ha desaparecido. El comercio gobierna al mundo".

LA ACCION PRACTICA

El error cardinal de nuestra política, en sus líneas generales, consiste en que no ha tendido nunca a desarrollar las energías morales y las fuerzas vivas que ocupan en primer término la atención de las clases dirigentes de otros países; su pecado más grande es el de haber destruído la confianza del pueblo en el poder de sus músculos. Para fortificar aquellas energías y fuerzas y devolverle a la nación la fe en sí misma, sin la cual los pueblos no viven, es impotente la acción de los partidos tradicionales, aunque tengan las mejores intenciones, porque culpas ajenas y propias, influencias fatales y atavismos históricos los impulsan a moverse en un círculo vicioso que hace imposibles las soluciones pacíficas. No debe buscarse el remedio dentro del mal. Mientras los factores de nuestra incipiente democracia no cambien; mientras no agreguemos a la vieja levadura otras harinas, los pasteles políticos serán siempre indigestos y amargos, y las luchas partidarias tendrán el mismo carácter que han tenido hasta ahora, y lo tendrán por la simple razón de que las sustancias síquicas que el pueblo les ofrece no permiten otra cosa. Como la flor toma sus colores de los elementos químicos de la tierra y del ambiente, la política se nutre de los elementos morales que la nación le brinda; si en ésta no existen las virtudes sociales, aquélla no puede ser otra cosa que rematadamente mala.

Es preciso, pues, enriquecer nuestra "tabla de valores nacionales" con un valor moral nuevo, que sea bastante fuerte para levantar el espíritu de la nación y señalarnos a todos rumbos salvadores; es preciso fortalecer la energía nacional, que las luchas partida-

rias y la política han destruído, porque en ella hunde sus raíces y de ella se alimentan las cualidades y virtudes que necesitan las naciones para no ser vencidas en la concurrencia universal; es preciso salir de nuestra apatía musulmana y adoptar las fórmulas de progreso de las nuevas civilizaciones, para romper las ligaduras del macarronismo que nos oprime y expandirnos en un ambiente rico de inteligencia y de voluntad; es preciso, finalmente, que afirmemos nuestra existencia por un acto voluntario, a fin de libertarnos de una vez para siempre de las oprobiosas tiranías a que están condenados fatalmente los pueblos que no saben querer con fuerza, ni tienen energía para erguirse frente a frente del Destino como cazadores forzudos delante del Señor.

Para que esta saludable transformación se opere, urge acudir al tesoro de las energías individuales, que hasta ahora hemos despreciado insensatamente. Los elementos activos de la sociedad, las clases laboriosas, los rudos obreros que a soberbios martillazos forjan el alma de las naciones, pueden, salvando sus intereses, salvar al país; los hombres de trabajo tienen el deber ineludible de hacerlo, por la sencilla razón de que pueden hacerlo.

Ellos poseen en potencias todas las fuerzas y todas las virtudes; para hacerlas reales y efectivas les basta interpretar las impulsiones oscuras hacia el bien y hacia el progreso, hacia la vida, que trascienden y palpitan por doquier, uniéndose en una acción común que les imprima un rumbo fijo y haga inteligentes, armónicos e incontrastables, los esfuerzos desordenados, inconscientes y débiles de cada uno.

El milagro que por mil causas no pueden obrar ni los gobiernos ni los partidos, que sólo atacan las ma-

nifestaciones epidérmicas del mal, no la causa generadora, puede realizarlo la mar de fondo de una acción social. La fórmula de ésta la ofrece "La Liga del Trabajo", una poderosa asociación de las clases laboriosas, cuya tarea inmediata, después de organizarse en los departamentos de la República y en la capital, será la de propender por todos los medios inteligentes a desarrollar los intereses económicos del país, para encauzarlo en las corrientes y tendencias de las sociedades más avanzadas, obteniendo, luego, por acción refleja, junto con la prosperidad, el mejoramiento de la política, la deseada evolución de los partidos, que ahora, por el contrario, "involucionan", y finalmente como consecuencia lógica, la paz estable, que será un bien "impuesto" por la fuerza de las cosas, y no gracia "pedida" como una limosna.

"La Liga del Trabajo" no es otra cosa que la idea hecha carne de lo que es hoy un deseo imperioso, un impulso irresistible, una aspiración nacional. No constituye un partido político, sino una asociación de hombres de trabajo, de la que pueden formar parte, sin sacrificar sus ideales partidarios o sus credos sociales, los rojos y los blancos, los pobres y los ricos, los orientales y los extranjeros. A nadie excluye, a todos invita a tenderse la mano y prestarse ayuda mutuamente para multiplicar la potencia del trabajo común por medio de la asociación. Es, en resumen, una aplicación general, apropiada a las necesidades de nuestro país, de las asociaciones parciales que con fines convergentes han transformado en pocos años la industria y el comercio alemán, y hecho del Imperio una de las naciones más fuertes y adelantadas. Sólo que "La Liga del Trabajo" persigue a la vez fines materiales y mo-

rales y concilia de un modo más amplio todos los intereses.

Siendo así, su influencia no puede menos de extenderse a todas las esferas y encontrar en todas adeptos y colaboradores, porque a tirios y troyanos beneficia, sin rozar ningún interés ni imponer mayores sacrificios, sus proyecciones en el orden moral serán inmensas, porque desarrollará, junto con la iniciativa privada, el esfuerzo propio y el espíritu de asociación, las virtudes sociales necesarias para que los pueblos tengan de la vida una concepción noble y viril y queden armados para todas las luchas; sus consecuencias económicas serán infinitas, porque multiplica las fuerzas productoras de la nación, por el hecho de hacer converger todas las conveniencias, todas las voluntades y todas las energías hacia un punto fijo: la prosperidad común; su ejecución no ofrece obstáculos, porque se apoya, no en ideas abstractas, sino en intereses materiales y el bien público.

El pueblo va a tener conciencia de su fuerza; el pueblo va a saber que no necesita de nadie, que los bienes más preciados los puede conseguir con la pujanza sola de sus músculos. Si la asociación produce en los gremios los beneficios de todos conocidos; si las heroicas Rurales solas y sin recursos han podido sacudir con sus ferias y exposiciones el sueño letárgico de la campaña, fácil es colegir los resultados de una asociación que unirá todas las clases, todos los pueblos, todas las villas y todas las ciudades en un sostenido esfuerzo hacia el mismo fin, contando con grandes medios para dar un grandísimo impulso a las múltiples actividades de los hombres de negocios, aparte de perfeccionar y desarrollar en el trabajo, en las escuelas especiales y por la propaganda verbal y escrita,

el espíritu comercial y la potencia productora de las clases laboriosas.

Y los grandes recursos los tendrá "La Liga del Trabajo", porque les ofrece a los capitalistas, a los comerciantes, a los agricultores y a los ganaderos la forma de obtener sin sacrificios los inmensos bienes de la paz y el progreso, dando a la vez mayor impulso a sus negocios. Todos los hombres de trabajo, pues, serán sus sostenedores, no sólo porque están en el deber de contribuir a una obra que se propone tan grandes fines y que es también una obra de salvación, sino porque les conviene, porque va a beneficiarlos de mil modos directos y reflejos, sin demandarles otra cosa que una pequeñísima suscripción, que de varias maneras y por distintos conductos les será devuelta al ciento por ciento.

La sola composición del Directorio de la Liga central, que será formado por todos los presidentes de las asociaciones de fomento de la capital, los representantes de las grandes empresas, veinte comerciantes, diez ganaderos, diez agricultores, y donde tendrán una gran representación la Banca, la Bolsa y la Prensa, demostrará a los menos perspicaces, cuánto se puede esperar de la acción y cambio de ideas de tales elementos, interesados todos directamente en el desarrollo de los intereses económicos del país.

Organizada "La Liga del Trabajo" de la capital, se procederá rápidamente a formar, sobre la base de las asociaciones rurales de la campaña, que son las más representativas, las ligas departamentales, arbitrándoles los recursos necesarios, y éstas harán lo mismo a su vez con las villas y los pueblos de cada departamento, creando ligas locales, que serán focos de actividad y de cultura, en todos los núcleos de población

Así los hombres de trabajo de la capital y la campaña quedarán unidos para concurrir todos a la prosperidad general. desarrollando, en primer término, los intereses propios.

La acción práctica de "La Liga del Trabajo" se ejercitará inmediatamente en desenvolver el comercio, la agricultura y las industrias nacionales, ora fomentando las exposiciones, las ferias, las asociaciones cooperativas, las iniciativas privadas y los centros educativos de las clases laboriosas; ora celebrando tratados comerciales a fin de que nuestras producciones tengan más grande y más fácil expansión: ya creando escuelas prácticas de comercio y agricultura, para afinar la inteligencia de los trabajadores con toda suerte de conocimientos útiles y ponerlos en posesión de un verdadero método de trabajo, o ya interviniendo amistosamente para resolver de un modo equitativo las diferencias entre obreros y patrones, industriales y productores, y conciliar en lo posible los intereses de todos.

Su acción espiritual será la de robustecer el esfuerzo propio, el espíritu de asociación, las virtudes sociales y la vida laboriosa, para obtener la paz, el progreso, la mayor cultura y la prosperidad como una consecuencia "fisiológica" de las funciones orgánicas de la nación.

Una asociación organizada con tales elementos, que se propone tales fines y que bebe los jugos nutritivos que le dan existencia en las fuentes vivas de la voluntad del pueblo, será una fuerza eficacísima en la vida económica, política y social del país.

Creando focos de actividad en toda la República y reuniendo las energías aisladas en una acción común, consciente e inteligente, desarrollará de mil modos la

riqueza, sin la cual no se conquistan los bienes de la civilización.

Despertando estímulos y abriendo risueños horizontes a las naturales aspiraciones de fortuna y bienestar, convertirá insensiblemente las energías guerreras en energías pacíficas, y los elementos disolventes en factores de orden y progreso.

Exteriorizando de un modo poderoso la aspiración nacional hacia la paz, el trabajo honrado y la vida creadora, transformará de inmediato las luchas partidarias, porque los partidos y los políticos no podrán, sin desacreditarse, contrariar las legítimas y manifiestas aspiraciones de la nación entera.

Por último, esa fuerza que nada ni nadie podrá detener en su marcha triunfante hacia un porvenir preñado de promesas tentadoras, será el mayor apoyo moral de los gobiernos regulares y de los gobernantes que, como el señor Batlle y Ordóñez, se muestren tan respetuosos de las libertades y las leyes, como amantes del progreso.

La fruta está madura y va a caer del árbol. "La Liga del Trabajo" es la interpretación de los deseos ardientes y de las ideas vagas, pero obcecadoras, que se agitan en el pecho y en el cerebro de todos. La nación quiere vivir, y las clases laboriosas poseen el medio de darle la vida.

El oro, el metal y fecundante, no parece sino que pugnara por romper las sórdidas cajas donde se convierte en una material muerta; la campaña, siempre generosa y fecunda, infla su vientre preñado de tesoros; la voluntad nacional experimenta los sagrados dolores del parto que afirma la descendencia de las naciones en el trono de los siglos, y el viejo Cronos apunta con su dedo tembloroso el minuto solemne en

que los pueblos legitiman su existencia por un acto voluntario o renuncian a ella por un acto de cobardía.

El mundo es el patrimonio de los que tienen el valor de apropiárselo. Los trabajadores van a demostrar lo que son y el destino que merecen.

CONFERENCIA DEL SEÑOR CARLOS REYLES

CONFERENCIA DEL SEÑOR CARLOS REYLES

Leída en Molles con motivo del Congreso Ganadero celebrado en diciembre de 1908.

Señores:

"Antes de entrar en materia y demostrar, no sólo la conveniencia, sino la urgente necesidad de unir y hacer armónico y convergente el esfuerzo de los trabajadores rurales para la defensa de sus intereses y labor cuasi heroica, séame permitido una breve disgresión, que será como la teoría sucinta de aquella necesidad y conveniencia. Lo haré sin mayores retóricas ni metafísicas, porque así lo pide la índole del asunto y lo reclama seguramente el público que me escucha, compuesto de hombres de trabajo, de hombres sanos e íntegros, que creen religiosamente en la vida, en la labor humana, en los deberes sociales, y se muestran, con justísima razón, ávidos de ideas concretas y realidades prácticas.

Dice un pensador de fuste, analizando el espíritu religioso, muy robusto y activo en la América del Norte, que "los yanquis buscan un dios del que puedan servirse". Mirándolo bien, todos los pueblos hacen lo propio. Cada uno se crea, por un trabajo inconsciente del instinto vital, la filosofía, la moral, la religión, el dios, en una palabra, que le conviene. Podría decirse que, cuanto más utilitaria es esta creación, tanto mayores son las probabilidades de robustez y longe-

vidad. Los que por debilidad orgánica, como los pueblos caducos, sentimentalismo enervante o extravío filosófico, no pueden obedecer los mandatos de aquel instinto defensor de la vida, sufren cuanto más se apartan, no de la verdad en sí que acaso es también una gran ilusión, sino de la verdad útil, necesaria, que siempre es una provechosa realidad. Y bien, esta verdad útil, esta religión que tiene mayor número de fieles que cualquier otra y que opera más milagros que todas juntas; este nuevo ídolo que las naciones avisadas se apresuran a adorar hoy, y del que esperan todos los dones, es el vilipendiado Mammón, el subterráneo Plutón, el Oro, "el vencedor cubierto de sangre y que arrastra en su cortejo triunfal, un rebaño de vencidos y de esclavos encadenados a su carro de guerra". Su culto, es el culto de la vida intensa; su moral, la moral de la lucha, del esfuerzo triunfante y creador; su ideal, la abundancia de minas inagotables, la hermosura robusta, la existencia plena y desbordante. Los hechos hablan alto sin cuidarse de si lastiman o no, los castos oídos de los soñadores e irrealistas. La orientación del espíritu moderno hacia la ciencia social; el imperialismo económico de las grandes potencias; las aspiraciones y teorías de la clase obrera; las luchas comerciales, en fin, muestran que los filósofos, los políticos, los ricos y los pobres viven casi exclusivamente preocupados de los arduos problemas de la producción, de la riqueza y de la ecuánime repartición de ella. Mejor hoy que ayer, el paisaje espiritual del planeta es una afirmación de las frases de Gladstone, Carnegie y Saint-Victor: "la riqueza es el negocio de todos"; "el comercio gobierna el mundo"; "Mammón se llama ahora Legión, como el diablo de la Escritura, y el Pandemonium que él cons-

truye es el mundo transformado y renovado". Y la doctrina de Marx, que concibe la historia como la evolución del factor económico, y las sociedades como una lucha de clases por la conquista del oro, resulta, en lo esencial, plenamente confirmada. "La producción, primero, dice su colaborador Engels, y enseguida el cambio de los productos, forman la base de todo orden social. Estos dos factores determinan en cualquier sociedad dada, la distribución de las riquezas, y, por consiguiente, la formación y las jerarquías de las clases que las componen. Esto sentado, si queremos encontrar las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social, será preciso buscarlas, no en la cabeza de los hombres, en su conocimiento superior de la verdad y la justicia eternas, sino en la metamorfosis del modo de producción y de cambio, en una palabra, no en la filosofía, sino en la economía de la época estudiada."

Si, según los adeptos del determinismo económico, la filosofía, las leyes, las reglas morales no son otra cosa que simples superestructuras del factor económico, que se convierte así en el principio generador de la conducta humana. Y, después de todo, es lógico que así sea. El hombre es un animal esencialmente utilitario. Si se observan bien sus actividades, veráse que éstas, después de pasar por mil retortas y alambiques, van a condensarse en la producción, porque la producción es la fuerza, y la fuerza lo que asegura la vida. Por eso, como antaño la capacidad militar, en el mundo moderno la capacidad productora, es la síntesis, el substratum de las excelencias nacionales y lo que constituye, en resumen, la superioridad de los organismos políticos. Ella afirma la existencia de los pueblos y permite todas las superioridades, no teóri-

cas sino efectivas y palpitantes. Sin ella, ni universidades, ni institutos, ni ejércitos, ni fuerza, ni hermosura. Este convencimiento, oscuro aún, pero firme, es lo que acaso produce en la evolución de las ideas, las reacciones contra la supremacía de la inteligencia sobre la voluntad, y en la práctica de la vida, el retorno, que los gobiernos mismos tratan de favorecer, de las carreras liberales, al comercio y la industria. ¿Por qué ocultarlo? Los pueblos sistemáticamente se preparan en los gimnasios, institutos, escuelas y talleres para la conquista del oro. La novedad de la pedagogía es la formación de voluntades audaces, no de idiotas sabios. Y las virtudes sociales que más se premian, no son las contemplativas del noble, pero caduco espíritu clásico; no la humildad, el renunciamiento, el desinterés del ascetismo cristiano, mas al contrario, la ambición insaciable, la combatividad, el amor de los bienes terrenales, la facultad de arriesgarse, las virtudes interesadas y activas, en conclusión, que la lucha económica, es decir, que la vida social necesita y desarrolla fatalmente. Esas virtudes, condenadas por el espiritualismo a nombre de la moral del desinterés, son las realmente morales, por ser las fieles servidoras de la vida.

En otra parte, consideraciones parecidas, me llevaron a decir que el oro, a pesar de las maldiciones de los dioses y los poetas, era un educador, un moralizador, un poder espiritual. "El crea y premia las excelencias que la vida moderna reclama imperiosamente y sin las cuales perecerían las sociedades, y éstas son seleccionadas por él. Las que aceptan las tablas impuestas por el nuevo dios, fortifican sus músculos, prosperan, extienden su dominio: son las sociedades jóvenes y sanas; las que no, se debilitan y no tardan

en ser absorbidas o esclavizadas: son las sociedades caducas y enfermas. Como la selección natural, la selección del oro es implacable para los que no saben o pueden luchar y vencer. Los débiles, los enfermos, los viciosos, los ineptos, los inactuales desaparecen, y, al fin de cuentas, la humanidad gana; de donde resulta que, contra los viejos prejuicios de la moral espiritualista, el oro es un purificador, aunque como esencia y jugo de la fuerza y del deseo humanos, lleve en sí condensadas todas las grandezas y todas las impurezas de la vida."

Los hombres empiezan a comprender el sentido lato y profundo de las palabras de Emerson: "la riqueza es mental, la riqueza es moral". Por eso, sin duda, aumentar la capacidad productora y luego organizar la producción, va siendo la tarea, no sólo de los políticos, industriales y especuladores, sino también la obra de los filósofos y moralistas. Los problemas sociales no tienen otra solución que la solución económica.

Y bien, señores, siendo la producción nuestra, exclusivamente rural, dicho se está que el primer cuidado y el más perentorio deber de las clases dirigentes, debiera de haber sido el de robustecer por todos los medios imaginables, la energía productora de la campaña, considerándola como el fermento activo de la vida nacional. Una política francamente utilitaria, sabe evitar la guerra civil (los intereses imponen las soluciones pacíficas) y hubiese permitido, a la postre, las más bellas floraciones del espíritu, como remate natural de la fuerza y la abundancia, y coronamiento de una civilización propia. Por el contrario, el fetichismo político, la egolatría de las leyes y las frases, los idealismos prestados y nebulosos, debían inducir, gracias a las fatales reacciones del egoísmo irreductible,

a las luchas armadas por el poder, el fraserío gárrulo y el torpe sanchopancismo de los practicones de la cosa pública.

La primera ha sido, en general, la política de la América anglosajona; la segunda, la de la América latina. El resultado es la inmensa superioridad, no sólo económica, sino moral e intelectual de los yanquis. Sí, a pesar de nuestras pretensiones de caballeros andantes del ideal, las tierras de los soberbios virreyes y finchados hidalgos españoles no han producido hombres universales como Washington y Franklin, filósofos como Emerson y James, moralistas como el apóstol negro, poetas como Poe y Whitman, mercaderes filántropos como Carnegie.

Por lo demás, en el nuevo como en el viejo continente, diríase que por causas no bien estudiadas aún, pero que existen y determinan los hechos, la inferioridad de los latinos en la lucha económica va extendiéndose a otras esferas de la actividad. Junto con la hegemonía comercial y política, empiezan a perder la hegemonía del pensamiento. El orgullo de infanzones del espíritu desdeñosos de las actividades útiles, les ha impedido percatarse de que lo digno de envidia de los países que van a la cabeza del mundo, tales como Inglaterra, Alemania y Norteamérica, no son sus hombres de pensamiento, sino sus navegantes, sus industriales, sus mercaderes, y que a la acción, ya oculta, ya visible de éstos, deben aquéllos la parte más sólida de su poderío y grandeza. La historia social de los pueblos nos prepara sorpresas inauditas. Cuando los flamantes métodos históricos se apliquen al Río de la Plata, es muy posible que los trabajadores rurales, que han civilizado los campos desiertos y luchado a brazo partido contra las inclemencias del cie-

lo y la barbarie de los hombres, sean considerados a la par de los más levantados moralistas y profesores de energía nacional, de que se enorgullecen las dos repúblicas hermanas.

La energía yanqui, el alma yanqui, no es la obra de los Wáshingtons, ni Lincolns, sino de los Vanderbilts, Morgans y Rockefellers; la energía argentina, el alma argentina, no es la obra de los Rivadavias, Sarmientos ni Mitres, sino de los Lozanos, Pereiras, Oliveras Fages, Cobos y demás grandes y nobles señores de la agricultura. Entre nosotros, no sólo la prosperidad, sino también la cultura propia, la castiza, la elaborada con los jugos nacionales, que es la única robusta y durable, saldrá del vientre fecundo de la campaña. He ahí por qué, en mi sentir, la actividad rural es una cosa cuasi sagrada; he ahí por qué se me antoja más grave e inteligente producir un carnero de cuarenta libras, que pronunciar un discurso de cuarenta horas; he aquí por qué no vacilo en llamar miopes y obtusos a los directores de la opinión que no ven en cada estancia, en cada cabaña, en cada rancho empotrado en lo alto de las cuchillas como un nido de hornero en la punta de un poste, un foco de energía vivificante y un centro de cultura, donde, mejor que en las escuelas y universidades, se vigorizan los músculos y se afina la inteligencia del país; he ahí, finalmente, por qué tengo por espíritus chatos y materialistas a los que no llegan a descubrir las fuerzas morales del esfuerzo rural, como ignoran, por falta de espiritualidad precisamente, la suma de energía, paciencia, sacrificio, pensamiento y virtud que se condensan en las duras y áureas entrañas de la moneda.

Digámoslo sin embages: lo serio e importante entre nosotros, hoy por hoy, son los rodeos y las majadas;

lo trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas. Por todo ello, organizar esa producción y robustecer las energías productoras, elevando por acción refleja, al mismo tiempo, el nivel intelectual de los hombres del campo, paréceme la tarea más noble, más patriótica y más inteligente a que puede consagrarse todo aquel que haya nacido en tierra uruguaya.

No ha de entenderse por lo dicho, que desconozco y niego el influjo de los héroes, de los hombres providenciales y de la inteligencia en los progresos positivos de la humanidad. Amo demasiado ardientemente las manifestaciones de la fuerza humana y he pagado muy caros tributos a las cosas del espíritu, para pensar así. Sólo que el respeto del héroe y el amor más puro de las ideas, no implica desconocer la naturaleza materialista de las ideas y del héroe, puesto que, después de todo, sólo son los servidores del instinto vital, utilitario siempre; tampoco implica negar los valores ideales que llevan en su seno las fuerzas económicas, ni adorar superticiosamente las construcciones mentales que la pequeña razón humana, oponiéndose a la grande razón de la naturaleza, convierte en enemigas de la vida. Esta es lo realmente sagrado. Y no vacilo en condenar la Verdad, la Etica y la Belleza que, en nombre de un espiritualismo anémico y canijo, tienden a destruirla o amenguarla. Ese espiritualismo, bajo nobles apariencias, es un corruptor de las energías nacionales. Debilita y envilece. En política degenera en hipertrofia de la palabra, espíritu revolucionario y política alimenticia; en filosofía conduce a las aspiraciones vagas y al desprecio de las realidades; en literatura, al lirismo ñoño y las chinerías retóri-

cas, síntomas inequívocos de indigencias mental, pobreza anémica y otras lamentables incapacidades. No, necesitamos una verdad, una política, una belleza que sean algo así como el orgánico y espléndido florecimiento de nuestras fuerzas vitales. El camino del poder social y de la alta cultura, es la riqueza, elaborada con elementos propios, con materiales castizos. Y como nuestra vida depende de nuestra única producción, que es la producción rural, el organizarla y robustecer las facultades que la sirven, no es sólo una conveniencia, sino la más urgente de las necesidades y el más inteligente de los cuidados. He ahí por qué dije antes y repito ahora, que lo serio e importante entre nosotros son los rodeos y las majadas; lo grave y trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas.

Es necesario, porque lo piden los grandes intereses actuales y el porvenir de la campaña, aumentar la capacidad productora y hacer inteligente y armónico el esfuerzo, antes desordenado, de los trabajadores rurales; es necesario nutrirlos de conocimientos técnicos para que puedan resolver ventajosamente los problemas cada vez más complejos de la producción selecta; es necesario prepararse para afrontar las cuestiones sociales, que no tardarán en plantearse en las estancias, y constituir una fuerza que haga respetar, en cualquier momento de turbación política, los intereses rurales; es necesario, por último, que los pioners que han salvado mil veces de la ruina al país, reaccionando contra la muerte después de los colapsos de la guerra, y enriquecido a todas las clases con el fruto de su trabajo y virtudes viriles, le den forma orgánica

a su ideal generoso y robusto, y lo hagan prevalecer en la campaña, en los pueblos, en las ciudades.

No será asunto muy arduo ni de realización remota Ese ideal. se impone ya, porque es el más favorable a la existencia de la nación. Pero urge hacerlo bien visible, exteriorizarlo en actos reflexivos, convertirlo en códigos morales y reglas de vida, lo que implica la organización perfecta de la clase agraria. Esta no consolidaría sus conquistas, ni sería dueña del porvenir, si no supiera adaptarse al nuevo medio ambiente que han creado los mismos progresos de la campaña. Es una necesidad imperiosa del presente. La prueba irrefutable es que la organización de que hablamos, se hace en la práctica sin teoría, sin fórmula, sin verbo, pero se hace. Antaño, sólo la Asociación Rural del Uruguay, velaba por los intereses rurales. Hoy existen muchas asociaciones de la misma índole que aquélla; casi todos los departamentos tienen la suya, en algunos pueblos se forman también, y hasta en el medio de los campos empiezan a nacer, fatalmente, como a su tiempo brotan los hongos de la tierra gorda y húmeda. Leyes imperiosas obligan a los hombres a estrechar sus relaciones y asociar sus energías en las exposiciones, ferias y congresos. La obra inteligente sería aclarar y dirigir las tendencias de la campaña hacia el gobierno propio y la asociación y concierto de las voluntades, como se ha hecho aquí en Molles, gracias a la Liga del Trabajo, que puede citarse como una experiencia social a todas luces concluyente.

No se trata de aventuradas suposiciones, sino de realidades. Molles no es una ciudad floreciente ni una villa coqueta, ni un pueblo risueño, ni siquiera un núcleo de población, y, sin embargo, hay aquí más actividad comercial y más vida que en muchos centros

populosos de la República. La razón es obvia: los trabajadores están unidos en una acordada acción común; todos trabajan por la prosperidad de la región, porque esa prosperidad redunda en beneficio de todos. El egoísmo se convierte en altruísmo: éste es la forma superior de aquél. Los intereses, antes anárquicos, se armonizan. Las rivalidades de los criadores se convierten en noble emulación. El esfuerzo unido hace posible para todos, lo que antes era imposible para cada uno aisladamente, y por eso se obtienen recursos pecuniarios del gobierno y de los particulares, ventajas de las empresas de los ferrocarriles, se cuidan los pasos y caminos, se construyen calzadas, hoteles costosos, cómodas instalaciones, y se celebran ferias, concursos, conferencias y fiestas filantrópicas y sociales que dan testimonio, no sólo de la actividad comercial, sino también del progreso de la cultura. Más aún. La asociación que opera tales milagros, no se ocupa únicamente en desarrollar intereses materiales; cuida de divulgar ideas generosas, conocimientos útiles, y de desarrollar, por todos los medios a su alcance, el espíritu de progreso que la anima y que va extendiendo a todo el departamento con la formación de sub-comisiones o ligas locales, destinadas a defender e impulsar el trabajo y los intereses de cada zona, y a ejercer en ellas la acción saludable que la Liga central ejerce en Molles. Esta y sus hijas, que pueden constituir organismos independientes cuando tengan medios propios de vida, quedan unidas siempre por la comunidad de intereses y el mismo programa o principio activo: el trabajo como gimnasia de los músculos y disciplina moral; la vida intensa como condición de la prosperidad y la dicha; el progreso de la campaña como factor determinante de la grandeza del país.

La acción de la "Liga del Trabajo" rompe, pues, los estrechos límites de la propaganda rural y extiende su influencia a los más lejanos horizontes morales de la nación. Sus amplios estatutos revisten el carácter de una disciplina nacional, que tiene su filosofía, su ética y hasta su belleza bravía, pero fecunda. Y bien señores: si las asociaciones rurales de los departamentos adoptasen los principios encarnados en los estatutos de la asociación mollense, y dilatasen su acción progresista, favoreciendo a la par de la actividad comercial, el esfuerzo propio y el espíritu de cooperación en todos los ámbitos de los departamentos, ejercerían en éstos la fuerza indiscutible que la "Liga de Molles" ejerce en su región; muy pronto cientos de asociaciones locales, ocupadas en el manejo directo de sus intereses, cubrirían la campaña, triplicando sus fuerzas productoras; el contacto de los hombres, la comunidad de ideas e intereses, apretarían los flojos lazos de la solidaridad rural, y la federación de asociaciones rurales quedaría, en cierto modo, hecha en la práctica, puesto que todas ellas estarían unidas por un mismo verbo y el esfuerzo común hacia la conquista de la riqueza, el bienestar y la cultura.

Tarde o temprano, en una forma o en otra, esto se hará, porque lo piden, no ideas abstractas, sino necesidades e intereses que tienen otra fuerza efectiva. Pero conviene favorecer la tendencia; conviene interpretar, cuanto antes, las aspiraciones confusas de la campaña, cuyo instinto seguro tiende a defender contra todo evento, los frutos de la labor campesina, y cuya vitalidad la empuja a extender sus dominios e imponer su ideal.

La fórmula práctica, no definitiva, sino preparatoria, podría ser la siguiente: convenio tácito de las aso-

ciaciones departamentales de agregar a sus fines puramente económicos y actividad limitada, los fines más amplios y la actividad general de la federación, la cual se propondría:

Favorecer la formación de asociaciones rurales autónomas en todos los focos de población de la República, y unirlas en la obra común del engrandecimiento material y moral de la campaña;

Robustecer por todos los medios de propaganda y de acción, la inteligencia y el esfuerzo rural;

Desarrollar sistemáticamente el gobierno propio y el espíritu de cooperación;

Exteriorizar públicamente, cuando las necesidades lo reclamen, las aspiraciones de la federación;

En caso de conflicto, conciliar los intereses de las asociaciones federadas;

Defender los intereses materiales, morales y políticos de la campaña;

Las asociaciones departamentales quedarían federadas con sólo declarar esa voluntad en el seno del "Congreso Rural".

El lazo federativo sería la comunidad de propósitos agregados a los estatutos particulares de cada asociación, y el reconocimiento, para la acción común, de un gobierno central o asamblea compuesta por los delegados de las asociaciones departamentales, presididas por el delegado de la Asociación Rural del Uruguay. Esta sería algo así como el aparato coordinador y ejecutante de la voluntad general en la acción general; la encargada, después de disueltos los congresos rurales anuales, de iniciar las gestiones y emprender los trabajos que la asamblea federativa le encomiende, la cual, salvo casos especiales, se reuniría una sola vez por año y en el mismo momento que el Congreso Ru-

ral. Dentro de la federación, en la obra colectiva, las asociaciones quedarían supeditadas a la asamblea: es la acción federal, que debe limitarse en épocas normales, a la propaganda de la federación y a conservar la armonía de las asociaciones que la forman. Es lo que podría llamarse la acción departamental, mucho más vasta y compleja, pues comprende la práctica de todo el programa de la federación y además los fines económicos. Las asociaciones departamentales serían libres y autónomas, como lo serían en la acción regional, las asociaciones locales, aunque estuviesen ligadas a aquéllas por lazos federativos. De modo que tanto la Asociación Rural del Uruguay, como las departamentales, como las locales, quedarían moralmente unidas y subordinadas en la acción común, y efectivamente libres en la acción particular, quedando así establecidas, no por un acuerdo artificioso, sino por la naturaleza de las cosas, las funciones, correspondencias y jerarquías necesarias a la robustez y vida de los organismos sociales bien constituidos.

Lo que hará inconfundible la actividad de la federación de la actividad del congreso y de las asocianes rurales, es el propósito deliberado de unir toda la campaña en un disciplinado esfuerzo común, para asegurar sus conquistas, robustecer las energías y virtudes del elemento rural, e imponer su ideal generoso y fecundo de trabajo y cultura a los gobiernos, a los partidos y al resto de la nación, los nuevos valores morales que la federación aportaría a la vida rural, son el culto sistemático de la energía, libre y creadora, el espíritu de cooperación y el amor de las empresas nobles, bellas y osadas; los nuevos principios activos con que vigorizaría la obra de las asociaciones rura-

les, serían la difusión de conocimientos técnicos, la propaganda de ideas generosas y la defensa, no sólo de los intereses materiales, sino de los intereses morales y políticos de la clase rural. Los primeros comprenden la actividad rural propiamente dicha: celebración de exposiciones, concursos, conferencias agrícolas, arreglo de calzadas y caminos...; los segundos el establecimiento de nuevas asociaciones, formadas con los elementos progresistas de cada zona, y la propaganda de los ideales de la federación; los terceros, la organización, para exteriorizar de un modo poderoso la voluntad de la campaña, defender sus intereses en épocas de turbulencia política y llevar a la Representación nacional, juzgados y jefaturas a los hombres que mejor encarnen las tendencias rurales hacia la vida inteligente y esforzada.

Si la clase rural quiere que su palabra se escuche, es necesario articularla distintamente; si pretende que sus intereses sean respetados, es preciso hacerlos invulnerables; si aspira a pesar en los destinos del país, como es justo, desde que representa el tipo social más favorable a la existencia de la nación, es menester que cumpla sus deberes cívicos y sepa imponer su ideal.

Y debe hacerlo así, porque puede hacerlo. Su política no será, ni conviene que sea, la de los profesionales de la cosa pública. La clase rural no quiere ni posiciones políticas, ni sinecuras, ni el predominio de un partido sobre otro, sino la paz, el trabajo, el progreso del país, y está moralmente obligada a apoyar con sus votos a los elementos rojos o blancos que encarnen de alguna manera tales aspiraciones, creando al mismo tiempo, en la ruda escuela del trabajo, las energías viriles, virtudes sociales y valores morales que, introducidos por aquellos elementos en la circu-

lación de los partidos, precipitarían su necesaria evolución.

He ahí la política de la clase rural; he ahí la obra que puede realizar la federación de las asociaciones rurales, entendida en la forma que acabo de bosquejar. Los trabajadores más capaces y ardidos, las naturalezas más generosas, serán en mil puntos de la campaña, los profesores y conductores de la energía rural. Es imposible que la capacidad productora del país no se triplique con tal organización; es imposible que los gobiernos, los partidos y los políticos, no respeten una fuerza así organizada; es imposible que los hombres que pueden colaborar en primera línea en esa grande obra, no lo hagan, porque a ello los empujan los sentimientos, los intereses, y hasta el instinto de dominación, que es el más grande de los resortes.

LA
MUERTE DEL CISNE

-

PRIMERA PARTE

IDEOLOGIA DE LA FUERZA

El vasto y heterogéneo panorama espiritual del mundo en las postrimerías del siglo XIX y los rojos albores del presente, brinda al observador de los tiempos que corren un espectáculo magnífico y emocionante. Turban el ánimo y pasman el espíritu las perspectivas morales, dejadas como herencia a las generaciones vivas por las generaciones muertas. Entre mil tribulaciones, el curioso se pregunta, si está a punto de convertirse en realidad palpitante la transmutación de valores anunciada por el terrible profesor de la Universidad de Basilea, y si la Fuerza, como principio de la moral y medida de todas las cosas, no amenaza de muerte, a pesar de la Conferencia de la Haya y del humanitarismo, las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien, Mal, irguiéndose en medio de ellas, como un león vivo y rugiente, sobre las ruinas de una acrópolis poblada sólo de ídolos rotos, mutilados dioses y espectros terríficos en las sombras medrosas, mas irrisorios a la honrada luz del sol.

Ha sido y será eternamente cruel designio y obra difícil para la voluntad de los hombres, el despojarse de las amables creencias que los encumbran a sus propios ojos. La humanidad, como las coquetas empedernidas, ama los aderezos que la hermosean, aunque sepa que son postizos, añadidos y falsas joyas. A

mayor abundancia de razones, *su bovarismo,* la facultad peregrina de concebirse de una manera diferente de la realidad y obrar en consecuencia, es incontrastable y generalmente provechosa. Hace falta un grande y desinteresado valor para mirar frente a frente a la temida Esfinge, aparte de que el premio del resuelto enigma, suele ser el que tanto contribuyó a la desdicha del lamentable Edipo; es menester una acendrada resignación filosófica, en la que acaso pende el ascetismo de la cultura moderna, para recibir amablemente las visitas de duelo de los desencantos y sonreirles como a los amigos gruñones, pero leales, que nos quieren y nos dicen la amarga verdad. Esta es a veces sólo estéril superstición: las grandes ilusiones son siempre fecundas, y aunque el viejo Cronos, con manos impías, las despoje más tarde o más temprano de sus virtudes específicas sobre la inteligencia y el alma, la humanidad, reconocida a las fieles servidoras, sigue creyendo en ellas aún después de muertas, y hasta se complace muy comúnmente, con ingenuo y tozudo afán, en prestarles a los rostros lívidos y yertos las lozanas apariencias de la vida.

En tales ocasiones acontece a la eterna ilusa lo que a aquella infeliz criatura que, habiendo perdido a causa de terrible enfermedad la divina belleza del rostro, su tesoro, dicha y orgullo, providencial locura la salva de un desencanto mortal, haciéndole ver reflejada en los espejos, no la fealdad presente, sino la fenecida hermosura de los gozosos días.

La humanidad ha padecido muchas de estas demencias saludables. Ellas le impidieron reconocer, cuando la verdad hubiera sido como escarcha sobre los tiernos capullos de las rosas, la futileza de los adobes y afeites que realzaban las gracias del alma a la

luz de las candilejas metafísicas. Hoy el arduo problema estriba en averiguar si éstas no han perdido su mágico poder, y si la transfiguración de los hechos reales por la óptica de los moralistas, es todavía conveniente para la delicada salud del mundo.

A decir verdad, la agonía de lo divino aparece a las inteligencias libres de prejuicios hereditarios y atavismos religiosos, como un hecho triste, pero incontestable, que se descubre en todos los horizontes y que las ansias subjetivas del hombre no aciertan a disfrazar con un nuevo espejismo celeste, quizá porque este nuevo espejismo no es ya necesario a la Vida. Esta vez el *instinto vital*, el travieso mago que en la filosofía nietzsquiana crea las ilusiones favorables a la existencia, lucha en vano contra el Conocimiento, que las destruye implacablemente... pero sólo para darle a aquel estímulo y ocasión de forjar otras nuevas. La ciencia, la experiencia prolija del caduco globo, levanta el velo de Maya, y en lugar de las desnudeces impecables y sagradas perfecciones de la diosa, surge la razón física de los fenómenos. El misterio de que se nutren las religiones, se rompe como un hechizo al influjo de un conjuro eficaz. Las Iglesias, las vírgenes violadas por el Saber, amarillean y enferman, y con ellas palidece en el mundo la estrella del reino espiritual. Y coincidencia peregrina: allí donde éste fue más efectivo y avasalló más tiránicamente las conciencias, no ya la clorosis, sino el acabamiento de todas las energías y la parálisis, dan seguros indicios de un lúgubre e inevitable fin, como si el pecado capital de desarraigar la planta humana de la tierra y cultivarla en místicas estufas, entrañase la terrible penitencia del agostamiento, la esterilidad

y la muerte. La remota y misteriosa India es el pudridero del espíritu religioso; en las aguas muertas de sus mil cultos monstruosos y extáticos, brotan lujuriantes los nenúfares de la contemplación ascética y del nirvana, entre cuyas raíces y tallos mueren sofocadas las tímidas vegetaciones de la voluntad de vivir; Jerusalén llora las diligentes y briosas virtudes que encendieron la llama activa de la fe en el pecho de Pedro el Ermitaño y provocaron la colosal marea de las Cruzadas; en la Ciudad Eterna muere el poder espiritual, que ya fue enterrado en Menfis, Efeso, Eleusis y Delfos, y en todos los sagrados lugares de la tierra donde el animal místico labró en piedra dura sus ansias ardientes de lo infinito, el peregrino apasionado lee tembloroso sobre las informes ruinas, la fugacidad de las cosas eternas y la nadería de las cosas humanas.

La evolución del sentimiento religioso no deja lugar a dudas sobre el humilde origen y el destino mortal de los dioses... Después de las ingenuas cosmogonías de las primeras edades, en que el hombre mísero e ignaro interpretaba los fenómenos más comunes como revelaciones del misterio eterno y signos infalibles de las voluntades olímpicas, la razón divina, perseguida y estrecháda por la explicación materialista del universo, vio destruir, como la ciencia hermética y la filosofía escolástica, sus misterios, dogmas y entidades, y ha ido perdiendo terreno hasta encerrarse en el ruinoso y lóbrego castillo de las causas primeras y de lo incognoscible. En la práctica, Dios se hace utilitario. Las religiones se humanizan. Desde luenga data, siguiendo paralelamente las evoluciones del conocimiento y la misma, aunque en apariencia opuesta derrota que los instintos dominadores,

apéanse de sus fueros y vienen transformándose en cosas útiles, en servidoras solícitas de la Vida, ante cuyos intereses profanos abaten las altivas y aureoladas testas los intereses divinos. La conservación de las excelencias tradicionales y el freno moral, son los títulos más remontados que sustenta la religión a los ojos de la culta Europa. La utilidad práctica es la virtud característica de las *modernas experiencias* religiosas en la tierra del opulento yanqui. Sus imperturbables doctores aseveran "que los principios especulativos no son nada, que los resultados y consecuencias de las teorías los son todo". Pragmatismo y utilitarismo se dan la mano: la verdad es lo útil. "Lo verdadero es lo oportuno en nuestra manera de pensar, como lo justo es lo oportuno en nuestra manera de conducirnos" agregan. En conclusión: los yanquis buscan *un Dios del que puedan servirse.* Las flamantes disciplinas no forman santos ni profetas, que es fuerza considerar como los grandes paquidermos fósiles de la religiosidad, ni menos virtudes desinteresadas, contemplativas, caballerescas, amorosas del renunciamiento, como las viejas y sublimes virtudes enseñadas por Buda o Cristo. No, los pastores de la americana grey, llámanse Franklin, Emerson, Pierce James, o también Haper, ese admirable presidente de la Universidad de Chicago, que, sintiendo próximo su fin, formulaba lleno de unción esta singularísima cuanto valerosa plegaria: "Señor, permitid que haya para mí una vida después de esta vida, y en esa vida permitid que haya mucho trabajo que hacer y tareas que cumplir"; entre los credos y dogmas del nuevo culto figuran la vida intensa, el pragmatismo, el *mindcure* o psicoterapia religiosa, tan eficaz como la psicoterapia del doctor Dejerine en la medicina o las estaciones

de psicoterapia del sutilísimo Barrès en la literatura; los santos laicos son Washington, Edison, Roosevelt, Carnegie, Booker Washington; los reyes del petróleo y del acero; el Napoleón de los ferrocarriles, quien tenía por inmorales las tareas improductivas, en una palabra: hombres robustos y esforzados, voluntades inteligentes y heroicas, como las piden con hondo afán las necesidades orgánicas de la época y la gestación del porvenir.

Las caliginosas nieblas del antropocentrismo se disipan y por eso la moral como la religión, la filosofía y la ciencia, recorre también, mal de su grado, la convulsa trayectoria de lo infinito a lo finito, de lo absoluto a lo relativo, de lo divino a lo natural, de la vaporosa metafísica a la sesuda biología, "llave secreta de la historia y las acciones humanas, que en época no remota explicarán acaso la física y la química..." como alguien conjetura osadamente. Y a juzgar por lo que se ve, el conocimiento adelanta imperturbable por ese camino, sin detenerse un punto a considerar con lástima, las ilusiones que a su paso van muriendo. A las morales de esencia mística, altruistas e infalibles, siguen presto las morales de levadura fisiológica, sensualistas y pecadoras, que hacen del placer, del egoísmo, de la lucha, y finalmente con Guyau y Nietzsche, de la expansión de la vida y del instinto de dominación, vale decir, de la fuerza, el resorte oculto de la conducta y la base sólida e indestructible del Bien y del Mal.

Por otra parte, la impasible majestad de la Naturaleza, indiferente a la moral humana, extraña, cuando no antagónica, a las necesidades subjetivas del hombre, y ajena a toda finalidad racionalista, con-

firma rotunda y cruelmente las desencantadas suposiciones que sugiere la evolución filosófica. La ciencia y la historia también. De consuno el origen animal del hombre. visto como en una caleidoscopio en las múltiples y ascendentes fases zoológicas del embrión humano, y el origen fisiológico y espúrio de la justicia, despojan a la humanidad de su divino abolengo y tienden a destruir. con impertérrita lógica, las verdades eternas, los principios absolutos, la posibilidad de una ética infalible e inmutable.

Como creación de la Vída, imponiéndose una ley para asegurar la vida, las reglas y las evaluaciones morales, dictadas siempre por razones de utilidad. son impuras, deleznables, perecederas Todas van, igualadas por el rasero de la inexorable Parca. a la fosa común. o cuando menos, todas cambian con los tiempos, las latitudes y los diferentes módulos de la cultura. A un pueblo agrícola le conviene, y se crea, una religión y una moral de pastores: un pueblo guerrero una religión y una moral de soldados. *El bien en sí*, pájaro azul de la inteligencia, no ha podido ser descubierto por las inquietudes divinas del hombre en las excavaciones del pasado. Lo que aparece entre polvo y frías cenizas son los códigos de los grupos dominantes, o sean las cristalizaciones útiles, y, por lo tanto, relativamente durables de la conducta, producidas siempre por los pasajeros equilibrios de una lucha sin fin. De donde se infiere que no existe una moral única, sino mil morales, igualmente verdaderas en un momento determinado e igualmente falsas después de él; y lo mismo podría aseverarse de la justicia y del derecho teóricos que, en fin de cuenta, a pesar de las transfiguraciones que les hacen sufrir los taumaturgos de las verdades eternas, no pasan de ser

entidades sin contenido alguno, fórmulas vacías, cosas grotescas, y aun cosas de una grande inmoralidad, si no llevan en las estériles entrañas los gérmenes del acto, los embriones del hecho, o lo que es idéntico: la potencia de convertirse en realidades.

El derecho al placer, al triunfo, a la vida de los tristes, los débiles, los enfermos, de los condenados por la naturaleza a la melancolía, la derrota y la muerte, no es sino un sarcástico desmentido de la grande justicia de la Fatalidad reinante en el universo todo, a la pequeña justicia que impera solamente en el corazón de los hombres, como una deidad sin virtudes milagrosas fuera de su templo. Suenen tan doloridos y desjuiciados los clamores contra la injusticia de la pastereulosis, que diezma las majadas, o contra la temprana muerte de un ser amado, indispensable a la dicha de numerosas criaturas, o contra la desgracia de un pueblo al que, adverso destino, por razones inescrutables para nosotros, pero infalibles, azuza las Furias y los males, como los anatemas de los vencidos contra el inícuo triunfo de los vencedores, o las iras de los justos *sin virtud,* contra el pecado virtuoso. La victoria del fuerte sobre el débil, o del rico sobre el miserable, o del inglés sobre el boer, se nos antoja injusta e irritante porque la aislamos de la serie fenomenal a que pertenece y que la determina, y no consideramos con bastante calma que *"un phènomène actuel ce sont plusieurs passés qui luttent".* Por donde, no sería ilógico admitir que generalmente lo que se llama injusticia es el resultado de muchas virtudes anteriores, y lo que inspira nuestra ilusa piedad, el fatal término de una serie infinita de incapacidades, impotencias y pretéritos pecados.

Ser: he ahí la virtud suprema. Lo que es, aun bajo

las réprobas apariencias de la iniquidad, no puede menos de ser trascendentalmente justo, porque, por el hecho de existir, demuestra su acuerdo íntimo y perfecto con las leyes universales. Sin duda, estas consideraciones, u otras de parecido corte y talle, han inducido a muchos filósofos de azules pergaminos idealistas, y particularmente a los historiadores alemanes, a identificar la realidad y la verdad, el éxito y la justicia, la fuerza y el derecho. Las aspiraciones más señoriles y levantadas, tórnanse en cambio, desde tal punto de mira, en vanos ajetreos si no poseen el divino poder de agrupar en torno suyo las condiciones esenciales de la existencia, salir del Caos y del Limbo y operar el milagro de transformarse en realidades, acaso humanamente impías, pero eternamente legítimas y vencedoras.

Pero el turbador misterio del ser, las realidades materiales o morales, ¿son otra cosa, en sustancia, que las manifestaciones primigenias de la fuerza palpitante en las entrañas de todos los fenómenos?

Muy sesudos pensadores hay que niegan la existencia del elemento terrible y lo reducen a un concepto lógico. Para ellos, lo que llaman ahitos de científica suficiencia el *dogma de la fuerza*, es un resto de antropocentrismo, tendente a desaparecer como el principio vital, el alma vegetativa, las virtudes específicas y otras entidades milagreras de la filosofía escolástica. Según el autor de *Los orígenes de la Francia contemporánea,* en el mundo físico, como en el mundo moral, "la fuerza es la particularidad que posee un hecho de ser seguido de otro hecho. Todo lo que subsiste son los sucesos, sus condiciones y dependencias: los unos morales o concebidos bajo el

tipo de la sensación, los otros físicos o concebidos bajo el tipo del movimiento". Las causas desaparecen en esta sucesión colosal e interminable de los fenómenos, y la fuerza acaba por ser concebida, no como causa del movimiento, sino como *movimiento sintetizado.*

Sea lo que fuere, lo cierto es que, a pesar de nuestras repugnancias metafísicas, sobre todo por lo que toca a la vida y más aun al alma, las novísimas verdades que salen de los laboratorios y santuarios donde ofician los sacerdotes del saber, nos llevan como de la mano a considerar los fenómenos, cualquiera que sea la índole de éstos, como *hechos de fuerza*, si no parece muy profana la expresión, entendiéndose buenamente por fuerza el nombre común y sintético de las energías naturales.

Ya veremos en el decurso de estas divagaciones heterodoxas, cómo, sin salir de la isla de lo conocido, la cual no es tan diminuta como Littré pensaba, aunque el océano de misterio que la rodea sea muy grande e impenetrable; cómo, repito, puede decirse que la fuerza, vituperada y maldecida por los poetas, sin sospechar que era el alma de su estro y de sus rimas, es por igual el alma del mundo y la *causa primera* de todas las cosas.

No hay por qué adolorirse ni indignarse. Tal presunción es menos temeraria y absurda que las hipótesis que, sin escándalo, llevan en el disforme vientre las viejas cosmogonías. Mueve a risa el hecho sólo de suponer, al punto en que han llegado las certidumbres e intuiciones humanas, que las ciencias podrían aplicar sus instrumentos infalibles y razones experimentales a descubrir la voluntad divina en el orden

del universo. Aunque nos pese y hiera nuestros sentimientos más caros, los fenómenos físicos constatan invariablemente la presencia de la fuerza y la ausencia de la divinidad. Y así como es imposible concebir siquiera el universo sin la energía, que con los nombres de cohesión, atracción, gravitación y otros mil mantiene los cuerpos como tales y rige las raudas carreras de los astros en el espacio infinito, tampoco es dado imaginar, a menos de acudir a las triquiñuelas de la concepción dualista, que los filósofos no invocan ya, los fenómenos de la conciencia sin el juego de los instintos, pasiones y sentimientos de estirpe fisiológica; sin las energías físico-psíquicas y físico-químicas, en fin, que se atraen o rechazan, funden o combaten, pero que siempre tienden a ser, a realizarse, y cuyas reacciones infinitas y complejísimas, dan pie y margen a la intrincada urdimbre del universo: milagroso equilibrio de fuerzas y luego de sustancias y después de organismos y al fin de voluntades que pugnan por destruirse. Un acto, un pensamiento, del mismo modo que una vida o un mundo, parécenme en su realidad primordial y esencia íntima, formas de la materia, y por lo tanto, momentos sutiles de la fuerza, no más sutiles, sin embargo, que la luz, la electricidad o las operaciones químicas, superiores a la de nuestros más poderosos laboratorios y más clarovidentes que los más fabulosos prodigios de nuestra razón, que realiza una microscópica gota de protoplasma...

Un hecho se ofrece a los ojos, fútil y vacuo al parecer, pero sugestivo y transcendente en realidad: *es el carácter guerrero de los fenómenos.* Esta combatividad originaria y común que les presta a todos ellos así como un acentuado aire de familia, perceptible

hasta para los observadores miopes, induce a Le Dantec a sustituir la noción de vida universal por la noción más exacta de lucha universal. "Ser es luchar: vivir es vencer." Y tal sentencia, que el solo espectáculo del mundo debió sugerir al hombre de las cavernas hace incalculables siglos, resulta, a pesar de las doctas lucubraciones sobre la fraternidad de San Agustín y los discursos sentimentales de los *pacifistas*, tan verídica en lo que atañe a la materia como por lo que toca al espíritu. El carácter belicoso y la condición cruel son los lazos de parentesco que unen estrechamente los fenómenos físicos, vitales y morales. Los instintos, sentimientos e ideas luchan también por el espacio y la dominación. Y sus luchas y tiranías no son menos cruentas que las rudas batallas de los elementos sexuales por el patrimonio hereditario, o los combates heroicos de la humilde amiba con el medio ambiente, o las feroces riñas de los hombres en la conquista del pan, de la gloria o de la mujer.

El aspecto de un cerebro o un alma después de sufrir las invasiones de los bárbaros de ideas y sentimientos no familiares, debe de parecerse a un fragoroso campo de batalla cubierto de cadáveres, ruinas, fugitivos escuadrones y soldados ebrios de sangre y de victoria. ¡Hecatombes, incendios, gritos de dolor, dianas triunfales! Jamás he percibido bien la radical diferencia que a lo que parece existe, entre las luchas de los ejércitos y las luchas de las ideas, ni creo que éstas sean de otro linaje ni menos mortíferas. Las tiranías de la pluma parécenme tan despóticas como las tiranías del sable y acaso más, si se considera que las opresiones mentales, aparte su ingénito encono, violan sin piedad lo realmente sagrado

del individuo: los altares de la conciencia y del alma. Por eso, sin duda, humorística, pero profundamente, decía el dulce y maleante Renán: "más vale el soldado que el sacerdote, porque al menos el soldado no tiene ninguna pretensión metafísica". Así delataba con sutil socarronería, el carácter despótico y fanático de los imperios espirituales.

Extraño e ingenuo prejuicio, en verdad, el que nos ha inducido en todo tiempo a someternos humildemente a las coerciones hipócritas de la Idea, creyéndola de otra prosapia más conspicua que las resueltas coerciones del Factum. Cuántos furibundos anatemas y saetas envenenadas dispara diariamente el idealismo a lo Cousin contra las iniquidades de la fuerza bruta, y cuántas frases crespas y huecas no deposita, como ofrendas de miel y de flores, a las plantas de la severa Palas... vestida de punta en blanco y presta para el combate, porque es combatiendo, porque es por medio de la destrucción y la conquista, que la diosa de los ojos fríos y claros extiende sus dominios en las tierras del alma... La Razón es esencialmente guerrera y dominadora. Las ideas no son vírgenes tímidas de albas manos y blando corazón, mas intrépidas amazonas que en los riscosos campos de la conciencia, toman feudales castillos; entran a saco villas y ciudades; incendian, matan, destruyen los templos y las mieses, y hacen prisioneros y esclavos. Una modesta, una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrinchera allí; congrega, muy luego, en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas: así dilata sus *zonas de influencia* a los centros nerviosos; conquista

después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de todo lo que se opone a su marcha triunfante, y sale, por fin, en son de guerra, audaz y avasalladora al mundo exterior para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos.

Y al modo de la idea, instintos, pasiones y sentimientos nacen o mueren, crecen o menguan, dominan o caen en esclavitud gracias a las mil formas de selección que reviste el juego universal de la fuerza. Aun las cosas más delicadas y de cándida apariencia están sometidas a las duras leyes de aquel juego y a su vez las practican cruelmente. ¿Qué son las intenciones en el arte sin la virtud, el don y la gracia, sin el divino *poder* de animar con un eurítmico soplo la materia inerte y las formas inarticuladas? ¿Qué la grandeza moral sin las severas disciplinas que torturan y dislocan las inclinaciones naturales a fin de hacerlas encajar en los ortodoxos moldes de la regla? ¿Qué la inteligencia, sin las tiranías y absolutism del orden, del método; sin la facultad despótica de clasificar los fenómenos, establecer similitudes y descubrir las secretas e inefables correspondencias que introducen una musical jerarquía en el reino de lo caótico, informe y confuso?

El estro poético y la nobleza del carácter, el prestigio del héroe y la virtud de la idea no tienen, mal que pese a nuestras magníficas ilusiones, otra genealogía que la de los hechos cesáreos. Ideas y sentimientos parecen no ser, aunque nos asombre y acongoje, cosas específicamente distintas de la energía creadora, sino modalidades supremas de ella; cristalizaciones perfectas del espíritu, semejantes a las cristalizaciones

regulares del reino inorgánico, a las que tiende la fuerza madre impulsada, sin duda, por extraña y fatal inclinación. La armonía misteriosa de un organismo, de un alma o de un mundo tuvieron, mientras el conocimiento real de las causas permaneció silencioso, el excelso y común origen en la inteligencia divina; pero ésta fue el símbolo de la ignorancia y del azoramiento humanos que bordó la encantada imaginación de las religiones sobre el tenue cañamazo de un universo quimérico. Formidables intuiciones invitan hoy a pensar que no existe otra Inteligencia que la inteligencia de la materia, ni otra Razón que la razón física, ni más Harmonía que los pasajeros equilibrios de una eterna lucha.

Sea en el mundo físico o en el mundo moral, en el corazón o en el cerebro, el principio que todo lo vivifica, es la voluntad de poder y dominación que diría Nietzsche, o más propiamente aún, el ejercicio de la fuerza. Las guerras religiosas y las rivalidades enconadas de las sectas y escuelas entre sí; las herejías y los cismas combatidos por el fuego y por el hierro; las persecuciones feroces de los idealistas; las revoluciones *rojas* de los teóricos, y la propensión irrefrenable de las Iglesias y las filosofías a convertir el influjo moral en Poder, muestran hasta qué punto los principios activos de la fuerza, aunque disfrazados por ideales máscaras, ordenan las maniobras de las huestes espirituales para la conquista y sumisión del mundo. Los aparatos y máquinas de guerra cambian en las diversas contiendas por la dominación, pero el *resorte* es el mismo bajo la engañosa disparidad de las formas. Los ejércitos emplean armas y estratagemas; la diplomacia razones y argucias; seducciones y dulces violencias el amor; imperativos categóricos las

morales, y las religiones milagros para convencer, recompensas para seducir y terrores para dominar. Nada escapa a la tremenda ley que ordena imperiosamente a todas las cosas reñir y asesinar. Cuanto existe en el cielo y la tierra es una conquista: el fruto del crimen y del robo; cuanto nace o se forma en el tiempo y el espacio: la opresión de la fuerza triunfante sobre la fuerza vencida. Los peces grandes devoran a los pequeños, las microscópicas bacterias al hombre, los pensamientos robustos a los débiles, los dioses a los dioses. Nos alimentamos de la carne viva de los otros. Mas sirva de triaca a tanto dolor y de consuelo a tristeza tanta, que de esta lucha eterna y sin cuartel de los elementos, los organismos y las voluntades nacen los astros, los seres y las almas...

La fuerza sólo es real, y su ejercicio la causa primera de lo existente y la condición necesaria de la vida.

Esta verdad, monstruo que con uñas de diamante desgarra la piel femenina de la celeste ilusión, tiene sólo de nueva el haber sido anunciada formalmente y lanzada con grande estruendo a los cuatro puntos cardinales por las líricas trompetas de Nietzsche, y, sobre todo, el que éste hiciera de la antiguaya de Heráclito, la enjundia de su doctrina filosófica y la sustancia crítica disolvente de las morales que liban aún el néctar de la sabiduría en los labios divinos de los grandes iniciados, desde Rama hasta Jesús.

Las ideas-bacantes de Nietzsche, cual si fueran seguidas del bullicioso cortejo de Pan, introducen el desorden, el ruido y la alegría en la ceremoniosa corte del pensamiento ortodoxo. Los instintos prepotentes,

las pasiones fogosas y desmandadas, los egoísmos vencedores, y el orgullo satánico:

Qui nous rend triomphants et semblables aux Dieux.

apetitos, concupiscencias, ímpetus rebeldes salen en tropel de las lóbregas mazmorras en que los aprisionaron Apolo y Cristo, y, revelándose contra sus irreconciliables adversarios, pretenden arrebatarles el cetro del mundo. A la religión del Alma, sustentada con grande penuria a los flacos pechos de la metafísica, y enemiga de la Naturaleza y la realidad, sucede la religión de la Vida, que se nutre en las morenas y ópimas mamas de la tierra, no reconociendo otras reglas ni leyes que las que ella misma se dicta para asegurar su reinado. La filosofía de la historia y la historia de la filosofía, proclaman de consuno la legitimidad de aquella desconcertante sucesión, y hasta la ciencia parsimoniosa, despojando con un gesto impasible y cruel a Psiquis de la inmortalidad para conferírsela a la materia, fortifica el novísimo culto y establece su noble celsitud. Lo inmortal no es el alma, sino el *plasma germinativo,* depósito minúsculo y misterioso de la conciencia del mundo y del jugo potencial de todas las generaciones, que éstas se transmiten, por medio del acto genésico, como una herencia sagrada y eterna...

Ya la poética imaginación de los griegos simbolizaba en la Carrera de la Antorcha, ese juego divino de la Vida; y las fiestas de Osiris en Egipto, las Dionisíacas en Grecia, las Priapeas en Roma, las de Demeter en Sicilia, unidas a los juegos atléticos y a los cultos cándidos o torpes de la fuerza generatriz en muy incipientes o colmadas civilizaciones, dan in-

dicios inequívocos del instinto seguro, aunque mal interpretado a veces, de los derechos de la naturaleza y de la vida que siempre indujo al hombre a la adoración de la animalidad humana en su impuro, pero fecundo esplendor.

Dios muere y los dioses resucitan. Otra vez reanúdase, con más ahinco y encono, el duelo a muerte del espíritu y la materia, del alma y del cuerpo, de la razón y del instinto. Sólo que esta vez el instinto, el condenado instinto de las religiones, aparece en la palestra nietzsquiana armado de las fuerzas naturales y luciendo el mágico penacho del poder de crear las ilusiones propicias a la existencia que la Razón tiende torpemente a destruir con sus construcciones artificiosas, ironías y escepticismos. Y la elección de la Vida entre aquello que la propaga y robustece, y aquello que la amengua y desvirtúa, no puede ser dudosa. Lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a ella; lo malo, lo injusto, lo falso lo que a ella se opone. El mundo moral, el mundo de la idea: la verdad imaginaria opuesta *a lo que es,* se desvanece y surge el mundo de las realidades indestructibles y las verdades útiles parido con dolor por una nueva y próvida Fatalidad. Y aquí se produce la *trasmutación de valores* que indujo al gran revolucionario de la filosofía a oponer con magnífica pompa verbal y mefistofélico empaque, lo que nadie osó: a la pequeña inteligencia del cerebro, la grande inteligencia del instinto; a las falsas jerarquías del derecho, caprichoso y sentimental, las legítimas jerarquías que, en todos órdenes de cosas, establece la fuerza; a la piedad del individuo, virtud egoísta de los débiles, la *piedad de la especie,* don de las almas heroicas; al amor del hombre, venero de una humanidad doliente y apo-

cada, el culto del *superhombre*, germen de la vida desbordante de belleza y generosos ímpetus; a la destructora *moralina* de los esclavos, la moral creadora de los *aristos;* a la religión de la paz y la humildad, la religión del esfuerzo y de la lucha trágica contra el Destino; a los mandamientos seráficos de Jesús, que nos desarraigan de la tierra y convierten en sombras vagorosas y fantasmas del miedo, los mandamientos de las leyes inexorables que rigen al universo todo, los cuales vuelven al ensoberbecido primate al seno de la Naturaleza y lo nutren de sus truculentos jugos.

En la intrincada selva de Zaratustra, donde se oye la flauta de Pan y retumban las carreras de los centauros, las virtudes ascéticas huyen despavoridas, como vírgenes medrosas, ante las desatadas pasiones y libres fuerzas naturales, faunesas fecundas, que coronan de frescos pámpanos la bicorne testa de Dionisos y restablecen en culto del riente dios. La esencia de la filosofía de Nietzsche, de quien panegiristas o detractores tienen, por lo general, un conocimiento harto sumario y epidérmico, está concretada y contenida en las siguientes afirmaciones: la voluntad de dominación es el nervio del mundo: todo tiende a ocupar más espacio; la Vida, la única cosa sagrada, se dicta sus leyes y fines, que no tienen otro objeto que el de asegurar la triunfante expansión de la vida, lo cual entraña la adoración de la fuerza como origen y medida de todas las cosas, y el amor de la existencia, no como espectáculo transcendente y finalista, sino como espectáculo estético. Y este estetismo heroico, sin enjundia en apariencia, es lo que impide a Nietzsche de caer, como su maestro Schopenhauer, en el abismo del nirvana. Ambos afirman que el mundo no tiene fi-

nalidad alguna y que lógicamente no cabe explicarlo; concuerdan también al figurarse que la esencia de la vida es el ejercicio de la fuerza, a la cual, por darle un nombre más concreto y a la vez menos objetivo, *que no suponga el conocimiento imposible del fenómeno,* llama el maestro voluntad de vivir y el discípulo voluntad de dominación; pero aquí se separan, divergen y mientras Schopenhauer, impelido por los resabios de su íntimo comercio con Buda, quiere abolir toda individuación, todo egoísmo, todo deseo para llegar a la inefable *euthanasia* y escapar al dolor, Nietzsche llama a sí los dolores, pasiones, instintos y exasperadas apetencias del alma, a fin de embravecer en la criatura la voluntad de dominación, hacer más terrible la lucha del deseo insaciable y aumentar de ese modo el precio, la hermosura y la sombría majestad de la existencia. El culto trágico de la vida y el estetismo heroico florecen entonces ufanamente, como rosales de rosas escarlatas y jocundas, cultivadas por el altivo Don Juan en el acerbo jardín de las Furias.

Mas la voluntad de vivir y la voluntad de dominación, que a veces las sutilezas del raciocinio transforman en la boca de los filósofos en entidades metafísicas son, al parecer, dos interpretaciones, digámoslo así, de la fuerza a secas, de la energía o principio generador del universo, y según todas las apariencias y probabilidades, también de las almas, como son igualmente interpretaciones de ese principio dinámico, si se hunde el escalpelo en el riñón de las cosas, el *agua* de Tales de Mileto, el venerable precursor de Quintón, y el *fuego viviente* de Heráclito; lo *indefinido* de Anaximandro y la *unidad absoluta* de

los alejandrinos; la *idea* de Platón y la *actividad pura* de Aristóteles; la *substancia única* de Spinoza, y, por decirlo todo, la *causa primera* de las filosofías y lo *divino* de las religiones.

El vergonzante cuanto contumaz intento de reducir las causas generatrices de lo creado a un solo principio y establecer la unidad de naturaleza física de todos los fenómenos, se columbra aquí y allá, como un errante fuego fátuo, entre las tinieblas de la filosofía de Jonia y Abdera; en la del Pórtico, y, en general, en todo el panteísmo; tiene sus chispazos y vislumbres en plena Edad Media; se formula más o menos categóricamente en las estrambóticas explicaciones del iatro-mecanicismo y del iatro-quimismo, y se depura y acicala en la moderna escuela materialista, hasta aparecer, por fin, como una afirmación razonada y formal, en la concepción unicista o monista del universo y la doctrina físico-química de la vida, a las que han prestado últimamente eficacísimo concurso, el formidable trabajo de los laboratorios y, sobre todo, considerándolos de cierta manera, los desconcertantes descubrimientos de Le Bon y Burke.

Las concluyentes experiencias del primero, muestran, entre otros portentos, que los indivisibles e inmortales átomos de Demócrito y Epicuro son, en realidad, diminutos y colosales depósitos de la energía dispersa en el universo, la cual en efluvios magnéticos, emanaciones de distinta índole y explosiones perennes y varias de la misma naturaleza que la luz, la electricidad o el calor, abandona las prisiones del átomo y retorna al éter de donde salió, formando por tal arte, el maravilloso puente aéreo que una la materia ponderable a la materia intangible... De este inopinado modo aparece la radio actividad, que en mayor o en

menor grado poseen todos los cuerpos, y que es el fenómeno específico de su disociación o muerte, como el último suspiro de la materia antes de volver a la nada... Pero, en verdad, ¿es la vuelta a la nada? ¿la muerte dulce y silenciosa de la materia indestructible? ¿la sustitución del dogma clásico "nada se crea, nada se pierde", base de la química y la mecánica, por la fórmula heterodoxa "nada se crea, todo se pierde"? Sí, desde luego, si el éter de donde salió la materia y adonde vuelve al fin, siguiera siendo para nosotros la nada, por escapar a nuestros medios de apreciación; pero no es probable que siga siendo así. Las grandes fuerzas del universo son sus manifestaciones. La mayor parte de los fenómenos físicos no son posibles sin su existencia. Le Bon acierta a imaginarlo, al igual de la materia, como un milagroso equilibrio de la energía, sólo que móvil e intangible, "fuente primera de las cosas y último término de ellas". Lord Kelvin supone que el éter es un sólido dotado de extraordinaria elasticidad y que llena todos los ámbitos del espacio. Para algunos físicos, y no de los menos célebres y autorizados, la molécula material es sólo éter. De todas maneras y como quiera que se mire, el éter es algo, y lo que resulta del cómputo y coordinación de tantas abstrusas hipótesis e indiscutibles certezas, es que la materia parece a todas luces una forma de la energía universal contenida en el éter; que materia y fuerza son la misma cosa, y que entre el mundo tangible y el mundo inmaterial no existe ningún abismo. Los efluvios sutiles de la radioactividad, ni completamente materiales ni completamente etéreos, participan de las dos naturalezas y unen los dos mundos.

Por su parte, los discutidos y zarandeados experi-

mentos del sabio profesor de Cambridge, sobre la generación espontánea, hacen, cuando menos, vislumbrar el misterioso tránsito de la materia inerte a la materia organizada. Los *radiobos*, los artificiales animálculos producidos por la acción del radium sobre la gelatina esterilizada, ofrecen singularísimo parentesco con la materia viviente, y aunque el rigorismo científico de los institutos les rehuse el carácter de bacterias, puede admitirse, sin cándida credulidad, que aquellos semi-organismos, engendrados por un embrujo del hombre, constituyen, mejor que el cristal, el eslabón precioso que une lo inanimado a lo animado.

Aún la vida, como el Homúnculos de Wagner, no ha surgido inquieta de la panza fecunda de las retortas; pero las distancias, tenidas por insalvables, entre los mundos orgánico e inorgánico que mil analogías y correspondencias intrínsecas aproximan y confunden, se reducen a cada nuevo descubrimiento y no tardarán en desaparecer en absoluto, como van en camino de hacerlo, a la par de los dioses, dogmas y augustas entidades de la teología y la metafísica, las viejas murallas de la China y los místicos fosos que separaban celosamente los dominios linderos del cuerpo y del alma.

Aseguraba el honestísimo Taine que "las mismas leyes rigen al hombre y a la piedra del camino". Esta afirmación inaudita y escandalosa en su época, va convirtiéndose, limada de ángulos y puntas por el uso, en certidumbre cuasi burguesa o trivialísima verdad, sobre todo desde que la síntesis de los conocimientos actuales afirma, implícita y aun formalmente, el común origen del mundo físico, del mundo orgánico y del mundo moral. En efecto, a pesar de las travesuras

del neo-vitalismo y las argucias de la metafísica, en lo palpable, en la juridicción de los hechos susceptibles de un principio, al menos, de demostración, el avance de las ciencias concurre por vías distintas y múltiples a destruir las viejas dualidades de la materia y la energía, de lo inerte y lo animado, de la bestia y del hombre, del cuerpo y del alma, dividida asimismo, según Pitágoras y Aristóteles, en la Noûs o alma pensante e inmortal, y la Psiquis o alma vegetativa y perecedera. Las manifestaciones vitales son consideradas por una novísima doctrina que goza de gran predicamento, como metamorfosis *energéticas* de idéntico modo que las demás manifestaciones de la luz o el calor; otra, no menos en boga, arguye que la vida parece distinta de la fuerza y el pensamiento distinto de la vida, porque el análisis no ha llegado a su sazón aún, y, en general, los sabios proclaman, sin ambages ni miedo a los inquisitoriales potros, que las piedras *viven* y *mueren*, que los metales se *fatigan*, que la materia, aun la más pesada y consistente, es una cosa animada, velocidad pura, una forma estable de la fuerza: la vida, un *complexus* de operaciones físico-químicas de la misma naturaleza que las que dan origen al *individuo cristalino*, el cual nace, asimila y se reproduce de un modo casi idéntico a como lo hace la sustancia viviente; la inteligencia, una máquina explosiva de más rápidos efectos, pero no de distinta fábrica, que la inteligencia bruta directora de la maravillosa adaptación de los órganos sexuales de las plantas para ser fecundados por los insectos, o preparado en el andar de los siglos, los faros luminosos de los halosauropsis, a fin de que éstos puedan servirse de sus órganos visuales en los abismos tenebrosos del mar, adonde no llegan las on-

das clementes de la luz... Todo vive de la misma vida y una es el ánima de toda cosa. Y lo que más espanta y maravilla es que esa ánima guerrera, esa actividad creadora y a una mortífera que los físicos descubren en las entrañas del átomo, los fisiólogos en la célula viva y los psicólogos en los orígenes del pensamiento. los moralistas, con zozobra y pasmo, empiezan a columbrarla en el fondo del acto moral y en el corazón de las sociedades.

Parando mientes en tales hechos, y aun contra las protestas y ascos de nuestra indignada voluntad, difícil es no caer en la pecaminosa tentación de atribuir los fenómenos físicos o morales a la causa generadora —fuerza, energía o movimiento— que ya buscaron en sus hornos tenebrosos los alquimistas medioevales. Llamémosle fuerza, porque es el término empleado corrientemente en la explicación de todos los fenómenos. Ella une estrechamente los seres y las cosas como el hilo de seda las diferentes perlas del collar: ella dirige en la orquestación del universo, las inverosímiles arquitecturas moleculares y las construcciones pasmosas del espíritu; ella, finalmente, se impone cada vez con más tiranía al entendimiento como el *principio único* del que serían portentosos atributos por orden cronológico, la materia, la vida, la inteligencia, el alma...

Este monismo archi-materialista, no barruntado por Heráclito en la remota antigüedad, ni tampoco por Spinoza, ni Goethe, ni el mismísimo Haekel en los tiempos modernos, traería aparejadas catástrofes inmensas en el orden moral, y, por añadidura, sorpresas apocalípticas para nuestro orgullo infanzón de vástagos del Espíritu, así que los pacientes y sapientísi-

mos varones que exploran la razón de las cosas, empezasen a descubrir los gérmenes terribles de la fuerza en el alma blanca de lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero... Acaso va a desarrollarse ante nuestros ojos estupefactos el grande drama del mundo que, en los abismos de la conciencia *sublimal,* viene preparándose sigilosamente desde luengos siglos. Es posible. El aire huele a tormenta. Sea lo que fuere, lo cierto y lo que está al alcance de cualquier quisque, a poco de haber rumiado en las aulas algunos desperdicios de ciencia filosófica, es que desde el naturalismo jonio acá: desde que las cosmogonías y las éticas pierden su carácter divino y se convierten en explicaciones naturales del universo y la conducta, los fermentos activos de la fuerza entran más o menos secretamente en la composición de las ideas. El *amor propio* de La Rochefoucauld, que es, en último término, una forma oscura y ambagiosa del limpio y franco *deseo de poder de* Hobbes; el *derecho natural* de Spinoza; el *instinto de soberanía* de Mandeville, primo carnal del *instinto invasor* de Blanqui y de la *fuerza fundamental* del ser humano de Stirner; el *interés* de Helvecio, Bentham y del utilitarismo; el *principio selectivo* de Lamark, Darwin y la escuela evolucionista; el *mayor motivo* de Spencer y las mismas *ideas-fuerzas* de Fouillee, y, por último, la *expansión de la vida* de Guyau y la *voluntad de poder* de Nietzsche, principios más universales de la conducta, tentado estoy de decir que no son otra cosa, en sustancia, que el reconocimiento teórico más o menos implícito de la energía *combativa* que, en la práctica, ha dirigido los movimientos armónicos o desordenados del alma humana.

Pero hay más. De un modo preciso ya el estupendo Heráclito nos advierte que la guerra es la madre de

todas las cosas; Hobbes y Spinoza aseguran que el derecho natural es el derecho del más fuerte, y Pascal que la fuerza "es una entidad que no se deja manejar como uno quiere porque es una calidad palpable, en cambio que la justicia es sólo una calidad espiritual de la que se puede disponer caprichosamente", de lo que deduce que "no pudiendo hacer fuerte lo justo, se ha hecho justo lo fuerte"; Vaunenargues afirma "que todo se ejecuta en el universo por la violencia", formulando antes que Darwin, como ya lo había hecho Lucrecio en la antigüedad, la ley de la lucha por la vida, "la más absoluta e inmutable de la Naturaleza"; Helvecio, cortando por un inopinado atajo del humanitarismo, a la manera de tantos apóstoles de los ideales fraternos, como Prudhon que acierta a ver en "la *dignidad* la cualidad altanera que empuja al hombre a la dominación de los otros hombres y a la absorción del mundo" o Anatole France, quien con su sonrisa bondadosa nos dice que "vivimos de la muerte de los otros", pronuncia esta diamantina sentencia: "La fuerza es un don de los dioses. Armándote de esos brazos membrudos el cielo te ha declarado su voluntad. Huye de estos lugares, cede a la fuerza o combate", bellas y crueles palabras, hijas del mismo numen inspirador que hace ponderar a Kant los efectos saludables del antagonismo, de la discordia y del *deseo insaciable* de posesión y de mando, y deja caer de los verídicos labios de Carlyle las duras e inmaculadas perlas de su idealismo altanero y señoril: "La fuerza bien comprendida es la medida de todo mérito; toda realidad durable es justa porque demuestra su acuerdo con las leyes eternas de la Naturaleza; el derecho es el eterno símbolo de la fuerza". De modo que el derecho y la fuerza son idén-

ticos, la realidad es la verdad, "la cosa fuerte es la cosa justa"; lo cual induce, como la *Idea* de Hegel, de la que toda realidad es un momento, a la glorificación del hecho, a legitimar la *misión histórica* de los maestros alemanes y las *aplicaciones prácticas* de Bismark; a concluir con Strauss que "la Necesidad es la Razón misma" o con Nietzsche que el derecho es un legado de la Fuerza, y el Bien y la Verdad, formas antiguas de ella.

Con estas trazas e invenciones desaparecen no sólo del mundo moral, sino también del mundo lógico, todo principio divino o racional, toda evaluación humana que no sea una cristalización maravillosa de la Fuerza, la *tabla de valores* ideales que por necesidad y utilidad un grupo dominante de hombres supo imponer a otros grupos y que después se erigen en dogmas, en verdades religiosas, en reglas morales. De donde se infiere rigurosamente que las reglas morales, las verdades religiosas y los dogmas, no son otra cosa, en el fondo, que transformaciones y prolongaciones utilitarias de la Fuerza.

Mas, pasando de las ideas al gobierno del mundo y práctica de la vida, los glorificadores de la fuerza, el éxito y el valor —entre los que se podría incluir sin menoscabo en medio de Maquiavelo, Sthendahl y el famoso conde de Gobineau, al dulcísimo Renán,— tienen precursores tan remotos y venerables como los sean Heráclito y Lucrecio en el terreno de la especulación filosófica. Mejor que Hobbes, el viejo y curioso Calicles, nos da un modelo acabado de doctrinas ultra-aristocráticas e individualismo razonante y feroz, que muy bien pudieron inspirar el imperialismo seleccionista de Darwin y Spencer; el imperialismo

apolónico del profesor alemán; los evangelios políticos del gran Federico y de Bonaparte, y hasta el paradójico "Crimen considerado como una de las bellas artes", de Tomás de Quincey, pues ya el representante de la aristocracia jónica en uno de los más famosos Diálogos de Platón, veía en el crimen, antes de Weiss, quien asegura "que es hermoso un hermoso crimen", ese elemento de heroísmo y belleza reconocido siempre por las multitudes en las fechorías y desmanes de los bandoleros famosos. Y es que antes de los glorificadores de la fuerza vencedora, el corazón fue siempre devoto de ella. En la admiración secreta, vergonzante, pero profunda que, a pesar de nuestros arrechuchos humanitarios, nos inspira el egoísmo avasallador de Bonaparte, las cínicas dobleces de Bismark o la ferocidad del bello Borgia, a quien muchos delicados artistas llaman con delectación el divino, existe una aceptación tácita de los derechos inhumanos del gorila más membrudo; una consagración íntima de lo que es *naturalmente legítimo*, y, al mismo tiempo, una incoercible simpatía que en vano tratamos de disimular, hacia las reivindicaciones de la naturaleza, muy semejante a la que nos mueve, mal nuestro grado, a perdonar las faltas y hasta los dolos y crímenes que como un bandido romántico suele cometer Eros, contra el orden consagrado por el artificio de las leyes.

Esta simpatía entusiasta y cariciosa, que hunde sus profundas raíces en lo inconsciente del alma popular, se hace visible en las mitologías, afabulaciones divinas de las fuerzas naturales; fulgura como la lumbre del encendido carbón, en las sonantes estrofas de poetas épicos y cancioneros, quienes glorifican, sin sospecharlo, en el coraje y la belleza dos maravillas o embrujos del mismo *daemon* que dispone sabiamente

las alas para el vuelo y los pies para la carrera; y transciende de un modo manifiesto en las leyendas de las edades heroicas, donde, sin subterfugios, imperan los hombres de más grande y duro corazón: *les bêtes de proie hiperboreens,* los *eugénicos,* los hombres de presa, en fin, nacidos para dominar, tenaces e indómitos en los cuerpo a cuerpo con el Destino, pero a la vez los más obedientes y aptos para acatar, sin interrogarlas, no las leyes eternas de Dios, como diría Carlyle en su lengua inspirada, sino de la Naturaleza, de la Vida, de la Fuerza, que es lo divino en el universo confuso que al hombre le es dado penetrar y comprender.

Y he aquí, acaso, el secreto del amor instintivo e irresistible del alma, por todo lo que triunfa, domina y prevalece.

Es la dulce cautiva, enamorada siempre detrás de los barrotes de su prisión del terrible y hermoso caballero que la hizo prisionera.

El prestigio de los héroes, grandes capitanes, profetas dulces o ceñudos y hasta de los dioses, nace de que unos y otros, aunque de distintas maneras y en diferentes grados, aparecen revestidos a los ojos de las multitudes con los atributos marciales de la Fuerza, que son los de la Divinidad. Un Dios que no opera milagros para mostrar su poder, no goza de buena salud. Por eso, sin duda, los artistas de la Grecia adivina y reveladora, ponían el rayo en las manos de Zeus y en las de su hija Palas, la diosa de la razón, una lanza y un escudo... Los héroes y los dioses son tanto más grandes cuanto más osados y terribles. Diríase que el Alma, la cautiva lánguida y suspirante, no reconoce ni se deja seducir por otros atributos ni prestigios que los de la Fuerza, y de ahí que los invoquen

y se vistan con ellos, desde los emperadores de férrea armadura hasta los caballeros andantes que ostentan en el escudo el cisne de Lohengrin, todos los que pretenden atraerla, seducirla o dominarla.

Considerando el extraño e íntimo parentesco de lo divino y de la Fuerza, se ofrece al espíritu una inquietante conjetura que, a ser verdad, podría resolver por modos no pensados, grandes misterios y terribles antinomias. Si el último término del análisis de la materia es la fuerza, como parecen probarlo muchas hipótesis, y, sobre todo, las curiosísimas investigaciones de Le Bon; si la vida y la muerte no son otra cosa que las perpetuas transformaciones de ella; si a sus misteriosas reacciones deben los mundos la existencia y estabilidad en el espacio infinito; si ella es la razón única de todas las cosas, de donde todas salen y adonde todas vuelven, puesto que todo sale del éter y todo retorna a él, y, finalmente, si la condición de la vida y del pensamiento es la lucha sin reposo, el ejercicio de la fuerza obedeciendo a la suprema armonía de sus propias e infalibles leyes, la Fatalidad de los vates, la Inteligencia de las religiones y la Razón de los filósofos estuvieran contenidas en el alma infinita de la Fuerza; el mundo mismo fuera su emanación, lo cual explicaría que todas las cosas participasen de la naturaleza combativa de aquélla, y en el trono de la divinidad usurpadora se asentaría radiosa y triunfante la virgen señuda y de duro corazón. La Fuerza sería Dios y Dios un hombre y una hechura de la Fuerza...

Lo terrible de esta sacrílega conjetura es que tiene todos los visos de la turbadora verdad que ya los

griegos, maestros en toda clase de intuiciones, vislumbraron en la naturaleza y en el alma humana. Sus dioses fueron la *divinización* ingenua y encantada de las fuerzas naturales, y también de la fuerza invisible de que ellos se sentían depositarios. El Dios de las religiones monoteístas, producto más complejo de la alquimia mental, pero no de distinta esencia que las divinidades paganas, podría ser muy bien la reducción de éstas a una sola, o de otro modo, la *diosficación* de la fuerza total, anunciada por tantos pensadores, que dicta sus sabias leyes al mundo de la materia, la vida y el entendimiento. Fuera de que todas las divinidades se decoran y engalanan con los fascinantes atributos del poder, cual si hicieran impensadamente gala y ornato de su terrible linaje, en el limo milenario de las creencias primitivas quedan como restos fósiles, indicios indelebles de las necesidades fisiológicas y de las razones utilitarias que seguramente determinaron, en la cándida aurora del mundo, la formación de las religiones y las morales.

En la dura infancia de Atenas, Esparta y Roma, la religión, que absorbía todos los poderes para cumplir mejor el grave cometido que el instinto vital la confiaba secretamente, pudo mostrarse, como lo afirma Fustel de Coulanges, extraña u hostil a los intereses y conveniencias de la sociedad y del Estado, sobre todo cuanto estos intereses y conveniencias no eran consonantes con los que ella defendía ferozmente, como una loba a sus cachorros. Mas en época ninguna se mostró la religión hostil o extraña, en realidad, a los intereses de la Vida. Las instituciones y leyes de la ciudad fueron implantadas porque la religión lo quiso, no por razones de utilidad civil, es cierto; pero no es menos cierto que la religión lo quiso precisa-

mente porque eran cosas útiles. Los intereses divinos siguen las evoluciones de los intereses vitales, como la sombra ligera los movimientos del cuerpo, y si, por cualquier causa, no lo hacen pierden su valor y degeneran en prácticas ociosas. En las mismas páginas de *La Cité Antique* no es difícil empeño el constatar hasta qué punto la organización religiosa de las sociedades, estudiadas por el sesudo y experto Fustel de Coulanges, obedecía a fines altamente utilitarios. El carácter sacerdotal del padre y el culto de los muertos, unían estrechamente las generaciones. Cada hogar era un templo donde se acumulaba y mantenía religiosamente, de padres a hijos, la fuerza del pasado. Agrupados los miembros de la familia alrededor del humilde altar en el que ardía en mansa dulcedumbre la leña sagrada, sentíanse herederos y tributarios de la llama viviente de que el fuego sacro era símbolo, y robustecían unánimes, en el mismo culto, las virtudes domésticas conservadoras de la preciosa célula social que atesoraba los gérmenes de la humanidad futura. Los dioses Lares la protegían celosamente, y el cerco sagrado de Términus barbudo aislábala de los extranjeros y de toda influencia extraña al culto familiar y por lo tanto corruptiva y deletérea. Luego, al unirse las familias en curias y tribus para constituir la ciudad, nacen los dioses y las reglas morales que protegen a ésta, facilitan la unión de los elementos que la componen y crean las costumbres y prácticas religiosas menos hostiles a la plebe, sin fuego sagrado en el hogar, vale decir, sin antepasados ni religión. Los Lares y Penates se transforman entonces en divinidades nacionales. Mas tarde, cuando las perentorias urgencias ambientes piden y reclaman que se fundan los grupos humanos y dilaten

los estrechos límites de la ciudad, los dioses crueles se humanizan y abren los anquilosados brazos a los recién venidos. Por último, llegado el solemne instante de la comunión de los pueblos, preparada laboriosamente, mucho antes del advenimiento del cristianismo, por los discípulos de Pitágoras, Anaxágoras, Zenón, los sofistas y los poetas de ideas contrarias a las divinidades nacionales y propicios al cosmopolitismo del cerebro y del corazón, aparece el Dios único, que no rechaza hosco al extranjero, y une en amoroso abrazo a los hombres de todas las clases y patrias. Pero esto era precisamente lo que necesitaba la evolución de las sociedades.

Diríase, observando el carácter protector de las religiones y las morales, que unas y otras no tuvieron más objeto que el de establecer la supremacía y favorecer la supervivencia, en un momento preciso de la historia, del grupo más rico de savia vital e ilusión favorable a la conservación de la especie, formando para ello con los dogmas, reglas, virtudes, cilicios y disciplinas el caldo de cultura moral, digámoslo así, en el que la misérrima, aunque dominante colonia humana, pudiera absorber mejor los jugos de la vida. Es por este orden de ideas que, sin mayor audacia, puede aseverarse, no sólo que el bien y la verdad son dos formas antiguas de la Fuerza y el derecho un legado de ella, sino que Dios mismo, bueno o malo, cruel o piadoso, guerrero o pacífico, según los momentos, es una manifestación prodigiosa de la voluntad de los hombres.

Cuán otro hubiera sido el destino de las religiones sin el terror de la muerte, poeta brioso y fantástico de las fábulas olímpicas; cuán desprovisto de encanto sin

el misterio de las cosas; cuán deleznable sin las amenazas de lo ignoto, sin la urgente necesidad de darle un nombre a las energías creadoras del misterioso universo para ajustar a sus leyes la conducta y prolongar la existencia! De ahí que los mandamientos de Dios, aun los más crueles, sean conservadores de la Vida y al modo del instinto vital, servidores humildes de ella. Lo divino se ofrece así a los ojos atónitos como un *substractum* de las leyes de la materia... Ya se ha visto como en las entrañas de las doctrinas espiritualistas, existen barruntes reveladores de la identidad de lo divino y la fuerza, y común origen de la materia y del espíritu —Bruno ya anunciaba que Dios es la fuerza que se transforma en todas las cosas, sin dejar de ser siempre una y siempre la misma en sí,— y como la evolución filosófica tiende a un monismo absoluto, materialista y prosaico, que por juzgarlo enemigo de la ilusión humana y ayuno de toda grandeza, causa la desesperación de los obstinados irrealistas y provoca las líricas cóleras de ese ente radioso y obtuso que se llama el poeta...

Con eso y con todo, el tal materialismo, que penetra el pensamiento contemporáneo, sin curarse de las declamaciones sonoras y huecas con que se gargarizan los eternos ilusos, lejos de desesperanzar a los hombres, como pudiera creerse, al destruir implacablemente sus fantásticos sueños, podría resolver, por el contrario, lo que se consideraba eternamente irreconciliable y antagónico: la pugna de la Fuerza y la Razón, y las irreductibles antinomias del interés y del altruismo, del individuo y de la sociedad, de la bestia y del hombre; las crueles antinomias, en una palabra, de nuestras aspiraciones subjetivas y las realidades indestructibles del mundo.

Apoyándose en algunas verdades indiscutibles, que no están en desacuerdo con los postulados de la experiencia, como las morales espiritualistas y los dogmas antropocéntricos, tal vez pudiese el instinto vital componer un nuevo brebaje de ilusión, que haría reverdecer las fértiles praderas de la esperanza en el alma aridecida de los hombres. Para ello bastaría desentrañar los elementos sociales que lleva en su seno, como la áspera corteza la sabrosa pulpa, el principio selectivo, cruel y destructor, que es la enjundia y el alma de diamante de la Fuerza y de la Vida. En vez de desoir las *voces secretas* y los *eternos mandatos* de la diosa inexorable y revelarnos contra ellos, oponiéndoles, ¡pueril intención! las leyes falaces de un universo ilusorio, en el cual no creemos ya, sería más digno de una acendrada sabiduría someterse y convertir por un sortilegio de la voluntad, en bien obediente y utilizable, el mal fiero e indómito, que burlándose de falsas autoridades y falsos reglamentos, voltea nuestros castillos de naipes o nos acecha airado en todas las encrucijadas de la vía dolorosa. Sólo así pudiera ser que la planta de estufa de la moral, hundiera sus endebles raíces en la tierra firme, dando al aire libre flores y frutos, y que el Derecho, la Razón, la Justicia no fueran, sin la superstición del creyente, puras entelequias, ídolos grotescos, fetiches irrisorios, sino expresiones reales y legítimas de lo divino natural, reconocido y acatado por la inteligencia del hombre.

A pesar de la pobre condición humana y miseria del mundo, no parece imposible elevar sobre las ruinas informes del idealismo de Platón, del que derivan no sólo las grandes falsificaciones que *consisten en anteponer las ideas a las actividades, a los hechos de*

fuerza que las crearon, sino en anteponer la razón mística a la razón física, y en ponerle a ésta la máscara de aquélla, no parece imposible, repito, elevar un templo grandioso, construido con los materiales del planeta, y donde, convertidas en ilusiones posibles y realidades futuras, pudieran recogerse y esperar las Quimeras y Utopías, antaño acariciadas como un lenitivo a sus males, por la humanidad doliente y ensoñadora.

Existen razones, cada vez más pertinaces y sugestivas, para darnos a pensar que la Fuerza no es tan antagónica a las asiáticas esperanzas humanas como Apolo y Jesús, por motivos ocultos, nos lo han hecho creer. Puede afirmarse sin loca temeridad, que su inteligencia y su razón se acuerdan más con el genio de la especie y son, en definitiva, superiores a la razón e inteligencia del Espíritu. Prueba irrefutable de ello, es que este audaz aeronauta termina infaliblemente las ideales excursiones por el cielo azul.

que no es azul ni es cielo

cayendo en los pantanos más cenagosos de la necesidad; mientras que el culto de la diosa omnímoda, al absorber en los robustos pechos de la Naturaleza el néctar y la ambrosía del olimpo, se diviniza, rematando fatalmente, ora en la práctica ora en las doctrinas de sus pontífices más materialotes o más románticos, en la religión de la Vida, y de una vida intensa, heroica, plena, desbordante de espléndida robustez y hermosura, por predominar en ella el instinto de grandeza sobre la dicha del mayor número y el nivelamiento común, enemigo ambagioso o declarado de toda superioridad y aun de la vida misma, de los pensadores devotos del humanitarismo.

Sería curioso y acaso útil, escudriñar y descubrir las necesidades éticas y las reacciones contra-sentimentales que determinaron la concepción del heroísmo en la historia y la filosofía. Schlegel y Tieck echaron las basas; Hegel, Schopenhauer y los historiadores alemanes, desde Ranke y Mommsen a Sybel y Treitschke, le dieron forma concreta y positiva, y luego cumplido remate Carlyle y Nietzsche. A pesar de su abolengo en apariencia idealista y hasta místicos componentes, el culto del héroe, del genio, del hombre histórico o providencial y, en fin, del superhombre, es no sólo aristocrático como la Naturaleza, donde todo es diferenciación y jerarquía, sino a la par de ella, tan contrario a la moral de la razón razonante como a la moral del sentimiento, puesta de moda por el infelice Juan Jacobo y de la que arrancan, según muy encumbrados pensadores, el romanticismo en política y literatura: dos formas del espíritu de rebelión, de la sensiblería caprichosa y la hemorragia de la palabra, que llevan entre las flores de trapo de los idealismos ornamentales los venenos sutiles de flaquezas, disoluciones e iniquidades sin cuento.

-

Parecería incomprensible que en este mundo, donde reina el más tiránico determinismo, y donde los fenómenos se subordinan los unos a los otros sumisamente, las quimeras y los romances, de libertad, igualdad y fraternidad, imaginados por un *héros lâche et délicat,* hayan ejercido tan misteriosa acción sobre los hombres, si no fuese cosa averiguada que éstos adoran los discursos, fantaseos y dulces damiselas que más los engañan, adulan y fascinan. Y el mísero y glorioso Rousseau, es el fascinador más grande que,

después del Nazareno, ha visto la humanidad: "un maestro de ilusiones y un apóstol de lo absurdo", como dice alguien con crueldad, pero no sin exactitud. El amó ardientemente a los desheredados de la fortuna; clamó contra los poderosos, aun cuando se holgaba en su compañía y comía su pan; sufrió a la vista de todos, los dolores de la inteligencia. del orgullo, de la carne flaca, y comunicó a todos también sus rencores, despechos y fiebres de reparaciones sociales y dicha universal. Fue el novelador de la Utopía y el arquitecto lógico de un sueño de poeta. Por eso ha sido y será el eterno revolucionario y el eterno ilusionista. Su poder de encanto y seducción, calor comunicativo y contagiosa locura de bondad y virtud, es para la conciencia lo que para el Deseo el dulce e irresistible canto de la sirena. Fuera preciso no tener sensibilidad humana para escuchar sin embriaguez, los persuasivos y cálidos Discursos, *Reveries* y Confesiones que se dirigen artera y directamente, no al cerebro, sino al corazón, al orgullo, a los apetitos que robustecen las ansias legítimas, en suma, de placer y dominación. Nuestras flaquezas están de su parte, sus debilidades de la nuestra: por eso ha reinado y reinará. Y he aquí lo estupendo: salvo la sana aspiración hacia la dicha y el imperialismo democrático que ocultan las frases fraternales, la dolorosa experiencia de los pueblos proclama que todo es falso en las doctrinas que han hecho sacudir a la humanidad en tan violentas convulsiones y preparan al presente otros y acaso más terribles sacudimientos para el porvenir. Falso que el hombre sea bueno por naturaleza; falso que nazca libre e igual a los demás hombres; falsa la fraternidad y las utopías sentimentales basa-

das en el desconocimiento absoluto de la fisiología humana.

¡Pero qué importa!

Precisamente lo que ha hecho que el rousianismo arraigue y viva en la inteligencia y el corazón de la humanidad, no obstante sus contradicciones y pueriles fundamentos, es que en vez de ser una grande verdad es una grande ilusión. Lo imperecedero de él son sus errores. Gracias a ellos, y no a su sustancia lógica, hase convertido en verdad popular, en injusticia, en esclavitud. A tal punto que, sin quererlo, el observador de los tiempos que corren se pregunta, arrugando la pensativa frente, si el verdadero libertador de los ilotas, el destructor del último ídolo y de la última tiranía no será acaso el que asesine la Libertad...

La moral de la Fuerza, velada hasta ahora a los ojos humanos, pero presente en el mundo, no admite del desorden anárquico, ni la mentira, ni el error, ni las contumaces falsificaciones del espíritu, porque la Fuerza, o por otro nombre, la razón física, es lo que es y no puede menos de ser; lo que triunfa fatalmente, la condición única y suprema de las realidades, y lo que establece en toda suerte de cosas una indestructible jerarquía, un orden divino, al que nadie ni nada escapa, ni aun la razón mística, que viene a ser así como la loca de la casa de la otra y universal razón.

Un escolástico, Duns Scot, maravillado, sin duda, por las manifestaciones disfrazadas, pero reconocibles para el ojo profundo de esta mecánica inteligente que rige en el universo, preguntábase atribulado por heréticas vislumbres y afanes prolijos, si la *materia*

no pensaba, tan armoniosas y de buen concierto le parecían su estructura y combinaciones. Y el inefable Maeterlinck, iluminando el alma oscura de las cosas con las sutiles claridades de su misticismo adivinador, sospecha que las ideas se les ocurren a las flores ni más ni menos que a nosotros. "Ellas tantean, dice, en la misma noche; encuentran los mismos obstáculos, la misma mala voluntad en el mismo ignotus. Ellas conocen las mismas leyes y las mismas decepciones, los mismos triunfos, lentos y difíciles. Parece que tuvieran nuestra paciencia, nuestra perseverancia, nuestro amor propio; la misma esperanza y el mismo ideal". y considerando el esfuerzo inteligente y formidable de las flores, los inventos ingeniosos, los prodigios de imaginación, las industrias de que se valen para convertir en mensajeros de sus aromados suspiros y fecundos besos a los insectillos y las brisas, y unirse a los amantes lejanos e inmóviles, burlando el cruel destino que las ata al suelo; reconociendo, en fin, la suma de voluntad y pensamiento que anima la vida heroica de la flor, deduce que "no hay seres más o menos inteligentes, sino una inteligencia esparcida a todo; una suerte de fluido universal que penetra en diversos grados, según que sean buenos o malos conductores del espíritu los organismos que encuentra. El hombre sería hasta aquí, sobre la tierra, el modo de vida menos resistente a ese fluido que las religiones llamarían divino. Nuestros nervios aparecerían como los hilos por los cuales se esparciría esa electricidad sutil. Las circunvoluciones de nuestro cerebro formarían, en cierto modo, las *bobinas* de inducción, multiplicadoras de la fuerza de la corriente; pero ésta no sería de otra naturaleza ni provendría de otro ori-

gen, que aquella que pasa por la piedra, los astros, la flor o el animal".

Sí; podría aseverarse muy bien, no sólo que la materia *piensa*, sino que su pensamiento es infalible. Todo hecho, todo suceso es una forma de él, una manifestación autoritaria de la razón física, a la cual la conmovedora e incurable locura de los hombres, ya hemos dicho que se empeña en oponer la razón mística, que es en realidad una creación y una servidora de aquélla, del mismo modo que los instintos y las pasiones. Los devaneos, fantasías, caras a las veces, y briosas imaginaciones de esta razón que vive de prestado, perduran, resisten a la muerte y son cosas animadas y verdaderas, mientras sirven solícitas los firmes designios de la razón madre, donde encuentran su razón de ser todas las formas de lo corpóreo y lo intangible. Son como las floraciones y galas mudables de un árbol eterno. He ahí por qué las verdades, las religiones, las aspiraciones humanas envejecen y caducan; y he ahí por qué, al modo de los insectos, cuyo destino fugaz y radioso es el de depositar los huevos en el seno protector de la tierra y, asegurada su descendencia, morir, la bondad, la virtud, la razón de una época parecen o son sacrificadas al dar a luz la razón, la virtud y la bondad de la época que sigue. Así las duras virtudes del paganismo, fueron destruidas sin piedad por las *piadosas* virtudes cristianas, y éstas que alguien llama con ternura melancólica *les vertus délaissées*, empiezan a marchitarse, sofocadas por las soberbias vegetaciones del culto de la Vida, que brotan en toda la tierra, muestran las encendidas flámulas de sus floraciones tropicales en todos los horizontes y principian

a enseñorearse del paisaje moral visible a los ojos humanos.

Como la antorcha que simboliza la vida en las fiestas panateneas, la antorcha del espíritu pasa de mano en mano. Las superestructuras cambian. Las verdades transitorias, las mentiras saludables de que se nutre un instante la humanidad, perecen así que ésta agota el jugo vital que aquéllas atesoraban. Lo inmutable, lo eterno es la voluntad de vivir, que trabaja oculta en los antros más profundos de las almas, como un gnomo prodigioso, que produce maravillas y opera milagros, escondido en las concavidades misteriosas de la tierra.

Mas el respeto de la Vida, que sale de los laboratorios e informa el pensamiento moderno, se infiltra en las religiones y obra sobre las costumbres con el renacimiento de los deportes atléticos y el amor de la acción, nace, mirándolo bien, de la metafísica de la fuerza. O de otro modo, el triunfo de la religión de la Vida es la implícita consagración del culto de la Fuerza. La moral de esta última, a pesar de la terca y enconada oposición de nuestros ideales del momento, aparecerá triunfante como un sol que rompe las nieblas matutinas, cuando se desvanezcan del todo en la conciencia humana los espejismos que tergiversan el valor de las cosas e invierten las reales y eternas, aunque a veces imperceptibles jerarquías, de la razón universal. La diosa de voluntad diamantina no herirá entonces los sentimientos más caros de los hombres, ni aparecerá a los ojos de éstos como una deidad maléfica, como un genio enemigo, sino al revés, como el ángel protector de los huevecillos dorados, que ponen en el nido tibio del alma las ilusiones

favorables a la existencia... Si todavía rechazamos con fiera indignación sus verdades infalibles, trágica hermosura y grande justicia, a la que empero, quieras que no, ignorándolo o a sabiendas, se someten todas las cosas, es porque nuestra razón y sensibilidad de invernáculo no se acuerdan con las leyes que rigen fuera de él; es porque ignoran que su propio crecimiento va a romper presto los vidrios que las protegen de los soles enfloradores y las nieves esterilizantes y que será preciso aclimatarse o perecer; es porque no conocen su prístino origen, ni saben que sólo son las pintadas y efímeras mariposas en que se transforma una porción diminuta de la fuerza eterna e inconmensurable.

Este convencimiento vago, que gana poco a poco las conciencias más quisquillosas y aun los ingratos cerebros en que la leche del saber se agria y cuaja en ñoño sentimentalismo, traerá aparejado, al decantarse, un cambio radical en la apreciación de las acciones y excelencias humanas. La victoria del más fuerte no parecerá ignominiosa como hasta aquí, sino altamente justa y saludable porque será, en un momento dado, el triunfo de lo más vital, de lo que sirve mejor el único propósito discernible en las intenciones confusas de la Naturaleza. Es la voluntad de existir y dominar. Reconocida la fuerza como el elemento divino, generador del universo; establecido el idéntico abolengo e ilustre prosapia de la Razón y la Necesidad, del *Factum* y de la idea triunfante; en resumen, de lo que domina y se impone material o espiritualmente, la conciencia humana enriquecida por definitivas nociones de lo real, dilatará los horizontes de su concepción ética, teniendo por primera vez, una vislumbre justa del Bien y del Mal absolutos.

Y aquí daría principio el reino de lo divino natural. Cada excelencia sería una irrefragable manifestación de él. Las criaturas, las cosas, las almas, se graduarían en la escala de la vida por la cantidad de *virtud* que almacenasen. Lo pequeño no podría ser lo grande, como acontece para burla y escarnio de nuestra pobre inteligencia; ni lo débil lo robusto; ni las aspiraciones más nobles serían precisamente, por una estupenda inversión de valores morales, las que más deprimen y amengüan la voluntad de ser. Las superioridades, las verdades, los triunfos se impondrían sin demostración, por sí mismos, por el hecho de existir. Y las antinomias de lo que es, y de lo que debía ser, de lo objetivo y lo subjetivo, a causa de las cuales tantas inquietudes han atenaceado al hombre, acabarían por reconciliarse para siempre en el regazo maternal de la grande razón.

Formidables testas han acometido la singularísima aventura de echar los cimientos de la fábrica moral, no en la voluble razón del espíritu, sino en la firme razón de la materia, volviendo por tal arte a poner sobre sus pies a la humanidad aburrida de *la parada de cabeza* hegeliana. Pero únicamente el amable pensamiento de Guyau intentó poner de acuerdo la moral de la fuerza con nuestra moral; la expansión de la vida y los instintos interesados y agresivos, con el amor de los otros y el desinterés. Y aunque, a decir verdad, los sentimientos expansivos y nobles que cita para descubrir la faceta social de la criatura humana y probar que "la vie comme le feu, ne se conserve qu'en se communiquant", sólo son modalidades del *instinto de soberanía,* instinto que por medio del amor o del convencimiento tiende a ocupar más espacio en el alma o la inteligencia de los otros, no es menos

cierto que tales manifestaciones de la superabundancia de vida entrañan, en su propia intensidad, un principio altruista que transforma el despliegue de la fuerza en lo que llamamos sentimientos generosos o expansión hacia las demás criaturas. Más aún. El poder ergotizante del filósofo-poeta partiendo de la expansión de la vida como elemento activo de la conducta, llega no sólo a resolver la afligente antinomia de lo individual y lo social, sino a establecer a la manera del viejo idealismo, la supremacía del espíritu, precisamente porque éste realiza el máximum de *intensidad extensiva,* es decir, de fuerza dominante.

Una argucia o vuelta de grupas de la misma índole, da nacimiento a la moral de las ideas-fuerzas de Fouillee, la cual, por otra parte, se apoya en hechos, en realidades y no en soportes religiosos o metafísicos. "Las fuerzas, dice, en acción en el mundo o en nosotros, cualquiera que sea su naturaleza intrínseca, concluyen por concebirse en nuestra conciencia y al concebirse transformándose en ideas, juzgan lo real, lo modifican, se convierten en ideas-fuerzas." No por arte, pues, de birlibirloque, sino por las vías naturales de la experiencia, llega el representante del idealismo francés a fabricar como Guyau, con sustancias materiales, los útiles productos de la *voluntad de conciencia y el persuasivo supremo.* En su tozudo afán de establecer la acariciada superioridad de la inteligencia, el neo-idealismo contemporáneo hace muchas de estas sorprendentes excursiones al arsenal de Dionisos. Como Anteo para criar nuevas fuerzas, vese obligado Apolo a sentar los divinos pies en la tierra. Sólo que después de cada nueva adulteración y embrollo, queda más claramente dilucidado lo que podría llamarse el origen material del espíritu y la

naturaleza agresiva de las morales. Las ideas son transformaciones de fuerzas; las ideas-fuerzas, como tales, no pueden establecer su imperio en los dominios de la conciencia sin lucha, ni extenderse al exterior sin combatir ni dominar.

La larga y laboriosísima evolución de las morales interesadas o fisiológicas, de las que desaparecen poco a poco los elementos divinos y luego las sustancias espirituales a medida que la inteligencia humana se nutre y enriquece de conocimientos positivos, termina después de la grande revolución de Darwin en la ciencia y de Spencer en la biología, en el osado intento de Nietzsche y Guyau de construir el noble edificio de la moral sobre los formidales cimientos de la fuerza, para darle a la conducta humana una base inamovible y en armonía con las leyes del universo.

Por otra parte, la reacción de los hebreos contra toda aristocracia, continuada por el cristianismo, los ideólogos y los *hombres sensibles* del siglo XVIII, hasta florecer espléndidamente en los inmortales principios de la gran Revolución, remata luego de acicalarse con los ensueños, quimeras y utopías sociales de los discípulos de Jean Jacques, en el determinismo económico de Marx, explicación materialista de la historia, de la que el Oro, el heredero legítimo de la fuerza en las sociedades, es el principio generador.

Esta doctrina, antagónica del *état pensant* que vive fuera del Taller; este socialismo científico, destructor de lo que llama con enojo y desprecio un discípulo de Marx la *disociación ideológica o irrealismo* de la cultura greco-latina, traduce en luchas sociales por la riqueza, el mando y la dominación del mundo las aspiraciones sentimentales de los humildes que an-

taño pretendieran establecer, en ebriedad generosa, el reino de Dios sobre la tierra.

Acontece, pues, que de un modo o de otro, por vías ocultas o visibles, las actividades humanas concentran en el dominio los fuegos de la voluntad, y resuelven en opresiones y tiranías los idealismos más desinteresados y puros. La fuerza tiende a ejercer su imperio porque es la fuerza; la vida tiende a dilatarse porque es la vida. El tiempo descubre infaliblemente, los principios activos de la conducta humana, que son idénticos a los de toda la actividad universal. En vano es desvirtuar con metafísicas mixturas su naturaleza combativa y dominadora. Los hechos muestran la garra felina. La trama y el reverso de los variados tapices de la historia, enseñan que un estado social es una cristalización de la violencia, y que las reacciones contra él, aun las más idealistas, terminan fatalmente en otras cristalizaciones sociales autoritarias y opresoras. Los sistemas de gobierno, las morales, las religiones mismas —propugnáculos y murallas que acaso no tienen otro objeto que proteger la conquista económica,— obedecen a esa ley universal, porque lo universal son las transformaciones de la fuerza que constituyen a su turno los módulos de la vida. Ved el cristianismo; la religión del amor, la piedad y el desprecio de los bienes terrenales. Cuando deja de ser un reptil subterráneo, sale de las tenebrosas catacumbas de Roma, quema vivos a los herejes, provoca mil guerras y persecuciones y oprime al mundo en un abrazo de mortal amor. Los desheredados, los miserables, los enfermos; la escoria de la sociedad, los oprimidos, en fin, pasan a ser opresores, desplegando en sus luchas por la dominación un celo apasionado y cruel, una ferocidad implacable, un furor divino

que, no saciándose con el odio y la persecución de los infieles y dañados, inventa sutiles razones y refinadas torturas para aprisionar y atormentar a su antojo el alma temblante de los adeptos. La Revolución, la gran Revolución, luego de cometer mil horrendos crímenes en nombre de la Libertad, termina en las tiranías de Robespierre y Napoleón. El reino de la Razón, resulta la locura trágica del Terror. La eterna paz, guerra sin fin. Después... las indestructibles jerarquías vuelven a establecerse con otras etiquetas. A los privilegios de la nobleza suceden los privilegios de la burguesía; la aristocracia del dinero a la aristocracia de la sangre; el derecho burgués al derecho feudal; la tiranía del número a la tiranía del rey y la fementida fórmula en que se resumen los Inmortales principios y los Derechos del Hombre, no inspiran más respeto, ni tienen más virtuosidad en el frontón de los edificios públicos, que los versículos del Corán en los muebles moriscos de los bazares exóticos. Pasada la tromba niveladora, en el interior de Francia los hombres y las clases se separan y ocupan el puesto que les da su valor social, como los líquidos de densidad diferente se gradúan por su peso si dejan de ser agitados. En el exterior, la revolución que acariciara el pretencioso intento de suprimir las fronteras y establecer la patria universal, acierta sólo a instituir el principio de las celosas nacionalidades y la formación de las repúblicas americanas, donde las diferencias y las aristocracias sociales se acentúan más cada día, a pesar de las leyes democráticas que las rigen. Así que sus fuerzas expansivas lo reclaman, el pacífico y modesto país de Washington, se convierte en la patria altanera e imperialista de Roosevelt, por las mismas razones y de idéntico modo que la poética

Alemania de los claros de luna, de la *grechens* y del imperativo categórico, en la utilitaria y temible nación de Bismark y la filosofía de la historia.

De hecho, pues, aunque encubierta por disfraces varios, que reclamaban las necesidades subjetivas del hombre, no libertado aún de las tiranías de la finalidad ni de la sed de lo infinito, el reinado de la fuerza no ha dejado jamás de existir en las sociedades salvajes o cultas. Las firmes columnas de su trono, son las leyes mismas de la vida. Sea la primordial de ésta el *deseo de poder* de Hobbes, o la lucha Darwiniana, o la *voluntad de dominación* de Nietzsche, o la *voluntad de conciencia* de Fouillee, o la *expansión de la vida* de Guyau, o *la vida creadora* de Bergson u otra ley no formulada aún por labios mortales, el hecho brutal de la Fuerza triunfante surge del disforme vientre del caos; anida en el alma de todas las cosas, de las religiones, de las filosofías y del amor mismo y es así como el fuego sacro del universo. Nadie, ni cosa alguna, escapa al imperio de la terrible divinidad, en cuyo calificado y pomposo cortejo figuran humildemente, los dioses del olimpo y los gusanos de la tierra.

¿Es un bien o un mal? En todo caso es una indestructible realidad, contra la que, al punto a que han llegado las nociones positivas de las cosas, no cabe ni conviene rebelarse. ¿Qué hacerle? Las atenuaciones de la cultura idealista y las virtudes cristianas, que fueron en un principio indispensables para corregir la virulencia del egoísmo nativo y contrarrestar los abusos naturales, pero anti-sociales de los poderosos, a fin de hacer posible la vida común, parecen hoy nocivas a las sociedades caducas, excesivamente domesticadas y cuyos apagados ardores para

la acción y la lucha piden más bien enérgicos revulsivos. Las nuevas disciplinas morales tratan de dárselos; obedecen a una alta necesidad. ¿Qué sería de los hombres y los pueblos que practicasen el desinterés, el desprecio de los bienes materiales, en esta época en que la superioridad económica entraña todas las otras? Las viejas virtudes han perdido su poder. Fuerza es reconocerlo. El exhausto e inane espiritualismo confiésase impotente para forjar una nueva ilusión favorable a la vida. Las mentiras saludables, que en otra hora fueron propicias al instinto vital para producir los espejismos encantados que le daban a la existencia una razón de ser y la marcaban imperiosamente un derrotero, no tienen hogaño ninguna virtud activa. La ciencia condena implacable las aspiraciones subjetivas e ilusiones metafísicas en pugna con las verdades e hipótesis que ella establece fríamente, sin piedad y sin rencor. La humanidad provecta, curada de locuras juveniles y ansiosa de bienes reales, no cree en los campos elíseos del edén ni en los místicos jardines del alma; prefiere las prosaicas dichas que satisfacen, sin las torturas de la *mala conciencia*, su apetito de carne, su sed de vino.

Perdida la ilusión fastuosa del Paraíso y de toda finalidad transcendente, sin excluir la del superhombre, las actividades y aspiraciones humanas van, como al caer la tarde las dispersas ovejas al redil, hacia la religión de la Vida, elevada y cruel en aquellos pensadores que, aceptando los principios selectivos de la Naturaleza como necesarios a la evolución progresiva, quieren la vida bella y dura como el diamante; rastrera y fecunda en los que, rechazándolos y desdeñosos de toda excelsitud, aspiran sólo honestamente a la dicha común del mayor número.

Es la antigua y luctuosa guerra del aristocratismo y del plebeyismo, llevada sin embozos ni trapujos, al campo de honor de los intereses materiales, donde las categorías idealistas pierden sus múltiples y engañosos matices y se resuelven en deseo de poder y lucha por la riqueza entre los poseedores y los desposeídos. Los primeros, individualistas o no, sin exceptuar a la clase pensante, que tan sospechosa y antipática va pareciendo a los trabajadores, son los menguados descendientes, pero que llevan aún en la sangre la pimienta del heroísmo, de los jefes, hombres providenciales y cazadores forzudos delante del Señor que guiaron a los pueblos en su aurora; los segundos, solidaristas o ácratas, son los ensoberbecidos vástagos de la turbamulta pasiva y rebañega, convertida en pueblo soberano por la fuerza del número. Su oposición es la oposición de la parte caduca del pasado señoril, sibarita, ensoñador, guerrero, y el presente científico, pacifista, práctico, laborioso. Del choque nace el antagonismo y la anarquía de las ideas contemporáneas; las trágicas luchas sociales y el drama íntimo de las conciencias: antros oscuros donde a ciegas riñen guerreros con sotana, señores vestidos de harapos y mendicantes que ostentan valiosas plumas en los sucios y miserables chambergos.

El espíritu clásico, razonante y finalista, que reconoce un principio divino y la supremacía de la inteligencia sobre el *querer* y el *poder* para la bella ordenanza del mundo, fue siempre amante de las jerarquías bien establecidas, del orden, de la autoridad, de la sumisión a la regla; pero al mismo tiempo, por exceso de cultura literaria, es irrealista, picotero, iluso y, en suma, debilitante, ya que perpetúa con el desinterés y el altruismo, un engaño, una mentira, un

espejismo peligroso para las energías viriles de la inteligencia y del alma. A las veces por sensiblería y razones de justicia convencional, de esa justicia compuesta con toda suerte de productos artificiales en las aulas de los ideólogos, pica en democrático y humanitarista, pero en el fondo, si deja hablar su *instinto profundo* es un adorador de la fuerza idealizada — como corresponde a quien ha nacido con el alma gran dama y el espíritu gran señor. — y acata las copetudas excelencias y aristocracias morales que ella establece a su capricho, de la misma manera que el espíritu moderno, un tanto macarrónico, a pesar de su ciencia, cree únicamente en la fuerza real y respeta sólo las superioridades de hecho y las aptitudes que se imponen por su eficacia y utilidad inmediatas.

Entre las brillantes, dispendiosas y desinteresadas virtudes de los humanistas, causa eficiente ayer de poderío y hoy de flaqueza, puesto que llevan al renunciamiento, crimen monstruoso ahora como fue antes decantada virtud; y las industriosas y batalladoras cualidades necesarias a las naciones para no ser vencidas en la contienda universal, no cabe pacto ni conciliación. Es la lucha de dos mundos; uno que nace, otro que muere; es la lucha inevitable y eterna de la tradición conservadora y la educación revolucionaria como dicen los fisiólogos y que constituye el fenómeno de la vida lo mismo en la naturaleza que en las sociedades.

La discordia que la antigua sabiduría creyó suprimir entre los hombres, sin barruntar que con ella hubiese desaparecido la existencia misma, ofrece nuevas flores y nuevos frutos en cada grado de la civili-

zación. Son las novísimas formas de la cultura, las modalidades del progreso, las manifestaciones de la vida. Cuanto más avanza ésta, más se complica y refina la lucha no sólo entre los hombres, sino entre las ideas, sentimientos e instintos de cada hombre. Lucha entre el ideal y la realidad, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo individual y lo social, entre el capital y el trabajo, entre los opresores y los oprimidos, entre los que nacieron marcados con el signo radioso de la voluntad dominadora y los que vinieron al mundo llevando en el cuello el collar infamante de los esclavos.

Y en toda suerte de cosas, el triunfo, temporario siempre, es de aquello que interpreta mejor, en un momento preciso, los propósitos impertérritos e incontrastables de la razón universal.

La cuestión social que actualmente nos atribula, se resolverá como todas las otras: por el dominio de los fuertes sobre los débiles. El comunismo evangélico, soñado por ciertas órdenes religiosas y que ha tenido sus últimos destellos en el misticismo anárquico de Tolstoy; la Edad de oro de los utopistas del siglo XVIII y la *Federación universal* de los libertarios modernos; los ideales colectivos, por decirlo todo, punto extremo de la Economía que pretende organizar la sociedad, vale decir la producción, científicamente, es muy posible y aun probable que puedan arraigar en la áspera corteza del globo. Mas ello no será porque los consabidos ideales sean justos, según nuestra universitaria justicia; no por las razones sentimentales que a todos nos impulsan a revelarnos contra lo que el instinto social, desarrollado por el influjo del ambiente humano a expensas del egoísmo nativo, llama iniquidades sociales, vías ocultas acaso de una justi-

cia suprema; sino porque la evolución económica llega a un punto culminante y preciso en que "la producción colectiva reclama la repartición colectiva", y, sobre todo, porque siendo las necesidades pecuniarias las primeras que hoy es necesario satisfacer para vivir tanto material como moralmente, fuerza es que arrastren mayor número de almas y tengan más grande influjo sobre las sociedades que el aristocratismo idealista, cuyos principios eficientes, cuasi místicos, no pueden ser impulsores sino de las naturalezas muy cultivadas y finas. Y he aquí otra prueba palpable de la relatividad y miseria de las presuntuosas verdades salidas de la testa del hombre. Una simple modificación de las circunstancias ambientes, vuelve las tornas de los valores humanos: las cualidades excelsas truécanse en causa de inferioridad y los ineptos de ayer se convierten en los aptos de hoy.

No; la sociedad no ha sido nunca ni será en el porvenir la obra santa del Bien, de la Justicia ni del Derecho, sino el engendro diabólico del instinto vital dominante, o como quiere Marx, el producto de la lucha de clases, engendrada, según él, por la evolución de los intereses y que determina, por añadidura, el proceso de la historia entera. Es la parte cierta, salvo ligeras restricciones, del socialismo científico o criticista, que muy poco tiene que ver con las utopías sentimentales de Rousseau, del cura Meslier y de los ideólogos, ni con las componendas burocráticas y fiscales o *utopías de los cretinos,* ni con otras formas pueriles del *socialismo vulgaris* de que nos habla el docto Labriola. Muy acertadamente dice Marx: "El modo de producción de la existencia material, determina generalmente el *processus* social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre

lo que determina su manera de ser, sino, al contrario, su manera de ser social, lo que determina su conciencia. El cuerpo creador se crea el espíritu como una mano de su voluntad", diría Zaratustra. "La producción primero, agrega por su parte Engels, y en seguida el cambio de los productos, forman la base de todo orden social. Esos dos factores determinan, en cualquier sociedad dada, la distribución de las riquezas y, por consiguiente, la formación y las jerarquías de las clases que las componen. Esto sentado, si queremos encontrar las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social, será preciso buscarlas, no en la cabeza de los hombres, ni en su conocimiento superior de la verdad y la justicia eternas, sino en las metamorfosis del modo de producción y de cambio, en una palabra, no en la filosofía, sino en la economía de la época estudiada."

Estos razonamientos pedestres son la antítesis del vértigo de las alturas, agria voluptuosidad de las excursiones metafísicas, pero producen la reconfortante impresión de la tierra firme después de un largo viaje marino o una ascensión aerostática. Por fin los fenómenos sociales pueden explicarse positivamente, sin echar mano de sutiles recursos: son las apariencias, las superestructuras de la evolución económica, la cual provoca la formación y la lucha de clases y ésta, a su vez, la enmarañada urdimbre de la historia. La ineficacia de las disciplinas idealistas en los sucesos del mundo, que tan hondos lamentos arrancó a Renán, queda explicada claramente. El modo de producción y de cambio, sometiendo a su influjo plasmante las manifestaciones todas de la vida social, crea el bien, la justicia y el derecho de cada época, que no son otra cosa, en último término, que "la expresión

autoritaria de los intereses que han triunfado", y dicta las relaciones de los hombres que sólo son, en sustancia, "relaciones de producción, correspondientes a un período dado del desenvolvimiento de sus fuerzas productivas".

Aun no ha llegado el momento, ni llegará acaso nunca por falta de documentación histórica precisa, de explicar, por medio del determinismo económico, los mitos, las religiones, las morales como ha intentado hacerlo incauta y puerilmente Lafargue. Mas ciertos hechos indiscutibles, aducidos con grande copia de comentarios por la escuela marxista, y la observación, constatada, en general, de que las efervescencias y revoluciones humanas obedecen, en el fondo, a causas económicas visibles u ocultas, legitiman las pretensiones del materialismo histórico y permiten interpretar, en conjunto, una gran parte del pasado. Y si bien se considera, hasta los más ayunos de doctrina, pueden comprender, con un poco de buena voluntad, que siendo las necesidades materiales las más hondas y urgentes, debieron de inspirar en todo tiempo las metafísicas, retóricas y reglas de conducta favorables a su satisfacción; y que siendo el espíritu así como la sombra del cuerpo o de la necesidad, las estructuras sociales se explican más acabadamente por la economía de cada época que por sus engañosos espejismos mentales.

Antaño podían abrigarse dudas sobre la veracidad de tal afirmación, que a muchos ingenios, y no de los más romos, hubiera parecido descabellada: hoy no cabe hacerlo. El trabajo formidable y fatal de los fermentos económicos se ha hecho visible en la edad moderna, cuya morfología empezamos a conocer íntimamente, sin que nublen los ojos veladuras idealis-

tas ni misterios divinos. La transformación completa de las sociedades por la manufactura comercial, la grande industria y el capitalismo, no dejan al respecto ni asomo de dudas. Más que *espíritu* precipitado parece el mundo condensación de egoísmo. En el Manifiesto Comunista, y, sobre todo, en las luengas páginas del Capital, admirables de análisis y lógica, muestra, con muy concertadas razones, el pontífice del socialismo científico, cómo los nuevos modos de producción y las fuerzas expansivas del comercio rompieron las servidumbres, privilegios y relaciones patriarcales del mundo feudal para dar origen al reino de la finanza y la grande industria, y cómo el agrupamiento de obreros en las usinas y talleres para colaborar en el mismo producto, o en otras palabras, cómo la producción colectiva, mina al presente los fundamentos de la *apropiación individual*, o lo que es lo mismo, de la sociedad capitalista; roe sus soportes político-jurídicos y trata abiertamente de imponer los códigos comunistas y la repartición colectiva que corresponden a aquella producción. De modo que, por la fuerza de las cosas, se efectuará, según los arúspices socialistas, la muerte de la sociedad burguesa, fundada sobre "la odiosa explotación del hombre por el hombre", y el advenimiento ansiado y glorioso de la sociedad idílica, en la que "el libre desenvolvimiento de cada uno, será la condición del libre desenvolvimiento de todos".

Dulces anuncios, capaces de tonificar la desmayada esperanza en el edenismo terrestre, si no los hiciera sospechosos el endiablado parestesco con las amables sofisterías de Jean Jacques y la hueca y rimbombante fraseología jacobina! Sin duda, hay mucho de ver-

dadero en la abstrusa tesis marxista; pero las conclusiones y aplicaciones prácticas, como engendros del espíritu de sistema, intención pueril de hacer entrar las realidades en los angostos casilleros de la abstracción, parécenme sobrado artificiales y, a la postre, ingenuas. Se comprende, sin grande esfuerzo, el papel principal y decisivo de la lucha económica en la historia del mundo, y que la sociedad comunista suplante a la sociedad burguesa, como ésta misma suplantó a la feudal en el gobierno de los hombres, cuando lo pidieron las leyes de la producción. Lo que es más difícil de digerir, a pesar de los jugos gástricos de la dialéctica marxista, es cómo ha de impedirse la formación de las clases sociales y el antagonismo de ellas, aun en el caso de suprimir, lo que es ardua empresa, la lucha económica, causa presunta de los males que afligen a la sociedad, pero al mismo tiempo causa cierta también del proceso histórico de las sociedades. Sin la lucha económica, se dice, y lo que es su consecuencia, sin la lucha de clases, desaparecerían los privilegios burgueses, las desigualdades inicuas, la dominación de los pobres por los ricos. Mas para lograrlo, hace falta la destrucción de la propiedad — que es un robo, según reza el resobado aserto de Prudhon, — del capital, del comercio, de la libertad, y, en fin, de las desigualdades naturales, porque si éstas subsistieran en cualquier forma, las odiosas jerarquías se establecerían nuevamente y con ellas el predominio de unos hombres sobre otros. Luego hace falta para la organización científica de la humanidad, organización destinada a concluir con la guerra de los hombres y la anarquía capitalista, no sólo la igualdad civil, sino la igualdad económica, sin la que, la primera y aun la democracia misma, es un puro fan-

taseo, y por añadidura la igualdad moral, intelectual, todas las igualdades. Y como la lucha entre los hombres existiría aún, mientras hubiera ambiciones y egoísmos, habría que suprimir los egoísmos y las ambiciones, o lo que es igual, habría que suprimir la vida misma. Es un punto de contacto curioso entre los ascetas y los comunistas de todos los tiempos. Cómo las cerezas, que en tirando de unas vienen las otras detrás, las enormidades traen las enormidades. Es lo que acaece cada vez que la inteligencia, olvidando que es la servidora del instinto vital, se lanza a construir castillos de abstracciones, en guerra abierta contra la física del alma y la lógica infalible de las realidades.

Muchas y muy serias objeciones cabe hacer a la concepción marxista del dinero, de la mercancía, del capital, y más aún, a las tendencias fatalmente niveladoras y utópicas de la doctrina que está en vísperas de desquiciar el mundo burgués. Pero hay algo en que nadie ha parado mientes y que se me antoja realmente imperdonable en el sesudo Marx: es la incomprensión del valor *divino* de la moneda, después de haber comprendido su valor fisiológico, digámoslo así, en el desarrollo orgánico de las sociedades. Y, sin embargo, a lo que se me alcanza, sólo admitiendo que el Oro es el *substractum* social de la voluntad de dominación y que como tal, se crea la ética que le conviene, es que podría aseverarse que la filosofía y las instituciones son las superestructuras de la economía, como lo afirman, sin empacho, Marx y Engels; sólo reconociendo, con estoica resignación, que el Oro es el signo de la diosa guerrera, creadora y destructora de la sociedad, y por lo tanto el acicate del deseo de poder, es que puede resultar cierto, ya que

todos los brotes del carácter son obra de aquella, que la lucha de clases sea la historia del mundo, como el planeta, la vida, el hombre y el pensamiento mismo son el producto maravilloso de una lucha sin tregua ni fin.

De modo, pues, que la Federación Europea del sueño feérico y prosaico a una de Hipólito Dufresne, no se realizará por otros medios que los empleados hasta ahora por las clases triunfantes para consolidar sus conquistas y establecer su dominio; ni eliminará la vitanda lucha entre los hombres, aunque suprimiera la lucha económica; ni los libertará de esclavitudes fatales; ni por el hecho de equilibrar los bolsillos, nivelará los cerebros y las almas. La sociedad futura, en donde el gobierno de las cosas reemplazará al gobierno de las personas, gobierno técnico y pedagógico, reino ecuánime y omnímodo de la ciencia, que podría terminar como el reino de la Razón, prepara ya en las sombras los instrumentos de tortura y diseña las jerarquías del nuevo imperio. En el altar de la diosa Igualdad, a los pies del ídolo populachero, empiezan a depositarse, como costosas ofrendas, las suspiradas libertades y los derechos sagrados por los que ardorosamente combatió la humanidad, tan presto ilusa como desengañada. El nivelamiento común, hecho al rasero de lo más inferior: la pobreza forzada y el trabajo obligatorio, fundamentos fatales de la nueva organización colectivista, sobre relajar, como la ética cristiana, los resortes de la voluntad, matando el interés y el egoísmo, y producir la degeneración y envilecimiento de la criatura humana, dividiría la sociedad en dos ejércitos: uno de funcionarios, la nueva aristocracia, y otro de trabajadores, el nuevo

proletariado, sin peculio, ni esperanza de obtenerlo ni libertad de procurárselo. El Estado, con este u otro nombre, pensaría por todos, obraría por todos, acumularía las magras riquezas que nadie tendría interés verdadero en producir, porque "el hombre puede amar a su semejante hasta morir, pero no hasta trabajar para él", como asegura el mismísimo Proudhon. Y aquellas riquezas serían repartidas luego, según lo entendiera una plaga de administradores, interesados, como es natural, en quedarse con la mejor parte. Los odiosos privilegios de las aristocracias, le serían conferidos al Estado forzosamente; a la omnipotencia de los mandarines, seguiría la omnipotencia del *monstruo frío*, más absoluta aún; y a la anarquía capitalista, otras anarquías, otras pasiones invasoras, otras ambiciones feudales, otros egoísmos acaparadores, otros intereses egoístas, otras formas de la Voluntad, en conclusión, la que suministrando secretamente los materiales para todas las sociales construcciones, y pasando al través de todas las cribas de la lógica, seguirá trabajando, como hasta aquí, la masa humana, por la guerra de todos los instintos e intereses· el camino de perfección más corto y cierto quizá, para llegar prontamente a los movimientos ordenados y la armonía que, en medio de una lucha colosal, reina en la Naturaleza.

El esfuerzo trágico de la humanidad por acordar las leyes del universo a los deseos ardientes del corazón, no puede menos de terminar un día por la obediencia y adaptación humildes del corazón al universo. Mas ello será, a todas luces, el franco y decisivo advenimiento de la moral de la Fuerza. Falta saber quién obedecerá mejor sus reglas inflexibles: si el

darwinismo social y el idealismo nietzsquiano, sacrificando las generaciones presentes a las futuras, las masas a los aristos, y los débiles y lacerosos a los robustos y viriles para embellecer a la humanidad y llegar al superhombre. o el piadoso humanitarismo, luchando bravamente contra la crueldad de la Naturaleza y de los hombres de rapiña, a fin de asegurar la vida y el bienestar de todas las criaturas. sin excluir a los tristes depositarios de la fealdad, vileza y degeneración humanas.

Ambas sendas son lóbregas, temerosas y llenas de incertidumbres. A cada paso surgen como fantasmas, dudas torturantes. ¿En virtud de qué ley, ya que el mundo, según todas las apariencias no tiene ningún fin racional ni le es dado a la razón imponérselo, puesto que ella misma ignora adonde se dirige; en virtud de qué ley, repito, el presente, la única realidad sabrosa e indiscutible, será sacrificada a un futuro brumoso y metafísico, al modo que antaño los bienes terrenales a las promesas celestes y las dichas quiméricas del otro mundo? ¿Es posible que el genio de la especie o los mismos mandatos de la diosa fiera, le impongan a la humanidad aquel cruento deber? ¿Cabe esperar una nueva concepción religiosa de la vida, semejante a la gran ilusión cristiana, o un ideal neo-romántico que surja del descreimiento como la pintada mariposa del gusano vil? Por otra parte, ¿el triunfo probable de las utopías socialistas, en pugna con la sapiente crueldad de la Naturaleza, no será efímero y, en resumidas cuentas, dañoso para el alma? ¿La relajación del egoísmo y los resortes del querer, fatales en un organismo social que suprime el instinto de dominación concentrado en el Oro y al propio tiempo la lucha de clases, signos de salud y robustez,

no traerá aparejadas la decadencia, la podredumbre y, a la postre, la explosión de otros egoísmos, tanto más viles cuanto más hipócritas? ¿Cuando el globo sea harto pequeño para contener holgadamente a la Federación Universal, el hombre impulsado por las duras necesidades de la existencia, no tornará a ser el enemigo y el cazador del hombre? ¿Y reduciendo tanta duda y zozobra a lo esencial: la razón frívola y voluble puede reducir los apetitos y servirnos de rodrigón, siendo ella misma la esclava del deseo, la víctima de los sentidos y la proyección de la necesidad, o es más seguro ombráculo y guía el egoísmo integral, lobo hambriento convertido en pastor del rebaño?

He ahí los arduos problemas en que se ejercitarán en adelante la ciencia finita y la paciencia inagotable de los sociólogos. Lo visible por el momento, para todo aquel que no tenga telarañas en los ojos, es la lucha de los egoísmos, los cuales cambian de formas, pero no de esencia, y la invariable e irresistible propensión de las clases a dominar. Siempre fue así, aunque los hombres lo ignorasen a veces, pero hoy es así con pleno conocimiento del hecho erigido en ley. Poderosos y humildes glorifican la violencia y pugnan por ejercerla, espiritualmente los unos, positivamente los otros. Los héroes de Carlyle, las bestias de presa hiperbóreas de Nietzsche, los *eugénicos* de Lapouge, los dolicocéfalos de los antropólogos, los idealistas anárquicos al modo de Gourmont, los individualistas de cada época celosos de su yo, y, en fin, los ungidos de los dioses de todos los tiempos, tenderán fatalmente a apoderarse del mundo y hacer de la vida "quelque chose de fou et de divin". Los pobres braquicéfalos, los humildes *marchands de ma-*

rrons, los débiles poseedores del triste *don de las lágrimas,* los que nacen esclavos de sí mismos antes de serlo de los otros y suman sus abulias para fabricarse una voluntad, los que practican la moral del caracol que esconde los cuernos para que no se los rompan, y, en resumen, los hijos espirituales de Rousseau y Marx, formarán la turbamulta, sin freno religioso que la domine y ávida con toda razón, de justicia social, calma, goces y bienes materiales. Los unos defenderán con las uñas y los dientes sus conquistas económicas y con ellas los privilegios del Poder y la alta cultura; los otros pugnarán por destruir las murallas de la construcción capitalista y asaltar los castillos de puentes de oro guardados por los monstruosos dragones de Mammón. Al pie de aquellos se librarán las grandes batallas del porvenir.

El signo de los tiempos presentes, y lo que puede servir al pensador de tela de juicio para presagiar los partos del futuro, es que la dicha y fortaleza buscadas por los hombres continua y afiebradamente en las religiones, filosofías y morales, a sabiendas o no, impulsados ya por el instinto materialote, pero seguro, ya por la razón vaporosa, pero inconstante y falaz, las esperan hoy del *jugo del planeta* como a la riqueza llama un filósofo idealista. Inútil es indignarse... literariamente, a la manera de los fraseadores de oficio, grotescos alucinados cuyo destino lamentable es el de vivir confundiendo eternamente las vejigas con las linternas. Aquella verdad salta a los ojos indiferente, inconmovible, indestructible. Antes, pues, de prorrumpir en anatemas, tan furibundos como vanos, y adoptar indignadas y teatrales actitudes, será bien preguntarse si no existen poderosas, superiores y aun metafísicas razones para que así sea, y si,

todo bien pesado y medido, no es más saludable que sea así. Hase dicho que el anhelo íntimo y la porfiada voluntad del corazón humano, no es la ventura, sino la dominación, no la paz, sino la guerra, y que ésta sola da vado a los instintos invasores de aquél y le sirve a una de hito y resorte propulsor. Aun pensadores de legítima cepa rousoniana, reconocen contritos la índole batalladora del excelso antropoide, y loan la violencia como una excelente e insuperable disciplina moral. Y el Oro es el habitáculo misterioso de la voluntad de dominación de los hombres y los pueblos. Como tal, merece el respeto de las cosas sagradas. Esta consideración les brinda, aun a los espíritus más delicados y ansiosos de soluciones trascendentes, la filosófica ocasión de purificarse de añejos prejuicios y reparar una grande injusticia. Y si a tal consideración se agrega el convencimiento de que la lucha económica transporta por artes mágicas al seno de las sociedades, las condiciones ambientes del medio natural, satisfaciendo con esa estupenda industria, los instintos más *profundos* y *sanos* de la especie humana, acabarán de disiparse las últimas nieblas del craso error, y hasta los peor dispuestos comprenderán, sin asomos de dudas, por qué "la riqueza es moral", como decía Emerson; por qué "la riqueza es la ocupación de todos", como asegura el puro Gladstone, y por qué "el comercio gobierna al mundo", según afirma el amillonado Carnegie.

SEGUNDA PARTE

METAFISICA DEL ORO

Un "veneciano del estilo" —como Peladán llama pintoresca y acertadamente a Saint Victor, quien figura entre los contadísimos escritores que tuvieran de la significación de la Riqueza y la Finanza algunas exactas vislumbres— dice con su verba briosa, gallarda y más rica en valores subjetivos de lo que comúnmente se cree: "Si la Economía política tuviera sus poetas, éstos podrían cantar el largo y duro martirio que ha sufrido el Dinero antes de llegar a la dominación de la tierra".

Todas las instituciones e industrias humanas pasaron por largos cautiverios y terribles pruebas, antes de enseñorearse del mundo. Basta observar las múltiples metamorfosis, penurias y malandanzas del más humilde arte, comercio o práctica añeja, para percatarse de las infinitas depuraciones que sufren las cosas en los hornos de la alquimia social, antes de merecer la aprobación solemne de la Vida. Pero el martirologio de la Riqueza, desde el pobre capital inventivo del *homo Mousteriensis Hauveri,* hasta el acumulado en su castillo de las "Mil y una noches" por el mago de Menlo Park; las torturas de la Finanza, desde los morosos cambios de armas, especias, maderas olorosas y productos raros de países remotos, hasta las vertiginosas operaciones bursátiles actuales; desde las sitibundas caravanas de camellos que ponían en

contacto, tal cual vez, a los pueblos comerciantes, hasta las serpientes de metal y monstruos marinos que ponen en circulación las mercancías de las ciudades y aldeas, y por medio del tráfico las une a todas entre sí más íntima y estrechamente que pudieron hacerlo la sangre o la religión, no tiene igual. La historia de Mammón es la más aventurera y dramática de la historia de los dioses. Las maldiciones divinas y los anatemas humanos, llovieron sobre él. Crueles flagelos ensangrentaron sus robustos lomos de palestrista. Sus devotos fueron en toda la redondez de la tierra perseguidos, execrados o expoliados siempre como representantes típicos del egoísmo y enemigos natos de la fraternidad. Y en el fondo, los sacerdotes y ascetas ocupados en la gran falsificación idealista, no se equivocaban: navegantes osados, astutos mercaderes, usureros voraces poseían los secretos del lucro, de la dominación y tendían, como los grandes capitanes por medio de las armas o los sofistas por medio del discurso, a acaparar y oprimir. Los peligros de los mares ignotos, los azares de las rutas inciertas y temerosas, las luchas del comercio les afinaba la inteligencia y el sentido de lo real, robustecía los músculos en mil peliagudas gimnasias y hacía de ellos concurrentes temibles, y como tales, odiosos. Eran como los fermentos del mal en la levadura del pan eucarístico; los depositarios vulgares de la *fuerza interior*, que según Ferrero, "obra continuamente en las disposiciones intelectuales y morales de los hombres", y los obliga en cada época a crear nuevas riquezas e ideas, y a destruir los estrechos casilleros de las viejas costumbres, en que no encajan ya, ni sus apetitos ni sus ambiciones. Esa fuerza interior misteriosa, que otros nombraron antes, sin conocer su esencia ni ex-

plicarse su papel, fluido divino, voluntad, instinto vital, lo inconsciente, formas y derivaciones, en suma, más o menos complejas y sutiles de lo que los modernos mecanistas llamarían acaso la energía, es la que se concentra en el Oro, aunque no se den cata de ello Marx y Engels al hacer de las luchas económicas el principio generador de la historia...

Con aquellos mercaderes, entraban y se hacían cada vez más preponderantes en las colmenas humanas, las sustancias explosivas de las revoluciones sociales: las ambiciones de gozo, lujo y dominación, que Tito Livio, el viejo Horacio y Séneca en Roma, como antes en Grecia Theognis, Aristófanes y Platón tuvieron y condenaron por corruptoras, puesto que destruían los usos y sentimientos consagrados por innúmeras generaciones; pero que el mundo moderno, necesitado de actividades productoras y constante transformación, se inclina a considerar, en conjunto, como elementos generadores de progreso, a causa, precisamente, de que despiertan los apetitos dormidos, espolean las energías y son venero de producción de riquezas y renovaciones saludables, sin lo cual, es cosa sabida, que las sociedades consumen sus ahorros y declinan fatalmente.

Las virtudes tradicionales de los pueblos pobres y austeros, virtudes destinadas a flaquear como la inocencia paradisiaca de nuestros primeros padres al pie del Arbol del saber, no habían terminado su cometido y tenían algo que pergeñar aún, cuando los factores económicos hicieron su irrupción bárbara y empezaron a modelar a su antojo y abiertamente las sociedades. En secreto lo habían hecho siempre, porque siempre los hombres riñeron por un trozo de

pescado crudo, cocido o en salsa. Pero los antiguos no podían reconocer de buen talante el advenimiento oficial de Pluto, del dios revolucionario, que amenazaba destruir las instituciones civiles y religiosas, y a la par de ellas, los privilegios de las aristocracias seculares. Era "el vencedor, cubierto de sangre y que arrastra en su cortejo triunfal, un rebaño de vencidos y esclavos, encadenados a su carro de guerra". Llegaba produciendo mil cataclismos y desquiciándolo todo: destruía las viejas jerarquías, libertaba a los esclavos, ennoblecía a los plebeyos, envilecía a los nobles y daba pábulo a mil actividades desconocidas, a mil costumbres nuevas y a una nueva mentalidad. No hay sino considerar las reformas de Solón y Servius, para darse cuenta de la magnitud de las revoluciones sociales que siguieron a la aparición del dinero como Majestad en Grecia e Italia, cinco o seis siglos antes de nuestra era. Aun resuenan, repercutiendo de edad en edad, los lamentos e invectivas de los poetas contra la *confusión de razas* que traía consigo las bodas de los nobles arruinados con las plebeyas adineradas. Entonces, como en la magnífica corte del Rey Sol, como ahora, hubiérase podido repetir en ciertas ocasiones la graciosa y cínica frase de madame de Grignan disculpando a su hijo de haberse casado con la rica heredera de un *fermier:* "las mejores tierras necesitan, de tiempo en tiempo, un poco de abono". La riqueza empezaba a conferir los rangos y las dignidades en la sociedad y hasta en el ejército, como antes la religión y la sangre. Un personaje de Eurípides, a quien le preguntan de qué origen es cierto sujeto, contesta: "Rico, son los nobles de hoy". Y lo eran de fijo, los plutócratas que sabían enriquecer las ciudades con el comercio y defender

las riquezas en los campos de batalla; lo cual no fue parte a impedir que los Polibios y Cicerones lamentasen acerbamente la relajación de los lazos sociales, la perversión de las costumbres, el lujo, la molicie, la gula, la avaricia, y, más tarde, las sangrientas luchas, terminadas a veces por terribles hecatombes y degollinas, entre señores y esclavos, patricios y plebeyos, ricos y pobres, en fin, con que se inicia el reinado del dios que había de ser luego tan amante de la paz. Séneca, moralista estoico, no exento, sin embargo, de concupiscencia ni codicia, clamaba airado: "Es el dinero que revoluciona los *forums*, que precipita las turbas hacia los tribunales, que arma a los hijos contra sus mayores y fabrica los venenos, por él los reyes roban, matan y, a fin de descubrirlo entre las ruinas, destruyen ciudades que largos siglos de esfuerzo levantaran".

Resistiendo a su influjo, en apariencia funesto, aun sin traer a colación los horrores de la guerra, pues que destruía las augustas construcciones religioso-militares, los moralistas defendían el patrimonio social, la civilización propia contra las invasiones de los bárbaros que pretendían imponer la suya. Por razones fáciles de comprender, sólo percibían los miasmas deletéreos que la riqueza produce al estancarse y que es como el exceso del bien, semejante, en cierto modo, a los excesos no menos malsanos de la cultura, la moralidad o del arte. La economía política y la ciencia social estaban por nacer, y la severa Clio en pañales no había descubierto todavía los genios que presiden el misterioso trabajo de las civilizaciones, ni las leyes que rigen la producción y el cambio de las riquezas, verdaderos sístoles y diástoles del corazón del mundo. A esto será bien agregar, que el hijo de Ja-

sión y la blonda Demeter, "engendrado en una tierra tres veces labrada", no producía entonces, como ahora, el desarrollo de tantas actividades benéficas. Las hechuras de Pluto, las ambiciones voraces, aparecían como contrarias al orden social establecido y la tranquilidad de las clases dirigentes; las voluntades que, endurecidas y afiladas en el comercio y la industria, iban derechas a dominar, incomodaban y constituían una amenaza, un peligro: no eran fraternales, traían la discordia, la guerra y contrariaban la obra pacificadora y enervante de la civilización, quintaesenciada en los preceptos galanos que, plácidamente, caminando por prados floridos, caían de la boca de los maestros y recogían, ávidos de amoroso saber, efebos gráciles y desnudos.

Considerándolo atentamente, ocurre preguntarse si quizá el odio a la Fuerza invencible y su heredero el Oro, en que rematan las religiones, filosofías y morales después de Platón, a quien tan duras invectivas le merecieron las clases adineradas, no es el síntoma típico, aunque inadvertido para el poeta de "Zaratustra", de la reacción de los débiles contra los fuertes, dictada por la urgentísima necesidad, de que nos da señales inequívocas la doctrina cristiana, de atenuar la virulencia del egoísmo nativo y corregir los abusos naturales, pero anti-sociales de los poderosos, a fin de hacer posible la vida común y la santidad de la existencia.

El amor de la riqueza, la Riqueza en sí, es la objetivación condensada y cabal del egoísmo, hostil al renunciamiento, a la generosidad inútil, a los ideales humanitarios; hostil a lo que no sea el interés genuino y vital de las criaturas. Esto explica de sobra los

males que causa y su condenación por los santos varones, sobre cuyas testas sin fiebres y que ignoran la razón fisiológica de los fenómenos sociales, desciende majestuosamente, como sobre Parsifal. la blanca paloma del espíritu de Dios, cuando el *hombre simple*. por un prodigio de la fe, hace resplandecer de nuevo la sangre de Cristo en el vaso sagrado del Graal. Pero el egoísmo, por otra parte, es la fuerza, el nervio, el jugo de la voluntad; es, en cierto modo, la *virtud humana*, lo cual explica, no menos cumplidamente, su triunfo en el mundo y rehabilitación por los fervientes de la Vida y la moral del esfuerzo triunfante y creador. Mas esto atañe a los sociólogos de novísimo cuño, excitadores y organizadores de los egoísmos desvirtuados por las dulzuras de la civilización, no a los moralistas de vieja cepa, de industria adormecedores, cuando no destructores de aquellos egoísmos, como cumplía, hasta cierto punto, en las épocas en que el animal humano era demasiado bravío y acometedor.

La obra del cristianismo, como antes la del budismo en la India, fue amansarlo, introduciendo en el tumultuoso corazón de la bestia el desinterés y la piedad. Y en efecto: la antipatía hacia las voluntades sobrado dominadoras se acerba, acrecienta y desborda como un río que recibe copiosos e inauditos afluentes, después que Jesús enseña el estrangulamiento del deseo y el horror de los bienes terrenales. "Vosotros no podéis amar al mismo tiempo a Dios y a Mammón", dice en el *Sermón de la Montaña*, y tal repiten contritos, apóstoles, frailes descalzos y doctores de la Iglesia en la larga noche medioeval, noche de pesadillas tenebrosas y macabras, de visiones terríficas, fugaces luminosidades de fuegos fatuos y perennes sombras, cuyo misterio aumentan el murmullo de

las plegarias y los gemidos dolientes al pie del confesonario. Diríase que, llenando de horrores y pavuras la existencia, iban a descepar del alma el sentimiento de las realidades y el apego de todo bien. Dios y Mammón no cabían en el mismo plato. Uno era la negación, el otro la afirmación del mundo que urgía destruir como hechura del demonio.

La mala conciencia, como un murciélago fatídico, revolotea en torno de las almas. "Epoca exquisita y dolorosa para los artistas", asegura Huysmans, un fino conocedor de la voluptuosidad del pecado y del cilicio Se vive en una pura y angustiosa zozobra, con los ojos vueltos hacia las soledades del cielo, y las flacas y pálidas manos se juntan unánimes en demanda de perdón. El goce, el amor, la vida, y, particularmente, el Oro, en el que se resumen todas las concupiscencias son engendros satánicos. Ansias locas de purificarse y morir, agitan los pechos hundidos por la devoción y las penitencias. Y así, como esos lirios que brotan en las sepulturas, nacen en las conciencias atormentadas, el desdén de las realidades, el desprecio de los bienes positivos y la economía celeste, que sólo regula las relaciones místicas de las criaturas con el Todopoderoso sin curarse de nada más. ¿Para qué? Lo importante es la salvación de las almas: el resto, es asunto de poca monta. Las sociedades hambrientas se nutrirán como los pájaros, "que no siembran ni recogen", de lo que Dios les dé. El estado ideal será la pereza noble, la mendicidad santa, la ausencia de todo deseo egoístico y de todo apetito carnal, bien que a veces, apurados por necesidades terrenas y fatalidades fisiológicas, papas ávidos y concupiscentes, como los del siglo VI; ambiciosos patriarcas, como los de Alejandría, y caballeros andantes, como los

templarios, se dieran en cuerpo y alma a la conquista de la riqueza y al demonio de la dominación. Papado, guerras religiosas, política eclesiástica y los concilios, que se transforman en campos de batalla de los ardores menos mansos y evangélicos, muestran la flagrante contradicción de la metafísica cristiana y las necesidades de la existencia. Sólo transando y deformándose mutuamente, han podido vivir codeándose durante el largo período que empieza con la revolución mística del cristianismo contra el materialismo pagano y concluye impensadamente con la revolución materialista de los proletarios contra todas las teodiceas, éticas e ideologías. Ayer las miradas y las aspiraciones, atravesando la pupila ojival, iban al cielo como las góticas flechas de las catedrales; hoy la humanidad, anemiada por los ayunos y penitencias y deseosa de retemplar su ánimo con la alegría de vivir, vuelve los apagados ojos hacia la tierra fecunda que produce las flores aromadas y el rubio trigo. ¡Dramático contraste! El explica lo que va del Dios ciego y ventrudo, satirizado por Aristófanes y Luciano en sendos poemas, al magnífico Pluto de Goethe, cuyo carro triunfal conduce la Prodigalidad, la Poesía; lo que va del bonete irrisorio del judío, escarnecido y confinado en la prisión del *Ghetto,* como una alimaña vil o sanguijuela chupadora de la sangre noble, a la corona de oro macizo de los reyes yanquis, que tiran millones al viento con el majestuoso ademán del sembrador lanzando la simiente, y hacen brotar ciudades y vergeles en los desiertos áridos; lo que va de Shylok y Harpagón a Morgan y Carnegie; lo que va, en fin, de la sociedad de mendigos de San Juan Crisóstomo, el amor de la Pobreza del serafín de Asís y la vida penitente de los anacoretas y ermitaños al determi-

nismo económico, las doctrinas nietzsquianas y la religión de la Vida.

Aunque en realidad fuera el primer incentivo del deseo, teóricamente el Oro es la cosa maldita. Durante luengos siglos el desprecio de los bienes terrenales, que apunta en las viejas religiones, exceptuando las que florecieron con los olivos de Grecia, informa los morales idealistas, pasa al arte, a la literatura, a todo lo que toca a la inteligencia y el alma, y se dirige francamente contra lo más impuro y terrenal, por ser, sin duda, la materialización de los deseos, pasiones e instintos más intrínsecamente humanos. Sí; teóricamente el dinero es la cosa maldita. Especular, enriquecerse, son invenciones de Mara, según los discípulos de Buda; invenciones de Satán, para los cristianos: un pacto con el demonio, para todas las criaturas humildes y temerosas de Dios. Como la Fuerza, es el Oro el enemigo del Amor. "Saldrá de la obscura tierra una cosa que pondrá a toda la especie humana en peligro de muerte: que inspirará infinitas traiciones, robos y perfidias, arrebatándole la libertad a las ciudades y la vida a los individuos. ¡Cuánto mejor no sería que volvieras al infierno, oro, monstruoso elemento!" clama el gran Leonardo con el ciego furor de un apóstol de la pobreza, él, que en plena oscuridad, tuvo tan luminosos atisbos y fue sabedor de tantas cosas. Y como él, nadie barrunta las fuerzas maravillosas que duermen en el corazón del dios ciego como Eros, esperando la voz taumaturga que le ordene producir los modernos milagros. El desinterés de los filósofos y sacerdotes de la falsificación idealista, corre parejas con el inflamado ascetismo de los monjes que, por pura penitencia y mortificación

de la carne, se emparedan, viviendo entre inmundicias de la limosna pública, déjanse desecar los miembros o comer por los piojos, los gusanos y la mugre. Vivir en el desprecio del mundo es el pináculo de la sabiduría; desdeñar las riquezas y las actividades remuneradoras, es vivir filosóficamente. Hasta muy entrada la edad moderna, el púlpito, la cátedra, el libro vomitan airados las más rotundas invectivas contra la sed de lucro y las ambiciones interesadas. El dinero no pierde su olorcillo de azufre. Poetas parásitos de los grandes señores; hidalgos orgullosos y famélicos; los inútiles de todas las profesiones y los incapaces del largo y paciente esfuerzo que exigen los favores de la Riqueza, la insultan y escarnecen llenos del secreto rencor de los amantes desdeñados. Y la sempiterna incomprensión de la engolletada y casquivana Literatura, llega hasta nuestros días con la maldición de Alberich, a pesar de tener delante las maravillas realizadas por la virtud del Oro, entre las que podrían contarse, aunque inacabadas, la paz del mundo y la unión del género humano.

Los míseros vástagos de Bucaret, Harpagón y Mercadet pululan en las piezas de teatro y novelas contemporáneas, y, sobre todo, en la producción literaria francesa, como correspondía, por legítimo e indiscutible derecho, al pueblo más idealista, razonante y amoroso de la pluma caballeresca de Enrique IV y del penacho fantasioso de Cyrano de Bergerac. "Las pequeñas fortunas se hacen de vilezas, las grandes de infamias", decía en serio el admirable Becque. Afirmaciones semejantes, y aún más subidas de punto, son el pan cotidiano entre las gentes de letras. A creerlos, todo comercio sería una maniobra oscura y vil: todo hombre de negocios, un truhán vendedor de ne-

gros, como el respetable personaje de *La Petite Noemi.* Es cosa admitida que. "on ne devient riche sans se salir un peu", y que, como quiere Bloy, "el Dinero es la sangre del Pobre". Huysmans, otro monje iracundo, pretende que es un elemento misterioso, cuyo poder sobre las almas no puede explicarse sino atribuyéndole una naturaleza diabólica. Y en esta católica concepción se complacen, no sólo los poetas, mas los filósofos como Finot, que compara los halagos de la riqueza, que no satisfacen jamás, a las caricias glaciales del diablo, cuyos besos, según confesión de las embrujadas, hielan de espanto.

Los adobes y afeites de la literatura, le prestan empaque mefistofélico al rostro simple y bonachón del comerciante, y hacen de éste, que tiene más de Sancho que de Borgia, la antítesis de las virtudes cristianas, la encarnación de los apetitos groseros, el espíritu del mal. Sin embargo, los viles mercaderes permanecen sujetos a las reglas y cadenas morales de que alegremente se libertaron ha tiempo los artistas. A muchos les sorprende, sin duda, que los reyes de la Bolsa no traspasen ostias sagradas haciendo cabalísticos signos, ni sacrifiquen tiernos infantes los viernes santos, como sus congéneres los perros judíos de antaño, perseguidos en todos los países, robados, sacrificados por millares y quemados en todas las hogueras, más que por herejes, por conocer los secretos del lucro, su gran hechicería.

Los curiosos e infantiles personajes de *Les Effrontés, Les Corbeaux, Les affaires sont les affaires,* y *L'argent* enseñan que el patrón literario del financista no ha variado desde Shakespeare, Molière, Le Sage y Balzac a Augier, Becque, Fabre y Mirbeaux.

Es un ejemplo, digno de rugar las frentes pensativas, de la extraordinaria ininteligencia de los retores para comprender y aquilatar la fuerza y hermosura del último símbolo. Bien es verdad que el literato, fuera del mundo de la ficción, es un hombre incomprensivo y estúpido. Diríase que, a fuerza de vivir con el oído atento a las misteriosas campanas de la Ys interior, hubiera perdido la facultad de entender los himnos gozosos de las realidades, que pasan como una teoría de sonrientes vírgenes, cargadas de frutos y coronadas de flores. Esta inferioridad, esta ineptitud conmovedora, pica en grotesca cuando se trata, no de filósofos ajenos a los vanos ruidos del mundo o de poetas embebidos en sus encantadas imaginaciones, sino de moralistas de teatro, mundanos y escépticos; que comprenden y disculpan las flaquezas humanas, sonríen benévolos a la voluptuosidad y al vicio y sólo se vuelven intratables al juzgar los pecados austeros de los adoradores de Pluto. Tal el amable Capus, que cito precisamente, por no tener nada de un severo moralista, ni ser un sistemático detractor de los *vientres dorados,* como el obtuso y pueril Fabre. Su comedia *Les Deux Hommes,* nos muestra para condenar a una y enaltecer la otra, la oposición de dos morales: la del delicado Delange, quien a causa de su temperamento poco heroico, en verdad, gusto del pasado y educación caballeresca, se siente vencido antes de luchar, y espera noble y elegantemente que los *apaches* vengan a arrancarle los últimos *sous* que le quedan; y la del *arrivista.* Champlin, sujeto vulgar, envilecido, como no podía menos de ser, según el prejuicio literario por la sed de riquezas, lujo y goces materiales. Y bien, hablando con franqueza y lealtad, Delange, el noble Delange, el personaje simpático de la pieza,

pertenece a aquella dilatada estirpe de idealistas imbéciles que otro idealista de más enjundia y garra, Barrès, aconseja enviar al matadero. Es precisamente lo que hacen los hados cuando el sibarita decide, en un viril arranque, bajar a la arena, lanzarse a la lucha, *envilecerse* en la Bolsa. Parece resuelto a ser un hombre terrible. Sin tomarse otro trabajo que el de seguir las indicaciones de un mal consejero, interesado en arruinarlo, el buen Delange hace una jugada infeliz y pierde, como era lógico, obrando con tan poco seso, lo que le resta de su menguado peculio. Y basta, ya ha hecho todo lo que había que hacer para ablandar la esquiva suerte; ya ha dado la medida de sus fuerzas y toma una actitud resignada para morir. Como se ve, la odisea de su energía no es muy famosa. Champlin es harina de otro costal. Se agita, sufre, lucha; quiere vivir, vencer, gozar y, como el doctor Fausto, "ver a sus pies la nave rota y hundida". A pesar de todo, no es tan bajo ni ruin como parece. La ganga de sus sentimientos groseros, contiene las partículas de oro de una ambición generosa y audaz. Corregido de sus vicios, la humanidad podría esperar algo de él. Su egoísmo puede ser fecundo. El desinterés de Delange será siempre estéril. Harta razón tiene Champlin cuando le dice al que, entre paréntesis, pretende arrebatarle, no la bolsa, sino la mujer lo cual, a lo que parece, es más lícito y noble: "Con vuestras ideas no se trabaja, no se obra, no se funda nada, no se crea nada; sólo se llega a ser un inútil y un egoísta". Bien dicho. Sin embargo, después de esta inusitada vislumbre, el autor rinde parias nuevamente al prejuicio literario y al sentimentalismo del público. La pieza termina así:

"Champlin será rico: ¡pobre muchacho!" Por donde se colige que la riqueza es una especie de maldición.

Y el sentimiento es general. No recuerdo haber leído novela de la índole de *Un homme d'affaires* de Bourget o de *L'Or* de Margueritte, sin contar muchos tomos de la *Comedia Humana;* ni visto pieza, como *La Question d'argent,* donde la filosofía del autor se traduzca de otro modo que enalteciendo a los sentimentales y condenando a los viriles.[1] Porque lo vituperable e innoble, como en el teatro de Fabre, resulta que no es la ambición exclusiva de lucro, la torpe avidez de los hombres de negocios; mas la ambición en sí, la voluntad dominadora, el espíritu de empresa, el amor de la lucha y la aventura y lo contrario de las virtudes elegantes, contemplativas, que merecen los aplausos de las almas nobles.

Aunque simple y pecador, paréceme que esta suerte de propaganda, digna del poeta de las Florecillas o de los ascetas de la India, que aún se acuestan sobre colchones de clavos y viven de la pública caridad, es la que menos conviene a un pueblo excesivamente galante, sentimental, artista, pero nada sobrado hoy de energías viriles. ¡Mas qué sería, sin tales arrestos de desinterés, del amor de las actitudes estéticas y de los bellos discursos que tanto amamos los latinos; particularmente los más enfermos de ese mal misterioso y baladí que se llama la literatura! He ahí por qué el viejo prejuicio contra las actividades interesadas y especialmente contra el lucro, desvanecido en casi todas las clases sociales, sigue arraigado y vivaz entre las gentes de letras. Ya se sabe que ello

1 Estas páginas fueron escritas antes de aparecer *Le Trust* de P. Adam.

es pura retórica; tema susceptible de dar pie a elocuentes volteos verbales; pero aun así, tanta ceguera y obstinada persistencia en un error, comprensible en la antigüedad, donde la riqueza era a veces corruptora, pero sin disculpa en las civilizaciones actuales, que han menester de los alados pies de Hermes para no quedarse rezagadas, debe de obedecer a razones profundas, aparte de indicar la poca aptitud de los irrealistas para comprender el mundo moderno y traducir la acerba inquina de los hombres de pluma por los hombres de espada, de los *reveurs* por los *agisseurs*. Es una especie de odio sacerdotal. Quizá retores y humanistas, representantes típicos del espíritu clásico y de la disociación ideológica, se sienten amenazados en sus privilegios de clase pensante —como antes las aristocracias históricas por las actividades económicas que tendían a destruir el dominio secular de aquéllas— y lamentan la agonía de un mundo encantado que, como hechura propia, les era tan dulce y favorable; quizá niegan las aptitudes que no poseen y contra las cuales no pueden luchar victoriosamente. En cualquier caso, la condenación implícita o categórica de la vida moderna y las virtudes necesarias del momento, tan nobles y útiles como lo fueron en el suyo las encomiadas en la *Imitación de Cristo* o los libros de caballerías, implica en los que la formulan de una u otra manera, la incapacidad de adaptarse al nuevo ambiente, y es como la dolorida protesta de los que van a morir...

A pesar de la manifiesta hostilidad de los representantes del intelecto, la Vida, disfrazada con los mil antifaces del deseo y de la necesidad, seguía incubando la formación de la Riqueza, y ésta, a su turno, en secreto, pero tenazmente, modelaba las almas con

sus dedos de oro y reunía en una lucha trágica, sin tregua ni término, los inmensos materiales de las grandes civilizaciones. La Riqueza, aunque por modos invisibles a veces, fue y sigue siendo la musa del mundo. El salvaje que descubre los primigenios secretos del fuego y de la simiente, de la industria y la agricultura, y el ingeniero que aplica la química a la agricultura y la industria, obedecen a la misma ley e idéntica inspiración. Estas van más allá de los limitados horizontes de la lucha por la existencia, del interés de los utilitarios y del mismo placer de los epicúreos; arrancan de la noble ambición de conquistar el universo, a que obedecen por naturaleza y secretamente los elementos, las flores, los hombres, las sociedades. La cosa maldita, la cosa vil: la Riqueza, es acumulación y conservación de voluntad, como la ciencia es acumulación y conservación de pensamiento. El poder diabólico del dinero, aborrecible e inexplicable para los moralistas, viene, sin duda, de que es el signo de aquella voluntad preciosa. Por eso delante de él, quieras que no, todo obedece, y hasta los mismos dioses bajan la cerviz y doblan las rodillas. Y por la misma causa seguramente, cuando una clase social como la burguesía, se hace, por instinto, la ejecutora del *deseo de poder* impuro, pero fecundo, contenido en el Oro, remueve y transforma, como por encanto, la inteligencia, el corazón y el alma del hombre; triplica sus facultades y alientos con el acicate de todos los apetitos; rompe las cadenas feudales, murallas de la China y diques religiosos opuestos a la expansión soberbia de la fuerza humana, y lanza millones de voluntades, antes pasivas y estériles, al rudo y mortal combate... que produce los bienes de la tierra y las magnificencias de la vida. Espoleada

por su calenturiento afán de posesión, que muchos llaman torpe y funesto y que habría que llamar divino, la burguesía, la clase más revolucionaria y por lo mismo la más progresista, perfora o parte las montañas, que muestran sin dolor la carne viva de sus filones de piedra; ahonda y ensancha el cauce de los ríos; surca el planeta de carreteras pulidas como la plata y venas de hierro por las que corre la rica sangre del mundo, y vivientes alambres, y *líquidos caminos* de zafiro y esmeralda, llevando por doquier, junto con las mercancías, la competencia y la lucha económica, las ideas, los sentimientos y las esperanzas de los países más remotos. Así se fecundan mutuamente las almas de los pueblos que no se conocen. Es la guerra, pero también es la paz: la burguesía suprime las fronteras y une a los hombres. Nada le resiste. En un periquete destruye las antiguas formas de la producción que, insegura y torpe, arrastra los pies como una vieja centenaria, y a la par de ellas destruye también las relaciones humanas por la producción establecidas en gran parte. Y crea los prodigios de la grande industria, los milagros del maquinismo, el mercado universal, donde, fuerza es confesarlo, todo se vende y todo se compra, sin exceptuar las funciones más conspicuas y venerables, pero donde todos saben también a qué atenerse por conocer el precio de las cosas, sin excluir el precio del desinterés... Nadie pide cotufas en el golfo de los egoísmos humanos, que es mejor admitir y conocer que no disfrazar hipócritamente, pero ello no veda canalizar estos últimos hacia el altruismo, —que es una forma superior de aquellos— y el bien de las sociedades. Sin embargo, moralistas y sociólogos hay que imputan a la burguesía, entre otros horrendos críme-

nes, la falta de ideales generosos y el haber reducido los lazos de la familia y las relaciones de los hombres a puras operaciones aritméticas. Falso. Ella ha tenido el magnífico ideal de la abundancia de pechos inagotables; el culto de la vida intensa, desbordante de fuerza y hermosura; la moral de la lucha, que fortifica y ennoblece. No ella, sino la ciencia, la filosofía y la historia han hecho ver la urdimbre de sentimientos interesados que constituyen la trama de la vida. Lo que hizo la burguesía, empujada por fuerzas fatales, fue sustituir la franqueza a la hipocresía, desenmascarar los intereses, libertar los egoísmos, darles libre escape o juego a los instintos dominadores, los más vitales y sanos en el fondo, para domeñarlos, servirse de ellos sabiamente, como los marinos se sirven de las corrientes y los vientos, y convertirlos en colaboradores sumisos del progreso universal. Gracias a la virtud mágica de esos egoísmos e intereses, condenados con palpable contradicción por los mismos profetas del determinismo económico, desaparecen de la tierra los desiertos hostiles y también los páramos donde reina la Muerte blanca; los atajos ariscos y temerosos, se convierten en carreteras arboladas; las chozas humildes, en palacios suntuosos; las aldeas miserables y somnolientas, en ciudades inmensas como el mar y bullentes como él. Comparándola a otras edades que conocieron los espectros del Hambre, de la Peste y del Terror, la era capitalista transforma la miseria en riqueza, el dolor en alegría, la esclavitud en libertad. Ella ha puesto al alcance de los humildes una gran cantidad de bienes y goces que antes les estaban vedados. Sus mismas imperfecciones y vicios llevan en sí los gérmenes de futuras reivindicaciones sociales. Estas se producirán a su tiem-

po y quizá de un modo contrario a lo previsto por los arúspices de la ciencia social: de un modo anti-racionalista y anti-humanitario. La acumulación capitalista produce ya, sin quererlo, la asociación, la cooperación, la repartición de capitales; la lucha de clases, tan maldecida, el vigor de todas ellas y la liberación lenta, pero segura de las explotadas. Pero la burguesía hace más: su gran obra, su obra diabólica, su misión divina, es la de convertir *precisamente* los sentimientos vagos, los deseos pueriles y las nostalgias enfermizas del idealismo en ambiciones audaces, en voluntad concreta de dominio, en afán de lucro, en fiebre dorada, que se comunica, como el fuego griego e inflama al mundo, engendrando más fuerzas y produciendo más maravillas en sólo un siglo, que pudieron acumular juntas las pasadas generaciones en los siglos restantes.

He ahí su *crimen radioso,* su vergüenza y su gloria.

Y todo ello, no por razones sociales, sino por razones *metafísicas:* por haber escuchado los eternos mandatos de la Divinidad en el alma heroica del Oro.

Sin caer en alambicadas sutilezas ni picar en sofista, podría aseverarse que el tenebroso parentesco de la fuerza y lo divino, existe también entre el Oro y la Fuerza. Como ésta, de quien es legítimo heredero, el Oro inspira el santo horror y la fatal atracción del arcángel desterrado del Paraíso, pero que ha hecho de la tierra su vasto imperio. Las religiones lo maldicen como a Satán trimegisto; los poetas lo execran como al símbolo de la prosa vil; los irrealistas lo aborrecen como a la encarnación perfecta del egoísmo, de la impureza humana; pero las voluntades, servidas a maravilla por un instinto inequívoco, lo de-

sean ardientemente, lo aman con pasión y lo esperan en sueños, como la bella del Bosque durmiente al Príncipe *Charmant*. Es el prometido. Llega, las coge de la mano, dulce o violento, y las conduce por caminos de rosas o espinas, lo mismo da. Las bellas obedecen sumisas los caprichos del príncipe terrible y delicioso, y en sus brazos suspiran lánguidas y desfallecen de amor. El, consciente de su poder diabólico sobre las almas, dicta leyes y éstas son acatadas por los mismos que lo maldicen a sabiendas... y lo adoran y obedecen sin saberlo. En su altanería señoril, no oye los insultos de los vasallos rebeldes: los somete o anonada sin placer ni dolor, y sigue su camino imperturbable, sonriendo desdeñoso al bien y el mal que causa. Y en esa sonrisa orgullosa y cruel, se reconoce su origen olímpico, su esencia divina.

Parece cosa de encantamiento que la humanidad no haya sospechado nunca la excelsa genealogía del Oro, ni reconocido en su virtud prodigiosa de oponer hechos a la gárrula palabrería de los retores, un signo infalible de la fuerza inmortal. Las entidades metafísicas, huyen medrosas de las realidades vivientes que él crea; las falsificaciones del Espíritu, se desvanecen como fantasmas al contacto de los hechos que, por su fuerza vital, él impone. El solo es verídico; él sólo sabe, quiere y puede. Y no es extraño: todas las potencias servidoras de la voluntad de vivir residen en el Oro, ya que, por vías caóticas, por misteriosos medios, por extrañas condensaciones, la inteligencia, las virtudes, los deseos, los egoísmos, las quintas esencias de lo humano, han ido a reducirse y extractarse en las duras y áureas entrañas de la moneda.

Sociólogos y economistas loan, sin esfuerzo, la com-

plejísima función social de la moneda o del billete, que son para la economía del mundo, lo que la palabra para el pensamiento del hombre; reconocen, de buen grado, los beneficios de que las sociedades les son deudoras, entre los cuales podría citar, entre otros mil, el haber hecho evaluables y circulables comercialmente, o lo que es lo mismo, ligeras y sutiles como los copos de nieve que empuja el viento, las cosas más pesadas e inamovibles de la tierra: los campos, los bosques, los filones de metal; algunos van hasta admitir ciertas analogías no ortodoxas, entre el punto de vista *matemático* y el punto de vista *pecuniario,* entre la ciencia que, para ser más comunicable se *matematiza,* siguiendo su propia ley, y los bienes materiales que, obedeciendo a los designios secretos de la vida, se *monetizan* para hacerse más sociables. "El imperio de las matemáticas", dice Tarde, dejándose elevar por las alas leves y enormes de los raptos de la imaginación, ajenos al fastidioso raciocinio de los economistas, "se extiende sin cesar, cada vez más lejos en el mundo del pensamiento como la moneda en el mundo de la acción". Otros, creen descubrir misteriosas similitudes entre la evolución de la fuerza y la evolución de la moneda, entre la mecánica y la economía; pero sólo se trata de parentesco material y epidérmico; nadie sospecha el parentesco divino, digámoslo así, por donde el Oro adquiere, sin embargo, su poder, seducción y misteriosa virtud existente y ordenadora. Porque el amor del Oro, como el instinto de dominación con el cual se confunde a menudo, es una forma sutil del egoísmo, de la vitalidad, de la fuerza, que busca extenderse indefinidamente, estableciendo por doquier su imperio y jerarquías, es que se adueña de todo lo humano y no se

satisface jamás. Y la virtud benéfica de aquel calumniado amor, estriba ¡quién lo dijera! en la facultad milagrosa de mantener siempre ansioso el Deseo, satisfaciendo a la par los apetitos que provoca en cada etapa de la vida.

Desde tales alturas, difícil es reconocer la virtualidad suprema del Oro, ni su influencia decisiva y suma en la historia de las sociedades. Los que lo niegan, no lo conocen, no han penetrado su alma: son los observadores superficiales que sólo perciben las formas contingentes y deleznables de las cosas, sin descubrir jamás con *ojo profundo*, su esencia íntima y eterna. El temor religioso y goce diabólico que embargan la conciencia oscura del avaro o del miserable a la vista de la moneda, brillante y fascinadora como la mirada de la serpiente, se me antojan sentimientos más robustos, levantados e hijos de una comprensión más *musical* del símbolo, que el desdén artificioso y obtuso del dinero, puesto de moda un día como signo cierto de espiritualidad y nobleza de alma.

Los torpes materialistas, los espíritus groseros son, a mi entender, los que únicamente aciertan a descubrir una fuerza impura en la que, en realidad, es el *substractum* de la volutad humana. Contempladlo larga y religiosamente. Ese diminuto redondel de rubio metal, que fue en ciertos pueblos cuchillo o cimitarra, como la *zapeca* china, antes de perder la hoja mortífera y convertirse en moneda —hermoso símbolo de su excelsa alcurnia,— *es el habitáculo misterioso de la voluntad de dominación de los hombres y los pueblos.* Todas las virtualidades de la raza, han ido a extractarse en su audaz corazón. Actos heroicos y vilezas, castidad y lujuria, penas y goces, reali-

dad y poesía, desencanto e ilusión: la vida social, en fin, está contenida en el disco brillante y prodigioso, y por medio de él se transmite de unas a otras generaciones, como la vida fisiológica humana está contenida en el licor precioso, que trasmite de unos a otros hombres la herencia de todas las edades.

¡Vida y Oro se reproducen y se heredan!

Esta sugerente similitud permitiría afirmar al menos dotado de imaginación metafísica, que la herencia económica es, bien considerada, una especie de prolongación de la herencia fisiológica, lo cual serviría para defender la Riqueza de los ataques furibundos de la crítica marxista y del anarquismo. Y, en efecto, no se comprende bien, después de lo asentado más arriba, por qué, si es legítimo heredar una neurosis o una dispepsia, hijas de la disipación paterna, no es legítimo heredar una fortuna... producto de la paterna previsión y economía... En cualquier caso, el Dinero participa de la inmortalidad del plasma germinativo: el deseo eterno y la imperecedera esperanza se reproducen y heredan por medio de él; y es al propio tiempo la cosa viva y espiritual por excelencia, ya que añade a la virtuosidad presente y sin fin, la virtualidad extractada del pasado infinito. De ahí que represente, antes de todo y por encima de todo, valor moral. En medio del escepticismo regalado y licencioso de las clases afinadas por la cultura, y el grosero descreimiento de las masas, libertadas de todos los frenos, él, como un dios único, benigno y todopoderoso, mantiene firmes las voluntades e impide la corrupción general. Lo que no pueden hacer ya las religiones ni las morales con sus aventados preceptos y dogmas, lo hace él, descubriendo a los ojos ávidos de las muchedumbres, no fementidos paraísos,

mas los goces, los placeres, los bienes reales de la vida. Es por conquistarlos en rudas batallas, que el hombre se disciplina metódicamente, doma sus ímpetus bárbaros, obedece a la ley, exalta sus facultades, tiende sus nervios, piensa, obra y sueña. El labrador, que lucha a brazo partido con la fatalidad; el banquero, a quien mil *combinaciones* impiden dormir en su lecho de plumas; el inventor, que enloquece a fuerza de pensar, y el millonario, que prefiere los cuidados e incertidumbres de la especulación a la renta tranquila y segura, dejarían de ser, dejarían de obrar, dejarían de vivir, convirtiéndose en corchos muertos y podridos sobre las ondas, si Mammón no les pusiera en el alma una pimienta fuerte, el grano de sal divina que enardece la voluntad y da el gusto de la aventura y la conquista. ¡El Dinero! Su acción estimulante sobre las conciencias impide que el mundo caiga en letargo mortal. De varios modos, con mil alicientes y encantados espejismos, él crea y premia las aptitudes que la vida moderna reclama y sin las cuales perecerían las sociedades. Mirándolo, sin injustas prevenciones, él, el corruptor, es una gimnasia para los músculos y una disciplina moral. El gran pecado es no amarlo con bastante ardor; pero si se ama ardientemente, purifica y enseña a vencer. Esa es la razón de que el nieto de Themis, la cual que junto a Zeus vela por el orden del universo, tenga más adoradores que todos los dioses juntos. En las Bolsas, sus templos colosales, se enfervorizan los ánimos abatidos y golpean el pecho los pecadores. Fuerza, ayuda y consuelo se le piden al dios resplandeciente como Apolo y taumaturgo como Dionisos. Su lengua es universal; su religión pasa por encima de fronteras, desiertos y mares, estimulando por doquiera las ener-

gías creadoras, los egoísmos acaparadores, las ambiciones combativas, los deseos, las esperanzas y también los intereses sórdidos, que por su misma crudeza se convierten en altruismo. Son las virtudes que gozan de gran predicamento en la corte del dios blondo, y ellas deciden del triunfo.

Hasta los pensadores ofuscados por el prejuicio espiritualista, lo confiesan: las fuerzas productoras priman sobre todas las otras y tienen influencia decisiva en los destinos de los pueblos por ser, sin duda, las formas más universales del instinto de dominación, correlativo de la vitalidad. Es un hecho contra el cual se estrellan, como las olas contra el enhiesto peñón, las airadas y espumosas declamaciones del púlpito y la tribuna. No cabe dudar. La superioridad de un pueblo se concretaba antaño en el ejército; éste era algo sí como el *substratum* de las virtudes y excelencias nacionales: hoy lo es la Riqueza. Sin ella ni universidades, ni industrias, ni escuadras, ni fuerza, ni hermosura. Sus altas y bajas determinan las mareas sociales. Un descubrimiento industrial, un cambio en la forma de la producción, la oscilación de los mercados, tienen más hondas y dilatadas repercusiones en el mundo, que las ideas o sucesos, al parecer, más culminantes y trascendentes. Esto sin contar que la historia entera, sin excluir la del pensamiento, puede considerarse, en general, como el producto de la lucha de clases, determinada por la evolución del factor económico. Y como de ésta deriva todo en las sociedades, como de la diosa del duro corazón pende todo en el universo, no es mucho que el Poder abandone los tronos y castillos y siente sus reales en los despachos de los banqueros, en las *usinas* y los mostradores. De esta suerte el Oro se democratiza, porque liberta a los

esclavos que obtienen sus favores, y establece la única igualdad positiva. A la vez se ennoblece y, por decirlo todo, la única aristocracia real es la suya: las otras, son aristocracias convencionales, que viven de prestado y a la sombra protectora de la verdadera Majestad.

Por tantas y tan profundas razones, como brinde a una el laurel y la corona de rosas, franca o hipócritamente, los pueblos se preparan para la conquista del vellocino de oro, que ya Jasón fue a buscar a la remota Cólquida y Colón a la soñada Cipango. Las actividades, aun las señoriles y desinteresadas, si se escudriña un poco, verase que se dirigen a la riqueza y por ella se aperciben y acicalan para la lucha. Talento, belleza, valor son, si bien se mira, filones auríferos explotables y que se explotan. Por tal arte, el dinero viene a ser el principio activo de la conducta, y las aptitudes mas preciadas, las que su culto viril desarrolla. Implícitamente lo afirman educación e instrucción, cuando se proponen sistemáticamente *armar hombres para la vida,* para la lucha económica, en la cual, de buen o mal grado, toman parte todas las voluntades. La Vida es actualmente la gran revolucionaria. El respeto sagrado de ella, aprendido en los laboratorios, pasa a la filosofía, con Nietzsche, Guyau y Bergson; a las religiones, con el pragmatismo; a la moral, con la vida intensa; a la política, con el imperialismo económico, y se traduce en las costumbres, con la moda y privanza de los deportes atléticos y juegos olímpicos. El arte mismo pierde la hierática impasibilidad y deja repercutir en su lírico corazón las pulsaciones rítmicas del corazón del mundo. Los manifiestos literarios de las nuevas generaciones de

poetas, que pregonan en Francia la vuelta al paganismo y las virtudes de Zaratustra, o glorifican en Italia el peligro, el hábito de la energía, la temeridad no parece sino que fueran una especie de Declaración altisonante de los derechos estéticos de la Fuerza y la Vida. "Todo lirismo es un arranque, luego una fuerza", dicen unos; "no hay belleza sino en la lucha, ni obra maestra sin un carácter agresivo" claman otros. Y templando ardorosos las liras de siete cuerdas, una para cada pecado capital, le arrojan el guante a los astros y se aprestan a cantar: la guerra, higiene del mundo, el gesto destructor de los anarquistas, el salto peligroso, el golpe de puño y el desprecio de la inmovilidad pensativa, el moralismo y lo femenino.

Y he aquí como el amor fatal de la lucha y de la fuerza, mantenido cuidadosamente por el Oro en los corazones a hurto de la religión y la filosofía, se legitima, se ennoblece, se hermosea y transforma en religión universal.

Pero Mammón, como todos los dioses, es altivo y cruel: castiga o destruye sin asomos de piedad a las criaturas o las cosas que se oponen a los tenaces propósitos de su testa olímpica. Como Zeus tiene en sus manos el rayo que fulmina, y como Medusa la mirada que petrifica. Sin embargo, es más generoso y menos terrible que las otras divinidades. Junto al Poder torvo y al Derecho sañudo, parece un apuesto galán rendido a los pies de la Vida. Por lo general obra lentamente, dejando tiempo a las voluntades de fortificarse y seguirlo. Su procedimiento es la lucha y la selección económicas que en la sociedad han suplantado a la lucha y la selección naturales. Más aún:

aquella parece ser el compendio y quinta esencia de las otras selecciones, porque todo esfuerzo, toda conquista y toda excelsitud, se convierten, de alguna manera, en jugos vitales dentro del enorme vientre de la producción.

Las sociedades que aceptan diligentes las condiciones impuestas por el nuevo ídolo, y se adaptan sin cesar a las transformaciones continuas del medio ambiente, provocadas por el trabajo formidable del dinero, fortifican los músculos en titánica gimnasia, prosperan, extienden su dominio: son las sociedades venidas al mundo a su hora, robustas y bien armadas para la inevitable concurrencia universal; las que no, decaen cualesquiera que sean los méritos que sustenten, degeneran, y no tardan en ser absorbidas o esclavizadas: son las sociedades débiles o enfermas, en las cuales la voluntad de dominación desaparece como la savia de las ramas que empiezan a marchitarse.

Las analogías de ambas selecciones dan testimonio de su excelso y común origen. Del mismo modo que la selección natural, la selección económica es implacable para los que no saben o no pueden luchar y vencer. La grande razón la guía: es una fatalidad, una fuerza cruel, como todas, desde el punto de vista humano, necesario y noble desde el punto de vista divino. Los débiles, los ineptos, los enfermos, los inactuales; son condenados, juntamente con su prole, a la perpetua derrota o a desaparecer sin legarle al mundo los tristes vástagos de la miseria y del dolor. Otros depositarios de la vida, marcados en la frente con el *signo luminoso* y a los cuales la selección económica presta invencibles armas, ocupan los huecos dejados por los vencidos, por los superfluos, y, en re sumidas cuentas, la humanidad avanza un paso, gana

un punto en la evolución progresiva a que la empuja rudamente el instinto vital. De donde resulta que, contra los viejos prejuicios de la moral espiritualista y los códigos sentimentales, el Oro es un purificador, un educador de las energías más preciadas del hombre, un venero de virtudes sociales, aunque, como esencia y jugo de la fuerza y del deseo humanos, lleve en sí condensadas todas las grandezas y todas las impurezas de la vida.

Los sabios lo ignoran, pero los pueblos lo saben por instinto y obran como si de ello tuvieran plena conciencia: en los talleres, universidades y gimnasios se arman los hombres para la conquista del Oro, no sólo porque él ofrece a los apetitos ávidos los goces reales y la posesión efectiva de las bellas cosas de la tierra, no sólo porque el Oro es la *posibilidad inmediata,* al decir del escéptico France, mas principalmente por razones ocultas: porque representa valor humano, sustancia anímica, la virtud extractada de las generaciones que fueron y es, en resumen, algo así como la semilla de la voluntad, el germen misterioso que atesora en potencia todos los actos del pensamiento y todas las realizaciones del deseo.

¡Qué mucho que lo sea todo y lo pueda todo, que atraiga y domine!

Lejos de ser una cosa muerta que pesa sobre las almas, como quieren algunos, constituye, al contrario, el estimulante más enérgico de la conducta, y es de hecho, el querer latente y realizable, la dominación: el elemento divino de las sociedades como la fuerza es el elemento divino del universo.

Si bien se mira y considera lo dicho, cualquier quisque puede predecir que en las sociedades produc-

toras de los tiempos futuros, el Oro premiará todas las excelencias y será, por entero, lo que es hoy en parte tan sólo, al menos visiblemente: la medida de la capacidad social. ¿Cómo oponer a sus virtudes reales, patentes, eficaces, las virtudes decorativas o histriónicas del idealismo o el amor de la mentira del arte? ¿Cómo oponer a la necesidad, que no discute, sino que ejecuta, el capricho y la fantasía volubles de nuestra pueril razón? Vano intento. Aquí, en el terreno económico, aparece visible el antagonismo brutal de las aptitudes desinteresadas de los retores y los humanistas, y las aptitudes prácticas de los sociólogos. Y fuerza es confesar el creciente desprestigio de las primeras: son bellas e inútiles como esas damas criadas para regalo de los ojos, a quienes cuna y educación prohiben como vil cosa el lucro, y que prefieren prostituir su cuerpo en infame comercio a estropearse las pulidas manos en una tarea honesta y remuneradora.

¿Es, por ventura, la muerte de lo espiritual y de toda andante caballería? A decir verdad, la orientación materialista del pensamiento y el predominio indiscutible de las naciones utilitarias, inducen a sospecharlo. La espada de San Luis y la lanza del buen Quijano, se mellan y rompen contra los escudos de Pluto. Las naciones que van haciendo del mundo su vasto patrimonio, no son las más caballerescas, ni las más cultas, ni las más religiosas, sino las más activas, industriales y pujantes en el mercado mundial. Lo certifican de modo irrefutable Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, países que con diferentes instituciones, distinto gobierno y cuasi opuesta cultura, pero vigorizados a la par por la misma enjundia económica, prosperan material e intelectualmente, y

extienden cada vez más sus zonas de influencia política, lo que prueba, contra el fetichismo de las universidades, que no son las leyes, ni los mandatarios, ni tal o cual mentalidad lo que asegura el triunfo de unos pueblos sobre otros, sino su capacidad productora, su avidez, su egoísmo, su instinto de dominación que se objetiva y hace carne en la lucha comercial. Este convencimiento oscuro, nebuloso, pero firme es lo que acaso produce en la evolución de las ideas, las reacciones contra la supremacía de la inteligencia sobre la voluntad, y en la práctica de la vida, el retorno, que los mismos gobiernos tratan de favorecer, de las carreras liberales, almácigos de mandarines, plumíferos y rectores sin don ni utilidad, al comercio y la industria. La flamante novedad de la pedagogía es la formación de voluntades audaces, no de *idiotas sabios* o melenas apolínicas. Y las virtudes sociales que se premian, no son las contemplativas o románticas del noble, pero caduco idealismo; tampoco la humildad, el renunciamiento, el desinterés del ascetismo cristiano, mas el contrario: la ambición insaciable, la combatividad, el amor de los bienes de la tierra, la facultad de arriesgarse, las virtudes activas e interesadas, en conclusión, que la lucha económica desarrolla fatalmente, destruyendo a la vez el sentimentalismo, la sensiblería y todo lo que en el alma es artificial, superfluo, desinteresado, inmoral... El mundo parece en vísperas de convencerse de que el egoísmo sano, es más provechoso para la economía social que el enfermizo desinterés. Aquel, por su propia fuerza expansiva, suele convertirse en altruismo; éste, cuando no tiene tal origen, es un sentimiento ambiguo, inútil para el que lo experimenta y, a la postre, perjudicial para los otros. Mientras que "en el pomo de un sable o en

una moneda de cinco francos hay inteligencia siempre", podría decirse que en el desinterés no hay nada, o sólo hay vanidad, cuando no mentira. Tengo observado que en la práctica el desdén aristocrático del lucro, destruye el sentimiento de las realidades y lleva a la insinceridad. La aptitud económica al contrario, y esa es quizá, en gran parte, la causa oculta del buen sentido, la viril franqueza y robustez de algunos pueblos, y del irrealismo, la frivolidad y flaqueza de otros. Mammón es verídico. Como la diosa de voluntad diamantina, no comulga con las patrañas ni las falsificaciones espirituales, ni se deja seducir por carantoñas ni embelecos femeninos. Cuando tercia en el juego de la vida social, acaba la comedia, concluye la farsa, caen los antifaces y cada cosa vuelve a su ser y adquiere su fisonomía propia. Un político inglés, que tenía mucho del señorío de Byron, algo del paradojal Oscar Wilde y no poco de Disraeli, me decía en cierta ocasión mientras nos alejábamos del Louvre, que él visitaba religiosamente en todos sus viajes a París: "Yo amo por igual el arte y la vida... pero no los confundo. Cuando visito un museo, me pongo mi monóculo de elegante; al salir, dejo caer el monóculo como un telón entre dos mundos y me coloco en su lugar una moneda de veinte dólares. Al través de ninguna lente se ve mejor que al través del vil metal, la verdadera naturaleza de las cosas." Y al hablar así, bajo las antipáticas apariencias de un materialismo torpe y grosero, expresaba acaso una verdad profunda y sutil.

En el desinterés sólo hay vanidad cuando no superchería. "Los judíos no me han burlado jamás en mis negocios: los sentimentales siempre" solía decir

también mi famoso Lord. Por mi parte. prefiero con mucho, en determinadas circunstancias, a los hombres y pueblos francamente egoístas y utilitarios: hablan un lenguaje claro y preciso; uno se entiende a maravilla; las palabras tienen un valor real, no engañan, ni disfrazan las intenciones como las rosas el puñal de Caserio. Además, por caóticas razones. no sometidas aún al bisturí de los psicólogos, tales hombres y pueblos son prácticamente, aunque parezca contradictorio, los más idealistas y capaces de acciones generosas. Es el lujo de la fuerza. que lleva al deber, al olvido de sí mismo y al sacrificio por los otros, como quería Guyau. No hay sino comparar para convencerse, la filantropía principesca y las funciones cuasi oficiales de los potentados yanquis, con la caridad parsimoniosa y las actividades pacatas y egoístas de sus congéneres del nuevo y del viejo continente, o mejor aún, la obra y el carácter de las dos Américas. La inspiración protestante, el utilitarismo ardiente y austero de los puritanos de la May Flower", supo, imponer en los negocios públicos a los colonos de la América anglo-sajona, las soluciones pacíficas, convenientes al trabajo, y evitó, de ese impensado modo, la guerra civil, el caciquismo, la superstición gubernamental y la *política alimenticia*, miserias y lacras que con su orgullo hidalgo, desdeñoso de las actividades útiles, llevaron a la América española los vasallos de Carlos V, disertos y casuístas. Y el tal utilitarismo, andando el tiempo, había de permitir las más bellas floraciones de la inteligencia y la energía como cumplido remate de la abundancia y coronamiento de una civilización propia, castiza, elaborada con los instintos más egoístas y, por consiguiente, los más vitales de las agrupaciones humanas. Por el con-

trario, el fetichismo político, la idolatría de las leyes, los idealismos prestados y nebulosos no podían menos de traerle a las repúblicas de cepa española, como reacciones del egoísmo irreductible, las luchas armadas por el Poder, la palabrería gárrula de los practicones de la cosa pública y el sanchopancismo de una vida sin nervio ni hermosura ni grandeza. El resultado es la inmensa superioridad, no sólo económica, sino moral e intelectual de los yanquis, asombro del mundo por su genio mercantil, inteligencia política y valeroso idealismo. Esos rudos *pioners* son los pastores poetas que, sin miedo, "conducen por entre riscales y abismos el rebaño radioso de las quimeras". Si, a pesar de nuestras pretensiones de caballeros andantes del ideal, las tierras de los soberbiosos virreyes y finchados hidalgos españoles no han producido hombres universales como Washington y Franklin; filósofos como Emerson y James; moralistas tan esforzados ni de alma tan blanca como el Apóstol negro; poetas como Poë y Whitman; artistas, hombres de ciencia, archimillonarios capaces de los magníficos arrestos filantrópicos de Morgan y Carnegie, ni esos reyes de la Finanza que, desde sus torres feudales de veinte pisos, extienden su influencia a todos los ámbitos del mundo. Son los Anteos de la fábula, vigorizados al contacto de la tierra madre; las criaturas que, guiadas por un instinto vital, robusto y seguro, aciertan a vivir en perfecta e íntima comunión con ella. Natura les ha revelado su voluntad secreta de esfuerzo y lucha, de egoísmo y rapacidad. ¡Y desdichados los hijos para quienes la Madre permanece muda! A pesar de los idealismos ornamentales y los perifollos de la retórica, caen en la corrupción, se envilecen en la pobreza, pasan hambres sin fin y mue-

ren como el hidalgo manchego, confesando su generosa locura de justicia y razón humanas.

Es digno de meditarse, como ejercicio espiritual al salir de los templos y los museos, lo que la incapacidad económica, que trae a la grupa todas las otras, ha hecho de aquella nación que fue un día señora del orbe, y es aún hoy emporio de energías y virtudes, por desdicha inutilizables. Cumplió arduas y gloriosas empresas cuando se dejó guiar por sus instintos y apetitos de conquista y posesión. Extender sus dominios por medio de la espada, era la función fisiológica propia de un pueblo guerrero y fanático en un mundo religioso-militar. Pero los alientos de los soldados y aventureros de Carlos V, no inflamaron los pechos de los mercaderes de la Lonja, tímidos, perezosos e incapaces, como escorias que eran de la sociedad. La evolución de los intereses primero, y después el reinado de la Finanza, pedían los grandes capitanes del comercio y la industria. Los conquistadores tenían las rodillas sobrado duras para doblarlas ante la nueva Realeza. El vampiro del orgullo, el fanatismo religioso y la caballería les chupó la sangre y los tuétanos, y hoy sus descendientes no tienen fuerzas para empuñar la lanza, ni emprender nuevas aventuras, ni defenderse, siquiera, contra los mercaderes que los apalean y despojan en los caminos reales y aun en la propia casa.

Y como España, a pesar de sus relevantes méritos, excelencias y glorias, dan síntomas de lasitud, caducidad y parecen ininteligentes e inactuales, Portugal, Italia y la misma radiosa Francia.

Acaso se han adormecido escuchando el canto del ruiseñor.

TERCERA PARTE

LA FLOR LATINA

Para los sibaritas del pensamiento y de la emoción, no existe en toda la redondez de la tierra ningún espectáculo tan elocuente; ninguna *estación de psicoterapia* tan propicia a las meditaciones filosóficas o mundanas; ningún jardín espiritual tan curioso ni soberbio como la gran capital latina, lecho muelle y suntuoso donde la antigua sabiduría, después de haber amamantando al mundo en sus opimos pechos y robustecido tantos ideales de pálida tez, agoniza entre pompas y esplendores, conservando orgullosamente la belleza del gesto. El brillante y amable espíritu de la Hélade y del Lacio, muere entre encajes y sederías como un viejo marqués Pompadour exquisito y crapuloso, cruel y sensual.

Por muchos conceptos la flor de la dulce Francia, la Ciudad Luz, París es el símbolo y el término de la civilización greco-latina; el óptimo fruto de la cultura espiritualista, ornamento de los pueblos, caballerescos, refinados, sentimentales, galantes. Su vida integral, multiforme y complejísima, es así como el extracto o sustancia psíquica de aquella concepción platónica del universo, que ya en los albores, llevaba en las entrañas los gérmenes fecundos del amor de la razón y la belleza, y sus forzosos derivados: las elegancias intelectuales y los refinamientos de la sensibilidad. La metrópoli de las perspectivas armoniosas,

delata, aun a los ojos menos expertos y hasta en los más ínfimos detalles, la elegante preocupación del sibaritismo mental. No sólo es voluptuoso el corazón sino también el cerebro. De los *boulevards* magníficos, hirvientes y sonoros de afiebrada muchedumbre, y de las calles modestas en que los anticuarios exponen sus costosas baratijas; de los inmensos museos, verdaderos panteones de las civilizaciones fenecidas, y de las iglesias viejas y milagreras como reliquias de edades santas; de las mil exposiciones de arte, que avivan el deseo de la riqueza y los gustos costosos, y de los bosques encantados, que repiten gozosamente las escenas de Watteau; de las canciones, de los teatros, de las fiestas, como de los gestos rítmicos de las damas arrebujadas en cebellinas de cien mil francos, o del tocado simple y encantador de las modistillas, que muestran al atravesar el arroyo las piernas más picantes e *inteligentes* del mundo; de todo trasciende, al modo que el incienso del vaso sagrado, el culto de la forma, el sentimiento de las proporciones, el placer de pensar, la pasión de vivir voluptuosamente. Lo mismo en las salas del Louvre, donde reinan Lancret, Fragonard y Pater, que en los jardines de Le Nôtre, donde susurran las fuentes de la Arcadia y cantan los ruiseñores de Ronsard y Verlaine; que en los grandes coliseos o en los pequeños *cabarets*, se aprende a sentir y amar la vida bella y risueña. Los escaparates dan lecciones de buen gusto, ni más ni menos que las perspectivas majestuosas de los Campos Elíseos, o las maravillas en piedra labrada como los ébanos y los marfiles, o los parques deliciosos, poblados de amorcillos traviesos y ninfas desnudas. Las mujeres que pasan son como cuadros firmados por La Gándara y Boldini. En un coche va el amor.

El placer se respira. Mas, de vez en cuando, una impresión fuerte, una mole gloriosa: el Arco del Triunfo, la columna Vendome, dan el escalofrío heroico de la Revolución o de las águilas imperiales, y hacen pensar que los galos tomaron siempre a pecho el ser valientes y el desdeñar la vida, y que desde muy antiguo supieron "caer, sonreir y morir".

Cuando Emerson dijo que "el mundo era una precipitación del espíritu", pensaba, sin duda, en el dulce país de Francia. Palacios encantados de reyes galantes y favoritas pomposas; cortes de las Margaritas de Navarra; marquesas de Montespán y de Pompadour; heroísmo de la Pucelle; risas rabelasianas; lágrimas ardientes de Juan Jacobo; peregrinajes de las Charmettes y de la Malmaison; valles rientes, florestas embalsamadas, montañas de la Saboya de flancos cubiertos de verdura y cuyas calvas cimas coronan los oros del sol o disimulan las pelucas empolvadas de las nubes, ¡dulce Francia! Ningún pueblo hizo lo que tú por *acordar las inexorables leyes del universo a los deseos caprichosos del corazón.* ¡Tu historia es la más sentimental, noble, romántica y a una la más femenina y heroica! ¡Amable Lutecia! ¡Quién puede resistir a la sugestión de sus ideólogos, al encanto de sus poetas, al prestigio y magia de sus artistas! Las ideas francesas, aun las frívolas, nos seducen por su coquetería y travesura como esas *petites femmes blondes* vestidas por Paquin. Son ideas apasionadas y cariciosas, que amamos cuasi carnalmente y con todas las debilidades de los corazones amorosos, cual a las mujeres venidas al mundo bajo el signo de Venus, nacidas para encantar, y que continúan pareciéndonos buenas y deliciosas hasta en sus ingratitudes y perfidias. De modo que, cuando las pe-

regrinaciones por el mundo del pensamiento alejan a los Don Juanes del saber de los *boudoirs rococó*, aun poseyendo a la ansiada verdad en suntuosos lechos, se deplora no haber permanecido fieles a las ideales damas que han ejercido en la sociedad entera la misma suave influencia que en Francia las preciosas del Hotel de Rambouillet. Ellas se obstinan en la amable compañía del arte, de la literatura y del amor, y contra el imperialismo teórico y práctico de todas las clases, en desarrollar como antaño, casi exclusivamente, el espíritu y la emotividad. De ahí un pueblo de razonadores y artistas; de fraseadores y voluptuosos; de ahí el erotismo floreciente en la vida y las letras, y las hemorragias de la palabra, que calman las fiebres sentimentales de la humanidad y debilitan las energías viriles de los franceses; de ahí la sociabilidad francesa, porque la sociabilidad "es cosa que nace de la mezcla dichosa de la inteligencia y la sensibilidad". Y como en sociedad lo primero es la mujer, ésta ha tenido, y sigue teniendo, dominante influjo sobre las ideas y costumbres, dulcificando las unas y las otras y prestándoles a los dos un encanto femenino, y como femenino, voluptuoso.

No ha menester vasta ciencia histórica ni mayor penetración psicológica, para constatar la importancia de los materiales femeninos introducidos en la arquitectura del alma francesa, desde Clotilde, la cristiana esposa del bárbaro Clodoveo, y Eloísa, la apasionada amante del bello y castrado Abelardo, hasta la falange de las favoritas reales, las heroínas de la revolución y las condesas porta-liras, que reinan actualmente en el Pindo francés y le comunican a la juventud sus fiebres líricas y embriagueces dionisiacas.

La llama erótica de Eloísa, a cuyo sepulcro han ido

a recoger florecillas todas las generaciones románticas, se comunica a los fornidos pechos medioevales; los calienta, enternece y prepara, en cierto modo, para recibir el pan eucarístico de las costumbres galantes y el espaldarazo de la caballería. Las esclavas del rudo señor salen del encierro de los almenados castillos, incrustados en las rocosas cumbres, hoscos y solitarios como los nidos de los buitres, y empiezan a presidir, prodigando las gracias que inflaman el coraje y encienden los apetitos, las justas, los torneos, las cortes de amor. Los pajes suspiran; los caballeros quiebran lanzas por los ojos ensoñadores de las damas o madrigalizan a los pies de ella, hincada la rodilla en cojines de galoneado terciopelo. Los trovadores dicen cosas tiernas y sutiles. Así se amansa la braveza de los instintos, ablandan los caracteres duros y rijosos y elaboran los sentimientos delicados que luego pulen y refinan reinas amables, marquesas amantes de las cosas del espíritu, favoritas fastuosas, protectoras de las artes y las letras y cortesanas que por ser muy conversables y donosas, reunían en torno suyo como Safo y Aspasia en la antigüedad, lo más granado de la nobleza y la flor y nata de los ingenios.

La sociabilidad francesa, con su carácter y matices propios, es la obra casi exclusiva de la mujer: su expresión más culminante y acabada son los salones. Gracias a ellos la influencia femenina se ejerce, no sólo en las artes y las costumbres, sino también en las ideas y hasta en la política. Los Saint-Simón, los Michelet, los Goncourt, los Du Blet nos dicen al respecto cosas muy curiosas y amenas. En las minúsculas cortes de la marquesa de Rambouillet y las preciosas que recogieron la herencia de la famosa *cham-*

bre bleue, donde Corneille leyó el Poliuto y pronunció Bossuet su primer sermón, se forma el buen gusto y adquieren las bellas maneras, elegancias sentimentales y gracias, en fin, que transforman el trato en don de gentes, la conversación en arte, la fría urbanidad en graciosa *politesse* y el talento en *esprit*. Y *esprit*, *politesse*, don de gentes y arte de la conversación, llegan a hacerse cualidades genuinamente francesas, acrisoladas bajo la égida de la mujer, y que bien observadas podrían explicar, por la sociabilidad y todo lo que ella entraña y de ella se desprende, las virtudes y vicios, las flaquezas y heroísmos, la vanidad y el amor del género humano de la antigua Galia, nación de vanos tumultos, como la llamó César, y tan amante de la sociedad y los bellos discursos, que a uno de sus dioses se le representaba aprisionando a los hombres con las cadenas que salían de su boca...

Pero antes del invento del salón, las Margaritas de Navarra, la *Mignonne* de Francisco I, autora de innumerables poesías y del picante *Heptamerón*, y la adorable Margot, la esposa repudiada del caballeresco Enrique IV, escribían sus versos y sus prosas rodeadas de amigos y admiradores; sociedad amable y brillante, que impone sin violencia el gusto y las modas a las cortes de los reyes, y en la que figuran, para realzar su prestigio, los espíritus selectos de la época: poetas, artistas, filósofos que se agrupan en torno de las reinas galantes, como luego "La Fontaine, Molière, La Rochefoucauld y tantos otros en torno de la sin par Ninón. Y lo que son para las letras, las artes y el amor —cosas que anduvieron siempre juntas y en muy buena armonía,— la divina Diana de

Poitiers en el Renacimiento, la demoniaca Montespán en la corte de Luis XIV, la Pompadour en el siglo XVIII y madame Tallien en el Directorio, lo son para sus tertulianos y protegidos, las marquesas de Rambouillet y de Sevigné, las Lenclos, y más tarde las Warrens, las de Genlis, las Staël y hasta la misma Theroigne de Méricourt, la famosa patriota, cuya casa frecuentaban los principales hombres de la Revolución, y a quien una maquinación diabólica de sus rivales, una azotaina en público a sayas levantadas, cortó su heroica carrera y hundió para siempre cubierta de oprobio, en las tinieblas de la locura.

Los salones honran las artes y las letras, y antes que las academias, depuran y afinan la expresión por medio de la *causerie* y consagran la gloria de los escritores. Dulcísimas señoras ponen con sus blancas manos el laurel en la testa de los vates y artistas; lanzan a los cuatro vientos de la fama los nombres y los libros, y dan pábulo y libre curso de mil maneras a la emotividad romántica y las modas sentimentales que, andando al tiempo, hacen estallar las revoluciones. Sin la sensibilidad femenina preparada prolijamente por las *preciosas* y la literatura, por las conversaciones amatorias y el hechizado influjo de los Amadises, las Astreas y las Cartas du Tendre, donde se aprende la geografía del corazón y los bizantinismos galantes; sin las blanduras emotivas de las novelas de Melle, Escudery, ni las endechas, ni los madrigales, ni la atmósfera sentimental creada por la casuística amorosa y los discreteos filosóficos de los salones, es muy difícil que la *Nueva Eloísa* y el *Contrato Social,* hubieran tenido tan hondas repercusiones en el siglo XVIII. Pero este es un siglo en el que reina la mujer en absoluto, y con ella el senti-

mentalismo, el capricho y la pasión; gérmenes de la sensiblería y el misticismo social que habían de florecer lozanamente en el alma femenina de Juan Jacobo, encontrar luego su fórmula política en los principios de la Revolución y la expresión poética en el romanticismo y sus retoños.

No deja de ser una coincidencia curiosa, que entre los amigos de la mismísima Pompadour, en el propio Versailles. en el pequeño departamento del Dr. Quesnay, médico de la favorita y privado del Rey, se discutiesen los problemas sociales y económicos menos ortodoxos y expusiesen en violentas diatribas, las doctrinas más amenazadoras para la religión y la realeza. ¡Ironía de las cosas! Bajo el techo de la cortesana real, pero al mismo tiempo de la amiga de Voltaire y los filósofos, se oyen los primeros rumores de la tormenta revolucionaria. Luego las cabecitas empolvadas, los tiernos corazones que Rousseau había *fondus et liquéfiés*, acogen incautas en sus salones a la Revolución como habían acogido a la Enciclopedia, según la exacta frase de Goncourt. Minúsculas guillotinas, manejadas por afilados dedos cubiertos de sortijas, cortan en esfinge, antes que M. Samson. la cabeza de Robespierre y Bailly, y entre risas de cristal mojan los pañuelitos de batista en la roja y olorosa sangre que brota del cuello de los monigotes decapitados. Son las mismas frágiles, irreflexivas y apasionadas muñecas que aprenden en el *Emilio* y la *Nueva Eloísa* el amor del pueblo y la bondad natural del hombre; hacen bonitos *bijoux* con las piedras de la Bastilla derrocada, y oyen y discuten las arengas que han de pronunciar sus contertulianos en la Asamblea Nacional y en los clubes

revolucionarios. Cada salón es un ardiente foco de ideas subversivas. Encumbradas burguesas y hasta linajudas damas, siguen la vertiginosa corriente de la moda, sin curarse poco ni mucho de las predicciones, hoy tenidas por posteriores a los hechos —bien que acaso no lo fueran en su espíritu al menos.— que La Harpe ponía en boca de Cazotte sobre el próximo reinado de la Filosofía y la Razón, al fin de un banquete opíparo y jovial: el verdugo para Condorcet, Chamfort, Bailly, Malesherbes allí presentes; el verdugo, sin confesor, para la duquesa de Gramont que reía, creyéndose por su sexo al abrigo de aquel terrible vaticinio; el verdugo para el rey de Francia... Las repulidas damas de las cortesías Luis XV y de los lunares postizos, sólo piensan en el retorno a la naturaleza idílica, en la dicha universal, acaso en el amor libre. Quien no recuerda el salón de Madame Necker, donde discutían con la hija de la casa, la autora de Corina, el abate Sieyes, Parny, Condorcet; el salón de Mme. de Beauharnais, autora de eróticos libros, y cuyos tertulianos ocupan los venerables sillones en que antes soñaron Jean Jacques, Mably y Buffon; el salón de Mm. Helvetius, electrizado por la verba ardiente de Chamfort y Cabanís. En tales cenáculos no reinan ahora las amables musas que inspiraron las gavotas y los minués, sino las furias de la elocuencia revolucionaria, excitadas por el sentimentalismo de las cabecitas locas. Ellas inflaman aturdidamente el espíritu de la Revolución, como más tarde, sin saberlo, tres *merveilleuses* ligeras de cascos y de no mucha sal en la mollera, le dan el golpe de gracia al decidir, en un salón del Directorio, el envío de Bonaparte a Italia, con lo que terminó la tiranía de la libertad y cambió la faz del mundo.

La frase de Michelet: "La mujer es la fatalidad" no es una mera frase en la apasionada historia de Francia. Reinas, favoritas, grandes señoras, vírgenes y cortesanas tuvieron, aun haciendo caso omiso de la política de *oreiller* y del prestigio social, pública y decisiva influencia en tan graves convulsiones como la Reforma, el Renacimiento, la Revolución, por no citar sino los acontecimientos más universales; o inspiraron personalmente, como la imperialista Pompadour, voluntad heroica en débil cuerpo femenino, todo un arte y toda una política internacional, aquella célebre política, fracasada en la desdichadísima guerra que tanto amenguó a la Francia, y que la divina marquesa seguía ansiosamente en un mapa, marcando las posiciones estratégicas con sus lunares postizos de engomado tafetán.

Con eso y con todo, la influencia honda y durable de las *vírgenes sages* o *folles*, no es la visible, la que se ejerce en el areópago de la plaza pública, más la oculta e íntima; la que afemina el sentimiento rudo de los hombres por medio de las gracias de la conversación, dulzuras de la amistad, hechizos amorosos e influjo del arte, que ellas inspiran y que se dirige principalmente a ellas. En achaques de belleza son a la vez musas, Mecenas y público, el público soñado por los artistas, porque el arte es cosa que atañe a la emotividad, no a la inteligencia, y ellas, por instinto, prefieren el sentir al pensar, el ensueño a la acción, el arte a la vida. Las criaturas débiles en los ásperos dominios de la realidad, adquieren por sus mismas flaquezas naturales, misteriosa gracia y extraño poder en el reino del sentimiento y la ilusión. Su mundo propio es el de la sensibilidad y la quimera, y como los mil matices de la ternura, los deseos

vagos, las nostalgias sin nombre, los ardores de los sentidos, todo lo que contribuye a desarrollar, en último término, la facultad del *desgarramiento interior*, es fuente de líricas efusiones y velados erotismos, no es mucho que en el pueblo sociable por excelencia sea ese extracto de lo femenino que se llama la parisiense, la eterna inspiradora de poesía y la maestra de las sensibilidades artísticas y aun podría decir masculinas, ya que a su contacto y por su virtud unas y otras se pulen, quintaesencian y convierten en prodigiosos receptáculos de emociones.

Muchos géneros literarios, aparte de la poesía lírica, el drama y la novela, que directa o indirectamente inspiró siempre la mujer, nacen como las Memorias, Correspondencias, Diarios y Confesiones de la dulce necesidad de darle suelta a los sentimientos afectuosos y conversar con elegancia, adquirida en el ambiente amable de los salones. Por esto y por lo asentado arriba, una buena parte de la literatura y, en general, el temperamento artístico, vienen a ser así como los grandes y maravillosos espejos en que la mujer se mira y que reflejan la imagen de la seducción. El poeta, su hermano y generalmente su obra, es un a modo de intermediario entre ella y el resto de la humanidad, que por él conoce los secretos de alcoba de la mujer, y a la que él inocula el virus de las debilidades y seducciones de ésta. ¡Curiosa colaboración! Este consorcio de lo femenino y del arte, induce a pensar obstinadamente en las afinidades del artista y de la mujer — ambos son criaturas débiles, apasionadas y quiméricas, especie de andróginos que, por partes iguales, participan de los mismos defectos y las mismas excelsitudes de aquellas dos naturalezas y condiciones, — y sugiere la sospecha de que tal vez

constituye una seria amenaza para el porvenir de un pueblo, el que predominen en él los elementos morales, de que Platón, juzgándolos turbadores y debilitantes. quería purgar enérgicamente a la república. Lo que parece indudable es que la influencia femenina y la influencia literaria se confunden, compenetran y asocian para introducir sutilmente en la formación del alma francesa, la literatura por medio de lo femenino y lo femenino por medio de la literatura. Eso explica muy cumplidamente el triunfo manifiesto de la mujer y del arte en la "Ciudad Luz", y este fenómeno curioso y sin precedentes en la historia: la supremacía de la mujer en las bellas letras.

Tales hechos, producto del connubio secular de Apolo y Afrodita, parecen las floraciones estéticas de una civilización dulce como las mieles, suave y grata como la piel de las cebellinas. Son las opulentas rosas y las turbadoras orquídeas que sólo podían brotar en el jardín de Francia, en una tierra preparada por las exquisiteces sentimentales de muchas generaciones para sentir, pensar armoniosamente y creer con fervor en el culto del alma y la religión de la belleza.

Desde abajo a arriba de la escala social, el arte, la literatura y ese lujo de la inteligencia que se llama el *esprit*. por medio de los mil espectáculos públicos, diarios, revistas, conferencias, *causeries*, exposiciones de toda índole y libros de toda suerte, refinan a porfía las sensibilidades y desarrollan la facultad de comprender. Los *clichés* literarios son de uso corriente en todas las clases. Los términos escogidos han pasado al patrimonio común del lenguaje vulgar Las modistillas pizpiretas y las pesadas porteras hablan con las

repulidas expresiones y ademanes preciosos de las marquesas Luis XV, y las marquesas escriben con tanto donaire y travesura como madame de Sevigné. La estética de los *boulevards,* las canciones tiernas o libertinas, las cortesanas que pasan, dejando tras de sí como una estela de elegante sensualismo, hacen en el pueblo lo que en la crema de la sociedad la última comedia de Capus, la música dislocadora de Pelleas y Melisanda o los templos de la *rue* de la *Paix.* No creo que en ninguna parte ni en época ninguna, la facultad de sentir sin esfuerzo, comprender en un abrir y cerrar los ojos y expresar fácil y graciosamente hayan llegado nunca a tan rara perfección. Chistes, alusiones, sutilezas; matices de la ironía y del sentimiento, nada escapa al público que en los domingos populacheros o en las *soirées* de gala, invade los grandes o pequeños teatros de París. Antes que las palabras hayan concluido de salir de la boca del actor o del conferenciante, ya han sido cogidas al vuelo y a veces comentadas con un chiste, una exclamación oportuna o una sonrisa graciosa y escéptica, mientras que los ojos, siempre inquietos y burlones, descubren los flirteos de los palcos y juzgan de los tocados, moños y perendengues de toda la sala. Es un público, sobre todo si abunda el bello sexo, erudito y alerta, que conoce al dedillo los autores, los géneros, las obras, clásicas y modernas, las últimas novelas, *Las Flores del Mal* y las *Fiestas Galantes,* y que habiendo macerado su corazón en ese artificio literario y mezclado toda esa literatura a la vida, se ha hecho extremadamente comprensivo, vibrante y extrasensible a las manifestaciones de lo bello.

Mas como "la belleza es toda la mujer", la emoción estética, después de pasar por los mil filtros del

cerebro y del alma, hacia la mujer va callada o ruidosamente, como el agua del deshielo corre de las yermas alturas a los valles floridos. El Arte y la Literatura la glorifican y viven postrados a sus pies. El uno es su paje, la otra su esclava.

El amor de la forma, puede decirse que remataba entre los helenos en las líneas armoniosas de la criatura humana, en el desnudo; el mismo amor entre los parisienses se hace general y concreta en las elegancias del tocado femenino. La religión de la belleza se transforma en religión de la mujer; sobre todo de la mujer elegante, de la que pasa su vida en casa de los modistos, joyeros y toda laya de *fournisseurs;* y duerme con guantes o careta para afinar el cutis, y se amasa cruelmente, y martiriza el estómago y el cuerpo, y gasta millones para componerse una silueta propia, realzar su belleza por todos los medios, y darle al mundo la peregrina sensación de la elegancia, de una elegancia que es como el perfume delicado de un viejo vino, la flor encantada y efímera de una civilización secular.

Los sabios, los moralistas austeros no saben apreciar tan grandes sacrificios ni las transcendencias de la *toilette.* Son hombres eminentemente cultivados, pero sin fineza ni distinción moral. Llaman desdeñosamente vano y pueril al arte que se sirve de todos los otros y pone a contribución las más peregrinas aptitudes para encantar; sentimiento del color, de la línea y del matiz; gusto seguro de la alhaja y del moño; ciencia acabada del trapo, del gesto y la actitud; dominio perfecto de las elegancias estéticas que constituyen el *chic;* imaginación y osadía en el arte de *plaire,* y por medio de la armonía de los colores y la cadencia del pliegue, plasmar la voluptuosidad del

cuerpo, la coquetería del espíritu y las gracias del alma. Lo que parece pura frivolidad, es asunto gravísimo: una religión misteriosa, que obedece a muy hondas necesidades éticas y que tiene sus templos, ritos, sacerdotes y pitonisas. París es la Meca de esa religión ligera y sutil. Las tiendas de los modistos, joyeros, fabricantes y vendedores de artículos femeninos, son las capillas ardientes del gusto de Francia, y los pontífices: la muchedumbre de escritores, artistas, industriales y obreros que trabajan en la realización de la belleza más perceptible y necesaria acaso a la especie: aquella que entra por los ojos y golpea las puertas de la sensualidad.

Es el mundo de la Gracia dentro del mundo del Esfuerzo, y que explota y esclaviza a éste. De los rincones apartados y huraños del globo, de los bosques salvajes, de las entrañas del planeta, del fondo de los mares, de las estepas heladas, de las arenas candentes, de las cumbres solitarias, de los talleres populosos como ciudades; salen las piedras de irisados colores, las pieles costosas, las perlas pálidas y dulces como niñas anémicas, los corales, marfiles, las maderas olorosas, las telas y sederías, y los encajes tan primorosos, tan sutiles que diríanse hechos de suspiros y de sueños; y todas esas preciosidades de la naturaleza y la industria vienen a depositarse a los pies de la parisiense, la cual con un arte infinito e inagotable invención las combina de mil maneras, las dispone sabiamente y anima de una vida extraña y voluptuosa, como si le comunicara a los materiales bellos, pero inertes el calor vital y el erotismo de su cuerpo. Y esos materiales, dóciles a la magia de las manos diminutas, operan el supremo milagro de hacer palpables todos los aspectos de la hermosura fe-

menina, transfigurándola en una perpetua metamorfosis que, al multiplicar los encantos y seducciones de la mujer, dilata su imperio estético y eleva la frívola coquetería a la dignidad de un sacerdocio.

Ella lo sabe. Ella sabe que los elegantes tocados y la atmósfera encantada de lujo y refinamiento, son las investiduras y el ambiente sagrado de su alto misterio de sacerdotisa de la Belleza. No ignora tampoco que sólo la ciencia del *chiffon* satisfará plenamente su ingénita necesidad de hacer prisioneros y atarlos al carro de guerra de su hermosura triunfante. Respetos sociales y homenajes masculinos le vendrán de la fama de elegante, porque ser elegante es uno de los privilegios y títulos envidiables a los ojos parisienses. La soberanía de la elegancia no se discute. Y de la elegancia lo esperan todo *les casques dorés*, ya que por medio de ella, como los pintores por medio del color y de la línea, provocan las sensaciones que les pide un público de emotivos y sibaritas, y expresan elocuentemente lo que son, lo que quieren, lo que pueden...

Las magnificencias de París forman el ornado marco que mejor cuadra a la belleza viviente, la más costosa y artificial. Hasta la luz suave, como pasada por filtros de ámbar y ópalo, parece que fue hecha para disminuir la crudeza de los colores, la rigidez de las líneas y envolver la silueta femenina en una penumbra misteriosa. Millares de criaturas presas en talleres sombríos y sórdidos tugurios, trabajan y aguzan el ingenio para hermosearla y hacerla fina y etérea. Es la obra nacional. Grandes y chicos contribuyen a ella más o menos directamente. Todo espectáculo es un pretexto para el torneo de las Gracias. Toda fiesta una ocasión de afirmar el imperio de la Elegan-

cia y del Gusto, y establecer la reñida supremacía de Paquin, Doucet o Redfern: monarcas del figurín que se disputan el cetro de Luis XIV y el globo de Carlomagno.

Lo fútil, el detalle nudo y vacuo al parecer, pero lleno de psíquica jugosidad si se observa con ojo experto, revela a veces lo que no descubren hechos importantísimos, libros venerables ni mamotretos de copiosa ciencia. Decía un gran pintor que "el verdadero arte comienza allí donde pequeños toques producen grandes cambios". Acaece algo semejante en las cosas de la vida y no es muy zahorí el observador de ella a quien lo ínfimo no sugiere lo trascendente, ni ve en lo frívolo el cristal, que dejar suele en las costumbres, la ebullición y luego el enfriamiento de las grandes causas. Es por este orden de razones que no me parece desprovisto de sal ni miga el espectáculo curioso, aunque nada ajeno al ambiente de los *meetings* sportivos, que tuve la fortuna de presenciar en el hipódromo de Trouville.

Era una gozosa confusión, un mareante vaivén de trajes vaporosos, sombreros como canastas de flores y blanquísimos zapatos que corrían como albos conejitos de la India sobre el verde riente de las *pelouses*. La donosa y opuesta muchedumbre giraba en torno de los resplandecientes atletas del *turf*, bestias finas, artificiales y como tallados primorosamente en maderas duras, e invadía luego las casillas del Pari-Mutuel, donde a cambio de algunos francos, hasta a los humildes mortales les era dado sostener un trágico cuerpo a cuerpo con el Destino y gustar un minuto la vida intensa de los héroes y los dioses... Pero de pronto se produjo un tumulto extraño y luego una especie de remolino de curiosidad que atraía a un

punto del *paddock* al público disperso. Las gentes acuden presurosas, las cabecitas de Helleu se apiñan, los labios rojos como fresas murmuran un nombre y los ojos agrandados por el *kohl*, se abren extáticos como ante una aparición celestial. ¿Qué era? Era madame Paquín, la Emperatriz de la Moda, que aparecía por primera vez en público después de la muerte de su bello y perfumado esposo. Vestía de medio luto, traje blanco adornado de terciopelo, tricornio negro con triunfal pluma blanca: el conjunto una maravilla de lujo, exquisitez y refinamiento, subidos de punto por las garrafales perlas de las orejas y el collar de quinientos mil francos. Sonriente, segura de sus impecables actitudes y prestigio único sobre las imaginaciones femeninas; sabiendo que todas sus esclavas le pedían algo sumisamente, dejábase contemplar al desgaire prodigando a uno y a otro lado principescas sonrisas, mientras con la falda recogida en una mano y en la otra la sombrilla, cuyo puño de azabache conservaba con un gesto de virgen púdica a la altura de la boca, avanzaba lenta y rítmicamente, elevando las piernas a la manera clásica de los *mannequins* para posar luego los pies con mimo sobre la verde alfombra. Y cada movimiento y cada nueva actitud eran como una lección práctica de estilo y encantadora fragilidad. Las duquesas, las archimillonarias yanquis, las artistas célebres, las cortesanas de alto coturno y, finalmente, los hombres se inclinaban a su paso. Allí no había méritos ni títulos que no se eclipsaran, ni testas que no se abatieran ante la diosa taumaturga de la belleza femenina. Ella imperaba sola.

En medio del oro de la tarde, aquella escena tomó de súbito a mis ojos la augusta significación de un

símbolo: el de la Francia depositando sus ofrendas a los pies de la Voluptuosidad.

Si "la belleza es toda la mujer", o como dice Gourmont: "la belleza es una mujer y la mujer es la belleza", pero como la mujer es el amor éste es el término fatal del *estetismo* parisiense. ¡Qué mucho que el niño ciego impere como único dios en la gran ciudad latina! Mas no se trata del infante terrible que disparó sus flechas en las ariscas lomas y mansos valles de la Hélada. sino de un amorcillo muy civilizado y donoso que lleva su carcaj repleto de romances, epigramas y madrigales. Cómo habían de resistir los líricos corazones al Tentador que se sirve para encantar de los filtros y sortilegios del Arte y la Poesía. No cabe sino que triunfe, y en realidad triunfa soberano en la literatura y la vida. Una comedia sin conflictos amorosos ni tocados elegantes no dura en los carteles; las novelas sin dramas pasionales o picantes escenas de alcoba no se leen; los versos sin erotismo no llegan al alma; la música sin embriagueces ni escalofríos voluptuosos no prende sus líricos garfios en los oídos. De esta suerte el niño desenfadado dicta las modas sentimentales. El teatro, el arte y los libros son como academias de voluptuosidad y escuelas de casuística amorosa en las que se enseña a percibir doctamente los variados matices de la sensualidad, desde el travieso *flirt, les passionettes* y las dulzuras de la *amitié amoureuse*, hasta los desatados impulsos del corazón y los bizantinismos galantes. Como complemento y remate de esta educación sentimental, también se aprende de una manera no menos docta ni prolija, la ciencia de la expresión *caline* y el arte de la caricia *endormante*. Y este arte y aquella ciencia constituyen, lo mismo que el *chic*, uno de

los monopolios de la fina sensibilidad y linda imaginación de la parisiense, alada imaginación que ha enriquecido la lengua con una cantidad de desmayadas expresiones y dotado la plástica de gestos y actitudes que son como las grandes iniciales del breviario erótico.

Así, pues, la cultura como la moda, parece que no tuviera otro objetivo que embellecer la voluptuosidad y endiosar el amor. En un ambiente tan propicio a las emociones blandas y regaladas y que por tan varias maneras favorece la cristalización de las sensibidades artísticas, cae de suyo que éstas predominan y que los sentimientos auteros y viriles sean formas secundarias de la emotividad francesa, esencialmente literaria y erótica. No llegaré al extremo de decir, como la indignada yanqui de Huret que "un francés, es una función sexual", pero si afirmaré, y aun sin empacho, que los otros sentimientos, y particularmente el de la belleza y los mismos apetitos materiales, degeneran en apetencia de la mujer, se subordinan al amor y son como preludios de la gran orquestación amorosa. Es el negocio público, como la belleza femenina es la industria nacional, y no podía menos de ser así en el encantado jardín de la tierra donde la sociabilidad de las gentes, la agilidad del espíritu, la rapídez de los movimientos del alma y la molicie del medio. hacen que, hasta los más austeros, se coronen de rosas y se apresten a gozar de la vida en común y tiernamente. La eterna canción se oye lo mismo en las espaciosas avenidas del *Bois* que en los salones; en los *music-halls* donde impera el desnudo, como en los teatros, hipódromos y paseos elegantes donde el vestido, después de haber realzado osadamente las curvas y protuberancias tentadoras de la mujer, las suprime

para darle a ésta el encanto picante y equívoco de los donceles afeminados.

No vaya a creerse por lo dicho que la licencia y el libertinaje echados en cara por los extranjeros a los franceses, sin percatarse de que tales manifestaciones de tolerancia moral son acaso el producto del exceso de inteligencia y el reverso de cualidades muy nobles y humanas, reviste la forma grosera de las saturnales del Directorio conducidas por Mme. Tallien y las *Merveilleuses*. Es menos y es más, porque es como la disipación de los hombres mundanos, una especie de elegancia del alma, una sensualidad estética. Las directoras de los orgiásticos coros son las Musas de París. Coronadas de laureles conducen la lírica bacanal. La fórmula poética de las blanduras sentimentales, de la voluptuosidad, de lo femenino, no podía menos de ser un feliz hallazgo de la femenina inspiración. Nadie mejor que las Safos habían de ofrecerle al mundo la manzana de Eva y los misteriosos secretos de Afrodita. Lo logran con desnudarse, y en efecto se desnudan, y poseídas del delirio sagrado, absorben por la ávida boca de los ocho sentidos la voluptuosidad de la naturaleza toda y la ofrecen como un vino embriagador en el ánfora de sus cuerpos trémulos. Al grito báquico de libertad y con un impudor que los liróforos no conocían, enseñan las carnes atormentadas por el divino Deseo, por el exasperado sensualismo de innúmeras generaciones esclavas de la razón y sumisas a la castidad. Las hijas espirituales de Baudelaire y Verlaine, que el acicalado Vogüé llama las musas de la Revolución, cantan, en verdad, como Jean Jacques, Bernardin de Saint Pierre, Senancour y los grandes románticos, los derechos de la pasión, la soberanía del instinto.

la rebelión del individuo contra la sociedad y el amor panteísta de la naturaleza en que se traduce su frenético erotismo. Todas dicen:

> Je prendrai le beau temps avec des mains hâlées,
> Je mangerai l'été comme un gâteau de miel!

o

> Et j'ai fait de mon cœur, aux pieds des voluptés,
> Un vase d'Orient où brûle une pastille.

o aún:

> Ma lèvre est appuyée à la lèvre des dieux.
> Tant s'épanche, invincible, envahissant les cieux
> Une odeur de baisers, d'étreintes et de spasmes!

Pero mejor aún cantan en versos de una rara perfección, más sinceros y profundos que los de Hugo y tan dulces y musicales como los del pobre Lelian, la canción de Bilitis, "el arte delicado del vicio", el amor del amor, la religión del placer, la conciencia del mal, los siete pecados capitales de la lujuria. Aquello que los poetas, menos sensitivos y vibrantes, sólo podían balbucear torpemente, ellas lo formulan con peregrina virtuosidad; lo que ellos no acertaban a discernir, ellas lo revelaron con pasmosa claroviden-cia e imágenes magníficas y aladas. Su penetrante análisis recorre ágilmente el misterioso teclado de las molicies del cuerpo y del alma. Tal lucidez en las cosas del amor y las flaquezas de la voluntad, es la causa oculta del triunfo de las modernas bacantes en la gaya ciencia. Ellas poseen el término justo y dichoso para expresar todo lo que es desmayo, caricia y ensoñación. La música desfalleciente y enervadora de sus versos y las nostalgias infinitas de su poesía, que mejor que cualquier otra "es sensualidad trans-

formada en eretismo mental", responden al sibaritismo del corazón y del cerebro y constituyen la típica manifestación de la recrudescencia, fácil de prever, sin embargo, de lo que antes se llamó el *mal del siglo*, de lo que un filósofo llama hoy *el mal romántico*, que es en suma, *el mal de vivir:* la ineptitud para la vida, la repugnancia de lo real y la moral anarquía en que, a vueltas de tantos idealismos y refinamientos sentimentales, suelen caer las naturalezas más finas y cultivadas.

Sesudos autores sospechan que el Romanticismo es, en el fondo, una insurrección del sentimiento y del instinto contra la razón, contra el sometimiento a la regla dictada por la experiencia de las sociedades, y pretenden que la sensibilidad romántica y el espíritu revolucionario derivan, unos, como Taine, del mismo espíritu clásico, otros, y son los más, de Rousseau y sus secuaces. Harto ligeramente echan los últimos en olvido que la furia de la Revolución fue la Razón misma, y que Rousseau y los ideólogos fueron los descendientes legítimos del idealismo y de las abstracciones de los filósofos, empeñados lo mismo en Egipto y la India, que en la Francia del siglo XVIII, en construir un hombre ideal, un hombre de museo, para lo cual hacía falta arrancarle las entrañas y rellenarlo de metafísica estopa; de los filósofos que impelidos por la soberbia de la mente, creyeron posible sustituir la idea a la realidad, la abstracción al hecho, la teoría a la historia, la presuntuosa razón de Descartes, que a pesar de sus títulos en apariencia indiscutibles a la hegemonía sobre lo humano, no conoce los fenómenos sino históricamente, es decir, después que han dejado de producirse y cuando ya no tienen ninguna acción sobre los fenómenos presentes,

desconocidos a su vez, al instinto vital, que obra siempre en el sentido favorable a la expansión de la vida porque él es ya el principio de su expansión. No ha de confundirse este instinto vital con el *instinto,* el *sentimiento* y la *naturaleza* de los revolucionarios. vislumbres oscuras de la imperialista condición humana. Tengo para mí que el sentimentalismo romántico no es otra cosa que una interpretación descarriada de la legitimidad, entrevista un instante, de las pasiones y del egoísmo nietzsquiano. Y se me ocurre, aunque parezca espantable sacrilegio, que si por la bondad nativa del hombre se hubiera entendido la *gravitación sobre sí* y el *deseo* de *poder,* la Revolución habría tenido consecuencias harto más provechosas para la humanidad y, sobre todo, para Francia. Juan Jacobo proclamó la excelencia del hombre natural no corrompido aún por la civilización, reacción legítima en el fondo, contra el artificio del orden social y el racionalismo de la Enciclopedia; pero lo que triunfa en los héroes románticos no es el egoísmo sano del salvaje, que las necesidades sociales pueden convertir en virtud y amor hacia las demás criaturas, sino el egoísmo patológico del *hombre sensible,* que muy luego remata en anarquía moral. Razón cartesiana o predominio absoluto de la inteligencia sobre el instinto, y primitivismo, o retorno a la naturaleza, se transforman respectivamente gracias al desconocimiento de la fisiología humana y los devaneos de la literatura, en racionalismo demagogo y sentimentalismo romántico, dos pestes. Pero no pudo ser de otro modo. No se conocía bien, a pesar del amor propio de La Rochefoucauld, el fondo imperialista de la humana naturaleza; ni se tenían nociones del darwinismo social; ni de las leyes que rigen la evolución de

las sociedades; ni Comte había dicho "que sólo son buenas las verdades que nos convienen", vaciando de ese modo en una frase la esencia del utilitarismo y del pragmatismo, iconoclastas de las verdades absolutas y del bien en sí. Filosofía, literatura y arte se encaminaban directamente a refinar el sentimiento y combatir rudamente la animalidad, los instintos dominadores, el pecado original de los cristianos. Lo mismo los autores del siglo XVII, hidrópicos aún de teología, que las admirables, pero incompletas intuiciones de Buffon y Condillac, que la pseudo-ciencia histórica del noble Condorcet, que el misticismo social de los utopistas y la lógica rectilínea de los jacobinos, convergían por distintos canales a la maravillosa y ridícula concepción del hombre abstracto, esa quintaesencia del irrealismo que nos embriaga todavía. Siguiendo atentamente el curso de las ideas se cae en la cuenta de que no existen verdaderas soluciones de contigüidad ni irreducibles antinomias entre el espíritu realista y viril de Corneille y La Fontaine y el espíritu afeminado y quimérico de Juan Jacobo y Senancour, como no las hay entre el retorno a la naturaleza de los precursores del romanticismo político y el reinado de la Razón de los revolucionarios. Racine poseía ya como los románticos, el *triste don de las lágrimas*, y antes que por Saint-Preux, Pablo y Virginia y Obermann los nervios habían sido extrasensibilizados por la caballería y las costumbres galantes, por los Amadises y las Astreas. Clasicismo y romanticismo se ofrecen al entendimiento como manifestaciones antagónicas en apariencia, pero fraternas en realidad, del mismo proceso evolutivo y de la misma falsificación idealista, si se entiende por clásico no lo racional, sino lo espiritual, el esfuerzo hecho por

someter las leyes de la Naturaleza a nuestras aspiraciones subjetivas. En este sentido el uno encaja en el otro; ambos entrañan una concepción que admite y pregona la supremacía de la inteligencia o la del sentimiento, y ambos se oponen al espíritu moderno, realista y utilitario y que es la resultante de una filosofía basada no sobre el instinto ni lo subconsciente, especie de neo-romanticismo, sino sobre la voluntad.

En verdad la sensibilidad romántica y el irrealismo, ora ingenuo, ora docto y terrible del pueblo francés antójaseme la obra de toda la cultura francesa y particularmente del exceso de cultura literaria y de la infuencia femenina en el arte y las costumbres. En dosis exageradas la literatura y lo femenino intoxican. El lirismo social tiene sus quiebras. Filósofos enamorados de la razón y del ideal y que creyeron devotamente en la omnipotencia de la inteligencia desde Descartes y Cousin hasta Comte y Fouillée; ideólogos y utopistas fervientes no de un derecho, de una libertad, de un bien, sino del Derecho, de la Libertad, del Bien, fabricadores entusiastas de las Salentes, Ciudades futuras y Eras de oro de la humanidad, desde Fenelón a Fourrier; briosos poetas como Lamartine, Chateaubriand, Hugo, Leconte de Lisle que pretendieron sustituir el ensueño a la realidad y convertir sus encantadas imaginaciones en dulce paz campesina, primitivismo patriarcal y edenismo terrestre; artistas de la estirpe de Delacroix y Puvis de Chavannes que maldicen de la civilización o muestran en inmortales frescos sus visiones paradisíacas; estetas, dramaturgos, noveladores, ironistas y diletantis que a nombre de la dicha de la humanidad o de la religión de la belleza condenan iracundos el maquinismo, la finanza, las energías viriles, las actividades producto-

ras, lo vital de la vida moderna, en fin, todos concurren a formar la atmósfera de estufa favorable a las quimeras, ensueños, molicies, sensualismos y embriagueces de amor y de ventura que el choque contra los duros ángulos de las realidades resuelve infaliblemente en ironía, escepticismo y mal de vivir.

Porque es lo más insólito que las exquisiteces de la sensibilidad y elegancias mentales, tenidas hasta ayer por signos ciertos de superioridad y dorada cúpula de las civilizaciones selectas, sean causa y venero de toda suerte de egoísmos y enfermedades del alma. Si se para mientes en ello veráse a poco andar que el sentimentalismo y la sensiblería, el entusiasmo y el lirismo, el amor del hombre y de la sociedad universal de los hombres sensibles, los delicados y los estetas se transforman, si pasan del plano de la literatura al plano de la vida, en acritud y amor propio feroz, soberbia y aridez de alma, aversión de los hombres e imposibilidad práctica de vivir en su compañía y de adaptarse a ningún medio social. Así fueron Rousseau, Bernardin de Saint Pierre, Senancour, eternos judíos errantes del país de las quimeras, y de la misma estofa son los *bellos tenebrosos*, la larga y maltrecha falange encabezada por Saint Preux, el aristocrático René y el inconstante Adolfo, cuyos descendientes enfermos y desesperados desde Rolla y Sorel a Monsieur Venus, parecen algo así como la columna vertebral de la neurosis de un siglo al que llenan de sus clamores y perversidades.

Y los poetas, escritores y artistas; los eternos niños que un augusto prejuicio consideraba como dechados de perfección y arquetipos humanos, tienen algo y aun mucho de sus engendros espirituales. Conocida es su ligereza y vanidad pueril que los lleva,

entre otros extremos ridículos, a vivir constantemente en la estática postura del bello Narciso; conocido el amoralismo y las depravadas costumbres de los estetas, de quienes son acabados *specimens* esos complicados embelecos que se llaman des Esseintes, Phocas, Lord Lelian; conocida la debilidad femenina, el ningún poder de gobernarse y la perversión de los exquisitos, admiradores fervientes de Wilde, d'Anunzio y Lorrain. En resumen, parece una gran mentira la panacea de la cultura literaria, y puede que los refinamientos de la sensibilidad y la inteligencia, o el arte y las letras, como quería Rousseau, en vez de ennoblecer a los hombres los haga antisociables e inhumanos. Cultura e individualismo, o lo que es equivalente, condenación de la sociedad, son sinónimos. Acaso es más humana y sociable la bondad natural, sólo que por ésta no habría de entenderse la que tal creyó el sensible e incauto Juan Jacobo, sino al revés, el egoísmo puro, resorte propulsor de las almas viriles y lo contrario de las languideces sentimentales y flaquezas del carácter que diseñan el perfil moral de los voluptuosos. Esto explicaría acabadamente la oposición y disparidad que el sólo nombre evoca entre sensitivos y viriles, idealistas y utilitarios; la escasa *virtuosidad* de sensitivos e idealistas en el dominio de las realidades prácticas y, al contrario, su preeminencia en el país de los sueños, esto es, en las actividades subconscientes que rebajan al hombre disciplinado por el ejercicio de la voluntad, dueño de sí y adaptable por su hábito de gobernarse a las variaciones del medio y lo ponen a la altura de la mujer y del niño, en los que domina el capricho, la fantasía y es más débil el juicio y menos robusta la facultad de querer.

El infantilismo y sugerente parentesco de las sensibilidades artistas y las sensibilidades femeninas; la emotividad exagerada que hace tan irascibles y quisquillosos a los sentimentales; la ineptitud social y escepticismo disolvente de los fieles de la religión del alma; el pesimismo y la ironía de aquellos a quienes tortura el vicio sutil de pensar, no son precisamente seguros indicios de virtudes sociales ni demuestran que la humanidad anduviera muy acertada al elegir como ayo y Mentor al amable y picotero Espíritu, tan desdeñado a menudo por la vida. Prometeo le decía a un sátiro que habiendo visto por primera vez el fuego y deslumbrado por su resplandeciente hermosura, quería besarlo: "Sátiro, llorarás tu barba si lo besas, porque el fuego quema al que le toca", alegoría cuyo sentido expresan, a la par del viejo mito del fruto vedado, muchas fábulas, sentencias y discursos que indican la sospecha o revelan el conocimiento de la cualidad anárquica y disolvente de poetas y artistas, y dejan que se columbre la oposición del sentir y del obrar, del saber y del poder, de lo que llamaría Nietzsche la lucha del instinto vital que crea y del instinto de conocer que destruye. Hay mucho de verdad en todo ello. Más que los libros y las doctrinas, el comercio de los hombres induce a creer a pie juntillas que las clases demasiado afinadas por el influjo afeminador de las artes y las letras caen en el escepticismo, cuando no en otros males peores, y pierden los bríos de la voluntad y la virtud de amar la vida y gozar de ella, como si vida interior y acción se excluyesen, individualismo y humanidad se rechazasen, lirismo y realidad no cupieran en el mismo plato. Desquite del egoísmo: sofocado por la cultura degenera en esas enfermedades misteriosas de

la voluntad y la inteligencia que debilitan a los delicados, los desarma y obliga a tender el cuello a las ambiciones materialotas, pero vivientes y sanas de la plebe.

Porque es muy cierto que esa actitud desdeñosa de las naturalezas muy finas y cultivadas frente a la sociedad que se llama la ironía, "flor funeraria que florece en el recogimiento solitario del yo"; esa actitud crítica y rebelde que impide tomar parte activa en la tragi-comedia humana e incorporarse con mansa resignación al paciente rebaño de Panurgo, es destructora como el individualismo anárquico del que sólo es vigoroso brote, de las virtudes y energías sociales, y, por consiguiente, de toda robustez moral. La conciencia del profundo desacuerdo entre pensamiento y acción e individuo y sociedad de que nos ofrecen lamentables testimonios la helada indiferencia de Benjamín Constant, el orgullo solitario de Vigny, la melancolía de Amiel o el cinismo de Stendhal, corta las alas al deseo de poder e impide vivir, porque no se puede tomar en serio un espectáculo fatalmente absurdo, eternamente grotesco y al que asistimos por fuerza y pagamos con nuestra desdicha La sonrisa oculta la mortal desilusión, las heridas del flagelado orgullo y nos venga del mundo y su tejido de contradicciones. Es como un desquite de la personalidad, conveniente en dosis moderadas para corregir el optimismo tonto de los simples, de lo que llamaría Schopenhauer el *filistinismo hegeliano,* pero pernicioso cuando de las clases pensantes desciende la ironía a las masas y se convierte en descreencia, burla y cinismo, porque entonces destruye implacablemente las mentiras e ilusiones *necesarias* que forja el instinto vital de las sociedades, con el robusto fin de que éstas per-

duren en el mudable imperio de Cronos y le pongan su cuño al espacio. Que una cosa sea verdadera o falsa desde la torre de marfil del pensamiento, ¿qué importa?: lo que importa es que sea útil a la vida. Acontece en esto lo que con esas verdades religiosas, erróneas científicamente, pero ciertas y eficaces desde el punto de vista de la religión o de las costumbres, en las que James echa los nuevos fundamentos del viejo pragmatismo: ¿qué más da que sean puras patrañas y burdas engañifas si curan y dan razones de existir? El utilitarismo de Caliban es más saludable en los trances apurados que el racionalismo de Ariel. El pueblo, lo que en nosotros es pueblo, lo que aún no rompió el cordón umbilical que une la criatura al cosmos, no razona: obra impulsado por sentimientos que son al interés lo que los cuerpos a la gravedad: posponiendo toda consideración trascendente a la utilidad inmediata. Y precisamente por esta limitación y estrechez de juicio acierta con la voluntad de la Vida cuando los timoneles de la Idea han perdido la brújula. Para la Vida el instinto, el egoísmo es más seguro oráculo y consejero que la razón enseñada en los libros. Esta harto frecuentemente amengua y desorbita. Obedeciendo a impulsos extraños al interés verdadero y primordial, suele decir: "Sálvense los principios aunque se pierdan las colonias". Pero el instinto vital le habla a la razón como el gran Federico a los doctores cuando decía al penetrar en Silesia: "primero me apodero del país, que después no faltarán pedantes que prueben mis derechos". El santo deseo de poder se queda siempre con las colonias.

La razón no: contempla la vida reflejada en el espejo deformador de la conciencia mientras la vida pasa cambiante como la onda, y que la misma con-

ciencia no permanece un solo instante sin mudanza. Cómo conocer la verdad moral y eregirla en norma de conducta si ella no fue nunca idéntica a sí misma, ni el medio social tampoco y si nosotros, al concebirla, ¿no somos ya lo que éramos? Aplicamos el parche cuando el grano no existe ya. Con eso y con todo, en el plano de la lógica o establecimiento de las verdades científicas en que nuestra fisiología no tiene interés ninguno en engañarnos, el triunfo de la facultad humana por excelencia es evidente: todo es tangible para ella, y razonar *notre puissance*, parece lo más justo; pero en el plano de las realidades esto suele ser lo más desastroso, porque la vida, como el corazón, tiene razones que la razón no conoce. Un trabajo formidable se produce en las reconditeces y antros del alma, ignoto para las luces de la conciencia y que determina la mayoría de nuestros actos y voliciones. Conocemos los fenómenos visibles, de nuestra voluntad, como vemos las burbujas que estallan en la superficie de las aguas: después de haberse formado en el seno de ellas y de atravesar su masa toda. Los verdaderos móviles que nos impulsan nos serán desconocidos eternamente al obrar, que es cuando su conocimiento podría sernos de algún provecho para dirigir la vida. Lo que percibe el espíritu es la proyección de los deseos; por otra parte, él no es el espectador sino el espectáculo mismo. Engañados por los sentidos, las pasiones, los antojos de la fantasía, los caprichos del corazón y la óptica deformadora de la inteligencia, el hombre, mientras obra, no sabe lo que es ni lo que quiere ni adonde va. La ilusión gobierna el drama espantable del mundo. Y así, impulsados por las fuerzas colosales e irresistibles de lo subconsciente o por la inteligencia, esa "petite chose

á la surface de nous mêmes", seguimos adelante como autómatas y sonámbulos en la noche oscura del alma. Solamente que en el primer caso, nuestras plantas se apoyan en el suelo y por ellas como la savia por las raíces y el tronco hasta la flor, sube al cerebro la *voluntad de la tierra;* mientras que en el segundo nos lanzamos al aire persiguiendo desalados los espejismos de la imaginación, que es pura fantasmagoría cuando deja de ser el instrumento dócil de aquella voluntad; perdemos el contacto de las realidades; dejamos de nutrirnos de sus jugos divinos y ya no somos otra cosa que vanidad, hojas secas volteando en los lomos del viento.

El espíritu poco práctico, la ineptitud comercial, la falta de sentido político y escaso poder de gobernarse, esa a modo de debilidad femenina y frívola ligereza de los pueblos en demasía razonadora, tiene su origen, tal vez, en que fueron descepados de la tierra y desposeídos del sentimiento de las realidades por la absurda falsificación que, a guisa de pecados y vicios, combate todavía torpemente la *fuerza fundamental* de la humana criatura. Cuando dejan de oirse los *eternos mandatos* de la Diosa se inventan por repugnancia invencible del mundo y miedo de vivir, los paraísos artificiales o consoladoras mentiras del arte con las que se reconforta el esteta y lucha contra lo incompleto de su destino; también se inventan las religiones del alma y las hechicerías de la razón, y todo aquello que por ser enemigo jurado de lo vital y lo viril, ablanda los sentimientos, corrompe con pérfidas seducciones la facultad utilitaria de conocer y prepara el reino brillante, pero efímero, de las sofisterías del corazón y del cerebro.

Porque así como en la ciudad Luz las emociones

van por pendientes naturales hacia el erotismo y dejan los sentimientos, no encendidos por la amorosa llama, como velados en la sombra, en lo que atañe a la inteligencia todo converge hacia las formas puras y desinteresadas del pensamiento, según la tradición irrealista y anti-utilitaria de los ascetas medioevales del saber: especulaciones filosóficas sin aplicación a las realidades prácticas, idealismo político, misticismo social: hinchada palabrería razonante en la que se resuelven al fin de cuentas el racionalismo y el sentimentalismo francés.

La Francia es el alma de Juan Jacobo. Sueña, persigue la injusticia, busca presa de inquietudes mortales la dicha universal y con todo ello, y quizá a causa de ello, no puede reducir la anarquía interior que la divide en mil familias de Capuletos y Montescos, la debilita en frente del invasor y desdora a los propios ojos. ¡Noble e ilusa Lutecia, víctima de lo que llamaba Gioberti el "amor de los antípodas"! Su pecado y su crimen es el de no ser bastante egoísta. Las construcciones ideales y fiebres demagógicas; los esfuerzos por encauzar el torrente impetuoso de la vida en los estrechos canales de la lógica y poner al unísono universo y corazón, absorben los zumos preciosos de su cerebro y la hacen descuidar las aplicaciones humildes, pero provechosas, de la inteligencia a las necesidades de la concurrencia universal, urgentes y perentorias en el medio económico realista y utilitario, no exento por dicha de heroísmo ni de grandeza en que, quieras que no, viven los pueblos civilizados.

La consecuencia lamentable de tantas imaginaciones y ensueños es el crónico desequilibrio del organismo nacional y, por añadidura, una suerte de desi-

dia e ineptitud para las cosas prácticas y cierto amilanado apocamiento en las aventuras financieras que, no obstante las altas cualidades y superior inteligencia del pueblo francés, lo colocan en permanente inferioridad junto a otros pueblos menos cultivados pero más enérgicos; menos espirituales, pero más duchos en aplicar la inteligencia a la vida; menos sensibles y ebrios de virtud, pero en el fondo más sociables y virtuosos. Tiene sus quiebras el confundir la inteligencia con el *esprit*, la realidad con la literatura, las virtudes sociales con la sensibilidad lírica. Y a todo ello conduce frecuentemente el culto de la Razón, que tantas esperanzas hizo concebir a la humanidad. Buena es la cultura cuando fortifica la inteligencia y no relaja las energías productoras, que son las virtudes cardinales del mundo moderno; cuando acrisola la aptitud estética sin menoscabo de la virilidad, cuando acuerda, en lo que cabe, la conciencia con lo subconsciente, la física del alma y la física del cuerpo; pero es condenable toda civilización, por brillante que sea si, con el pretexto de ennoblecer, desarma para vivir y pone en los labios de los hombres la frase de Bourget: "Agir, c'est toujours accepter la mesquinerie des conditions autour de son Ideal".

Las cristalizaciones típicas de la civilización francesa, y aun podría decirse de la cultura greco-latina de la que es París el dechado y la simbólica flor, son los refinamientos de la sensibilidad y las elegancias mentales: superioridad palmaria en las cosas del espíritu, lo que le permite imponerle al mundo sus gustos estéticos y modas sentimentales; inferioridad no menos patente en el campo de lo que llamaría el enérgico ex-presidente yanqui la vida intensa, donde las voluntades anemiadas por las sangrías del sentir

y del pensar desfallecen y se doblegan sumisas ante otras voluntades limpias de toda intoxicación literaria y que no tienen los ojos *ebrios de luna* sino fulgentes de luz solar.

Considerando al materialismo fatal de la era presente y las aptitudes prácticas de que los pueblos han menester para no petrificarse en las viejas formas de la cultura ni quedarse rezagados, se comprende, sin grande esfuerzo, la reacción brusca de las civilizaciones modernas, positivas y utilitarias, contra las civilizaciones irrealistas del pasado y particularmente contra el racionalismo francés. A pesar de los lloros del alma es preciso confesarlo: las disciplinas eficaces y ennoblecedoras un día, más que otras cualesquiera, de la cultura francesa, ni son las fórmulas pedagógicas de las naciones que extienden sus dominios en el momento histórico actual, ni pueden ser las fórmulas morales del porvenir. Si bien afinan al animal humano, lo hacen con detrimento de sus energías belicosas. Es lo contrario lo que priva y hace falta. La selección de las sociedades encamínase francamente a proteger a los viriles y destruir a los sensitivos. Y por eso la cultura que realizó en la historia el connubio de la Gracia y del Saber, la única que todavía puede parangonarse a la que floreció en el Atica sonora, parece que hubiera dejado de ser actual y de producir las virtudes sociales del momento.

Verdad es que un pensador de fuste, clarovidente e imparcial, caracteriza el siglo XIX por dos hechos singulares entre todos: el triunfo del espíritu democrático y del idealismo político o extensión de la influencia de Francia en el dominio espiritual, y la supremacía de los anglo-sajones y germanos en el dominio de las realidades prácticas, o lo que es equiva-

lente, en las luchas políticas y económicas. Mas lo primero es sólo una amable apariencia. Por lo que toca a la filosofía y la moral, damas pudibundas y al parecer invulnerables para las flechas de Eros, pero que con sobrada frecuencia padecen de vapores y desmayan voluptuosas en los brazos de los bárbaros, lo típico del siglo XIX es, en último término, la reacción triunfante del naturalismo alemán y del darwinismo anglo-sajón, contra el racionalismo francés; en lo que atañe a la vida real lo que salta a los ojos es el advenimiento de toda suerte de imperialismos, políticos, económicos, democráticos y la superioridad, establecida por los hechos en solemnes ocasiones, de los viriles sobre los sensitivos, de la voluntad sobre la inteligencia, de la fuerza sobre el derecho, "que cuando no es la fuerza es el mal", según la aserción del paradójico Wilde, un esteta que también aseguraba con el mismo desahogo, "que no tiene nada de sano el culto de la belleza". El debía de saberlo.

Y esa superioridad, y he aquí lo portentoso, se hace manifiesta no solamente en las luchas económicas y diarias porfías, sino en el terreno de la solidaridad, donde parece que debieran ser más eficaces las aptitudes graciosas y amables. Y bien, no. El espíritu solidarista que enfervorizado persigue el derecho igual para todo y para todos, la dicha del mayor número, la libertad, el progreso, nociones confusas y tal vez antinómicas, no es más favorable, en suma, a la sociedad que las doctrinas naturalistas o anti-racionalistas de alemanes e ingleses. En la práctica intelectualismo y racionalismo franceses degeneran, el primero: en *estetismo* amoral, ironía, escéptica indiferencia y repugnancia de las realidades; el segundo: en perpetua fermentación revolucionaria e individualis-

mo anárquico, cosas antagónicas, como el amoralismo de los estetas, a la sociedad y la vida. Por el contrario, el duro darwinismo social, cabeza de turco de tantas sentimentales declamaciones, conduce al respeto de las jerarquías, al orden, a la libertad, a la cooperación por la vida dentro de la lucha por la vida: y, por otra parte, al individualismo del *self-governement*, que es fuente inagotable de energías y virtudes sociales, no teóricas sino prácticas y efectivas. De donde pudiera inferirse rigurosamente que el egoísmo acaparador de los brutales, es más provechoso para el mundo que el egoísmo *sin interés* de los delicados.

Y de hecho autores hay que atribuyen las excelencias de los pueblos del Norte, al haber permanecido hostiles a la influencia greco-latina, manteniendo en un estado de semi-barbarie su originalidad étnica y hasta cierto punto, su civilización castiza, lo que constituye la fuerza propia de un pueblo y las cualidades de fondo de una raza. Mas esos pueblos precisamente, desempeñaron por mucho tiempo un papel secundario en las conquistas de la civilización y se nutrieron en muchas cosas de la enjundia latina. Si los anglo-sajones y los germanos aún conservan un elemento de salud y vigor de que carecen los pueblos que sufrieron el dominio de la Roma de los Césares y los Papas, no debe atribuirse a la ausencia de ese dominio, sino más bien, a la sórdida economía de fuerzas hecha en luengos siglos de vida oscura, extraña a los refinamientos y molicies destructoras del carácter que traen consigo siempre las civilizaciones extremas. Atenas, Roma, Alejandría, Bizancio lo atestiguan. La ventaja de que los pueblos se conserven puros y originales en su vida espiritual, es muy discutible cuando se piensa en lo que son la India y la China, y en lo que

fue el Japón antes de haberse asimilado la civilización occidental. Lo que a todas luces hace falta y aprovecha, es que la cultura propia o prestada no desvirtúe el egoísmo nativo, manantial de toda vida y en el que absorben los jugos de la robustez del cuerpo y la salud del alma los pueblos fuertes, refinados o sin desbastar aún.

Las cualidades viriles que garanticen el triunfo práctico y cabal en esta época de imperialismo económico, no han sido hasta ahora, ni son actualmente, el patrimonio exclusivo de las naciones salidas directamente de la barbarie. Los pueblos que hoy se enseñorean del globo, no poseían ayer las preciosas energías a que deben su predominio, ni nada hace suponer que tanto fasto y poder no concluyan un día con las palabras de Felipe II en su lecho de muerte. La vida en su juego divino seguirá transformando las sociedades y es muy posible que, en tiempo no lejano quizá, aquellas soberbiosas dotes dejen de ser útiles en el grado que actualmente lo son, ora sea por el desgaste de la facultad, ora por las mudanzas del medio ambiente, como acontece en la era capitalista de cálculo y ahorro, con las virtudes hidalgas de la caballeresca España, eficaces en el tiempo pasado y al presente perniciosas. Así, pongo por caso, si el edenismo convierte un día la tierra en los campos elíseos de la humanidad, los pueblos que juzgamos ahora más aptos para la lucha vital, perderían la situación preponderante que deben a lo que entonces fueran cualidades anacrónicas y estorbos para asimilarse la nueva y triunfante cultura. Francia acaricia aquel voluptuoso ensueño oriental; si triunfase sería el desquite del ideal francés. Pero en la vida como en el arte, "las intenciones no son nada, el poder de realizar es

todo". Y el poder, fuerza es que se diga, no está de parte de la Idea, sino del *Factum;* no de parte de los delicados, sino de los viriles; no de parte de los más nobles, sino de los más fuertes, que son los más aptos para convertir en hechos sus aspiraciones.

Por los demás no conviene llamarse a engaño sobre la supuesta egregia condición de los imperios espirituales ni la legitimidad de sus conquistas. Ya hemos dicho que la razón es esencialmente arbitraria y opresora, y cómo entra sin dar cuartel en las fortalezas del alma. Las zarandajas morales de la nobleza y del desinterés de los propósitos, cuando se examinan de cerca son pura patraña y retórica. Cada pueblo practica el imperialismo concorde con su peculiar fisiología y cultura. Como la función crea el órgano, el deseo crea la moral. Sé de sobra que el ideal francés se opone formalmente a todo privilegio e imperialismo derivado de los *hechos* y no de la *teoría;* pero ese ideal ¿es otra cosa que el privilegio de la razón razonante que conviene a la Francia, y un imperialismo sentimental con el que, la nación desprovista de sus arreos guerreros, procura satisfacer espiritualmente, ya que no de otra manera, su gastado instinto de soberanía? Grande vidente fue Zaratustra cuando dijo: "El cuerpo se crea el espíritu como una mano de su voluntad". Todo es mano en el hombre, y el objeto de ese órgano prensil, es el de apoderarse de las cosas y no el de escribirlas en las arenas movientes que lamen las olas del mar.

De las aspiraciones generosas y remontadas del pueblo francés, no cabe dudar y menos de su obra dilatada a todas las actividades, industrias, ciencias y máquinas especulativas. Su ideal ha sido por momentos el ideal de la humanidad. Todas las naciones le

deben algo, y todos llevan en el medallón del alma, como un recuerdo del primer amor, la imagen querida del bello París. Fuera menester haber nacido ciego y sordo-mudo en las cosas del espíritu para negar la influencia dulce y luminosa que irradia sobre la tierra desde lo alto de la torre Eiffel, y no reconocer que muchas veces la amable Lutecia fue, y sigue siendo en parte aún, la flor de la humanidad y así como la inteligencia y la gracia del mundo. La invención de la inferioridad de la raza y la decadencia latina, son burdas especies. Después del libro de Finot quedan muy mal paradas las doctrinas de Gobineau y De Lapouge. Las aptitudes y cualidades francesas, tan múltiples como peregrinas, nunca fueron más salientes ni vigorosas. Sólo que el medio ha cambiado y muchas veces, aunque decantadas y superiores, no son utilizables aquellas excelencias. Al contrario, en cierta manera, sirven de rémora y dificultad para ponerse al diapasón positivista de los tiempos que corren. El mundo hase convertido en un vasto mercado donde no tienen empleo los marqueses *talon rouge*. El perpetrar las tradiciones estéticas de la elegancia del alma, no es ya elevado sacerdocio ni oficio remunerador. Y todo hace pensar que en lo futuro ningún pueblo podrá ejercer una influencia honda ni durable sobre los otros, ni siquiera tenerlos a raya, ni aun vivir con sus talentos de sociedad solamente por amables que sean. Francia conserva en sus manos de uñas pulidas el cetro del gusto, pero no el de la inteligencia técnica que se necesita en el Taller. Contra lo que supone el gran Anatole, el ejercicio del espíritu y el uso de la razón, de la vieja razón, no prolongarán el imperio de Francia sobre el mundo. La Fuerza de las ideas es ineficaz cuando las ideas no son la ex-

presión de la Fuerza. En la vida moderna los retores y los humanistas van pareciendo casi tan anacrónicos como los santos. Pero ello no implica una condenación de muerte para los pueblos latinos, ni quiere decir que éstos, después de haber "fait le tour des sentiments et des idées", no puedan adquirir y desarrollar por convicción y sistemáticamente los arrestos y bríos morales que las naciones hoy dominadoras poseen gracias a su inferioridad crítica y simplicidad primitivas. Además, puede acontecer muy bien que las circunstancias ambientes cambien y las tornas se vuelvan y que resulten entonces feos vicios las cualidades que hoy se tienen por raras perfecciones, méritos de subidos quilates y signos ciertos de superioridad.

Mas, por el momento, la virtud de germanos y anglo-sajones salta a la vista. De un modo lento, pero eficaz, como el trabajo subterráneo de las aguas que disloca y parte las montañas, van haciendo del mundo su exclusivo patrimonio. Los grandes capitanes de la industria y la finanza plantan las banderas de la expansión comercial hasta en los rincones más escondidos del globo; conquistan los mercados, que son las ciudadelas de las naciones; se infiltran con sus mercancías en los pueblos y los hacen sus vasallos. Y a esta penetración parsimoniosa y mansa, pero segura, de las actividades invasoras, en las que se transvasan en la era capitalista los ímpetus conquistadores de otras épocas y los impulsos del nunca dormido, mientras se conserva sano, instinto de dominación, el sibarita París no acierta a oponer otras barreras para defender su predominio, que las brillanteces y refinamientos que abrieron a Roma las puertas de Atenas y a los bárbaros las puertas de Roma.

Al modo que las voluntades flacas, después de re-

nunciar a las tierras del planeta, inventaron el consuelo de las tierras celestes y la estupefactiva inversión de valores que hacen robusto lo canijo, rico lo pobre, noble lo vil; las naciones de embotadas energías viriles y fatigados alientos, inventan los códigos morales de la debilidad y las ilusiones idealistas que adormecen y engañan las voluntades nacionales contra las que no se puede luchar a brazo partido ni frente a frente. Como el cristianismo, cuya esencia es renunciamiento, contemplación, acritud contra la existencia, la cultura greco-latina lleva en sí oculto, muy oculto, el desdén de lo real y de la acción —su amor de la ficciones del arte y odio de la riqueza da de ello claros indicios— y es un filtro poderoso para adormecer los ardores de la sangre moza y hacer factibles por las vías pacíficas, el suspirado reino de la justicia y la adorable quimera de la sociedad universal. que de realizarse han de hacerlo, como todas las cosas de este bajo mundo por la guerra y la muerte, "ya que nada existe sino en virtud de la injusticia; ya que toda existencia es un robo anticipado sobre otras existencias y que cada vida que florece lo hace en un cementerio", al decir del admirable Gourmont.

Cada vez que trato de exprimirle el jugo real a la *unión por la vida,* dulce fórmula de uno de los representantes más autorizados del idealismo francés, me vienen a las mientes el recuerdo de otra unión de la que yo formaba parte de pequeño en la escuela. Se llamaba la "Cofradía del Bizcocho", y tenía por objeto el ayudarnos mutuamente para escamotearle al pobre diablo de mercachifle, que en las horas de asueto vendía de que merendar, las golosinas que apetecíamos. Nuestras maniobras eran muy concertadas y amigas hasta cometer el feo hurto, pero des-

pués, cuando se trataba de repartirlo, la unión *para el bizcocho* se convertía invariablemente en guerra *por el bizcocho.* La experiencia del mundo me ha demostrado en múltiples ocasiones, que la unión para la vida desde que hay que comer, desde que hay que vivir se trueca en lucha por la vida. ¡Reino de la justicia, sociedad universal, edenismo terrestre! Hermosos sueños sino se cambiasen, con el desate de las pasiones. intereses y apetitos que *dejan de obedecer,* en guerra y anarquía, y sino fueran la expresión sintomática de las enfermedades de la voluntad que contraen los pueblos embebecidos de la idea y que palidecen y se consumen *escuchando el canto del ruiseñor...* Humanitarismo e internacionalismo, y, por otra parte, proteccionismo y antisemitismo, revelan bien a las claras la urgente necesidad de desarmar a los otros o confabularse contra los que no se pueden vencer a armas iguales, y constituyen la implícita confesión de la anemia nacional. "Ils nous gênent", responde un personaje representativo de la nobleza en el drama *Israel* para explicar su odio a los judíos, vencederos en la lucha social y que acaparan ávidamente cuanto privilegio y poder se les pone al alcance de la mano. Y en aquella despechada frase se contiene la razón verdadera... y cínica, como todas las razones verdaderas, de un odio secular. Los judíos son los rivales, tanto más detestados cuanto más victoriosos, a cuyas arcas van a concentrarse los dineros, o lo que importa lo mismo, la virtualidad y situación social de todos. Se comprende que incomoden y se hagan aborrecibles. "Ejercemos el natural dominio de las almas fuertes sobre las débiles", podrían ellos replicar remedando a la Galigaí cuando explicaba a los jueces su influencia sobre María de Médicis. Y

no podía ser por menos. Contemplativos, idealistas, estetas nunca se acomodaron bien de la lanza ni del casco guerreros. Digan lo que quieran: las exquisiteces de la inteligencia y la sensibilidad, son destructoras de la osadía y firmeza del empeño. No hay sino escudriñar, para percatarse de ello, las causas recónditas de la abulia, y observar de cerca la torpeza, timidez y escasísima *inteligencia* en la práctica de la vida, de los cerebrales y los emotivos. Pensar por pensar, sentir por sentir, flores monstruosas que secan la planta! En cambio, "obrar es pensar con todo el cuerpo". Sé, también, que obrar es asimismo, según el poeta del misterio y del silencio, recogerse en sí, escuchar, callar... Pero no hay meditación ni recogimiento que unan el individuo como el acto a su patria celeste, a la actividad universal. Una idea suele ser una bella cosa, pero el más pequeño de los actos es siempre una cosa divina. A mayor abundancia de razones, cuando el Espíritu deja de ser el servidor de la voluntad de vivir y gala y ornato de ella, la traiciona; el obrar la sirve en todos los casos y eternamente, y como aquella traición se repite con grande frecuencia, es por lo que resulta en definitiva, que en el individuo la capacidad de pensar y sentir idealmente nace y medra en razón inversa de la capacidad de obrar prácticamente. El pensador, el artista, en suma el poeta —llamo poeta al intérprete de lo divino— tiene una excelsa y misteriosa misión que cumplir en cuanto fabricante de ilusiones vitales: el resto de su actividad *inexplosiva*, o su actividad misma cuando adormece y enerva en vez de excitar, es futileza y labor de mujeres, cosa de eunucos y distracciones de harén.

Ahora bien: esto último es, para desdicha de los

imperios apolínicos, lo que ocurre y produce una especie de fermentación literaria que intoxica el corazón y el cerebro de las multitudes y prepara el reino de lo femenino, la voluptuosidad y la quimera. Entonces las sociedades se embriagan de luna, y recostadas en blandos almohadones languidecen esperando la venida de los bárbaros.

Este convencimiento que se traduce aquí y allá en las obras de los viajeros salidos de la Metrópoli de la Belleza para sufrir el roce áspero de las civilizaciones utilitarias, ya sean puros literatos como Bourget y Adam, ya sociólogos y psicólogos como Leroy-Beaulieu, Boutmy, de Rousiers; ora financistas letrados como Weiller, ora simples periodistas como Huret, es quizá, lo que en forma de presentimiento oscuro, agita a la Francia. Las convulsiones de su política y anarquía moral pueden ser los últimos espasmos de un mundo glorioso, pero inapto para adaptarse al ambiente positivista, o los dolores de un nuevo alumbramiento revolucionario del que saldrá el ideal de amor y ventura que la bella Lutecia, apasionada y ensoñadora, nutre y quiere con los redaños del alma. Lo innegable es que fermentos y levaduras morales de muy diversa condición trabajan las masas a porfía y tienden a destruir el orden de cosas actual. Tradicionalistas, cuya fórmula es la *tierra y los muertos*, la patria y los ascendientes, que el travieso individualismo barresiano descubre en las profundidades del yo, y socialistas que sueñan con la sociedad universal como Jaurès y Hervé; cesaristas a lo Renán y monarquistas a lo Murras, que se apoyan en Darwin y la ciencia para condenar el régimen imperante; republicanos de vieja cepa y anarquistas sentimentales, ateos y creyentes, patriotas y escépticos conciertan

sus enemigas voluntades en el aquel renegar de la democracia. Los unos por que ésta, destruyendo las jerarquías y excelencias sociales se pone en camino de rebajar el nivel intelectual y moral de la raza y sustituir la cultura por la barbarie, el orden por el caos. Los otros porque la democracia no ha cumplido ninguna de las promesas grabadas como divisas en la piedra de los edificios públicos: mito la libertad, mito la igualdad, mito la fraternidad y el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, mitología pura. Y unos y otros ven y confiesan dolidos la desorganización que avanza, la natalidad que decrece, la marea del escepticismo que sube, el nivel del heroísmo que baja. La misma fe y esperanza puestas en el porvenir se desvanecen al reconocer el fracaso de la pedagogía y las disciplinas francesas, que sólo preparan sentimentales y retores, ineptos y desorbitados. No se sabe qué hacer ni a qué santo encomendarse. Ningún mejunje calma la fiebre ni la agitación nerviosa. Todas las posturas son incómodas. Y las doctrinas de perfecta armazón lógica suceden a las doctrinas; las utopías seductoras a las utopías; los discursos a las hemorragias de la palabra; la Revolución al perpetuo hervor revolucionario, mientras las ebrias musas de París cantan como Nerón contemplando el incendio de Roma.

Y este es el desolado y maravilloso espectáculo que ofrece al mundo la razón razonante.

CONCLUSION

La renuncia del Espíritu como lazarillo de la vida es inminente. La humanidad ha perdido la confianza en su Mentor. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta a los ojos más cándidos como una vejiga desinflada. Perdida la fe y llenos de incertidumbres los mismos pueblos que adoraron de rodillas a la razón razonante se alejan de ella y se pierden en las sombras del escepticismo, sin volver la cabeza ni oir el tan tan lejano de las campanas espirituales repicando en los templos desiertos. Francia, Italia, España, Portugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido la idea al hecho, la palabra al acto, la razón mística a la razón física, para no reconocer en secreto que el lírico bagaje de ayer es hoy una pesada impedimenta. No sólo no incita a obrar, sino que impide obrar. El pasado les pertenece, pero no el futuro si no arrojan lejos de sí el muerto laurel y se coronan de frescos pámpanos para merecer de nuevo los favores de la Vida. Ante ésta, por no haber reconocido todavía que *la Fuerza es el elemento divino del universo, como el Oro es el elemento divino de las sociedades,* prorrumpen aquellas naciones en el profundo *yo pequé* en que terminar suelen las agitaciones de los delicados y los idealistas, cuando son sinceros y clarovidentes como Renán.

¡Desgarradora melancolía! El mismo, tristemente, muy tristemente, llega a considerarse como un tipo

humano fósil en el mundo que, educación e ideal, le impiden comprender y aquilatar en su intrínseco valor. Esta ineptitud, tratándose de un representante tan calificado de la inteligencia, es muy significativa. Medio místico y humanidades le han hecho perder el sentido de lo real, que sólo mantiene sano y alerta el interés. El desprecio de los bienes materiales remata la obra. Como los santos, por mirar al cielo, no ve donde pone los pies ni las cándidas florecillas que aplasta torpemente. Su ciencia de lo que no sirve para vivir es prodigiosa, más prodigiosa todavía su ignorancia de lo que para vivir sirve. El historiador admirable y filósofo sapientísimo, no tuvo sospechas siquiera de las relaciones pecuniarias de los hombres ni de la estructura económica de las sociedades. "Piensa como un hombre, siente como una mujer, obra como un niño". Por manera que hacia el fin de su vida, cuando principia a ver claro, los sucesos le sorprenden dolorosamente y llenan de mortales dudas. Cada ilusión magnífica conviértese, por las malas artes de un mago enemigo, en prosaica realidad; cada ardor generoso en desencantada ironía. Una a una mueren las esperanzas de su inteligencia audaz y quedan delante de los espantados ojos del sabio las realidades del egoísmo, del egoísmo sañudo y triunfante como el Rey Monje en medio de los conspiradores asesinados.

Sus desencantos y amargas quejas dicen: mentiras, mentiras falaces la religión del alma y la preeminencia del espíritu. "Pensar no es el único objeto de la vida. El reino de la razón es una quimera. El ideal y la realidad son enemigos. La causa que cautiva a las almas nobles no triunfará jamás. Lo que es verdad en literatura, en poesía, a los ojos de las gentes

refinadas, es siempre falso en el mundo grosero de los hechos consumados. Las heroicas locuras que el pasado edificó no tendrán más éxito. El espectáculo de este mundo nos muestra sólo el egoísmo recompensado. Inglaterra ha sido hasta estos últimos años la primera de las naciones gracias a su egoísmo. Alemania ha conquistado la hegemonía del mundo renegando altamente los principios de moralidad política que con tanta elocuencia había predicado antes."

Como el emperador filósofo en su lecho de muerte podría exclamar Renán: "¡Oh!, Apolo, ¿por qué me has mentido?" Tantas desilusiones hacen que la realidad se le aparezca como una matrona insensible y prosaica que se burla groseramente de los galanteos pudibundos del entusiasmo y del lirismo. Sus laboriosas previsiones, fruto de largas vigilias, lo engañan cruelmente; la inteligencia, que él adora y en la que cree como en un Dios todopoderoso, pone entre el sabio y la vida un velo brillante que hermosea y deforma los objetos. Estos son otra cosa de lo que él creyó, y piensa que acaso es injusto al juzgarlos severamente. He sido un iluso y un insensato, clama. "La idea de que el noble es aquel que no gana dinero y que toda explotación comercial o industrial, por honesta que sea, rebaja al que la ejerce y le impide pertenecer al primer círculo humano, tal idea se desvanece de día en día. Todo lo que he hecho antes parecería ahora acto de locura, y a veces, mirando en torno de mí, creo vivir en un mundo que no conozco."

¡Lamentables confesiones de una inteligencia soberana mantenida por el espejismo idealista en la más profunda ignorancia y desprecio de las realidades y que empieza a descubrirlas al declinar el sol! ¡Angustia de las almas religiosas caídas en el escepti-

cismo por haber acariciado un ideal tan alto, puro y hermoso que impide vivir! ¿Qué sería de los hombres que practicasen *el estado de muerte* del perfecto desinterés sin el talento de Renán? ¿y qué de los pueblos en que abundaran, más de la cuenta, los inactuales de alto coturno, pero inactuales al fin, que se obstinan contra viento y marea en oponer la abstracción y el ensueño a la vida y la realidad? Y, sin embargo, existe una cultura que abierta o embozadamente tal predica; que llena los ojos de visiones, ata las manos y empuja a los sacrificios estériles. De ello nos habla Renán largamente en los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse;* mas en ninguna página se trasluce como en la que sigue, la amargura y hasta sorda irritación del desengañado sacerdote, del sacerdote que estuvo a punto de ser Renán y que en realidad, aunque sin tonsura, fue toda la vida: "Es en ese medio (Treguier, una villa extraña al comercio y la industria) que se deslizó mi infancia y donde mi inteligencia contrajo un vicio incurable. La catedral, obra maestra de ligereza, intento loco de realizar en granito un ideal imposible, me falseó el espíritu. Las largas horas que en ella pasé, han sido la causa de mi completa incapacidad práctica. Aquella paradoja arquitectónica hizo de mí un hombre quimérico, discípulo de Santo Tuduwal, de santo Iltud y de santo Cadoc en un siglo en que la enseñanza de esos santos no tiene ninguna aplicación".

Y bien, no sólo los filólogos sino las sociedades formadas moralmente por la enseñanza de aquellos santos u otras influencias espirituales de la misma índole, reciben en la frente el beso traidor de la Quimera y quedan marcadas para siempre con el signo de la incapacidad práctica. Con todos los respetos

debidos a los títulos del alma, pero de un modo franco y resuelto, convendría preguntarse si tal cosa no es una verdadera monstruosidad en las sociedades del presente, donde las relaciones de los hombres son y, no pueden menos de ser, relaciones pecuniarias. Quizá urge confesarse una vez por todas, que nuestro ambiente, nuestro mundo no es el de la inteligencia sino el de la voluntad, disfrazada hoy con las múltiples máscaras de las actividades mercantiles, como ayer con los antifaces del heroísmo o la santidad. Lo que contraría esas actividades es malsano, como era malsano lo que minaba el predominio militar en las sociedades guerreras o el prestigio sacerdotal en las sociedades religiosas. Los ideales de las épocas muertas, por nobles que sean, son ideales de muertos y traen en las lívidas manos una antorcha funeraria. Sus devotos, a pesar de todas las aureolas y resplandores, comienzan a parecer criaturas de otro planeta, engendros desmirriados de Apolo decrépito, seres luminosos y absurdos cuya enfermedad es una perla tentadora que ablanda las resistencias de la Voluntad delante del Pecado. "La France meurt de ces gens de lettres", decía también Renán. ¡Qué importa que la locura sea divina si enferma el mundo! Considerándolo, se comprende por qué un trabajo oculto del instinto conservador de la sociedad se afana en eliminar, como antes ponía su empeño en producir cuando eran útiles, las actividades puramente espirituales, enfermizas, enervadoras, sin aplicación concreta en la colmena humana y que, en resumen, vienen a ser algo así como las *toxinas* del espíritu. Hay muchos pueblos envenenados por ellas. Se reconocen en que son las tierras fértiles del sentimentalismo y la verbosidad. Las cosechas de rosas abundan, pero el trigo

escasea en los campos mal cultivados y que no han recibido el abono de Pluto. Y la selección mercantil afila en la sombra su guadaña implacable: situación angustiosa, cuando no se cuenta con otras defensas para detener el golpe, que las bellas sonrisas de Afrodita y los ordenados discursos de Gorgias y Cicerón.

"El reino del ideal ha concluido, todo lo que no se convierte en una fuerza se juzga quimérico" dice Próspero. Y un ultrarrenanista, que es al mismo tiempo un profesor de lirismo y un puro utilitario. agrega con su ironía habitual: "Cuando Tigrano me decía que la fuerza debe ceder al espíritu, yo le dejaba entrever, sin insistir demasiado, que desconfiaba mucho de un espíritu que después de tantos siglos no se había convertido en la fuerza".

Las criaturas generosas que viven temblando por la vida del ideal pueden descansar tranquilas. El ideal existirá siempre porque es el porta-estandarte de la ilusión y la esperanza necesaria a los hombres; pero según claros indicios no será lo que éstos han tenido hasta ahora con testarudez carneril, como la proyección única e imperecedera del alma. Ya hemos visto que cada época se fabrica la tabla de valores que le conviene y responde a sus necesidades orgánicas. El materialismo de las sociedades futuras no les impedirá tener su ideal, sólo que éste, por razones obvias, no puede ser ni el místico, ni el espiritualista, ni el ideal reconocidamente fundado en la mentira de las sociedades contemporáneas, sino un ideal práctico, cuasi macarrónico, pero robusto y sesudo, como corresponde a los pueblos entrados en la edad provecta, que no sustituya lo quimérico a lo real ni debilite para las luchas de la vida. Esta es lo realmente sagrado, y podría condenarse, sin asomos de dudas, toda

verdad, toda ética y toda belleza que en nombre de un romanticismo de alma neurótico y raquítico tentiera obtusamente a destruirla o amenguarla. Téngase por seguro que ese romanticismo que exige la castidad y el voto de pobreza, afemina y envilece. En filosofía conduce a las aspiraciones vagas y al desprecio de las realidades; en política degenera en hipertrofia de la palabra, espíritu revolucionario y política alimenticia; en literatura lleva como de la mano, al lirismo dengoso y ñoño y a las chinerías retóricas, síntomas inequívocos de indigencia mental, pobreza anímica y otras lamentables incapacidades.

De un ideal batallador se oyen ya en las cúspides los clarines sonoros. La inversión de valores morales que indujo al hombre a ser el verdugo de su propio interés, es imposible que no parezca en los siglos venideros tan absurda como lo va pareciendo hoy a los espíritus desapasionados la santa doctrina que condena el placer, el deseo, la pasión, la vida y predica el *estado de sepultura*. El idealismo clásico es un caballero andante que presa de mortal fatiga, la lanza quebrada y los músculos rotos desciende de su trasijado Rocinante y se apreste a morir al pie de un sauce llorón iluminado por la luna. Es bello y conmovedor, pero nocivo para el ánimo. El mundo, curado de arrechuchos sentimentales, preferirá por instinto la musculatura y la vida del gladiador combatiendo, a la melancólica belleza del gladiador moribundo.

Quizá no esté lejano el día en que el Sermón de la Montaña y la Plegaria de la Acrópolis, se pronuncien de rodillas a los pies de la Fuerza, diosa terrible que, mejor que Eirene, podría llevar en sus brazos a Pluto

dormido. El creyente hablaría así, poniendo sus palabras al diapasón de las arpas formidables de Eolo y Neptuno: "Salve ¡oh diosa! impura y fecunda, madre de todas las cosas, eurítmia del universo. Tu engendras, ordenas y legislas; tu reinas en el cielo, en el alma del hombre y en el corazón del átomo, y los ritmos de la poesía y la naturaleza cantan unánimes tu gloria inmortal. Los hombres te niegan y te llaman cruel porque no saben que, aun revelándose, obedecen a tus mandatos; porque no saben que tus condenaciones de muerte son como los frutos que se secan para dejar caer sobre la tierra suspirante las semillas santas de la vida. La razón humana en un momento de insano orgullo, quiso corregir las leyes infalibles y los sapientes designios de tu razón, que es la razón universal. Y todas las cosas salieron de sus quicios; la quimera suplantó a la realidad, el mal afligente al bien gozoso, el dolor al placer, la muerte a la vida y, lo que es más estupendo aún, el desinterés estéril y enervante al egoísmo robusto y fecundo. Fue una terrible pesadilla de la que ahora sale la humanidad desmazalada y enferma. Y tú sonríes a los sarcasmos con que ella te afrenta porque no ignoras que, contrita y arrepentida, volverá a tí y que tú sola puedes devolverle la razón y la salud. Hazlo, Divina, inspíranos para que seamos con inteligencia, egoístas integrales y materialistas transcendentes. La humanidad no es tan culpable como parece. Sólo en apariencia desobedeció tus leyes. Tú misma fingiéndote ciega, la has conducido a tu antojo, como la madre hace creer que es él quien la guía al tierno infante que ella sonriendo lleva de la mano. Mas el niño hecho hombre necesita explicarse el grande misterio. ¡Cuándo será el día en que los ojos estupefactos vean bro-

tar de las entrañas de las cosas, como el rojo licor de la herida abierta, el verbo divino, eco de las fuerzas universales que muy raras veces dictaron la actitud del héroe y la *alta necesidad* rítmica de aquel cuya *voz es canto!* Imposible que, al fin, lo justo y lo bello no sea lo que viene de tí, madre de dioses. ¡Y qué ridículos y pueriles parecerán luego a las almas duras como el diamante, pero blancas como él, los artificios retóricos del *hombre sensible,* los cantos que no son cantos de vida, lo bello que enferma y ciega en vez de ser un rayo de sol limpio de sombras, las acciones que no lleven al combate y al templo de la Victoria! Por el contrario, es muy probable que la gracia brille sobre aquello que la antigua sabiduría creyó torpe e impuro por ser fecundo como el acto carnal. Entonces Mammón resplandecerá de gloria, porque de todos los dioses supervivientes es el único que lleva en la testa olímpica el signo luminoso de la voluntad. Es el depositario de ella. La virtud perdida en las nieblas de los países quiméricos hubiese muerto de hambre sin él. Su alma fue como el arca santa en que se salvó del diluvio espiritualista la facultad de *querer.* Los instintos vitales se refugiaron en su corazón pródigo como las manos de Demeter y las tetas velludas de Amaltea. La dicha humana no tuvo nunca amante más rendido ni servidor más fiel. Los que, insensatos, vilipendian aún al Oro, no escuchan la *voz profunda* que les dice: "Amadlo religiosamente, en su ser divino, y sed interesados y duros para realizar los deseos secretos de la Vida y servir a los hombres. Ni el arte, ni la poesía, nada aguza las facultades y potencias humanas como él: es el gran excitador. Ni las religiones, ni las filosofías le aportan a la humanidad lo que el Príncipe Ru-

bio le brinda con una sonrisa: el poder, la esperanza y la ilusión: es el Salvador."

Paris, julio 22 de 1910.

FIN DEL TOMO I



VOLUMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez ARTIGAS
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles EL TERRUÑO y PRIMITIVO
4 — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL
5. — Carlos Vaz Ferreira. SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6 — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA
7 — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY (Tomo I).
8 — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II)
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
12 — José P. Massera. ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan DOÑARRAMONA
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Alvaro Armando Vasseur TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira. LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.